

## **Narraciones subalternas de agua y montaña en la historia cultural y ambiental de Bogotá (1889 – 1938)**

Daniela Sierra Navarrete

Trabajo para aspirar al título de antropóloga

Universidad Externado de Colombia

Facultad de Ciencias Sociales y Humana

Área de Procesos Sociales, Territorios y Medio Ambiente

Mis lágrimas son agua y van al mar... (Colón W. A., 1984)



*Ilustración 1:* Pila en la Plazoleta de Bavaria, hoy Plazoleta de San Martín. Bavaria, comienzos del siglo XX. Foto tomada por *La Calle 32: Historia de un Barrio*. Marta Cecilia Torres Mora. Alcaldía Mayor de Bogotá, 1992, pg. 32 en: (Archivo de Bogotá, 2014).

## Contenido

Narraciones subalternas de agua y montaña en la historia cultural y ambiental de Bogotá (1889 – 1938).....	1
Introducción .....	7
1. La historia del agua y la tierra: el “núcleo ecológico” de Santafé.....	22
1.1. Los tiempos geológicos del agua y la montaña: .....	23
1.2. La conectividad: Cualidad que permanece en la larga duración: .....	27
2. La producción social del espacio en la larga duración de la ecología de Santafé: de los poblamientos tempranos a la Ciudad Colonial.....	43
2.1. Poblamientos tempranos, usos y representaciones locales del agua y ciudades prehispánicas .....	46
2.2. La ciudad Ovandina o el Urbanismo Hispanoamericano, la Encomienda y la Hacienda: Figuras que ordenan el territorio desde lógicas ibéricas .....	55
2.3. La fundación de Santafé y el Agua .....	62
2.4. La historia de los Acueductos en Santafé hasta “el caos” que iniciaría a mediados de siglo XIX.....	68
3. De la Ciudad Colonial a la Ciudad Moderna (1889 – 1938): el Capital, el Gobierno y el dispositivo higiénico .....	89
3.1. El ordenamiento interno de la ciudad y el papel de “la urbe” en el proceso de consolidación del capitalismo en Colombia .....	92
3.2. Urbanismo, marcos jurídicos normativos y utillaje “moderno” para el aprovisionamiento de agua de la ciudad.....	106
3.3. Ciudad, gobierno municipal, sujeto e higienismo .....	127
3.4. La ciudad moderna: El Saneamiento del Paseo Bolívar.....	144
4. Sobre lavanderas, aguateras, carpinteros y traficantes de licor artesanal: una historia cultural del agua en Bogotá desde los oficios de las gentes de Agua y Montaña .....	154
4.1. Mi familia en el siglo XIX .....	156
4.2. El Paseo de Bolívar y sus alrededores.....	160
4.3. La asistencia de mi bisabuela María.....	175
4.4. La hidráulica.....	182
4.5. Después del Saneamiento del Paseo Bolívar.....	183
Conclusiones .....	189
Fuentes .....	197



<i>Ilustración 1:</i> Pila en la Plazoleta de Bavaria, hoy Plazoleta de San Martín. Bavaria, comienzos del siglo XX. Foto tomada por <i>La Calle 32: Historia de un Barrio</i> . Marta Cecilia Torres Mora. Alcaldía Mayor de Bogotá, 1992, pg. 32 en: (Archivo de Bogotá, 2014).	1
<i>Ilustración 2:</i> Mi madre observando el Salto del Tequendama (Sierra Granados, 1994)	7
<i>Ilustración 3:</i> Cerros Tutelares de Bogotá. En el centro aparece Monserrate, en la margen superior izquierda el Aguanoso y al fondo, el valle del Tunjuelo (Sin fuente)	22
<i>Ilustración 4:</i> Escala de Tiempo Geológico (Navas Camacho, N/A)	26
<i>Ilustración 5:</i> Los Cerros Orientales de Bogotá (Camargo, N/A)	28
<i>Ilustración 6:</i> El Alto de la Viga visto desde la parte oriental de la estrella de agua (Camino Real Choachí-Bogotá) (Molano Cure, 2014)	30
<i>Ilustración 7:</i> Cuenca alta del Tunjuelo en inmediaciones de la Laguna de Teusacá (Sierra Navarrete, Diario de campo, 2014)	31
<i>Ilustración 8:</i> Laguna de Teusacá (Molano Cure, 2014)	32
<i>Ilustración 9:</i> Ciclo Hidrosocial. El viaje del agua (Instituto Humboldt, 2016, pág. 36)	33
<i>Ilustración 10:</i> Expresión gráfica de las condiciones geomorfológicas (pág. 16)	34
<i>Ilustración 11:</i> Expresión gráficas de las diferencias entre las aguas de los humedales (Colombia Anfibia, pág. 16)	34
<i>Ilustración 12:</i> Expresión gráfica de los tipos de suelo (Colombia Anfibia, pág. 17)	35
<i>Ilustración 13:</i> Expresión gráfica de los organismos que hacen parte de la ecología de los humedales (pág. 17)	35
<i>Ilustración 14:</i> Captura satelital de la ecología de Santafé de Bogotá (Sierra Navarrete, Diario de campo, 2014)	38
<i>Ilustración 15:</i> “Pintura de las tierras, pantanos y anegadizos del pueblo de Bogotá hecha por mandato de la Real Audiencia desta ciudad de Sancta Fee del Nuevo Reyno de Granada en la causa que en ella trata el señor fiscal con don Francisco Maldonado de Mendoca” (Rendón, 1614)	43
<i>Ilustración 16:</i> “Camellones de Cultivo Prehispánico”. Rudolff Schrimpr en: (Ruíz Bernal, 1990)	51
<i>Ilustración 17:</i> Retablo de los dioses tutelares de los Chibchas. Luis Alberto Acuña. Óleo sobre madera. 1935. Museo Nacional de Colombia	52
<b>Ilustración 18:</b> El encomendero según Guamán Poma de Ayala (Estín Geymonat, 2012)	59
<b>Ilustración 19:</b> “Croquis de la Provincia de Santafé por Diego de Torres y Moyachoque (1578) en: (Mejía Pavony & Cuéllar Sánchez, 2007)	65
<i>Ilustración 20:</i> Captura satelital sobre las primeras fuentes de agua de la ciudad (Sierra Navarrete, 2014)	73
<i>Ilustración 21:</i> Plano geométrico de la ciudad de Santafé de Bogotá (1791) (Mejía Pavony & Cuéllar Sánchez, 2007)	79
<i>Ilustración 22:</i> Plaza de San Victorino. 1824. Acuarela de Francois Desire Roulin “Considera como la más hermosa pila pública de la época” en: (Banco de la República, N/A)	83
<i>Ilustración 23:</i> El Chorro de Padilla (Ariza, 1989)	91
<i>Ilustración 24:</i> Crecimiento del área urbanizada de Bogotá en las primera cinco décadas del siglo XX. (Saldarriada Roa, 2000, pág. 89)	96
<i>Ilustración 25:</i> Breach in the ridges on the San Francisco Road. Ramón Torres Méndez. Acuarela, segunda mitad del siglo XIX. (Villegas Jiménez, 2000, pág. 142)	97

<i>Ilustración 26:</i> Hut in a Bogotá sawmill. Henri Duperly, 1900 (Villegas Jiménez, 2000, pág. 140).	103
<i>Ilustración 27:</i> Brickworks on the ridges in the background the Tiboly and Fenicia factories. Henri Duperly. 1895 (Villegas Jiménez, 2000, pág. 141).	105
<i>Ilustración 28:</i> Bogotá Futuro. Enrique Uribe Ramírez (1923). (Mejia Pavony & Cuéllar Sánchez, 2007, pág. 77).	110
<i>Ilustración 29:</i> Bridge on the San Francisco river. Luis Nuñez Borda, 1910 (Villegas Jiménez, 2000, pág. 139).	124
<i>Ilustración 30:</i> La Avenida Jiménez de Queda entre la Carrera Cuarta y la Sexta, cuando se principiaba la canalización del río San Francisco. Anónimo, 1912. (Rodríguez, 2012)	125
<i>Ilustración 31:</i> El tanque de Egipto de 1886. Sociedad de mejoras y ornato. (Rodríguez, 2012)	126
<i>Ilustración 32:</i> “Como se vive en el Paseo Bolívar”. Caricatura de <i>El Cómicó</i> , Bogotá, noviembre de 1918 en Hemeroteca Nacional. (Martínez Martín, Meléndez Álvarez, & Manrique Corredor, 2014, pág. 296).	135
<i>Ilustración 33:</i> Propaganda de desprestigio de la Chicha por la fábrica de Cerveza Bavaria. (Orillas, 2016)	138
<i>Ilustración 34:</i> Bogotá (1923). Manuel Rincón (1923). (Mejia Pavony & Cuéllar Sánchez, 2007, pág. 75)	145
<i>Ilustración 35:</i> Informe de una comisión de Sanidad. (Informe de una comisión de sanidad, 1906)	146
<i>Ilustración 36:</i> Acuerdo 45 de 1925. (Concejo de Bogotá, 1925)	148
<i>Ilustración 37:</i> Panorámica del Sector Paseo de Bolívar, Karl Brunner, 1930. (Colón, 2005, pág. 107)	149
<i>Ilustración 38:</i> Urbanización del Paseo Bolívar entre las calles 12 y 18. (Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 1934).	150
<i>Ilustración 39:</i> Proyecto de urbanización del sector comprendido entre la carrera primera y el Paseo de Bolívar por calles 13 a 16. (Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 1926)	151
<i>Ilustración 40:</i> Las manos de Humberto Sierra Sánchez. (Medina Barrios, 2015 - 2016)	154
<i>Ilustración 41:</i> La partida de bautizo de Mamá Benita. (Parroquia de la Inmaculada Concepción, 1867)	157
<i>Ilustración 42:</i> Mamá Benita, mi abuelita Cecilia esposa de mi abuelito Humberto, y Mamá María. Álbum familiar	158
<i>Ilustración 43:</i> El colector de la carrera séptima. Sociedad de Mejoras y Ornato, 1917. (Atuesta Ortiz, 2011, pág. 199).	161
<i>Ilustración 44:</i> Plazuela de Las Aguas, 1898. Sociedad de Mejoras y Ornato (Atuesta Ortiz, 2011, pág. 207).	164
<i>Ilustración 45:</i> Bavaria Brewery, 1895. (Villegas Jiménez, 2000, pág. 149)	167
<i>Ilustración 46:</i> Captura satelital de los alrededores del Paseo Bolívar y la parte sur del Complejo de San Diego. Elaboración propia con base en Google Maps	168
<i>Ilustración 47:</i> Las Aguas Church. Manuel Dositeo Carvajal, 1861. (Villegas Jiménez, 2000, pág. 148)	170
<i>Ilustración 48:</i> vista desde el Paseo Bolívar. (Colección Museo de Bogotá)	172
<i>Ilustración 49:</i> El baile de los campesinos en la Sabana de Bogotá. (Torres Méndez, 1878)	175
<i>Ilustración 50:</i> El Tiempo, 21 de enero de 1928.	178

<i>Ilustración 51:</i> Papá Fidel a la derecha; a la izquierda, Víctor, uno de sus lugartenientes. (Herrera Durán, 2010) .....	179
<i>Ilustración 52:</i> Las aguateras de Ramón Torres Méndez. (Colección Museo de Bogotá).....	180
<i>Ilustración 53:</i> El turno en el Chorro de Padilla. (Colección Museo de Bogotá) .....	180
<i>Ilustración 54:</i> Las lavanderas del río Fucha. (Colección Museo de Bogotá) .....	181
<i>Ilustración 55:</i> La hidráulica de la Florida II. Sur de Bolívar, 2016 (Álbum familiar) .....	183
<i>Ilustración 56:</i> Captura satelital de La Culebrera y del Rosario. Elaboración propia con base en Google Maps .....	185
<i>Ilustración 57:</i> Localización General de la Vereda de Fátima. (Fundación Alma, 2013) .....	186

## Introducción

Siempre que hice alguna entrega relacionada con mi trabajo de grado, usé imágenes<sup>1</sup> que me remiten llegar a lo inimaginable, que hablan sobre un mundo que no es el mío, un espacio, otro, que puede que haya caminado hoy, pero que no conozco, porque esas imágenes fueron producidas en otros tiempos. Otros mundos. Decidí poner una foto de portada, que expresa un mundo que no viví en físico, pero que me constituye hoy. La foto de la pila de agua de Bavaria, me lleva al mundo narrado por mi abuelito Humberto Sierra Sánchez; un mundo en el que las mujeres tenían chal y los niños andaban descalzos sin que eso implicara una manifestación de maltrato o pauperismo. Claro, mi abuelito insiste en decir que fue muy pobre, porque lo fue. Pero sus historias sobre “los cachifos” es decir, los pantalones arremangados tres cuartos, rememoran situaciones traviesas, de niños supremamente hábiles enfrentándose a un mundo desconocido y misterioso. La foto de la pila de Bavaria expresa el mundo de mi abuelito, un mundo presente en mí gracias a sus palabras, su pedagogía y su ejemplo. Ahora, quisiera que esa foto siempre fuera leída en complemento con la siguiente (Ilustración 2):



*Ilustración 2: Mi madre observando el Salto del Tequendama (Sierra Granados, 1994)*

---

<sup>1</sup> Fotografías antiguas, acuarelas, óleos. Cartografía histórica, aerografías.

¿Por qué?

Porque la foto de mi mami implica un antojo metodológico y también filosófico, que ahora tengo por cada imagen que veo de la historia de Bogotá. ¿A qué me refiero? A que aquel “truquillo” de investigación, puesto en mi cabeza por Robert Darnton (1984), que apunta a “pasar del texto al contexto”, ya no me deja usar una imagen por su contenido, únicamente, sino que me llama a la indagación por el contexto en el que esa imagen fue producida. “Pasar del texto al contexto” también me involucra como sujeto histórico...o eso fue lo que entendí de las nuevas formas de hacer historia en las décadas de los setenta y ochenta del siglo XX. Cuestionar el método “clásico” para producir historiografía, implicó cuestionamientos personales. Nos enredamos la cabeza: ahora ya no hay “hechos históricos verdaderos”, sino un millón de preguntas que llevan a otras preguntas, y lo mejor, los objetos de indagación ya no sólo valen por su contenido, sino que ponen todo el peso en el camino mismo para llegar a la narración, que constituye hoy el instrumento clave de ese cuestionamiento a la forma clásica de hacer Historia.

La foto de mi madre en el Salto del Tequendama es entonces el complemento ideal de la foto de la pila pública de Bavaria. Las dos encierran el misterio del espacio habitado y producido por dos sujetos de los que deviene mi existencia. Un espacio con cualidades específicas producidas por una Historia del Agua y de la Tierra que es mucho anterior a la presencia humana en este plano. Un espacio, luego, habitado por una genealogía extensa de humanos locales y no locales que se fueron adaptando, o no, a él, y que han producido la ecología y paisaje que hoy aprehendo con mis sentidos. Un paisaje, una geografía, que cada día me maravilla más. Unas montañas, unos ríos, que cada día me obnubilan más. Un paisaje que me produjo tanta y tanta curiosidad, que decidí hacer una tesis en antropología para poder explicar mi existencia y relación con ella, con la mamá Tierra.

Escribe Robert Darnton (1984) “hay que darse electrochoques culturales” ... la cuestión, el meollo, pero sobretodo, la clave de este asunto, es que “el otro” ese que es “extraño”, él, su forma de entender el mundo, sus acciones, su vida, su existencia, genera “electrochoques” que permiten intuir, o “indican” una diferencia. “El otro” puede estar en el tiempo y/o también, en el espacio. “El otro” y “el yo”, ambos desconocidos, ambos hijos del espacio y del tiempo, generan tan vasta curiosidad, que dan pie para la indagación.



La pretensión de mi trabajo de grado nunca fue complicarse con discusiones de corte teórico. Ha sido tan espontáneo el camino, que nunca se ató a los supuestos vacíos que pueden quedar de la construcción del estado de conocimiento sobre cualquier tema. Sin embargo, exponer parte de las discusiones que atañen a los conceptos de “tiempo”, “espacio”, “cultura”, “ecología”, permite abordar de forma “más fiel”, “los motivos<sup>2</sup>” que se mueven, relacionan, y a groso modo, construyen el espacio de la Bogotá de agua y montaña, en las primeras cuatro décadas del Siglo XX.

Los apuntes que se van a esbozar en las siguientes páginas, son importantes, porque en éstos, *La Narrativa* y *La Ecología* adquieren posición metodológica. En pocas palabras, se abren campo en las rigurosas Ciencias Sociales. De cómo los géneros literarios ocupan lugar en la producción de ciencia, habla la etnografía. Pero acá poco se hace etnografía, aunque se quisiera. ¿Entonces? Acá, se pretende construir historia desde el oficio...hacer historia con espíritu etnográfico.

El marco teórico de esta investigación no es en sí mismo la historia cultural. Por ello la decisión de no extenderme en debates y posturas ya escritas por Roger Chartier (1992); François Dosse (2007); Jaume Aurell (2005); y en aquel compilado<sup>3</sup> que “reproduce” el diálogo sobre “los peligros del “Geertzismo” entre Robert Darnton, Pierre Bourdieu y Robert Chartier. De las diferencias y cuestionamientos entre unos y otros, sale una pregunta que hacen Justo Serna y Anacleto Pons (2012) en la presentación del compilado, y que me parece más que permitiente para iniciar la explicación sobre el camino que elegí recorrer.

La historia cultural de la música o la historia cultural del vestido; la historia cultural de la cocina o la historia cultural del sexo. Tal vez esta fórmula tenga éxito por su ambigüedad, por su elasticidad: se adapta a cualquier objeto cuyo pasado pueda investigarse. Admitido. **¿Pero entonces por qué no se multiplican los volúmenes de historia económica, política o social de la música, del vestido de la cocina o del sexo?** ¿Por qué la cultura se ha convertido en un factor que todo lo explica? (Poirrier, 2012, pág. 9).

---

<sup>2</sup> “Yo no hablo de causas, hablo de motivos” (Marco Gómez, 2016). El enunciado de entrada saca al proceso de construcción de conocimiento, de la cuna positiva. Permite entender la complejidad de los procesos y, sobre todo, expone la intención por explicar la historia desde una perspectiva NO unilineal.

<sup>3</sup> Historial Cultural ¿Un giro historiográfico mundial? Editado por Philippe Poirrier (2012).

Se intuye entonces la sensación de “la cultura” como “comodín” para los investigadores. Cuando Serna y Pons (2012) plantean la pregunta que resalté en negrita, lo hacen con el ánimo de responderla a través de varios autores, de distintas nacionalidades, que escriben sobre la historia cultural en cada país. Ellos mismos argumentan posibles causas de este “boom” de “la cultura”. Sin embargo, lo hermoso de todo esto, es que Roger Chartier (2012), concluye con un epílogo al que titula “historia cultural, entre tradiciones y globalización”.

¿Hermoso? ¡Sí! Claro, hermoso. Hay mucha tela pa’ cortar...

Primero, Serna y Pons (2012) parecen ser los historiadores de los historiadores. Saben bien que su pregunta es retórica en tanto sus libros sobre microhistoria y sobre historia cultural, apuntan a describir los contextos en los que estos giros paradigmáticos se dieron. Segundo, Chartier (2012) mencionó las “palabras mágicas”: tradición y globalización. Serna y Pons (2012) introducen con la duda sobre “la cultura”; Chartier (2012) concluye hablando de la dupla tradición-globalización...muy “antropológico” ¿no?

Desde hace rato, vengo escribiendo que no es la historia cultural mi marco teórico. Sin embargo, me di el gusto de esbozar estos debates, que con mucho respeto evoco. Ahora, para mí es muy importante la afirmación sobre hacer historia con espíritu etnográfico: suena lindo y no quiero que se nuble el enunciado, fundamentalmente, inspirador. Hacer historia con espíritu etnográfico suena lindo para la antropóloga. Sin embargo, cuando se lee, lo que yo enuncié como “antropológico” de los comentarios de Serna, Pons y Chartier (2012), aparece de entrada una crítica de orden teórico-metodológico a los historiadores. No a los antropólogos. A los historiadores. Se les cuestiona a los historiadores su objeto cuando su método es etnográfico. Más allá del análisis contextual en el que la cultura como concepto “se pone de moda”, me parece, se expresa el espíritu de historiador que cuestiona paso a paso, la rigurosidad de su método. Parece, que a pesar de este “giro historiográfico”, el marco de la ciencia sigue generando tensión por lo exacto, lo comprobable, lo científico. No está mal.

Pero qué pasa cuando se produce conocimiento con la plena conciencia de que es posible elegir si se intuye y/o se indaga. Me refiero acá al “drama” del sancocho que como buena Latinoamericana llevo dentro. Un historiador radical cuestiona la forma de hacer

historia por el método. Un antropólogo, lo mismo. Si hablamos de radicalismos académicos, se tiene a la orden del día las discusiones por si es historia o no; o si es etnografía o no... como dicen Serna y Pons (2012): “admitido”. Pero, ¿cuándo la realidad desborda el entendimiento, y no hay tiempo ni cabeza para las discusiones meramente teóricas? Pues construyo marcos teóricos parecidos “a la dueña”: un sancocho de ciencias campesinas, ciencias “duras” y ciencias sociales. Si me lo permiten, la esencia está en la mezcla.

De ahí que hablar de tradición, identidad o cultura, esa triada clásica de los debates antropológicos enmarcados en los proyectos de nación neoliberales, no sea coherente con la existencia misma. Los historiadores atacan a los historiadores por usar a la etnografía como método. ¿Será que los historiadores saben que el debate antropológico por definir “cultura” no está saldado? A qué voy con todo esto: a que me parece que más allá de los debates disciplinares acerca de los métodos y los objetos, hay que “tomar lo que sirve y soltar lo que no sirve”, como dice doña Gladys Mayordomo de la Vereda de Fátima, “soltar amarras”.

Amé de la historia cultural los aportes metodológicos de Robert Darnton (1984). No me interesa de la historia cultural si el tipo difiere de Bourdieu o Chartier en su noción de símbolo. Se cuestionó en su momento qué es “lo francés” ... pues acá como que nadie sabe que es “lo colombiano”, ¿entonces para qué desgastarse en “esencialismos”? El debate por la “identidad” y la “tradición” es de orden político. Es necesario porque construye marcos de referencia para la toma de decisiones públicas. Sin embargo, dada la libertad que me permite el trabajo de grado, prefiero omitir debates disciplinares antropológicos e históricos, y darme el gusto de construir mi marco teórico según mis necesidades espirituales, filosóficas y de investigación.

Toda esta carreta, para llegar al punto. Soy una antropóloga inmersa en ámbitos de investigación históricos. De la antropología, me interesa la discusión sobre cultura/naturaleza o ambiente/sociedad; no el debate para definir cultura. De la historia, me interesa la posibilidad de entender un mundo, ese que tuvo lugar hace cien años. Me interesa entender los procesos y cómo las epistemes circulan, chocan, cambian, se mantienen y reaparecen en tiempos distintos. Todo esto, para poder desmarañar mi delirio académico: “el espacio”.

¿Por qué el espacio?

Porque parece una Guaca. Según Henri Lefebvre (1974), el espacio es resultado de la acción social, de las prácticas, las relaciones, las experiencias sociales, pero a su vez es parte de ellas. Es soporte, pero también es campo de acción. No hay relaciones sociales sin espacio, de igual modo que no hay espacio sin relaciones sociales. El espacio debe considerarse como un producto que se compone, que se utiliza, pero que no es como los otros objetos producidos, ya que el mismo interviene en su producción (Lefebvre, 1974)

El espacio organiza la propiedad, el trabajo, las redes de cambio. Los flujos de materias primas y energías que lo configuran y que a su vez quedan determinadas por él (Lefebvre, 1974). Cada sociedad produce su espacio, pero cada espacio produce una sociedad. El espacio es una guaca, es contenedor, pero se contiene a él mismo. Sin caer en determinismos geográficos, considero que, de las cualidades de los espacios, las cualidades de las ideas. Pero también, de las cualidades de las ideas, los cambios en el espacio. En últimas, la producción social del espacio.

Si se lee con atención, verán que mi “receta” es un círculo vicioso. No puedo entender la relación entre cultura y naturaleza desde el ámbito meramente teórico: necesito aterrizarlo.

¿Cómo?

Entendiendo la relación entre la gente de agua y montaña, de la Santa Fe en la transición entre el siglo XIX y el siglo XX, con el entorno; para entender esa relación, es necesario que mi marco teórico desentrañe apuestas metodológicas propias de la disciplina histórica; pero para que esa aproximación tenga lugar, necesito un espacio, ubicarla. Y no puedo entender ese espacio sin entender la relación entre la gente y entorno...no hay prioridad, todo es necesario. Esto no se trata de “electrochoques culturales”, tampoco de un indicio. Se llama intuición. Sí, intuición, esa que no tiene explicaciones académicas, pero sí filosóficas.

Del giro historiográfico, me interesa eso: el giro. Muy pertinente la crítica de Robert Darnton (1984) a la historia de las mentalidades: me interesan las lavanderas, pero no me interesa “socio - profesionalizarlas” para escribir sobre sus generalidades, sino más bien indagar por ellas, por su relación con el río y su relación entre ellas y las otras personas: sus hijos, mamás, vecinos, tal vez vecinos traficantes de licor artesanal. O su esposo, el carpintero

del barrio que, además, sospecho, pudo ser parte del ejército de Cafuches que hacían posible la producción y tráfico de licor artesanal. ¿O qué tal las aguateras? Que compartían chorro de agua con algunas lavanderas, pero que, además, se emborrachaban con el licor artesanal de producción ilegal. Y cada uno de ellos en estrecha relación con los obreros del Complejo Industrial de San Diego... me interesan entonces los oficios por la relación entre ellos y el detalle del manejo que le dan al espacio dependiendo de su oficio. No me interesa contar “la verdad” sobre las lavanderas del río San Francisco o sobre los carpinteros de los barrios del Paseo Bolívar. Me interesa que Bogotá se piense e imagine, también, desde ellos.

Del giro historiográfico, también me parece más que pertinente el aporte de la microhistoria. Mi fascinación es por los sujetos. Y más cuando son sujetos particulares a su contexto, tiempo, y demás... no le apuesto a comparar a Menocchio<sup>4</sup> con mi abuelo o con Papá Fidel, más bien me interesa intentarlo... quiero dar el detalle, describir cómo este par de personajes entienden y representan el espacio. Cómo leen y construyen sus mundos.

Las dos apuestas a su vez me permiten pensar en el concepto de subalternidad de Antonio Gramsci (1975). Cuando empecé a indagar sobre el cambio de paradigma para abastecimiento de aguas que vivió la ciudad en las primeras décadas del siglo XX, de entrada y sin mayor argumento teórico, afirmé que no me interesaba ver las relaciones de poder como el eje u objeto de mi investigación. Luego, mientras me adentraba más en las obras modernas, la política pública y las decisiones oficiales -en últimas el cuerpo del tercer capítulo de mi trabajo de grado: la macrohistoria-, empecé a ver necesaria esta perspectiva. Ahora, y teniendo en cuenta la idea de subalternidad de Antonio Gramsci (1975), puedo entender las relaciones de poder de manera dialéctica, y si se quiere, cíclica, aprehensión que me parece más de orden filosófico que ideológico, cualidad que...me encanta por su complejidad sistémica.

Luego, me di cuenta que Carlo Ginzburg es “gramsciano”, y que compartimos la percepción sobre la subalternidad de Gramsci.

La mala conciencia del colonialismo se cierra de este modo con la mala conciencia de la opresión de clase (Ginzburg, 2001, pág. 11).

---

<sup>4</sup> Ver el Queso y los Gusanos (Ginzburg, 2001)

Esta afirmación de Ginzburg, es producto del análisis sobre los estudios de la “cultura subalterna”; llega entonces a una conclusión. El problema es que se hacen estudios desde una noción aristocrática de la cultura; de ahí que todo lo relacionado con el conocimiento subalterno, se asocie a ideas desordenadas y no civilizadas. Que a “los otros” no se les describa por su conocimiento y forma de representar el mundo, sino como folclore.

La subalternidad entonces, permite nombrar a quienes no siempre han tenido acceso a la escritura y sobre los que poco se ha escrito; entenderles, en el marco de una relación de poder con las hegemonías. Relación que no determina ni a las hegemonías ni a las subalternidades, sino que más bien, constituye una circularidad histórica en la que se transmiten ideas, conocimientos, paradigmas, y en últimas, epistemes. Procesos que constituyen matrices epistemológicas.

Robert Darnton (1987) en los Cuentos de Mamá Oca, expone la clara evidencia de cómo la historia cultural representada en los cuentos, circula a través del tiempo sin discriminar clases sociales. En el caso concreto, se narra la relación entre las “nanas” y los niños aristócratas que están a su cuidado ¿Quién educa a los niños de las clases altas? Los sirvientes ... esto me recuerda la relación entre Escarlata O ‘Hará y su Mamita. En últimas, Escarlata asume la vida con tal talante, que parece que, en vez de haber sido producto de una plantación algodonera con todas las formas propias de los hacendados del sur de los Estados Unidos, hubiese pasado una niñez llena de trabajos serviles y que permitieran esa postura. Pero no, Escarlata fue criada como una niña hacendada y cuando la vida lo exigió, usó las enseñanzas de su Mamita esclava para enfrentarse a una vida que escapaba a la comodidad hacendaria.

La matriz epistemológica que estaba circulando en la transición del siglo XIX al siglo XX en Bogotá, está construida por paradigmas de larguísima duración como los que surgían de la relación entre los locales (previa llegada de los ibéricos) y el espacio, pero también, por las ideas que devienen del Corpus Hipocrático y de la Teoría de los Humores en la Grecia Antigua. En esa matriz también estaban latentes los elementos que incorporaron los Hidalgos sobre los manejos del espacio en el sur de la península ibérica, y las nuevas ideas ilustradas y racionales de “la Hybris del Punto Cero” de José Celestino Mutis e Immanuel Kant. Los dispositivos para hacer intervenciones y ordenar el espacio, estaban permeados por varios

paradigmas, y la gente del “pueblo raso”, como dice mi abuelito, también tenía cosmos hechos de muchos retazos de ideas y lógicas. Si el proyecto hegemónico de nación disputado entre liberales y conservadores no era claro, menos proyecto había entre los subalternos.

Había mucho conocimiento, o lo que Víctor Toledo (1990) describe como ciencias campesinas. Un conocimiento alimentado por las décadas y décadas de “desarrollo socio – ecológico” de la gente que habitaba el altiplano en su intersección con las faldas de los cerros Aguanoso, Guadalupe y Monserrate. Esa relación de larga duración entre los actores humanos y los no humanos es fundamental para entender las características del espacio, en el que se estaba desarrollando aquella matriz epistemológica. Como dice Ángel Maya (1996) la historia no solo se hace, sino que se piensa. El hombre no actúa independientemente de su teoría, es decir, de su mirada lógica o de su visión ideológica. La construcción de teorías precede o acompaña la construcción de los instrumentos de trabajo (Ángel Maya, 1996). De esa manera la bisagra entre el siglo XIX y el siglo XX no puede entenderse sin tener en cuenta la relación: humano – ideas – ecología. La bisagra a la que me refiero es la que surge de la transición entre la aldea colonial heredada del siglo XIX y la formación de una ciudad de condición más o menos “moderna” en el siglo XX.

La ciudad “moderna” es expresada en este trabajo a través de los hechos concretos de la temporalidad definida. Sin embargo, la “modernidad” como concepto es también objeto de detalle, máxime, hace parte de uno de los paradigmas que compone la matriz epistemológica de la que tanto he hablado. Para Berman Marshall (2001) “ser modernos” es encontrarnos en un entorno que nos promete poder, aventuras, alegría, crecimiento, transformación de nosotros y del mundo, y que, al mismo tiempo, amenaza con destruir todo lo que tenemos, todo lo que sabemos, todo lo que somos. Los entornos y las experiencias modernos atraviesan todas las fronteras de la geografía y la etnia, de la clase y la nacionalidad, de la religión y la ideología: se puede decir que, en ese sentido, la modernidad une a toda la humanidad. Pero es una unidad paradójica, la unidad de la desunión: nos arroja a todos en una vorágine de perpetua desintegración y renovación, de lucha y contradicción, de ambigüedad y angustia (Marshall, 2001, pág. 3).

Continúa Marshall (2001) afirmando que, la vorágine de la vida moderna ha sido alimentada por muchas fuentes: los grandes descubrimientos en las ciencias físicas, que han

cambiado nuestras imágenes del universo y nuestro lugar en él, la industrialización de la producción, que transforma el conocimiento científico en tecnología, crea nuevos entornos y destruye los antiguos, acelera el ritmo general de la vida, genera nuevas formas de poder colectivo y de lucha de clases; las inmensas alteraciones demográficas, que han separado a millones de personas de su hábitat ancestral, lanzándolas a nuevas vidas a través de medio mundo; el crecimiento urbano, rápido y a menudo caótico ... y finalmente, conduciendo y manteniendo a todas estas personas e instituciones, un mercado capitalista mundial siempre en expansión y drásticamente fluctuante (Marshall, 2001, pág. 4).

En ese contexto se generan en lo local dispositivos de intervención del espacio, que venían pensándose desde las reformas sanitarias borbónicas, pero que se hicieron por fin materiales y concretos a través de cambios en los marcos jurídico normativos y en obras de infraestructura en las primeras cuatro décadas del siglo XX. Esa lectura que hicieron sobre el espacio los coetáneos de mis bisabuelos y de Gramsci, no puede entenderse sin antes entender el estado ambiental, es decir, las características físicas de ese espacio que intervinieron. Esas características, al igual que la matriz epistemológica de ese tiempo, fueron producto de procesos históricos ambientales y culturales; de esta afirmación surge mi intención de complementar a la historia cultural de Santafé con la historia ambiental de ese lago pleistoceno que fue la Sabana en algún momento de la historia geológica. Esa dupla en concreto produce la historia sociocultural de la Bogotá de agua y montaña de inicios de siglo XX.

La Historia Ambiental tiene como componentes principales la relación entre historia y geografía (aporte de los Annales) y la ecología (Gallini, *Invitación a la Historia Ambiental*, 2005). Según Gallini (2005), la literatura histórico-ambiental, está ramificada en por lo menos tres direcciones<sup>5</sup>: la primera, se refiere al estudio de las interacciones de determinadas

---

5 La autora hace esta afirmación teniendo en cuenta una revisión de la literatura mencionada y que puede consultarse en “los trabajos pioneros” de: William Cronon, Carolyn Merchant, Alfred Crosby, John McNeill, Donald Hughes, Donald Worster, Warren Dean, Joan Martínez Alier, González de Molina, Piero Bevilacqua, Christian Pfister, Richard Grove, P. Brimblecombe, entre otros (Gallini, *Invitación a la Historia Ambiental*, 2005).



sociedades humanas con ecosistemas particulares y en continuo cambio (pág. 5); la segunda, apunta a investigar

Las variantes nociones culturales de la relación hombre-naturaleza, es decir, las ideas que distintas sociedades han tenido de la naturaleza. El tema, cuyas fuentes se encuentran entre las múltiples formas de la producción cultural - de la iconografía a la cartografía, de la filosofía a las conmemoraciones públicas y a la literatura - es de gran relevancia, ya que la forma en que las sociedades conciben la naturaleza informa continuamente sus actuaciones con respecto al medio ambiente. Considérese, por ejemplo, la concreta influencia de la idea que distintas sociedades mantienen de qué parte de la naturaleza consideran “recursos naturales” (pág. 2).

La tercera, abarca la política ambiental, entendida como ciencia de lo político referido al medio ambiente (2005, pág. 4). En este punto es preciso recordar la densa, aunque geográficamente heterogénea literatura acerca de la historia de los parques y reservas naturales, como expresión de políticas conservacionistas (pág. 4).

La segunda “ramificación” es la que considero más pertinente para mis intereses de investigación. Aunque las dos cualidades transversales a la “literatura histórico-ambiental” sean, por un lado, el aporte de los Annales (relación tiempo – geografía) y, por otra parte, la integración de la dimensión ecológica en los análisis de larga duración, estas tres dimensiones: tiempo – geografía – ecología, son de mi interés en tanto se lean en relación a la producción cultural asociada a la larga duración de los procesos ecológicos<sup>6</sup>.

En ese sentido la historia ambiental intenta profundizar nuestro entendimiento de cómo los humanos han sido afectados por el medio ambiente a través del tiempo y, a la vez, cómo ellos han afectado al medio ambiente y con qué resultados (pág. 4). Afirma Gallini (2005) que el esfuerzo para los historiadores ambientales consiste en buscar lo universal en

---

<sup>6</sup> Las matrices culturales y metodológicas usadas por la Historia Ambiental, son producto de la escuela de Los Annales, específicamente de Fernand Braudel. Acá, “la larga duración se explica a través de un hilo conductor: la relación entre el hombre y la geografía. Esta relación sería la que condicionaría los procesos económicos, y luego políticos, de los procesos humanos, o como él les llamaría “la civilización”” (pág. 6). Sin embargo, para la Historia Ambiental “no basta la relación tiempo-geografía, de ahí que los que se empeñan en impulsar esta corriente, hayan visto la necesidad de incluir a la ecología como vía de acceso para entender al *tiempo* y a la *geografía*, en relación constante y mutuamente condicionante, con los ecosistemas” (pág. 6).

lo particular, desvelar la relación de las sociedades con los ecosistemas a partir de las microhistorias (pág. 8) y en este punto hace una relación con la microhistoria italiana, en dónde apunta a los aportes metodológicos de las aproximaciones “micro” a partir de ejemplos como: la microhistoria de la contaminación del arroyo por la fábrica y, o en la del agotamiento del área marina por la sobreexplotación de la pesquería (pág. 8). Al concluir se pregunta:

¿Por qué es tan necesario llegar a reconstruir un cuadro verosímil de las condiciones del medio ambiente antes o en el momento mismo en el que tuvo lugar el fenómeno<sup>7</sup> objeto de estudio?

La respuesta, dice ella, puede aprehenderse en la misma historiografía ambiental y en la originalidad de sus resultados (pág. 9)

### **¿Por qué la ecología?**

La ecología ha proporcionado sobre todo un concepto fundamental, que según Gallini (2005) obliga a un replanteamiento radical de la posición del hombre en la historia y en la tierra: el de *ecosistema*. El término ecosistema, permite el uso de modelos de explicación desarrollados por la teoría general de los sistemas para comprender el proceso complejo de la vida (Peter Sieferle En: Gallini, 2002, 3).

Al respecto, Alf Hornborg<sup>8</sup> (2001) apunta que los estudios recientes<sup>9</sup> en ciencia cognitiva (Maturana & Varela, 1987) permiten atenuar la distinción entre intensión humana y otras formas de direccionalidad sistémica en sistemas vivientes. Para ello afirma que

La definición pragmática de “conocimiento” de Maturana y Varela, *no supone una internalización del medio ambiente sino un comportamiento efectivo o adecuado en*

---

<sup>7</sup> “Sea este el comienzo de una nueva fase económica, la decadencia demográfica de una ciudad, la pérdida de poder de algún señorío local, la recepción de nuevas técnicas y saberes científicos” (pág. 8).

<sup>8</sup> Desde la ecología política, Alf Hornborg (2001) expresa la pertinencia de hacer uso de la teoría propuesta por Maturana y Varela (1987), en el marco de un cambio de paradigma que se estaba gestando desde los años 60’s en el mundo académico y en el mundo de los movimientos sociales: *hacer política desde una postura que integrara a la economía política, las necesidades de la ecología política.*

<sup>9</sup> Años 90’s.

*un contexto determinado*. En pocas palabras, concluyen los autores: vivir es conocer (Hornborg, 2001, pág. 65).

Hornborg (2001) relaciona esta afirmación, con el análisis que Rappaport (1967) hace respecto de la tensión, que estaba activa en su contexto, entre sustentabilidad y ciencia moderna: adaptación en contraste de la mala adaptación. Cita Hornborg (2001) a Rappaport (1967) para afirmar que, con la pérdida de la autosuficiencia local, hay una pérdida de capacidad homeostática<sup>10</sup>. Este último identifica el dinero multipropósito como una de las principales causas de esas tendencias mal-adaptativas:

Los términos económicos en que se expresan los valores de referencia “pueden ser extraños e inapropiados para los sistemas que se están regulando” (Rappaport (1968) en: (Hornborg, 2001, pág. 65)).

Otra fuente de mal-adaptación, según Rappaport, y que está estructuralmente relacionada con la anterior, es el objetivismo de la ciencia moderna, que según el autor constituye un modo de construcción de conocimiento que deifica los hechos y destruye sistemáticamente los significados. Afirma el autor que

El conocimiento nunca puede reemplazar al respeto como principio guía en nuestra relaciones ecosistémicas, es adaptativo que los modelos basados en el conocimiento generen respeto por lo que es desconocido, imprescindible o incontrolable, así como codifiquen conocimiento empírico (...) la racionalidad descontextualizada de la ciencia o del mercado mundial es inadecuada para la tarea de obtener una subsistencia sustentable de ecosistemas locales (Rappaport (1968) en: (pág. 65).

Entonces, desde las posturas de la historia ambiental, y luego, de la ecología política, se afirma que la adaptación es fundamental para el equilibrio entre los ecosistemas y las prácticas culturales. El desafío más relevante de la historia ambiental, según Gallini (2005) es un cambio de punto de vista: del antropocentrismo al concepto de ecosistema, afirmación

---

<sup>10</sup> Homeostasis hace referencia a la propiedad de los organismos vivos que consiste en su capacidad de mantener una condición interna estable compensando los cambios en su entorno mediante el intercambio regulado de materia y energía con el exterior (metabolismo). Se trata de una forma de equilibrio dinámico que se hace posible gracias a una red de sistemas de control realimentados que constituyen los mecanismos de autorregulación de los seres vivos. Ejemplos de homeostasis son la regulación de la temperatura y el balance entre acidez y alcalinidad (pH) (Biology-Innovation, N/A).

que cabe y es sustento de los cambios de paradigmas y de posiciones a los que nos llama la ecología política.

Ahora, como se trata de un ejercicio de larga duración, cabe anotar que el complemento de la historia ambiental, es la ecología histórica. Hablo de ecología histórica para hacer una diferenciación en términos temporales: la ecología histórica me sirve para hablar de la historia ambiental que es previa al encuentro<sup>11</sup>; y la historia ambiental, me sirve como marco interpretativo para el análisis de las investigaciones que dan cuenta de los procesos después del encuentro. Ambas corrientes consideran la interacción entre sociedad y ambiente y lo hacen desde distintas escalas de análisis espacio-temporales que vinculan

Tanto al pasado arqueológico e histórico, como el presente etnográfico, hacia el entendimiento y toma de decisiones sobre problemas socioculturales y ambientales actuales (López C. & Ospina R., 2008, pág. 7).

La ecología histórica entonces “traza” los lineamientos para entender las relaciones dialécticas que existen entre los actos humanos y los actos de la naturaleza que quedan manifiestos en el paisaje (Crumley 1994 en: (pág. 7)).

De esa manera, el lector tiene en sus manos un texto que se divide en cuatro capítulos. El primero de ellos, expresa la Historia de la Tierra y el Agua como nicho ecológico de la posterior ciudad de Santafé. Su contenido se constituye de fuentes de segunda mano, pero también de la experiencia empírica de “andar la montaña”. Mis aproximaciones a los cerros de Bogotá y sus páramos circundantes, me permitieron escribir sobre las cualidades físicas de la ciudad, y los libros, me permitieron darle profundidad a aquella explicación.

Como se trata de la larga duración de este asentamiento, el segundo capítulo hace un recorrido muy general que va desde los poblamientos paleo – indígenas hasta la ciudad de principios de siglo XIX. Este capítulo es fundamental para aprender el primer quiebre profundo en términos de la relación ecología – humanidad. Se trata del cambio en el patrón de poblamiento de la zona; de un poblamiento disperso y acorde al ciclo hidrológico de la Sabana, se pasa a un poblamiento concentrado y con una relación más distante respecto del mismo ciclo hidrológico. Para mitad del siglo XIX Bogotá era un “nicho anti sanitario”, lleno

---

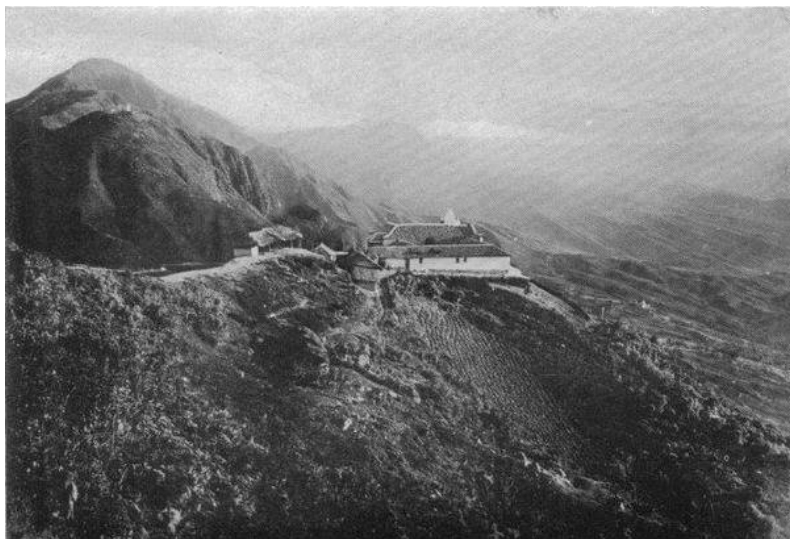
<sup>11</sup> Con “encuentro” me refiero a la llegada de los ibéricos a las Américas.

de infecciones y con altos problemas de salud e higiene, pese a la calidad y cantidad que discurrían de los páramos que le circundan y los humedales que aún se mantenían extensos y con resiliencia positiva.

El tercer capítulo constituye la historia “macro” de la transición entre el siglo XIX y el siglo XX. Si los capítulos anteriores constituyen el contexto histórico de la temporalidad que decidí analizar en esta investigación, el tercer capítulo constituye el contexto en términos de la mediana duración. El cuarto capítulo en ese sentido, es el complemento de este tercer capítulo. Su cuerpo es la historia “micro” de una Bogotá que estaba viviendo lentos pero profundos cambios. El cuarto capítulo es la historia de Bogotá contada a través de la existencia de esos sujetos subalternos que tanto preocuparon a Gramsci en la segunda y tercera década del siglo XX, una historia que expresa formas de relación con el espacio de agua y montaña que aún caracterizaba a la ciudad. Es la historia de mi ser, una narrativa que explica por qué todos los días siento un delirio más amplio por el majestuoso Aguanoso.

## 1. La historia del agua y la tierra: el “núcleo ecológico” de Santafé.

“Dicen por ahí, que al otro lado de la mar océano, la obertura fue más tenebrosa. Pero aquí, en un principio, todo era como dice la célebre cumbia: “playa, brisa y mar”; un brazo de mar conocido como el geosinclinal de Bolívar. De las playas bogotanas del Oligoceno, hace más de 40 millones de años, quedan grandes formaciones de rocas areniscas con huellas y fósiles de ostras y gusanos marinos, muchas de las cuales se convirtieron en canteras y “arena de peña” para la construcción de una ciudad “2600 metros más cerca de las estrellas”” (Camargo, N/A)<sup>12</sup>.



*Ilustración 3:* Cerros Tutelares de Bogotá. En el centro aparece Monserrate, en la margen superior izquierda el Aguanoso y al fondo, el valle del Tunjuelo (Sin fuente)

Pasar del *antropocentrismo* a la perspectiva de *los ecosistemas*, implica entender que una investigación de carácter social, no puede explicarse sin antes entender el ámbito de relaciones en el que se mueven los fenómenos que son objeto de interés del investigador.

---

<sup>12</sup> Cita de Germán Camargo en un texto inédito.

Para entender la producción social del espacio en cualquier temporalidad, es preciso conocer las cualidades y características del espacio que se produce socialmente.

Este capítulo apunta a dar el detalle de las cualidades del espacio en el que se emplazaría Santafé en el siglo XVI. Espacio que 13 mil años antes del presente, ya se estaba produciendo socialmente, claro, con marcadas diferencias, pues como dice German Camargo (N/A), el espinazo del cuchuco era de mastodonte y no de marrano. Ese mismo espacio en el que a finales de siglo XIX había una “crisis sanitaria”, escases de agua y “caos”, y que para nuestros días parece más un espacio de cemento que de agua.

Para entender las transformaciones es necesario entender primero las cualidades. Veamos.

### **1.1. Los tiempos geológicos del agua y la montaña:**

La Sabana de Bogotá fue un lago en el pleistoceno. Según Roberto Lleras Pérez (2015), después de la elevación de la cordillera oriental “queda esta gran cuenca que se llena de agua”; tenía una extensión considerable y una profundidad bastante grande que en algunos sectores alcanzaba hasta 600 metros de profundidad. Este lago se fue sedimentando a lo largo de dos millones de años y para la época en que llegan los españoles aquí, en 1538, en la zona plana de la sabana, todavía había muchas zonas pantanosas y lagunas (Lleras Perez, 2015).

Juan Camilo Rodríguez (2003) afirma que este lago, desde la toponimia local era nombrado como “lago Funzé”:

La actual sabana de Bogotá fue asiento de ese profundo lago Funzé, o lago de Bogotá, que empezó a drenarse hace treinta o cuarenta mil años dejando numerosos lagos andinos de menor tamaño. En esta región, por lo menos hace doce mil años, habitaba ya una cultura humana, la del llamado “Hombre del Tequendama” (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 37).

El paisaje lacustre fue por milenios el rasgo característico de la actual altiplanicie. Afirma Juan Camilo Rodríguez (2003), que en los tiempos de asiento de lo que han llamado “los muisca”, el suelo del altiplano no se veía como se ve hoy, no había sabanas ni valles esmaltados en gramíneas, sino grandes lagunas solitarias, encerradas entre cerros, con tal cual isla cubierta de bosque, refugio de los venados (pág. 37).

Las excavaciones arqueológicas hechas por Gonzalo Correal, Thomas Van der Hammen y J. C. Lerman en la Hacienda El Abra<sup>13</sup> en 1967 y 1969, son la fuente principal de información relativa a un período de unos 50.000 años. En uno de sus informes sobre la *ecología y la tecnología de los abrigos rocosos del Valle del Abra*, exponen el detalle de la geografía de la “llamada” Sabana de Bogotá que está situada en la Cordillera Oriental y que

Forma una hoya cerrada casi completamente, a excepción del drenaje por el río Bogotá, pero rodeada por montañas en todas las direcciones. La elevación del valle principal oscila entre los 2.225 y 2.600 metros (Correal Urrego, Van der Hammen, & Hurt, 1977, pág. 77).

Durante el período pleistoceno, la sabana formaba la cuenca de un lago que fue desaguado hace unos 40.000 – 32.000 años como resultado del corte efectuado por el río Bogotá. Las lagunas y ciénagas de entonces permanecieron a sus niveles primitivos, variando según la cantidad de agua disponible (pág. 77).

Según Marta Herrera (2008) el relieve y el clima de Cundinamarca, son producto temporal de permanentes transformaciones que no cesan de operarse.

Cien millones de años atrás, cuando América del Sur y África se encontraban todavía unidas, el área del actual altiplano de Bogotá y sus alrededores se encontraban bajo el mar (Herrera, 2008, pág. 6).

Paulatinamente algunas otras formas empezaron a emerger, y aproximadamente hace siete millones de años, se inició el levantamiento principal de la cordillera de los Andes (pág. 6). La altura de las elevaciones montañosas ha definido en el tiempo, y matiza hoy, la intensidad de las precipitaciones. La parte norte la cordillera de los Andes, en la que estamos localizados, se caracteriza por su multiplicidad de climas y microclimas, cualidad que se explica por las diferentes elevaciones que componen la cordillera (pág. 6).

Los estudios de polen, hechos por Van der Hammen, permitieron establecer que

durante la penúltima glaciación, la Riss I, que comenzó hace 200.000 años y terminó hace 140.000 años aproximadamente, el límite del bosque estuvo alrededor de 1.500 metros más debajo de lo que se encuentra actualmente (Van der Hammen; González (sin año) en: (pág. 7).

---

<sup>13</sup> Zipaquirá.



En esta época los páramos y las nieves perpetuas rodeaban el altiplano de Bogotá, que por entonces era un lago; “solo las partes bajas del occidente y del oriente del Departamento estaban cubiertas de bosques” (pág. 7). Al respecto, Germán Camargo, en un texto inédito, afirma que los Cerros Orientales, desde su surgimiento hace cincuenta millones de años, han estado cubiertos por distintos ecosistemas. En ellos evolucionaron los primeros páramos y a través de los períodos glaciares se sucedieron sobre sus laderas infinidad de plantas, animales y escenarios distintos (Camargo, N/A).

En los períodos fríos los pajonales y frailejones cubrieron todas sus laderas hasta los bordes de la gran laguna que cubría a la sabana. En los períodos cálidos, se desarrollaron los distintos tipos de bosque altoandino, desde los primitivos de raques y arrayanes hasta los relativamente modernos de alisos y encenillos. Al final del periodo glacial hubo un tiempo en que sus cimas (entonces 300 metros más altas y mucho más escarpadas) estuvieron cubiertas por nieves perpetuas que descendían en lenguas de hielo hasta las laderas donde se formaba un vasto robledal, a cuyos pies se extendía aún azul la inmensa laguna de Bogotá, en la que Suba y los otros Cerros de Subachoque y Cota sobresalían como islas y penínsulas (Camargo, N/A).

Las referencias anteriores a la historia de la tierra y del agua de la ecología relativa al lugar en donde se emplazaría la ciudad, tienen el propósito de exponer al lector las cualidades históricas de la geografía que sustenta la vida humana y no humana de Santafé. No se trata de desbordar en conceptos sin sentido, sino más bien de dar el detalle de la composición de la ecología que permitió los poblamientos tempranos, la vida “Muisca” y la creación y reproducción de Santafé, para que desde la larga duración se establezca la relación: *tiempo – geografía – ecología – producción social del espacio*.

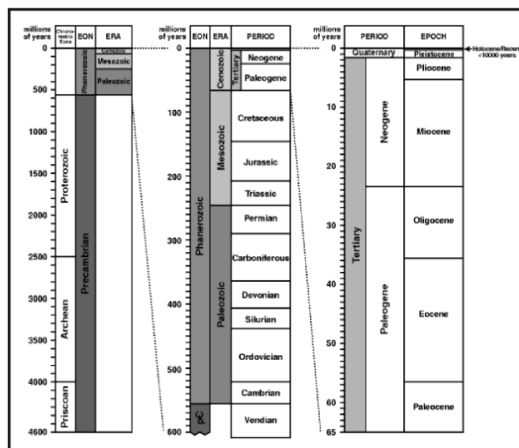


Ilustración 4: Escala de Tiempo Geológico (Navas Camacho, N/A)

La imagen No. 4 permite ubicar en *el tiempo* la descripción geomorfológica que los autores que usé, hacen de la ecología y geografía del altiplano. Entender la escala de tiempo geológica, permite ubicar nuestro diminuto tamaño en *tiempo* y *espacio* en relación a la historia de la tierra y del agua. Para exponer los tiempos que son de mi interés, hice una matriz que sintetiza la información que nos convoca<sup>14</sup>.

<sup>14</sup> El lector podrá ubicar nuestros tiempos y escalas de influencia, en la esquina más pequeña de la “escala de tiempo geológico” que expone la imagen No. 4.

Tabla 1: Línea del tiempo, relación entre la emergencia de la cordillera de los Andes y los poblamientos tempranos en el Holoceno. Elaboración propia.

Era Geológica	Entre el Mesozoico y Cenozoico	Cenozoico			Cuaternario			
Período Geológico	Entre el Cretáceo (del Mesozoico) y el Paleógeno (del Cenozoico)	El Paleógeno de la Era Terciaria		El Neógeno de la Era Terciaria				
	Entre el Mesozoico y Cenozoico	Eoceno	Oligoceno	Mioceno	Entre el Plioceno y el Pleistoceno	Pleistoceno		Holoceno
Ubicación en el Tiempo	100 millones de años atrás	50 millones de años atrás	30 millones de años atrás	7 millones de años atrás	200.000 - 140.000 años atrás: Riss I, la penúltima glaciación	40.000 - 32.000 años atrás	16.000 años atrás	10.000 años atrás
Descripción	América del sur y África estaban unidas	Surgimiento de los Cerros Orientales	Geosinclinal de Bolívar "las playas bogotanas del Oligoceno"	Inició el levantamiento o principal de la cordillera de los Andes, junto con otras cadenas montañosas tales como los Himalaya, Pirineos y Alpes	El límite del bosque estuvo alrededor de 1.500 metros más debajo de lo que se encuentra actualmente. Los páramos y las nieves perpetuas rodeaban el altiplano de Bogotá, que por entonces era un lago	Proceso de desagüe del lago Pleistoceno, lago de "Funzé" o lago Bogotá	Pubenza (Ver línea de tiempo poblamiento temprano)	(Ver línea de tiempo poblamiento temprano)
	El altiplano estaba bajo el mar							

## 1.2. La conectividad: Cualidad que permanece en la larga duración:

La Historia de la Tierra y del Agua del lugar en donde sería emplazada Santafé en el siglo XVI, constituye en sí la esencia y las cualidades que permiten en la actualidad que la ecología del altiplano siga desenvolviéndose en *tiempo y espacio*. Hace 200.000 años, hace 13.000 años, hace 5.000 años, hace 500 años y hoy, el altiplano no puede ni ha podido desconectarse de los ecosistemas asociados que le rodean y sustentan. Como bien lo expresan las descripciones históricas de la relación Tierra - Agua, la formación del espacio en el que

tiene lugar Santafé, ha estado sujeta a cambios geológicos, que hacen de este espacio, una dimensión de naturaleza cambiante. De toda esta información, y de mi aproximación empírica a la Bogotá de agua y montaña, puedo concluir que el altiplano, es un escalón, dentro de una escalera de agua, en donde la parte más alta de la escalera está ocupada por el Páramo, ecosistema fundamental para el ciclo hidrológico<sup>15</sup> (Guhl Nimtz, 2015, pág. 150) del que dependen los ecosistemas ubicados en la parte intermedia y más baja de la misma escalera. Haré uso de un par imágenes para graficar mi argumento (Ilustración 15).



Ilustración 5<sup>16</sup>: Los Cerros Orientales de Bogotá (Camargo, N/A)

**Las líneas verdes**, son la “delimitación” de lo que se consideran los Cerros Tutelares<sup>17</sup> de la ciudad, es decir, los cerros que tenemos a la vista oriental si estamos caminando desde cualquier parte de la ciudad. Sin embargo, estos Cerros Tutelares, no están aislados. Desde la lógica de “la conectividad” (convención que explicaré más abajo), estos Cerros señalados con color verde biche, están interconectados con el Complejo de Páramos Cruz Verde-Sumapaz que, en la imagen, aparecen señalados con **la línea roja**.

En este punto cabe aclarar dos cosas: primero, poder separar con colores la imagen no fue sencillo; estamos hablando de ecosistemas que tienen una interconexión tan estrecha,

---

<sup>15</sup> “Ante todo las aguas. Aquí arriba en las altas cumbres andinas nacen las redes hidrográficas de Colombia” (Guhl Nimtz, 2015, pág. 38).

<sup>16</sup> La imagen No. 5 es una toma aérea que muestra parte de los Cerros Orientales. Me permití poner una copia de la misma, justo al lado de la original, para poder señalar las convenciones a las que quiero referirme.

<sup>17</sup> Los más conocidos son Monserrate y Guadalupe.

que se hace casi imposible hacer la división geomorfológica desde una vista panorámica. Por esta razón, el Instituto Humboldt, por ejemplo, basa la nueva delimitación<sup>18</sup> de páramos en las características biofísicas de la fauna y, sobre todo, la flora; también, es muy importante tener en cuenta las cualidades del suelo. Sin embargo, cuando se lee las competencias de cada entidad del Estado adscrita o no al Ministerio de Ambiente, se aclara que el objeto del Instituto Humboldt se basa en la clasificación desde ámbitos biológicos y químicos, y que es el IGAC (Instituto Agustín Codazzi) el encargado de generar sistemas de geo-referenciación desde ámbitos geomorfológicos. Segundo, que el Complejo de Páramos Cruz Verde-Sumapaz, constituye hoy, el páramo más grande del mundo<sup>19</sup>, teniendo en cuenta, que es nuestra ubicación intertropical en la escala global, la que permite que un gran porcentaje del agua que consumimos y usamos los colombianos, provenga de los páramos. Sólo hay páramos en los países Andinos ubicados sobre el Ecuador (Ecuador, Venezuela y Colombia).

**Las líneas amarillas** señalan lo que yo entiendo como “una estrella de agua”. Desde el Alto de la Viga, pico elevado que hace parte del Páramo de Cruz Verde y que se ve desde la ciudad (desde el occidente de “la estrella de agua”), lo que lo convierte en un Cerro Tutelar, se puede aprehender un paisaje de agua. Desde allí se observa lo que yo señalé con líneas amarillas en la foto, y que constituye las cuencas altas de muchos de los cuerpos de agua que discurren por los Cerros Orientales para bañar la Sabana de Bogotá. Es el caso del río San Cristóbal o río Fucha, el río San Francisco, el río San Agustín, el río San Juanito, el río

---

<sup>18</sup> En “Insumos para el debate sobre la delimitación del Complejo de Páramos de Cruz Verde-Sumapaz” se encuentran otras características asociadas a la delimitación y que están directamente relacionadas con las actividades humanas. Se habla de “la cultura paramuna”, de la “gestión del agua: entre cantidad y calidad”, de los “sistemas de producción agropecuaria”, de la “minería e hidrocarburos”, de la “planeación y gestión territorial”, de la “gestión social del territorio” y de “los actores y sus escenarios de diálogo” (Instituto de Investigaciones de los Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, Fondo de Adaptación del Min. Hacienda, Universidad Externado de Colombia, 2015)

<sup>19</sup> Para más detalle del funcionamiento e importancia de estos ecosistemas ver: Joaquín Molano Barrero (1998), Ernesto Guhl (1982) y Daniel Molano Cure (2014).

Arzobispo, luego Salitre o Juan Amarillo, y múltiples quebradas como la Vieja, las Delicias, Mochón del Diablo, Padre de Jesús, entre otras.



*Ilustración 6:* El Alto de la Viga visto desde la parte oriental de la estrella de agua (Camino Real Choachí-Bogotá) (Molano Cure, 2014)

**Las líneas azul aguamarina,** señalan algunos de los cañones que forman estos cuerpos de agua al discurrir por los Cerros. Señalé de norte a sur: quebrada la Vieja, quebrada Las Delicias, río Arzobispo, río San Francisco, río san Agustín (estos dos últimos se unen a la altura del Parque Tercer Milenio), río Fucha, y al fondo, señalé la cuenca del río Tunjuelito que no corresponde a esta estrella de agua. El río Tunjuelito nace en la Laguna de Teusacá en el páramo de Sumapaz.



*Ilustración 7: Cuenca alta del Tunjuelo en inmediaciones de la Laguna de Teusacá (Sierra Navarrete, Diario de campo, 2014)*

**La circunferencia azul oscuro**, señala la laguna de Teusacá: cuarta laguna coronada en el marco de las ceremonias de “correr la tierra” de los llamados “muiscas<sup>20</sup>”. La laguna de Teusacá, constituye la cuenca alta del río Teusacá; éste discurre de sur a norte por la parte

---

<sup>20</sup> Jorge Augusto Gamboa ha dedicado su trabajo a hacer un análisis riguroso y muy juicioso de las fuentes documentales de los siglos XV y XVI. Producto de esto, ha hecho varias publicaciones que aparecen como una crítica a la “versión oficial sobre la Conquista”. Al respecto de los muiscas, por ejemplo, dice: “Siguiendo con la tradición ya consagrada desde hace algunas décadas, se le da el nombre de los muiscas a los grupos de que se ocupa esta investigación. Sin embargo, persiste la duda sobre la conveniencia de considerar a todos los pueblos indígenas de las provincias de Vélez, Tunja y Santafé como pertenecientes a una misma etnia o cultura. Incluso habría que preguntarse hasta qué punto la idea de “una cultura muisca” fue una creación de los conquistadores y cronistas españoles, que impusieron unidad donde no la había o donde, por lo menos no era tan clara” (...) “Tampoco es seguro que se hablara la misma lengua en toda la región, aunque más tarde los sacerdotes doctrineros y gramáticos trataron de imponer una “lengua general” como se hizo en México y Perú” (Gamboa Mendoza, 2010, pág. 14). Para leer a Historia Colonial recomiendo la producción del autor en mención quien hace parte de la nueva corriente sobre Historia Colonial en América Latina. Ver: El Cacicazgo Muisca (2010) y Los muiscas y su incorporación a la jerarquía castellana en el siglo XVI (2016).

oriental de la estrella de agua señalada, en la parte rural de Chapinero conocida como Verjón Alto y Verjón bajo, y es uno de los afluentes del Embalse de San Rafael<sup>21</sup>.



*Ilustración 8: Laguna de Teusacá (Molano Cure, 2014)*

Esta “escalera de agua<sup>22</sup>”, tiene en cada peldaño un cuerpo de agua. Los cañones que permiten el paso del agua desde “lo alto” hacia “lo bajo”, corresponden entonces, a la parte inclinada que une peldaño a peldaño. Para hacer más clara mi exposición haré uso de una imagen creada por el Instituto Humboldt.

El movimiento ininterrumpido del agua, en todos sus estados (líquido, sólido y gaseoso) a lo largo del planeta

Tiene lugar en un dominio llamado hidrósfera, que abarca la atmósfera, la superficie terrestre, el suelo y el medio subterráneo. Sin embargo, estos ambientes físicos no son los únicos que condicionan las transformaciones del agua durante el ciclo: los seres humanos también influyen al manipularla a través de sus prácticas culturales, que en muchos casos incluyen grandes obras hidráulicas. Por eso, al reconocer la influencia de este condicionante antrópico, tiene sentido hablar de un ciclo, que más que hidrológico, es hidrosocial (Instituto Humboldt, 2016, pág. 36).

---

<sup>21</sup> El Embalse de San Rafael es la fuente de agua que surte al Acueducto de Bogotá. En su mayoría, se llena con aguas del Embalse de Chingaza. Estas obras de infraestructura constituyen las obras “más eficientes” para abastecimiento de agua de Bogotá y tienen lugar en la segunda mitad del siglo XX, motivo que no me permite ahondar en su historia.

<sup>22</sup> La información que no está citada en este apartado sobre “la escalera de agua” es producto de mis acercamientos empíricos a la Bogotá de Agua y Montaña; es decir, lo conocí caminando los Cerros y los páramos.





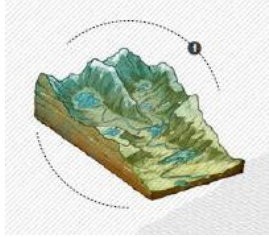
Ilustración 9: Ciclo Hidrosocial. El viaje del agua (Instituto Humboldt, 2016, pág. 36)

Por ahora, no voy a ahondar en “lo social<sup>23</sup>” de este ciclo. Me interesa de la imagen, ubicar mi analogía respecto de la “escalera de agua” y anotar que todos los peldaños, en el caso de los cuerpos de agua descritos, están clasificados como “humedales de alta montaña” (Insumos para el debate sobre la delimitación del Complejo de Páramos Cruz Verde-Sumapaz, pág. 122).

Los humedales son ecosistemas que, debido a *condiciones geomorfológicas e hidrológicas*, permiten la *acumulación de agua* temporal o permanente, y dan lugar a un *tipo característico de suelo y/o a organismos adaptados a estas condiciones* (Instituto Humboldt, 2016, pág. 14).

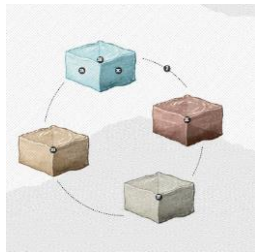
**Condiciones geomorfológicas:** “los procesos geológicos propios del interior de la Tierra, como el movimiento de placas tectónicas, generan pliegues en la superficie. Algunos de ellos favorecen la acumulación de agua. En el caso de Colombia, cabe destacar que la gran variedad de contrastes de la topografía abre un amplio espectro de formas que pueden albergar humedales” (pág. 16).

<sup>23</sup> No incluí a los humanos en la clasificación por el objeto de este subcapítulo. Sin embargo, cabe aclarar que el Instituto Humboldt, incluye las acciones sociales como elemento activo en la clasificación de ecosistemas.



*Ilustración 10:* Expresión gráfica de las condiciones geomorfológicas (pág. 16)

**Agua:** “La cantidad y forma en que el agua llega a los humedales crean condiciones hidrológicas y de pulso de inundación diferentes para cada uno de estos ecosistemas. Asimismo, las propiedades físicas y químicas del agua (Ph, cantidad de minerales y de nutrientes, entre otras) condicionan las funciones de un humedal en términos de productividad, biodiversidad y cantidad de especies que pueden subsistir en él. Tanto en los humedales costeros como en los del interior se pueden encontrar distintos tipos de agua: mientras en los primeros, según el grado de salinidad, el agua varía entre salada (A), salobre (B) y dulce (C), en los segundos, se diferencia en blanca (D), oscura (negra) (E) y transparente (clara) (F)” (pág. 16).



*Ilustración 11:* Expresión gráfica de las diferencias entre las aguas de los humedales (Colombia Anfibia, pág. 16)

**Suelos:** “La saturación de agua en suelos inundados genera propiedades físicas y químicas particulares. El exceso de humedad como resultado de encharcamiento o inundaciones, durante un tiempo sostenido, desarrolla un ambiente anaeróbico, es decir, sin oxígeno. Este tipo de suelos, llamados hidromórficos, se puede identificar a partir de propiedades como materia orgánica, color, tamaño, forma, entre otras. Así mismo, algunos

humedales pueden desarrollarse sobre otro tipo de sustrato, como el rocoso o el de sedimentos” (pág. 17).



Ilustración 12: Expresión gráfica de los tipos de suelo (Colombia Anfibia, pág. 17)

**Organismos<sup>24</sup>:** “Estos organismos presentan diferentes grados de asociación con el agua: los estrictamente acuáticos dependen de ella durante todo su ciclo de vida; otros, conocidos como semiacuáticos, pasan sólo parte de su vida dentro del agua, y a un tercer grupo pertenecen los organismos terrestres que viven en las áreas circundantes del cuerpo de agua” (pág. 17).

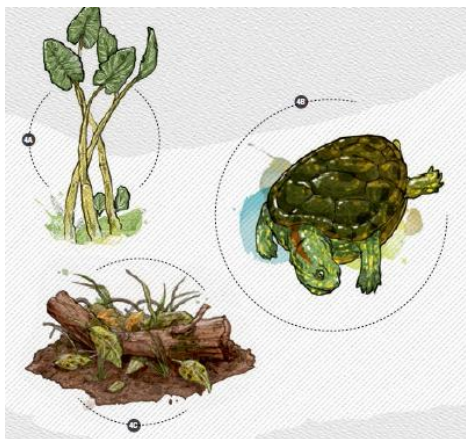


Ilustración 13: Expresión gráfica de los organismos que hacen parte de la ecología de los humedales (pág. 17)

Los humedales de alta montaña (turberas, pantanos y lagunas) pueden estar aproximadamente a 3000 metros o alturas más elevadas. “Se caracterizan, entre otros

<sup>24</sup> Productores primarios – consumidores – descomponedores → Según su ubicación en la cadena trófica.

aspectos, por tener fauna y flora adaptadas a bajas temperaturas y a evapotranspiración elevada. La vegetación dominante puede ser muy variada; las comunidades de la interfase terrestre-acuática van desde musgos hasta plantas vasculares resistentes a la descomposición” (Instituto Humboldt, 2016, pág. 122).

El “lago de Funzé” y los actuales cuerpos de agua que se ubican en los Páramos, la Estrella de Agua y la Sabana, entran dentro de la clasificación de Humedales de Alta Montaña. Su vida depende de los “valores ecológicos” de los Cerros Orientales<sup>25</sup>. Según los autores del POMCO (Plan de Ordenamiento y Manejo de los Cerros Orientales) estos valores dependen de determinados atributos estructurales y funcionales de los ecosistemas que componen los Cerros Orientales, importantes por su aporte a la riqueza y supervivencia de los mismos, así como por la prestación de servicios ambientales estratégicos (DAMA, 2001, pág. 14). El conjunto de la definición de cada uno de los atributos mencionados, da luces sobre cómo funcionan y se relacionan los ecosistemas que sustentan la vida de Santafé desde antes de su fundación hasta hoy.

**Biodiversidad:** es la variedad y la representatividad de genes, especies, comunidades biológicas, ecosistemas y paisajes, así como de saberes y prácticas asociados localmente a su manejo, en un área determinada. Está directamente ligada a la estructura ecológica por el encadenamiento de ecosistemas y comunidades (ecoclima) desde el páramo y el subpáramo y a través de las distintas franjas del bosque altoandino. Está directamente relacionada con la capacidad de autorregeneración, por la diversidad de etapas sucesionales y especies reconstructivas (pág. 15).

**Conectividad:** el tamaño, la continuidad y la proximidad entre los parches o fragmentos de los ecosistemas, lo cual permite el intercambio biológico de la biota y el mantenimiento del conjunto (pág. 15).

---

<sup>25</sup> Son en la actualidad expuestos en el diagnóstico del POMCO (Plan de Ordenamiento y Manejo de los Cerros Orientales).

**Resiliencia:** o capacidad de automantenerse y autorregenerarse de los ecosistemas, en virtud de la sucesión ecológica que es el proceso por el cual los ecosistemas se reconstruyen luego de una alteración y que les permite mantenerse en el tiempo (pág. 15).

**Regulación del ciclo hidrológico:** papel que cada ecosistema juega en la circulación regional del agua, asegurando su calidad, cantidad y regularidad (pág. 15).

**Protección edáfica:** papel de los ecosistemas naturales y coberturas vegetales en la formación y protección de los suelos y la estabilización de las geoformas (pág. 16).

**Regulación atmosférica:** la función de la cobertura vegetal, especialmente el bosque, en la regulación del clima y la depuración del aire (pág. 16).

De estos atributos, el más significativo (aunque todos son de vital importancia) para esta investigación en la *conectividad*. Es importante poder graficarla en dos sentidos:

1). La relación entre los Cerros Orientales, los páramos y al paisaje lacustre de la Sabana<sup>26</sup>. Los humedales y los ríos bañan a la Sabana y permiten la circulación de la biota tanto de flora como de fauna. Acá vuelvo a traer a Gonzalo Correal y a Thomas Van der Hammen (1977), en su descripción sobre la altiplanicie:

El valle principal ubicado entre los 2.225 y 2.700 metros sobre el nivel del mar y que forma una *cuenca casi completamente cerrada por montañas* a excepción del drenaje del río Bogotá (Correal Urrego, Van der Hammen, & Hurt, 1977, pág. 77).

2). La *conectividad* que es propia de los cursos y pulsos del agua, y que tiene que ver con “los viajes del agua” y la dinámicas laterales, longitudinales, verticales y temporales del agua en el curso de los ríos, es decir, el ciclo hidrológico.

---

<sup>26</sup> Que hoy no se aprehende como consecuencia de los procesos urbanos, y su radicalización en el siglo XX.

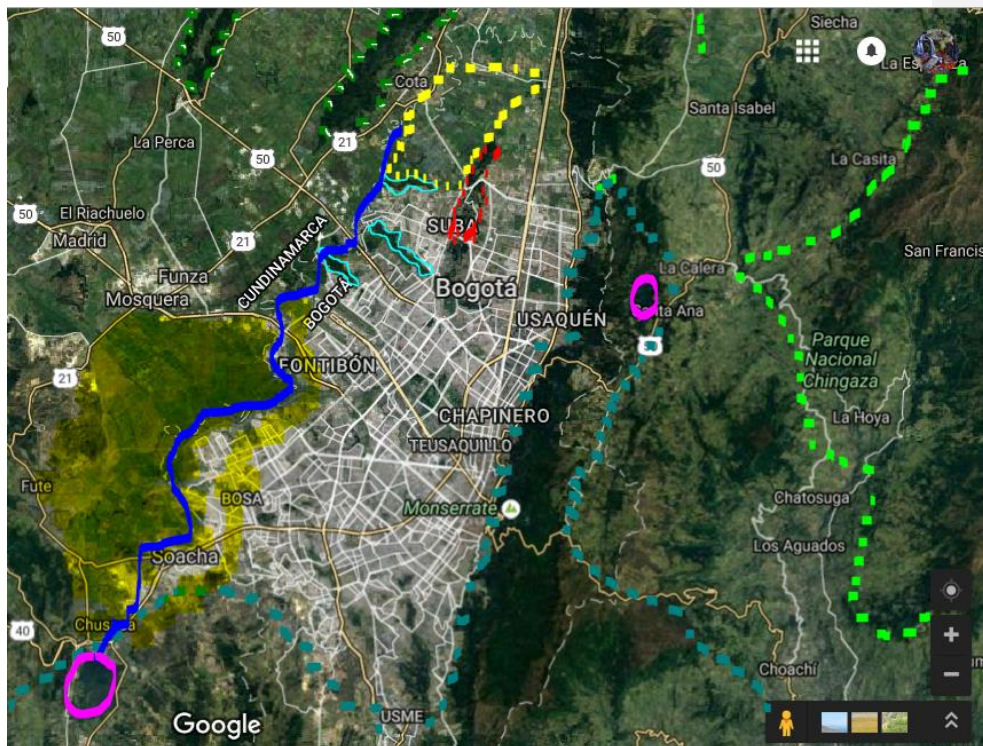


Ilustración 14: Captura satelital de la ecología de Santafé de Bogotá (Sierra Navarrete, Diario de campo, 2014)

Como se muestra en la *Ilustración 14*, la **línea punteada verde biche** representa parte del espacio ocupado por el páramo de Chingaza. En la actualidad, el plan de manejo del páramo de Chingaza depende de la Administración del Distrito Capital: su ecosistema permite el abastecimiento del Embalse de San Rafael. Entre este embalse y el del Tominé (el que inundó a Guatavita la vieja) albergan la reserva “casi completa” de agua de Bogotá.

El **círculo fucsia** ubicado a la margen derecha indica la ubicación del embalse de San Rafael que se llena por medio de un túnel subterráneo que conduce el agua desde el embalse de Chuza, en el Páramo de Chingaza, hasta San Rafael que queda justo detrás del barrio El Codito (localidad de Usaquén) y que se puede ver cuándo se va por carretera hacia La Calera.

La **línea punteada verde petróleo**, representa parte del espacio ocupado por el complejo de páramos Cruz Verde-Sumapaz<sup>27</sup>.

Las **líneas punteadas verdes con blanco** indican la ubicación de dos cadenas montañosas: la que está más cercana a la margen izquierda, es la que separa a Subachoque de Tenjo y Tabio, y que tiene como elevación más prominente el Cerro de Juaica. Dice la gente de Tenjo y las personas que habitan Bogotá pero que visitan Juaica para escalar y acampar, que Juaica era “un mirador muisca”. Desde allí, efectivamente, se aprehende el cielo de una forma particular: la forma y ubicación de una parte alta y plana del Cerro permite una vista panorámica de la bóveda celeste. La segunda, paralela a la ya descrita y ubicada más hacia el centro de la imagen, es la Serranía del Majuy, cadena de montañas que separa a Tenjo y a Tabio de Cota y Chía y que concluye al norte en Cajica.

De este par de cadenas montañosas es fundamental resaltar su conexión con el páramo de Guerrero que bordea a la Sabana por el noroccidente y de donde nace el río Frío<sup>28</sup> y otros cuerpos de agua fundamentales para la subsistencia de las poblaciones del altiplano.

La **línea punteada roja** representa la ubicación del cerro – serranía de La Conejera.

Las **formas ovaladas aguamarina** indican la ubicación de los humedales, de norte a sur, La Conejera, Juan Amarillo o Tibabuyes y Jaboque.

La **mancha amarilla** indica las planicies inundables del río Bogotá. La captura indica zonas ya urbanizadas de la ciudad, lo que aparece entonces como expresión material de los procesos que en el siglo XX cambiaron radicalmente el paisaje.

La **línea azul indica** el cauce del río Bogotá. Este río es de fundamental importancia para la regulación de los ciclos del agua y para la conectividad. Como bien menciona Correal en la cita que antecede a la captura satelital, el río Bogotá luego de la formación del Salto de Tequendama, constituye la estrategia ecológica y geológica para el desagüe de la Sabana. El río, además, recibe en su cauce a las cuencas que son parte de él como es el caso de todos los

---

<sup>27</sup> Para entrar en el detalle de la historia y funcionamiento de este complejo ver: “los páramos circundantes de la Sabana de Bogotá” Guhl (1982).

<sup>28</sup> El que pasa por debajo del Puente del Común en Chía.

ríos, quebradas y aguas de escorrentía que bajan desde los Cerros Orientales hacia la Sabana y que existen gracias a las dinámicas de los *páramos circundantes de la Sabana de Bogotá* y de los bosques alto andinos que soportan su fluir hacia la Sabana. El río Bogotá y sus llanuras aluviales son los lugares de conexión con los humedales que antes eran un solo espejo de agua. Éste interconecta al altiplano cundiboyacense del que hace parte la Sabana de Bogotá; nace en el páramo de Guacheneque sistema montañoso que se ubica entre los límites departamentales de Cundinamarca y Boyacá y desde allí recorre parte de la planicie con una longitud de aproximadamente 380 kilómetros.

La **línea punteada amarilla**, representa el espacio aproximado que fue declarado Zona de Reserva Forestal Protectora Thomas Van Der Hammen luego de los estudios rigurosos de este investigador.

Las **circunferencias fucsias**, indican la ubicación de dos embalses. El que está en la margen inferior izquierda, es el embalse del Muña que fue construido con propósito de generar energía eléctrica. El que está en la margen superior derecha, es el mencionado embalse de San Rafael.

El análisis de convenciones expresa, además, que la Reserva Thomas Van Der Hammen constituye un punto estratégico para la circulación de la biota que transita por tierra y agua entre las diferentes cadenas montañosas. Si se mira con atención, el cerro de La Conejera está ubicado estratégicamente en el centro de la Sabana y su posición es casi equidistante entre los Cerros Orientales (que conectan toda la biota del complejo de páramos Cruz Verde – Sumapaz y el páramo de Chingaza), y las cadenas montañosas de las que hace parte de serranía del Majuy y el Cerro de Juaica (que conectan y permiten el tránsito de la biota hacia el páramo de Guerrero y hacia la parte noroccidental de la Sabana).

Por otra parte, aparece el río Bogotá como expresión de la conectividad hídrica de los cuerpos de agua que discurren de los diferentes sistemas montañosos ya expuestos. Más adelante, los cuerpos que son protagonistas de esta investigación serán descritos. De fundamental importancia entender el cambio: la imagen No. 1 de este trabajo de grado, es un plano hecho por mandato de la Real Audiencia en 1614. Este plano pone en evidencia la gran cantidad de agua que circulaba en ese momento por una Sabana que era “el país de los



chibchas” y que estaba ocupada por venados. Los humedales, ciénagas, pantanos, charcos, lodazales, “marcaron el sendero por donde habría de crecer la ciudad aún antes, de que ella entrara a formar parte de la epopeya hispánica y republicana” (Rojas, 2000, pág. 9). La representación de Don Juan de Aguilar Rendón expone además la ingeniería local para el manejo del ecosistema: en él aparecen los camellones de cultivo que también serán descritos más adelante.

Para explicar los valores ecológicos que componen la vitalidad de los Cerros Orientales, fue necesario usar una captura satelital que representa a una ciudad sin ríos internos (porque están canalizados y ocultos debajo de las vías que conectan internamente a la ciudad), que conectan con un río contaminado y “sin vida” que es la frontera occidental de Bogotá y con apenas tres humedales que desde arriba se ven pequeños que, si no se les señalara, pasarían desapercibidos. Paradójico ¿no?

¿Qué pasó?

La pregunta por la transformación histórica del paisaje lacustre en el que vivimos intentará responderse a lo largo de este trabajo. La relación entre actores humanos y no humanos en este espacio es de larga data. Podría hablar desde las colonizaciones paleo – indígenas del Magdalena, la similitud entre la materialidad del Abra y la Depresión Momposina, sobre humedales y humanos del pleistoceno, en fin...pero este trabajo nos convoca a abordar temporalidades más cercanas al presente. Este pequeño párrafo constituye la bisagra entre el núcleo ecológico de Santafé, producción social del espacio y la vida urbana: todo empezó (desde lo que conocemos) hace 16 mil años.

Para entender la *producción social del espacio*, es necesario entender las cualidades del espacio que se está produciendo socialmente. Por eso dediqué parte de este primer capítulo para que el lector aprehenda los valores ecológicos de ese espacio y las características que permiten clasificar el espacio en relación a ciertos ecosistemas y ciertas geografías: el detalle de la geomorfología de los humedales, las cualidades de los distintos tipos de agua de los humedales, de los suelos y de los organismos que les habitan. La repetitiva mención a los humedales tiene que ver con la relación de la Sabana y el lago del pleistoceno que poco a poco se fue drenando por el Salto del Tequendama. Para leer el paisaje

lacustre de la Sabana es preciso entender las características de los humedales que a diferentes alturas (páramo, subpáramo, bosque altoandino, Sabana) hacen posible que los valores ecológicos se mantengan en circulación para que el SISTEMA Y NOSOTROS, SISTEMAS QUE SOMOS PARTE DE ESE SISTEMA, podamos existir<sup>29</sup>.

---

<sup>29</sup> “Sin agua no hay vida orgánica posible. Es la condición básica para toda existencia vital. Debido a sus sobresalientes características solubles, tiene una importancia biológica grande, ya que constituye la parte preponderante de la sustancia de los seres vivos, que la necesitan para su metabolismo. Las plantas están compuestas por más de 90 % de agua, y el cuerpo humano del 60 y 70 % de su peso de agua. Constantemente los seres vivos toman y eliminan agua. Pero la disolución de las materias nutrientes y el transporte de estas en el organismo, como para la regularización de la temperatura del cuerpo y eliminación de materias venenosas durante el proceso metabólico, es sencillamente indispensable” (Guhl Nimtz, 2015, pág. 39).

## 2. La producción social del espacio en la larga duración de la ecología de Santafé: de los poblamientos tempranos a la Ciudad Colonial.

Una cadena verde de montañas al oriente, una Sabana al occidente y un rico sistema de ríos y humedales forman la piedra angular de la estructura ecológica de Bogotá, con el agua como su vehículo. Este no es un mero escenario geográfico, sino que constituye el verdadero núcleo ecológico de la historia de Bogotá (Gallini, Felacio, Agredo, & Garcés, 2014).



*Ilustración 15: “Pintura de las tierras, pantanos y anegadizos del pueblo de Bogotá hecha por mandato de la Real Audiencia desta ciudad de Sancta Fee del Nuevo Reyno de Granada en la causa que en ella trata el señor fiscal con don Francisco Maldonado de Mendoca” (Rendón, 1614)*

Este capítulo constituye el marco histórico necesario, para poder analizar e interpretar las dinámicas tempo-espaciales de la transición entre el siglo XIX y el siglo XX en Santafé<sup>30</sup>.

<sup>30</sup> Santafé fue fundada en 1538 por Gonzalo Jiménez de Quesada y titulada como ciudad por Carlos V el 27 de julio de 1540. En 1548 se le asignaron armas y divisas para sus estandartes, banderas, escudos y sellos (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 63). El sitio seleccionado por los fundadores para hacer el trazado, y luego,

Es una revisión de larga duración, que apunta a entender la historia ambiental en la que se enmarca la producción del espacio de la Santafé de los 1900, desde la ecología histórica propia de este proceso; de tal manera, el marco temporal va desde los poblamientos paleo-indios hasta la crisis higiénica y ambiental de la segunda mitad del siglo XIX.

La información contenida en este apartado responde a la necesidad de entender desde una perspectiva de proceso, lo sucedido en Santafé en la *transición del siglo XIX al siglo XX* cuando, afirmo desde mi trabajo, *se dio un cambio en el abastecimiento de agua para el Municipio* expresado en nuevos marcos jurídicos normativos y en múltiples obras para “modernizar” la ciudad, por ejemplo, los nuevos acueductos de la ciudad, la canalización de los ríos y las vías que trazaron por encima de éstos.

Hablar de la *producción del espacio*, implica un salto abrupto en el tiempo. Henri Lefebvre escribió en el siglo XX y fueron las “modernas” dinámicas urbanas su objeto de análisis y construcción teórica. Será muy acertado entonces leer las dinámicas de la transición entre el siglo XIX y el siglo XX de Bogotá teniendo presente la referencia interpretativa del autor en mención. Sin embargo, por la definición misma de espacio, la producción social de Santafé deberá implicar relaciones humanas y no humanas que permitieron que la ciudad del siglo XX tuviera lugar en *tiempo y espacio*: de nuevo aparece la perspectiva histórico-ambiental.

El espacio y el tiempo social son productos humanos. Para desentrañar su producción es preciso dar el detalle del espacio y de las relaciones que han intervenido en su producción. Es también preciso, entenderles como objetos y parte de la lucha política y ubicar un contexto particular de producción: *la ciudad*<sup>31</sup>.

---

construir la ciudad, resulta equidistante entre los límites iniciales de la ciudad respecto de la plaza principal: “de una parte al norte y al sur los obstáculos creados por los profundos cauces de los ríos San Francisco y San Agustín; de otra parte, al oriente el pronunciamiento del plano inclinado sobre el que se fundó la ciudad, generado por las estribaciones del cerro de Guadalupe, a partir de la actual carrera quinta, y al occidente el barranco que a lo largo de la actual carrera décima fue formado por las recias crecientes del río San Francisco” (Mejía Pavony, pág. 6).

<sup>31</sup> “Si bien, la ciudad, cada vez supera esa condición de haber sido el espacio de la muerte, y cada vez, se aproxima a ser el espacio de la igualdad, no deja las principales funciones que le dieron origen, como la de

Citan Fabio Zambrano (2000) y Mejía Pavony (N/A) a Fernand Braudel en la *larga duración*: “una ciudad siempre es una ciudad esté donde esté”. Cuando afirmo que en la producción social del espacio aparece de nuevo la perspectiva histórica - ambiental, me refiero a la estrecha relación entre espacio y vida urbana. Zambrano (2000) afirma que los orígenes de la vida urbana pueden ubicarse en la cultura paleolítica (Zambrano, La ciudad en la Historia, 2000, pág. 122). En ese sentido, mi interpretación de la relación *tiempo – geografía – ecología – y producción social de espacio*, empieza a consolidar un horizonte de sentido si tomamos como referencia que hace quince mil años con el surgimiento de la seguridad alimentaria, los asentamientos permanentes y la vida sedentaria, y luego, hace diez mil años, con la domesticación, el asentamiento, la regularidad en la alimentación y la domesticación de animales y gentes, empiezan a consolidarse estructuras de dominación y procesos que antes estaban sujetos a los “caprichos de la naturaleza” (pág. 123).

Es muy acertada la postura de Zambrano al intentar definir, más allá de *la ciudad*, las cualidades de la vida urbana que permiten aquella dominación del espacio. Con *la Aldea* aparecen diversas tecnologías que permiten la conservación de alimentos. La presencia de la mujer hizo posible del desarrollo de cisternas, graneros y casas, técnicas para la conservación de la semilla que según Zambrano (2000), están presentes hoy.

Es mucho lo que la ciudad le debe técnicamente a la aldea: el banco, el arsenal, la biblioteca, el almacén. Además de la acequia, el canal, el estanque, el foso, el acueducto, el desagüe y la cloaca, que son otros recipientes destinados para el transporte automático o a la conservación (pág. 124).

La ciudad, esa “nueva unidad urbana” recoge los desenvolvimientos sociales que fueron necesarios para que los pobladores tempranos pudieran adaptarse al espacio. Acá, más que de dominación me interesa hablar de adaptación trayendo a colación la afirmación de Alf Hornborg (2001) sobre la teoría de los sistemas:

---

manejar los inconscientes colectivos, en el pasado a través de la función de unir el cielo con la tierra, y hoy, gracias a la secularización, por medio de los sentimientos de pertenencia colectivos y los imaginarios urbanos consensuales. Hoy, el templo no es el símbolo más importante de una ciudad, pero los otros elementos históricos, como la división del trabajo, la concentración de poblacional y el control de un territorio, siguen siendo las características de una ciudad, al igual que hace cinco mil años” (pág. 148).

El conocimiento nunca puede reemplazar al respeto como principio guía en nuestras relaciones ecosistémicas, es adaptativo que los modelos basados en el conocimiento generen respeto por lo que es desconocido, imprescindible o incontrolable, así como codifiquen conocimiento empírico (...) la racionalidad descontextualizada de la ciencia o del mercado mundial es inadecuada para la tarea de obtener una subsistencia sustentable de ecosistemas locales (Rappaport (1968) en: (Hornborg, 2001, pág. 65).

Los dispositivos que han intentado organizarla, distan de este principio adaptativo. En ese sentido, para entender el motivo de las disposiciones con que se ordenó la ciudad de finales de siglo XIX, es preciso entender la transición de paradigmas, las nociones de higiene y progreso, quiénes habitaban Santafé, cómo era su relación de uso y representación<sup>32</sup> del espacio, en qué condiciones estaba la ecología y cómo emergieron los diferentes actores y fenómenos, que fueron motivo de cambio y transición de este paradigma. Para algunos apartados, aparecerán líneas de tiempo que den cuenta de los *ejes transversales de esta investigación: usos y representaciones del espacio; marcos jurídicos normativos; y cambios ambientales*.

## **2.1. Poblamientos tempranos, usos y representaciones locales del agua y ciudades prehispánicas**

“... y porque demás de las dhas tierras que ansi se les han dado y amojonado por ynformazion le consta tener otras tierras donde labran y cultivan en orilla del río y otras partes de la rredondez deste pueblo donde tienen sus labranzas” (AGN, Colonia, Visitas Cundinamarca, tomo 1, rollo 39 en: (Los Observadores de Scorpius: Maíz, Astronomía y Sistemas Hidráulicos en el Humedal de Jaboque-Engativá. Siglos X-XVIII d.C. , 2008, pág. 240)) (...) “Lo otro porque los dos.yndios tienen allí junto al Río que llaman de Bogotá...donde en el y el Río de Chinga y en la ciénagas que están junto a su pueblo tienen fundadas sus pesquerías por Canjas y corrales de donde sacan mucha suma de pescado...” (A.N.C. 1597. C+I. LV. Fol. 717 En: (Ruíz Bernal, 1990, pág. 31).

Según Marta Herrera (2008) aunque el agua era imprescindible para la supervivencia de la población andina, podría haber ocupado un papel secundario frente a la montaña, en el marco de los procesos tempranos de poblamiento de la geografía que hoy comprende el departamento de Cundinamarca.

---

<sup>32</sup> La representación será trabajada desde la historia cultural. En el capítulo No. 3 se dará el detalle conceptual de esta noción.

Es cierto que los diferentes grupos buscaban casi invariablemente su cercanía para asentarse, ya que lo usual era que el líquido se obtuviera directamente de los ríos y quebradas, sin recurrir a las aguas subterráneas. Pero, en términos generales, los cauces de agua que fluían a lo largo de todo el año abundaban. Eran los desniveles del terreno los que condicionaban en cierta forma la elección sobre el uso de las tierras. Los valles y las suaves pendientes proporcionan, por lo general, un medio más propicio para la agricultura (Herrera, 2008, pág. 3).

Según German Camargo (N/A) los primeros pobladores<sup>33</sup>, pequeños grupos seminómadas de cazadores-recolectores, se asentaron en la zona más propicia:

Por encima del área inundable y pantanosa que quedó en las tierras bajas como restos de la gran laguna y por debajo de las escarpadas y frías laderas de los cerros circundantes (Camargo, N/A).

Este sería el escenario para el surgimiento local de la agricultura hace 5000 años que llegaría “a su apogeo” hace 2500 con la introducción del maíz desde Centroamérica y el Caribe. A la llegada de los españoles, una densa población indígena se había asentado en los pies de los cerros y en las colinas de la Sabana.

---

<sup>33</sup> Antecesores de los muisca hace 15.000 años.

Tabla 2: Poblamientos tempranos en el nicho ecológico de Santafé. Elaboración propia.

PUBENZA	REGIÓN DEL GUAVIO	CALENTAMIENTO DEL CLIMA	ENFRIAMIENTO DEL CLIMA	CALENTAMIENTO DEL CLIMA	EL CLIMA SE MANTIENE
16.000 AP	13.000 AP	12.500 - 11.000 AP	11.000 AP - 10.000 AP	10.000 AP - 9.500 AP	9.500 AP - 8.500 AP
Municipio de Tocaima, cerca de la desembocadura del río Bogotá en el río Magdalena.	Altiplano de Bogotá.	Altiplano de Bogotá y sus alrededores.	Altiplano de Bogotá.	Altiplano de Bogotá.	Altiplano de Bogotá.
Restos de megafauna asociados con artefactos líticos - Relación con industrias líticas del Valle del Magdalena.	Vestigios culturales - Relación con industrias líticas del Valle del Magdalena.	Aumento de temperatura y humedad; la zona empezó a cubrirse de vegetación de subpáramo.	Zona limítrofe entre el bosque y el páramo.	El límite del bosque se situó a una mayor altitud: la Sabana de Bogotá quedó dentro de la zona de bosque andino. Erupción volcanes: cenizas cayeron sobre el altiplano	Presencia humana se hizo más estable y se adaptó a la vida en bosques más densos - Los artefactos de piedra se fabricaron con materiales del lugar, y las herramientas elaboradas con materiales similares: los existentes en el valle del Magdalena se hicieron más escasas: sugiere que en este período se disminuyeron los contactos y movimientos migratorios entre los pobladores de los altiplanos y las tierras bajas.
		Grupos de cazadores establecieron campamentos de cacería: abrigos rocosos (Tequendama, Soacha, Zipaquirá, Tocancipá) - Relación con industrias líticas del Valle del Magdalena.	Fauna (conejos y venados) mantuvo interés por hacer cacería en el área - aumento de la población - Relación con industrias líticas del Valle del Magdalena.	La población disminuyó - Relación con industrias líticas del Valle del Magdalena.	
CALENTAMIENTO DEL CLIMA	EL CLIMA SE MANTIENE		EL CLIMA SE MANTIENE	EL CLIMA SE MANTIENE	EL CLIMA SE MANTIENE
8.500 AP	8.500 AP - 3.000 AP		2.200 AP - 2.100 AP	2.000 AP - Siglo VIII d.C	Siglo VIII - 1.200 - 1.600 d.C
Altiplano de Bogotá.	Altiplano de Bogotá.		Nemocón, Zipaquirá y Tausa.	Altiplano de Bogotá y sus alrededores.	Altiplano de Bogotá y sus alrededores.
Disminuyó la cantidad de desechos en los abrigos rocosos: pasan de ser viviendas permanentes y empezaron a ser ocupados sólo ocasionalmente, durante expediciones de caza.	Transformaciones de particular importancia entre las sociedades que ocupaban el altiplano. Durante ese período se perfilan ya las prácticas que culminarían en el desarrollo de la agricultura y la domesticación, como actividades básicas para la supervivencia - No se sabe con certeza si estas actividades se empezaron a desarrollar en los altiplanos en forma independiente o fueron introducidas a través de contactos o migraciones procedentes del valle del río Magdalena.		En Zipaquirá las muestras de polen evidencian que en el período Herrera, ya antes del 2.000 a. p., partes del bosque habían sido tumbadas y el suelo se utilizaba para cultivos con mucha maleza.  Evidencia sobre producción de panes de sal: se obtenían hirviendo en vasijas de barro el aguasal que emergía a la superficie en forma de manantiales, hasta evaporar el agua - La impronta de un tejido muy liso y fino que quedó sobre un trozo de arcilla cocida indica que en este período se produjeron telas muy bien elaboradas con hilos muy finos <sup>65</sup> . Recientes investigaciones sugieren igualmente que se practicó la orfebrería.	El tejido, la orfebrería y la producción salina fueron actividades que ocuparon un papel de gran importancia entre los muisca, cuya cerámica, adornada fundamentalmente con pinturas, marca un cambio con respecto a los grupos identificados como Herrera: La transición entre uno y otro período se dio en forma relativamente paulatina, ya que en algunas partes coexistieron por algún tiempo.	Se generalizó la cerámica que se asocia con los Muisca, pero, al menos en el departamento de Cundinamarca, en un territorio mucho menos extenso, pero eventualmente más densamente poblado que el del período Herrera, en particular durante el período Muisca tardío.



La línea del tiempo expuesta (Tabla 2) permite la lectura de la relación *tiempo – ambiente (mezcla de geografía y ecología) – y producción social temprana del espacio*. Aquella propuesta que hago de entender ciertos procesos locales desde el ámbito de la *Aldea* me permite hacer una relación temporal y cultural de las descripciones de Zambrano (2000) y la vida temprana del altiplano. Los procesos de sedentarización se darían en torno al maíz. La domesticación del ambiente tendría lugar entre los cinco mil y dos mil quinientos años antes del presente.

### **2.1.1. Los camellones de cultivo, las pesquerías y los observadores de Scorpius**

La existencia de un emplazamiento monolítico del siglo XVIII en el humedal de Jaboque-Engativá (Cundinamarca) permite a Luis Francisco López (2008) afirmar que Naturaleza y Cultura se ven integradas en la cosmovisión de los antiguos ocupantes del pueblo de Chise. La afirmación tiene lugar como consecuencia de un análisis de evidencia material que permite inferir que este pueblo practicaba

Ejercicios ceremoniales, respaldados por observaciones astronómicas y el uso de un sistema hidráulico de zanjás y camellones cuyo origen se remonta al periodo Herrera (Los Observadores de Scorpius: Maíz, Astronomía y Sistemas Hidráulicos en el Humedal de Jaboque-Engativá. Siglos X-XVIII d.C. , 2008, pág. 235).

Se trata de un conjunto monolítico erigido sobre un antiguo sistema de camellones<sup>34</sup> que se localizaba a la orilla del río y conformaba semiabanicos en los meandros próximos. Según los pulsos de agua podía cambiar de dirección y a veces

Seguía el curso de un antiguo brazo fluvial que los manuscritos del siglo XVIII ya identificaban como una: “sienaga o quebrada que en estos tiempos (1764) llaman La Ruda, hasta el río de Bogotá, y sienaga río de Suba arriba (humedal Juan Amarillo)

---

<sup>34</sup> En este lugar, quizá ya iniciado el Muisca Temprano (siglo VIII-XII d.C): período que coincide con una etapa fría-húmeda y el aumento significativo de una población más dispersa, los ingenieros prehispánicos erigieron un promontorio en forma de anillo sobre el curso de la antigua quebrada Jaboque, desde el cual, y en direcciones opuestas, se desprenden camellones perpendiculares que alcanzan una longitud de entre 500 (sentido NE-SW) y 700 m (SW-NE) (López C., 2008, págs. 238-239).

(AGN, Colonia, Tierras-Cundinamarca, tomo 35, rollo 115, f. 345 en: (López C., 2008, pág. 236)).

Según el autor es notoria su distribución a partir del extremo NW de Jaboque hasta el sitio donde se localiza uno de los meandros del río Bogotá (antiguamente llamado *Bunza*), para luego dirigirse en ángulo recto y en sentido SE hasta los límites de una terraza alta donde al parecer, hubo un asentamiento muisca que las fuentes paleográficas denominan: *Chise o Pueblo Viejo de Ingativa* (López C., 2008, pág. 238)).

La valoración arqueoastronómica de los investigadores apunta que este emplazamiento monolítico corresponde con posibles alineaciones entre los menhires y la salida y puesta del Sol durante los solsticios de junio y diciembre, y de manera específica,

De la proyección acimutal y altitudinal del agujero del M1 con las estrellas Shaula y Lesath de la constelación de Scorpius en el horizonte W de Engativá, entre los 400 y 1.000 d.C (siglos V-XI d.C) (López C., 2008, pág. 241).

Concluye López (2008) que producto de las comparaciones etnográficas, etnológicas e iconográficas, considera posible que los llamados muiscas hubiesen asumido a Scorpius como representación de la figura de una serpiente; mediante lo cual, habría tenido origen la sacralización de humedales, cerros y quebradas como sitios ceremoniales o santuarios en el contexto del mito de Bachué (López C., 2008, pág. 241).

Es necesario advertir que la constelación Scorpius como marcador estacional bajo la figura de una serpiente, hace parte del sistema mítico y calendárico de varios grupos al norte de Suramérica (López C., 2008, pág. 241).

Este modelo de ingeniería hidráulica, además, parece estar replicado en distintos lugares de la Cuenca Media. Generó un área de represamiento de cuatro secciones intercomunicadas donde el jarillón perimetral, hizo de muro de contención de las aguas que invadían el espacio durante las crecientes (¿abril-octubre?) facilitando el acceso a limos indispensables para una agricultura que ahora, se extendía sobre camellones dispuestos en espina de pescado a todo lo largo de la quebrada Jaboque

Adicionalmente, con mayores presiones demográficas y la concentración del poder en manos de caciques locales, este diseño habría modificado la intensidad del aprovechamiento de una forma controlada y estacional: los peces ingresan al recinto en épocas lluviosas para ser objeto de explotación y

cría rudimentaria, gracias a que los camellones, no sólo facilitaban el desplazamiento a los habitantes, sino que al estar segmentados permitían la nivelación del agua por intercomunicación entre los cuatro sectores. De esa manera, se integran tecnológicamente los asombrosos campos de cultivos y las “pesquerías” citadas en las fuentes etnohistóricas (López C., 2008, pág. 239).



*Ilustración 16:* “Camellones de Cultivo Prehispánico”. Rudolff Sehrimpr en: (Ruíz Bernal, 1990)

Describe Fernando Ruíz Bernal (1990) que en una curva bastante cerrada del río Bogotá, a la altura de la hacienda El Escritorio, ubicada al occidente del sector de Fontibón (Bogotá D.C.)

Se hacían evidentes trabajos de remoción del suelo que formaban estructuras elevadas, en hileras largas aprovechando la curva del río; también se veían en el centro del terreno otras de las mismas características pero integrando ángulos rectos que a su vez conformaban rectángulos y que recordaban hallazgos similares de origen cultural en distintas partes de la Sabana (Ruíz Bernal, 1990, pág. 41).

Según Ruíz (1990) la principal función de los camellones fue controlar la humedad y permitir la protección de los cultivos contra las heladas; esto, gracias a que la elevación del suelo ocasiona un mejor drenaje y se calienta más rápidamente y, en paralelo, previene la compactación. Esto es muy útil especialmente en donde el subsuelo está pobremente drenado, como es el caso de los suelos de la serie Río Bogotá (pág. 45). Dice que, según investigaciones adelantadas al norte de Ecuador,

La sola presencia del agua estancada en las zanjias, ocasiona que el suelo se caliente en unos cuantos grados, suficientes para contrarrestar el efecto de las heladas (pág. 46).

Se puede concluir de estas dos investigaciones, que la vida de los locales del altiplano dependía de un preciso conocimiento del comportamiento de la naturaleza, de la periodicidad de sus ciclos y del cómo controlar sus transformaciones. Como dice López (2008), para garantizar su reproducción, los pobladores antiguos se apropiaban del espacio, resultado de las exigencias naturales y sociales cuyo saber se expresaba en la cosmovisión (López C., 2008, pág. 241).

### 2.1.2. Representaciones locales de espacio

Esta investigación tiene como referente principal de la Historia Colonial las nuevas corrientes sobre la misma que introducen críticas a las versiones oficiales de la Conquista. Sin embargo, sobre simbología no se ha escrito mucho desde esta corriente, y al contrario, Gamboa (2010) afirma que las investigaciones arqueológicas resultan un complemento muy oportuno para su producción teórica.



Ilustración 17: Retablo de los dioses tutelares de los Chibchas. Luis Alberto Acuña. Óleo sobre madera. 1935. Museo Nacional de Colombia

Por ejemplo, el caso de la investigación citada sobre los menhires de Jaboque de donde se concluye que en el siglo XVI, se le otorga valor numínico a las piedras en el marco de narraciones legendarias donde los cerros, las lagunas y quebradas sacralizan el territorio mediante la personificación de jeques (*chichuy*) y mohanés (ancianos de “larga y blanca

barba”) que interpretan los fenómenos celestes y predicen los ciclos de lluvias y sequías (López C., 2008, pág. 238).

El acervo bibliográfico basado en evidencia material y documental<sup>35</sup> que permite afirmar que Bachue y Bochica eran entidades a partir de las cuales se narraba, explicaba y ordenaba el territorio.

La razón que daban de la creación del mundo y del origen de su nación, era que poco después que amaneció, y apareció la luz, criadas todas las cosas, salió una mujer, a quien llaman Bachué, que quiere decir mujer buena. Esta, decían que sacó de las aguas un niño de edad de tres años, y bajó con él al pueblo de Iguaque, apartando cuatro leguas de la ciudad de Tunja. Criolo hasta que tuvo edad para casarse con él, y de cada parto nacían cuatro o seis hijos; de cuya generación se llenó toda la tierra. Llegó a la vejez, y juntando gran número de sus descendientes, se fueron a una laguna, que está en la cumbre de los cerros más altos, que miran a este pueblo de Iguaque, hiciéronles una plática, y con lágrimas de ambas partes, al despedirse, convertidos en culebras, se entraron en la laguna. El demonio, después, disfrazado en el cuerpo de aquella mujer llamada Chía, les mandó que hicieran sacrificios a estos padres de su generación. De que se originó adorar lagunas, ríos, arroyos y pantanos, en diferentes pueblos de este reno” (Cita del padre Zamora en: (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 46)).

Respecto del paisaje lacustre de la Sabana y sus páramos circundantes, hay varias narraciones maravillosas. Aparece por ejemplo la Ceremonia de Correr La Tierra<sup>36</sup> que narra cómo los guerreros corrían desde la Laguna de Guatavita hasta la Laguna de Ubaque por orden de los jefes o caciques a cargo de los territorios comprendidos en este trayecto que ocupaba cinco lagunas (Guatavita, Guasca, Siecha, Teusacá y Ubaque). Afirma Zambrano (2015), que más que una práctica deportiva, era una carrera sagrada.

Sobre la creación del Salto del Tequendama y el desagüe del lago del pleistoceno, narrarían que

---

<sup>35</sup> Hay algunos cronistas en los que sí se puede “confiar”.

<sup>36</sup> Jorge Augusto Gamboa afirma que Juan Rodríguez Freyle no es un cronista confiable. Sin embargo los argumentos de Gamboa tienen que ver con descripciones de orden político. Quisiera atreverme a pensar que la Ceremonia de Correr la Tierra efectivamente existió. Para ahondar en el detalle de la ceremonia, podría el lector remitirse a “El Carnero” de Juan Freyle.

Fue tan lleno y universal este castigo, e iba creciendo cada día tan a varas la inundación, que ya no tenían esperanza del remedio, ni de darlo a las necesidades que tenían de comidas, por no tener dónde sembrarlas y ser mucha la gente, por lo cual toda se determinó por mejor consejo de ir con la queja y pedir el remedio al dios Bochica, ofreciéndole en su templo clamores, sacrificios y ayunos, después de lo cual una tarde, reverberando el sol en el aire, un ruido contra esta sierra de Bogotá, se hizo un arco como suelen naturalmente, en cuya clave y capitel se apareció el demonio en figura de hombre, representado el Bochica con una vara de oro en la mano, y llamando a voces desde allí a los caciques más principales a que acudieran con brevedad con todos sus vasallos, le dijo desde lo alto: “He oído vuestros ruegos, y conolido de ellos y de la razón que tenéis en las quejas que dais de Chibchachum, me ha parecido venir a daros favor en reconocermé; me doy por satisfecho en lo bien que me servís, y a pagároslo en remediar la necesidad en que estáis, pues tanto toca mi providencia, y así, aunque no os quitaré los dos ríos, porque algún tiempo de sequedad los habréis menester, abriré una sierra por donde salgan las aguas y queden libres vuestras tierras”; y diciendo y haciendo, arrojó la vara de oro hacia Tequendama y abrió aquellas peñas por donde ahora pasa el río; pero como la vara era tan delgada, no hizo tanta abertura como fuera de menester para las muchas aguas que se juntan en los inviernos, y así todavía rebalsa; pero al fin quedó la tierra libre para poder sembrar y tener sustento y ellos obligados a adorar y hacer sacrificios, como lo hacen en apareciendo el arco; aunque llenos de temores por lo que después les puso Chibchachum, de que habían de perecer muchos apareciéndose el arco; pero el castigo que a él le ha dado el Bochica por el hecho fue cargar en sus hombros toda la tierra y que la sustentara, lo cual antes dicen se sustentaba sobre cuatro grandes guayacanes, y esa es la razón de que tiemble la tierra, lo que antes de esto no hacía, porque como le pesa mucho, al mudarle de un hombro a otro le hace se mueva y tiemble toda” (Cita de Fray Pedro Simón en sus *Noticias historiales* en: (Rodríguez Gómez, 2003, págs. 48-49).

Estas narraciones son expresión de una relación muy estrecha con el agua. Con el espacio. Relación que iría cambiando conforme los locales iban entrando en contacto con la lógica que traían los hidalgos desconfiados de los raudales y las aguas descomunales desconocidas en ecologías como las del sur de la Península Ibérica.

Está lógicas que devienen del sur de la Península Ibérica no sólo chocaron con el altiplano. En Cuzco y Tenochtitlán, el agua fue también un referente de adaptación, y si se quiere, de ordenamiento territorial, que permitió manejos efectivos del espacio hasta ya entrada la colonia. En el caso de Cuzco, la ruptura que implicó el orden colonial no es tan evidente porque esta ciudad logro mantener su relación con el agua. Pero en el caso de ciudad de México y Bogotá, será común escuchar que desde la colonia borbona hasta entrado el

siglo XIX, las referencias sobre estas ciudades no se podían hacer sin incluir adjetivos peyorativos respecto del aseo, salud y orden de ambas.

## **2.2. La ciudad Ovandina o el Urbanismo Hispanoamericano, la Encomienda y la Hacienda: Figuras que ordenan el territorio desde lógicas ibéricas**

El agua colombiana es abundante, nuestra condición ecuatorial nos hace pluviales más que cualquier otro país, y ello nunca fue comprendido por los castellanos que trajeron sus estrategias para desiertos y nos dejaron como herencia la asociación de la lluvia con mal tiempo, pues quien vive en la sequía desconfía del raudal, de la laguna generosa, del río descomunal (Instituto Humboldt, 2016, pág. 7).

Según Zambrano (2000) el urbanismo español en América constituye un proceso de construcción social del espacio, en donde el instrumento fundamental de creación es la ciudad. En Hispanoamérica las ciudades nacen por la necesidad de un proceso político. De ahí la clara preocupación desde la conquista de crear, a través de la ciudad, un espacio social donde se definan lugares específicos para el dominante y el dominado.

La idea de la “república de blancos” (la ciudad) y “república de indios” (el campo) genera una primera jerarquización del espacio y por supuesto, de la sociedad. Con aplicación de esta lógica, todo el sistema tiene sentido a partir de la vida urbana; así, vivir en policía es vivir en sociedad y vivir en sociedad es vivir a son de campana, al alcance del pasto espiritual de una parroquia, y quien no viva a son de campana vive en las puertas del infierno, se encuentra por fuera del pasto espiritual y es por eso que el ordenamiento de la sociedad se hace fundamentalmente a partir del manejo de lo urbano, el cual es el principal instrumento de dominación que se emplea para establecer una dominación del espacio, conformar territorios, estructurar el poder político y con ello estructurar a la sociedad (Zambrano, 2000, pág. 142).

*La idea del orden soñado por España es la del orden urbano.* Se encuentra que los conquistadores tienen una preocupación permanente por legitimar la conquista: es legitimación el acto de fundación. El nuevo núcleo urbano significa control de las tierras conquistadas y sujeciones de las gentes que las habitan. Desde la ciudad se organiza la

explotación de las regiones conquistadas y se administran las unidades económicas; el poder fundamentalmente es poder urbano. *La ciudad se convierte en el centro del ejercicio de poder*

Se va generando una jerarquización de poder a través de un complejo sistema de circunscripciones de ciudades, villas, parroquias, pueblos de indios, donde una dependía políticamente de la otra. La jerarquía piramidal de los distintos núcleos urbanos representa la jerarquía política entre los distritos locales. En una idea de la construcción de un orden colonial, jerarquizar núcleos urbanos era jerarquizar a las gentes que allí habitaban (Zambrano, 2000, pág. 143)

Para las ciudades, los “pueblos de blancos”, los españoles construyeron un modelo único hasta el momento. Se trata de la *Ciudad Ovandina*. El nombre de este modelo es consecuencia de la llegada del General Ovando a las Isla de la Española (hoy República Dominicana) en 1502. El modelo está compuesto por dos características fundamentales y que serían la base ideológica del urbanismo de España acá en las Américas. Por una parte, está el *Castro Romano* y por otra parte aparece la idea de la ciudad de Dios.

El Castro Romano consiste en un campamento militar de forma ortogonal y totalmente eficiente para la defensa y rápida reacción de los ejércitos, era familiar para los pobladores ibéricos desde la época de ocupación romana de la península (...) los siglos que transcurrieron en la larga guerra de reconquista vieron nacer en dicha península múltiples campamentos con esas características, los cuales dieron lugar a ciudades de frontera. La última de ellas fue *Santafé*, en Granada, nacida al tiempo del descubrimiento de América, la que tanto en su nombre como en su trazado ortogonal informó a la que hoy es Santafé de Bogotá (Mejía Pavony G. R., N/A, pág. 4).

La idea de *la ciudad de Dios* viene con la llegada de los Dominicos y Franciscos quienes acompañando a los primeros españoles conquistadores buscaron por todos los medios implantar en la nueva tierra *la utopía católica*. La idea de la *nueva Jerusalén* estaba presente en el pensamiento católico desde la patrística, alimentada por los textos bíblicos como los del profeta Ezequiel y los del Apocalipsis, los cuales fueron largamente comentados por los teólogos medievales, muchos de ellos españoles (Mejía Pavony G. R., N/A, pág. 5)



Estas dos características más conceptuales que prácticas del urbanismo de los conquistadores, debían establecerse en el momento de trazar las ciudades indianas más allá de lo razonable y de la naturaleza física del lugar elegido para el emplazamiento. Después de fundadas las ciudades bajo cuatro requisitos<sup>37</sup> indispensables, la ciudad en lo práctico empezaría a organizarse también en ese doble sentido (control militar y control espiritual). La materialización de la idea de cómo poblar el espacio es argumento también para ejercer control sobre los cuerpos.

(...) por estar estos naturales derramados en sus habitaciones...es necesario (...) introducir (...) la policía humana en ellos para que sea camino para darles a conocer la divina (...) por ser los indios verdaderos cristianos y políticos, como hombres razonables que son, es necesario estar congregados y reducidos en pueblos y no vivan desparramados y dispersos por las sierras y montes...Por lo cual son privados de todo beneficio espiritual y temporal sin poder tener socorro de ningún bien (...) (Cita de “Congregación de Obispos en México, 1546” en (Reina Mendoza, 2008, pág. 35)).

Se aplica entonces esta distinción mencionada por Zambrano (2000) para ordenar el espacio y ubicar en *ciudades* o *villas* a “los blancos” (los dominantes) y en el campo o los *pueblos de indios*, a “los indios” (dominados)<sup>38</sup>. Según Reina (2008) la ciudad fue un núcleo

---

<sup>37</sup> Primero, ordenamiento del trazado a partir de una plaza central; segundo, establecimiento de calles rectas y continuas; tercero, y como efecto de lo anterior, manzanas cuadradas o rectangulares de dimensiones regulares salvo problema sin solución por la naturaleza del suelo; y, cuatro, extensión del trazado apropiado para dar lugar holgadamente a los vecinos y sus necesidades, pero sin colocar en riesgo a la ciudad por un exagerado tamaño, difícil de vigilar, y posibilitando su futuro crecimiento por simple agregación de nuevas manzanas al trazado original. Un trazado con estas características requería sin duda de la presencia de un experto al momento de realizarse: el agrimensor o alarife (Mejía Pavony, N/A, pág. 5)

<sup>38</sup> Siguiendo la pista de la nueva corriente de la Historia Colonial cabe aclarar que esta distinción tan marcada entre dominantes y dominados también se pone en cuestión. Gamboa (2008) genera crítica a la versión oficial de la historia colonial a través de siete argumentos: “la idea de que la conquista fue hecha por un ejército profesional; la idea de que todo fue obra de un pequeño grupo de españoles; la idea de los guerreros excepcionales; la idea de una conquista rápida y total; la presunción de una comunicación perfecta o de una ausencia de comunicación entre indios y españoles; la visión de la conquista como una catástrofe de proporciones incalculables; y por último, la idea general de que el desenlace se debió a la superioridad cultural y técnica de los invasores” (Gamboa M., 2008, pág. 118). En ese sentido, la producción del espacio colonial podría ser también un consenso o un acuerdo político por intereses comunes entre españoles y locales respecto del control territorial y la presencia de otros grupos (de españoles y de locales) que ponían en “riesgo” el control

mixto de población, en donde se residenciaron los propios españoles, conviviendo más adelante con criollos y mestizos. La ciudad acogía las instituciones de poder político y eclesiástico, pero estos centros urbanos desde donde se impartía autoridad no podían sustentarse sin el aporte indígena (pág. 10).

Los *pueblos de indios* son expresión del prolongado proceso de creación y consolidación de los espacios urbanos que acogerían a la población indígena y luego mestiza.

En la primera etapa de sometimiento, la designación como *reducciones* Resultaba de la expresión con las que las disposiciones reales explicaban la necesidad de “reducir” en un sitio concreto la inmanejable dispersión de los indios (pág. 18). Las *reducciones* correspondían a las primeras ramadas que servían de centro de doctrina alrededor de las cuales debían construir los indios y que a finales de siglo XVI y hasta el final de la Colonia se llamaron *pueblos de indios* o solo *pueblos*, por considerarse de indios por lógica, diferente a *villa*, lugar de españoles estancieros. Luego,

Las parroquias no son más que un cambio jurídico de los pueblos de indios como se explicaría más adelante. Su mayor auge se dio a finales del siglo XVIII (...) Se aclara que no es lo mismo *pueblo de indios* que *resguardo*, aunque se refiera a la misma comunidad. *Pueblo de indios* es la traza con sus edificaciones; el *resguardo* son las tierras adjudicadas a los indios para su laboreo y sustento (pág. 18).

Esta lógica político administrativa está acompañada por una figura también política que complementa el ejercicio de dominación de los ibéricos sobre los cuerpos de los locales y el espacio que se está produciendo en este proceso. Se trata de la *Encomienda* en la primera parte de la Colonia, y luego, de la *Hacienda*; estas figuras para control de la mano de obra y de la tierra estarían presentes hasta entrado el siglo XX en varios sentidos: por un lado, sus valores, hoy vigentes según Guillen (1979), se construyen a partir de una estrecha relación entre la propiedad de la tierra, la riqueza y el prestigio. Por ejemplo, los *antiguos de la tierra*

---

del altiplano. Véase por ejemplo la tensión entre Jiménez de Quesada y Federman o la tensión entre algunos “muiscas” y otros pueblos como los panches.

herederos y herederas de encomiendas y generalmente hacendados, serían actores en las disputas políticas de finales del siglo XIX y del siglo XX. Por otro lado, la permanencia hasta entrado el siglo XX de Haciendas en la Sabana y en algunas hoyas hidrográficas, por ejemplo, las de los ríos San Francisco, Fucha, Tunjuelo y Bogotá hasta el siglo XX.



Ilustración 18: El encomendero según Guamán Poma de Ayala (Estin Geymonat, 2012)

Según Fernando Guillén Martínez (1979) los recintos urbanos dentro de la zona andina central, carecen de una vida económica activa y su función no es la de servir de motor y teatro a un sistema de mercado. De allí que Reina (2008) afirme que los centros urbanos no podrían existir sin un espacio de producción indígena que les sustente (los *pueblos de indios*)

La ciudad es el lugar de residencia de las familias latifundistas, dentro de las cuales se va desarrollando, como un órgano adventicio de enorme importancia, la formación de los hijos en los colegios y universidades, orientando su educación al control de los cargos claves de la burocracia civil y eclesiástica locales, ya que los altos cargos administrativos y religiosos era provistos casi siempre con personas nacidas en la Península Ibérica. Ciudades como Santafé, Tunja y Popayán, tienen mucha mayor importancia como centro de decisiones sociales de toda índole, que como teatros de intercambio económico. Los miembros de las familias principales ejercen oficio de abogados o sirven a la iglesia en calidad de

prebendados. La población mestiza e india dedica sus tareas a los servicios domésticos o al comercio, en pequeñísima escala, de comestibles en tiendas (Guillén Matínez, 1979, págs. 133 - 134).

En este marco, la *Encomienda* formalmente implica la entrega de un grupo de indígenas<sup>39</sup>, a través del cacique, a la tutela de un español<sup>40</sup>, para que éste atienda a su cristianización y a su defensa (pág. 63). Alrededor de los centros militares y políticos formados en los altiplanos<sup>41</sup> y valles de la cordillera central (Santafé, Tunja, Vélez y Pamplona) se organiza una institución *sui generis* articulada por los elementos esenciales de la cultura de los conquistadores y apoyada – sustentada por los valores indígenas (pág. 64).

Como consecuencia de los procesos de poblamiento que nacen bajo la premisa y necesidad de “fundar” para controlar y dominar el territorio, y luego gobernarlo, la ciudad del primer siglo se produce fundamentalmente como un organismo político en donde la *encomienda* se convierte, según Guillen (1979), en la forma casi exclusiva de asociación laboral, social, económica y política. La *encomienda*

Abarca en su seno la totalidad de la vida rural y el control de las actividades urbanas (...) En las regiones donde la encomienda no pudo ser establemente organizada y mantenida, la vida urbana se tornó precaria e imposible (pág. 86). La *Encomienda* constituye entonces una figura de dominación de la mano de obra. Un instrumento legal para la sujeción de la población que por su “condición” indígena, es decir vasallos de la corona, tiene el deber de cumplir con un tributo, que en teoría es para la Corona<sup>42</sup>, y que es producto de la labranza la de las tierras, que, por ley, debían ser suficientes para la producción de excedentes necesarios

---

<sup>39</sup> La encomienda terminó encomendando no al individuo sino al grupo “no al indio como vasallo “perchero”, sino al cacique como encarnación de la verdadera comunidad aborigen” (Guillén Matínez, 1979, pág. 56) (...) “La expropiación económica que hace el encomendero al indígena, no habría sido posible, sin la previa expropiación política, representada en el cacique como símbolo del grupo de linaje. La utilización de esta “plusvalía” política es la que da acceso al encomendero a los bienes y servicios indígenas” (pág. 82).

<sup>40</sup> Según Guillén el conquistador se ofreció voluntariamente para ejercer una doble función: la educación política del indio y la recaudación eficaz del tributo (pág. 51).

<sup>41</sup> En estas geografías los españoles hallaron grupos considerables de habitantes sedentarios agricultores, artesanos y guerreros, en contraste con los cazadores seminómadas del norte y el sur (pág. 64).

<sup>42</sup> Ver tensiones entre encomenderos y Corona por la formulación de las Leyes de Indias en 1542.

para hacer efectivo el tributo. A cambio de este ejercicio de tributo, el indígena recibe la salvación de su alma a través del cura<sup>43</sup>.

Entre los siglos XVI y XVII el indígena va siendo progresivamente sustituido por una población mestiza no sujeta a tributo y para 1650 la población indígena se había reducido a tal punto que empieza a aparecer la premura de los encomenderos y en general de toda la burocracia local, por reducir a cálculo precisos a cantidad de tierras que la población indígena necesitaba para producir, y luego, tributar. Afirma Guillén (1979) que en este es el instante de la efectiva aparición de los resguardos. Para el siglo XVIII aparece la categoría jurídica de *los vecinos* que le permite a los hijos de uniones legítimas o ilegítimas entre indígenas y blancos, la condición jurídica de *libres*.

En este contexto de revolución demográfica el encomendero va perdiendo el control sobre la vida social y personal de la población trabajadora, lo que motiva la aparición de *las composiciones*, procedimiento para legitimar las ocupaciones de hecho de población blanca, con un pago casi irrisorio de las arcas reales. Afirma Guillén (1979) que este interés coincide con la necesidad de encontrar nuevas formas de subordinación para la población que había obtenido por el mestizaje biológico y cultural su emancipación de la *Encomienda*.

El título sobre el tributo indígena había permitido la utilización extralegal de la tierra, ahora el título legal sobre la tierra va a permitir la sumisión extralegal de la población mestiza que sustituye como mano de obra a la población aborigen (pág. 116).

La *Hacienda* aparece finales del siglo XVII como una nueva forma de asociación de trabajo, poder y prestigio que arraiga y fortalece los valores propios de la encomienda. Sólo los individuos que habían ascendido y consolidado su poder a través de la *Encomienda* podían hacer uso de las *composiciones*.

La carencia de dinero y la desvinculación a la burocracia (y a los mecanismos de influencia sobre ella), hacía imposible al común de la masa de “vecinos” la utilización de este procedimiento de obtención legal de títulos agrarios (pág. 118).

---

<sup>43</sup> La Corona ponía el cura.

Los minifundios que circundan estas grandes propiedades son capaces de ofrecer subsistencia a sus ocupantes. De tal manera hace que esta masa de “vecinos” se vea obligada a engordar la base productiva de las haciendas: se ven obligados a convertirse en peones o trabajadores de la *Hacienda*.

La Hacienda se posiciona a nivel social con ayuda del clero, secular y regular. El clero juega un papel clave en la institucionalización de las normas “hacendatarias” dentro de la sociedad andina durante los siglos XVII y XVIII.

Los curas párrocos convirtiéndose en parte del séquito del gran terrateniente y en sus asesores para el mantenimiento del control social; las órdenes religiosas, en latifundistas y sin duda en los más poderosos latifundistas de todo el periodo hasta casi los finales del siglo XIX, en todo el territorio estudiado (pág. 132).

En conclusión, la iglesia sirve a los intereses generales de la *Hacienda*. Fortalece las normas éticas que surgen de la estructura funcional de la *Hacienda*, pero también, y no en pocas ocasiones, ejerciendo el papel directo de patrón agrario.

### **2.3. La fundación de Santafé y el Agua**

Rayando en la locura, don Pablo llegó a creer “que mirando muy fijamente el Acueducto llegaría a ver la verdad histórica -Cita de Antanas Mokus en la presentación de la obra de: (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 32)-.

“*Tierra buena, tierra que pone fin a nuestras penas*<sup>44</sup>”. En 1537, un año después de partir de Santa Marta, Gonzalo Jiménez de Quesada llegó al que denominaron “Valle de los Alcázares”. Estaban ya en el país de los Chibchas.

El viaje fue penoso. Atacada sin tregua por los indios y la naturaleza, arribó una tropa de 169 hombres, los más avezados, fuertes y resistentes, pero ahora hambrientos, débiles y muchos de ellos, además enfermos. Hicieron campamento en Suba y desde sus colinas observaron la extensa sabana que, hitada por numerosos pueblos, cubierta de bosques, lagos y sembrados, y bañada por abundantes y limpios ríos y quebradas, los fue llenando de argumentos sobre la riqueza de la región y animó sus nuevas empresas (pág. 60).

---

<sup>44</sup> Cita de la expresión “consoladora de aquellos valientes” que llegaron a la Sabana de Bogotá en: (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 60).

Ante el encuentro del “Valle de los Alcázares”, las condiciones físicas y psicológicas de los recién llegados y la construcción del argumento de “la riqueza” en referencia a este valle, que por cualidad tenía la abundancia de las aguas, Gonzalo Jiménez de Quesada diría:

Háse llegado el tiempo, valerosos españoles y compañeros míos, en que rota la cadena de los trabajos con que estuvisteis aprisionados en la cárcel de las montañas, veáis en los dilatados espacios de este país cercano, el logro bien merecido de vuestros afanes; *la multitud de los naturales, aseo y disposición de sus personas, dan claras muestras de las benignas influencias que gozan...* (Cita de Germán Arciniegas (1942) en: (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 60)).

Jiménez de Quesada no consideró prudente abandonar “la región de Bacatá”, y por el contrario, “quiso afirmar su dominio en ella estableciendo un asentamiento urbano” (pág. 61). Determinó “buscar en que estuviese recogida la gente que dejaba para conservarlo, dando principio a una población nueva de españoles, que tuviese comodidad para la defensa, agua y leña a la mano...” (Crónicas de Lucas Fernández de Piedrahita en: (Rodríguez Gómez, pág. 61). Según el cronista citado por Rodríguez (2003), Quesada nombró dos comisiones de exploración y *consultó también con los Caciques para escoger el lugar más apropiado:*

Una de las comisiones, al mando de Pedro Fernández de Valenzuela, encontró al oriente, en la parte baja de las faldas de la cordillera, un pequeño y hermoso poblado, destinado por el Zipa para su descanso y recreación y habitación de sus mujeres, especialmente en las épocas de lluvias que tornaban anegadiza la planicie de Bacatá. En ese lugar, que escogió Quesada, se construyeron los primeros doce bohíos que parcialmente dieron habitación a las tropas<sup>45</sup> (...) Según el autor, dos fueron los criterios para escoger el lugar para establecer los bohíos. Primero, las “consideraciones de defensa y seguridad. Segundo, las “bondades del acceso a los recursos naturales, al agua en particular, requeridos por la población (pág. 61).

Según el cronista Fray Pedro Simón, citado también por Rodríguez (2003) la fundación de aquel sitio, estuvo determinada por las comodidades que en él hallaron,

que son las que debe tener una ciudad cuerdamente poblada, porque el suelo tiene la altura que ha menester para que corran las aguas sin empapar las calles y plazas y le falta la que no ha menester que hiciera las calles dificultosas de andar, dos quebradas de dulcísima y saludable agua que se descuelgan de lo alto de la sierra, la una tan

---

<sup>45</sup> Dice Rodríguez, que el nombre del poblado indígena era “Teusaquillo”. También menciona que según los cronistas, el nombre de este poblado era: “Teusaquillo” (según Lucas Fernández de Piedrahita), Tensaca (según fray Pedro Aguado) y Tizipaquillo (según Oviedo) (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 61).

abundante que aún en años que no lo son de aguas, sustenta las molindas de la ciudad, mucha piedra para los edificios, la leña que ha menester, buenos aires... (Cita de fray Pedro Simón en: (pág. 62)).

A lo que la cita de Lucas Fernández de Piedrahita complementaría:

...Pareciéndole aquel terreno fértil y dispuesto para plantas y legumbres, jardines y huertas, porque abunda de aguas claras, que reparten dos arroyos despeñados de la cordillera, y ser sus cumbres y faldas montuosas, teniendo por frente y costados grandes y llanas dehesas llenas de numerosas poblaciones, que todas gozan la dicha de buen cielo y saludables aires, puso los primeros cimientos a la nueva villa que pretendía fundar, llamándola Santafé..."(Cita de Lucas Fernández de Piedrahita en: (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 62)).

La plaza principal de la naciente ciudad se ubicó "hacia el dentro de la planicie delimitada por dos de sus ríos tributarios que bajan de los cerros". Al norte, el río Vicachá "posteriormente llamado Boquerón o San Francisco". Al sur, el río Manzanares, más tarde llamado río San Agustín. Estas aguas le dieron vida a la ciudad. *Los ríos, arroyos, lagos y manas fueron determinando su crecimiento y, se vincularon al bienestar de sus habitantes* (pág. 63) . Los linderos que se le asignaron a Santafé después de que Carlos V le da el título de "ciudad", eran en gran medida naturales. Al norte el río Vicachá; al sur el río Manzanares; al oriente, "la altura en que la falda del cerros acentúa su pendiente", y al occidente, "el barranco o quiebre profundo, formado indudablemente por la acción de las crecientes impetuosas del río Vicachá, que al llegar al terreno plano se explayaba causando erosiones" (Cita de Carlos Martínez (1973) en: (Rodríguez Gómez, pág. 63)).

**Con formato:** No revisar la ortografía ni la gramática





**Ilustración 19:** “Croquis de la Provincia de Santafé por Diego de Torres y Moyachoque (1578) en: (Mejia Pavony & Cuéllar Sánchez, 2007)

Este croquis de la Provincia de Santafé, es una representación de la ciudad “simplificada” según los autores del Atlas Histórico de Bogotá. Elaborado a finales de siglo XVI por Diego Torres y Moyachoque, hijo del encomendero de Turmequé, representa “el territorio que controla la ciudad y no la ciudad misma” (Instituto de Patrimonio; Secretaría General, Archivo de Bogotá; Editorial Planeta., 2007). Este croquis y la crítica a la representación que hace de la ciudad, me permite introducir el tema de los instrumentos que fueron necesarios para que los recién llegados empezaran a “dominar” los actores del espacio (me refiero a humanos y no humanos) de Santafé, al punto de emplazar en él una ciudad. Esta dominación tiene como objeto principal al espacio, y en las citas expuestas, de los apartados señalados en cursiva, se puede leer<sup>46</sup> que efectivamente son las cualidades

<sup>46</sup> Con la conciencia de que las Crónicas no son fuentes que exponen “la verdad” histórica, sino que están cargadas por los “caprichos” de la época. Ver el trabajo de Jorge Augusto Gamboa y leerlo con agudeza metodológica.

ecológicas y geográficas, y la relación de estos dos ámbitos con la forma de vida de los locales al momento del encuentro, motivos para tomar la “decisión” de parar la travesía que tantos hombres y sufrimiento había costado a los recién llegados, y “fundar” una “nueva villa” con aires sanos y aguas puras que corren. De los mismos apartados se puede leer que rápidamente, las cualidades del espacio sirvieron para el abastecimiento de la ciudad, en ese momento villa, no sólo en los términos del agua, sino también de las maderas (energía fósil), piedra para los edificios, suelos fértiles para las legumbres, y como bien lo muestra nuestra “cultura del pan” para el trigo (los molinos desde la llegada de los españoles, aparecen en el mapa del río Vicachá, luego llamado, San Francisco).

Siguiendo con la intención de hacer uso de algunos de los instrumentos utilizados para el dominio de estas Tierras y Aguas, para interpretar en la medida de lo posible esa relación de dominación entre ciudad y espacio, en el ámbito del marco jurídico y administrativo, aparece la *Recopilación de las Leyes de las Indias*, compilado de 1680 que intenta resolver “el desorden” legislativo que había surgido durante el siglo XVI y que era consecuencia de múltiples leyes que se venían generando para resolver las necesidades de la corona y las necesidades económicas y sociales de los Reinos de las Indias. Su proceso de creación duró más de un siglo y correspondió a Carlos II, último rey de aquella dinastía. Reúne leyes establecidas por los Reyes Católicos, Carlos I, Felipe II, Felipe III, Felipe IV y Carlos II<sup>47</sup>. Constituyó el cuerpo legal del conjunto de disposiciones legislativas reunidas y ordenadas en nueve libros, que contienen alrededor de 6.400 leyes, consolidando un elemento indispensable para conocer los principios políticos, religiosos, sociales y económicos que inspiraron la acción de gobierno de la monarquía española (Bernat, s.f.).

De esta recopilación interesan algunos títulos que podrían corresponder con las ordenanzas que se usaron por la corona para orientar a los recién llegados a América, en los procesos de construcción de ciudad. Para ello hago uso de la información recopilada por Juan Camilo Rodríguez (2003) que me permite exponer la relación: *fundación – agua*.

---

<sup>47</sup> Las Pragmáticas y Cédulas Reales, los autos acordados, las Ordenanzas, así como cualquier otra fuente legal, con registros de quiénes las habían puesto en vigor y cuándo se originaron.

Tabla 3: Relación de algunas Leyes de Indias referidas al ordenamiento del espacio. Elaboración propia.

<b>RECOPILACIÓN DE LEYES DE LOS REINOS DE LAS INDIAS</b>	
<b>Libro IV del Título IV, Ley Primera</b>	"Ordenamos que habiéndose resuelto de poblar alguna provincia o comarca de las que están a nuestra obediencia, o después descubrieren, tengan los pobladores consideración y advertencia a que el terreno sea saludable..., si hay pos para criar ganados, montes y árboles para leña, materiales de casas y edificios: muchas buenas aguas para beber y regar: indios y naturales a quien se pueda predicar el Santo Evangelio, como primer motivo de nuestra intención; y hallando que concurren estas, o las más principales calidades, procedan a la población guardando las leyes de este libro"
<b>Libro IV, Título VII, Ley Primera</b>	"Procuren tener agua cerca, y que se pueda conducir al pueblo y heredades, derivándola si fuere posible para mejor aprovecharse de ella..."
<b>Libro IV, Título VII, Ley Tercera</b>	"Ordenamos que el terreno y cercanía, que se ha de poblar, se elija en todo lo posible el más fértil, abundante de pasto, leña, madera, metales, aguas dulces, gente natural, acarreos, entrada y salida, y que no tengan cerca lagunas ni pantanos, en que se críen animales venenosos, ni haya corrupción de aires, ni aguas"
<b>Libro IV, Título XIII, Ley Quinta</b>	"Que los pastos, montes y aguas sean comunes en las Indias... Mandamos que el uso de todos los pastos, montes y aguas, sean común a todos los vecinos de ellas, que ahora son, y después fueren para que los puedan gozar libremente"

Estas *ordenanzas* son una especie de manuales de cómo construir una ciudad en *las indias*. Según Adriana María Alzate (2007) una de las fuentes de inspiración de estas políticas

coloniales es la obra *Aires, aguas y lugares* que, como dice ella, pertenece al *Corpus hipocrático*.

El tratado *Aires, aguas y lugares* narra el itinerario de un médico que llega a una ciudad desconocida, y menciona las diversas condiciones que deben observarse allí para conocer las enfermedades y curarlas con éxito. Examina la exposición de la ciudad a los vientos, la naturaleza de las aguas que consumen sus pobladores, las enfermedades propias del lugar según el sexo y la edad de sus habitantes y la influencia de las estaciones y el sol (Alzate Echeverri, 2007, pág. 49).

Este tratado es fundamental, porque según Alzate es un “referente de larga duración” en la legislación española y en las normas establecidas, para el gobierno de las colonias. Dice que éstas se encontrarán expuestas hasta finales de siglo XIX para justificar medidas de saneamiento urbano (pág. 49). Luego su fundación, el emplazamiento de Santafé implicó varios sistemas de abastecimiento de agua. Para ello expondré la historia de los acueductos de Santafé hasta la mitad del siglo XIX, momento en el que se empieza a hablar de *caos, suciedad y orden*, conceptos fundamentales para el corpus de las *Leyes Borbónicas*<sup>48</sup> y que son sustituidos en la segunda mitad del siglo XIX y principios de siglo XX por las ideas sobre “higiene”<sup>49</sup>.

## **2.4. La historia de los Acueductos en Santafé hasta “el caos” que iniciaría a mediados de siglo XIX**

### **2.4.1. El Acueducto de Agua Vieja**

En el siglo XVI tienen lugar dos importantes obras que, me parece, son el hito de inicio de lo que Roberto Lleras Pérez (2015) llamaría “el manejo esquizofrénico del agua en Bogotá”. El Acueducto de los Laureles y la Primera Fuente de la Ciudad, el Mono de la Pila, expresan una forma particular de representar y usar el espacio. Esta particularidad es propia de este nuevo fenómeno que se venía construyendo en la falda de los cerros Monserrate y Guadalupe, y que para el siglo XVI habría hecho materia la “idea” de ciudad mencionada por Mejía Pavony (N/A, pág. 4). Antes de estas dos obras en Santafé, el aprovisionamiento de

---

<sup>48</sup> Constituyen una reforma a la *Recopilación de las Leyes de Indias*.

<sup>49</sup> Para ahondar en el tema de la relación entre las Reformas Borbónicas y las leyes que entran en juego en la segunda mitad de siglo XIX, ver Capítulo No. 2 de este trabajo.

agua era posible por diferentes métodos: en algunas casas de Santafé existían nacimientos naturales o manas; en otras, se construyeron aljibes y se almacenaba el agua lluvia; pero en la mayoría de los casos, en los primeros tiempos, “la provisión de agua la hacían los indios tomándola de los ríos Vicachá y Manzanares, y llevándola en múcuras” (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 64) en la espalda o en lo que luego, llamarían “burros acuateros” (Lleras Perez, 2015). Antes de la construcción de estas dos obras, los ríos que discurrían por los extremos de la futura Santafé, eran las fuentes directas para el aprovisionamiento. Para ellos fue necesario empezar a generar un marco jurídico normativo que regulara los usos del mismo:

Que en esta ciudad no hay otro río tan principal como el que pasa por ella, junto al monasterio de Santo Domingo, ni donde la mayor parte de los vecinos e personas della se sirvan y provean de agua para el servicio de sus casas y pro común, acordaban y acordaron que de aquí en adelante, en ningún tiempo, no se pueda dar, ni proveer, ni hacer ningún sitio, ni molino en el dicho río, desde la dicha puente que en esta ciudad se hace en el dicho río arriba, sino que el dicho quede limpio para el dicho servicio e pro común de la República, ni batán, ni otra cosa alguna...de aquí en adelante, en el dicho río desde la dicha puente arriba, no laven, ni echen, ni consientan echar ningunas inmundicias, antes lo prohíban y manden las penas que les parecieren, las cuales tengan cargo de las hacer, ejecutar y guardar para que dicho río esté limpio para el servicio y proveimiento de la República de la dicha ciudad (Acuerdo del 8 de marzo de 1557. *Libro de Acuerdos de la Real Audiencia del Nuevo Reino* en: (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 65)).

Dice Rodríguez que Felipe II, en 1563, dispuso el nombramiento de “jueces de aguas” por parte de las audiencias, virreyes y cabildos. “Su función era la de distribuir las aguas y dirimir las controversias que pudieran surgir en el uso del agua” (Lay libro III. Título II. *Recopilación de leyes de los Reinos de las Indias* en: (pág. 66)). La fuente del *Mono de la Pila*, fue construida en piedra y ornamentada con varios escudos: “estaba coronada por una escultura que con el tiempo se consideró de san Juan Bautista”. Luego de su construcción, le hicieron algunas modificaciones y estaba “dotada” de ocho pajas de agua. El agua que surtía a la fuente que estaba en la mitad de la Plaza Principal (hoy Plaza de Bolívar) venía a ella por una cañería de cal, ladrillo y piedra que partía del río San Agustín y atravesaba una zona

abundante en arbustos de laurel. Por ellos se llamaba acueducto *de los Laureles o Cañería de los Laureles*<sup>50</sup>.

---

<sup>50</sup> “Nombre que se le dio hasta cuando al entrar al servicio el acueducto de *Agua Nueva*, se le empezó a llamar acueducto de *Agua Vieja*” (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 74).

Tabla 4: Las primeras obras y normas referidas al primer acueducto de Santafé. Elaboración propia

EL ACUEDUCTO DE LOS LAURELES		
1583	Memorial definitivo de <b>Juan de Almanza</b> “como vocero de la comunidad” y respaldado por muchas firmas, para la petición de la construcción de “este primer acueducto de Santafé” a la Real Audiencia	“Que esta ciudad tiene grande necesidad de que se haga una fuente en la plaza pública de esta ciudad, para que de ella se provean de agua los vecinos, estantes y habitantes y haciéndose se evita trabajo a los naturales de ir por ella del río y será grande ornamento y cosa de mucho provecho a esta ciudad. En ello recibirá gran beneficio porque el agua que viniera a la dicha fuente será muy buena y la que se trae del río no es tal y causa mucha salud en esta República beber del agua de dicha fuente” (...) “El capitán Juan de Almanza, vecino de esta ciudad y Procurador General en ella por sí y en nombre de las personas vecinas, estantes y moradores en es dicha ciudad, que aquí firmamos nuestros nombres, digo: En lo que toca a ser conveniente y muy necesario el hacer una fuente en la plaza desta dicha ciudad para el ornato de ella y del bien y utilidad de toda esta República. Para el cual efecto y para con mayor brevedad y menos costo se haga la dicha fuente, conviene se eche alguna parte del costo y gasto de dicha obra una derrama entre todos los vecinos y moradores desta dicha y estantes y habitaciones en ella. Por lo tanto pedimos y suplicamos a vuestra alteza así provea y mande para que tan buena obra vaya adelante y se haga y se efectúe, por lo cual (Fdo) Joan de Olmos – Juan de Almanza – Juan de Guzmán – Baltasar Ruiz – Francisco García de la Jara – Marcos Ríos – D. Juan Ponce de León – Bachiller Juan de la Vega de Lugo – Sancho Díaz de Ramos – Bernardo Cabrera – Gaspar de Ávila – (siguen numerosas firmas de los habitantes de la ciudad)” (Archivo Histórico Nacional de Colombia (AHNC). Sección Colonia. Fondo mejoras materiales. Tomo 9. Folio 572 a 589 y vuelto en: (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 67)).
1584	<b>Cabildo</b>	“El Licenciado Alfonso Pérez de Salazar, del Concejo de su Majestad y su oidor más antiguo en la Real Audiencia y Regimiento deste reino, Cabildo, Justicia y regimiento desta muy noble y muy leal ciudad de Santafé, hacemos saber a vos Hernando Aris Torero, vecino de esta dicha y procurador general della, cómo para la utilidad y necesidad que como esta República ha tenido en una fuente de agua y ornato della, mandamos hacer en la plaza pública una fuente de agua como esta; y para que si los vecinos desta ciudad quisiesen alguna paja de agua para su casa, pagando por cada una dellas cincuenta pesos de oro corriente, la pudiesen haber y tomar y ante nos pareció el Licenciado don Lope Clavijo arcediano desta santa iglesia, en nombre del hospital desta ciudad, y dijo que el dicho hospital tenía necesidad de una paja de agua para el servicio dél y para limpiar y lavar las camas de los pobres que en él había y ocurrían de cada día sin interés alguno, pues el dicho hospital era pobre. Y por nos visto, mandamos dar el presente para vos porque vos mandamos que en la caja y almacén donde se repartieren las demás pajas de agua a vista de los diputados desta ciudad con uno de los alcaldes de ella señaléis al dicho arcediano en el dicho nombre una paja de agua del tamaño y medida que esta ciudad tiene señalado para que la haya y goce para agora y para siempre jamás todo el tiempo que la fuente de la dicha plaza durara y viniere agua a ella, y dello mandamos dar el título presente. Fecho en Santafé a quince días del mes de julio de mil quinientos ochenta y cuatro años. (Cabildo 15 de julio de 1584. Cabildos de Santafé de Bogotá 1583 – 1810. Archivo Nacional de Colombia. Empresa Nacional de Publicaciones. Bogotá, 1957. Págs. 43 – 44 en: (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 71)).
NUEVAS OBRAS Y PROBLEMAS PARA EL ACUEDUCTO DE LOS LAURELES		
1611	<b>El Chorro de San Agustín</b>	Fue la segunda pila pública de la ciudad: “Su agua se tomó de la cañería que hizo el convento de San Agustín partiendo del río de La Peña”.
1665	<b>El Chorro de San Juanito</b>	Fue la tercera fuente ubicada a la altura de donde luego se construyó el panóptico.
1665	<b>La Pila de las Nieves</b>	Fue la cuarta toma de agua de la ciudad. La petición para su construcción se hizo argumentándose los peligros que corrían las mujeres y las niñas al tener que alejarse para traer el agua” (...) “La pila que tomaba agua del río Arzobispo y tuvo ocho pajas de agua, se colocó en la plazuela de las Nieves”.
1736 -1741:	Se interrumpió este suministro del río Fucha y a la plaza sólo llegaba el agua del San Agustín con grandes problemas en las épocas de verano. Día a día disminuía el agua de la plaza. Las personas se veían obligadas a ir a traer el agua en múcaras del San Francisco y del Fucha y los más acaudalados pagaban el transporte del agua. En 1736 el Cabildo promovió el traer de nuevo las aguas del Fucha a la plaza mayor. Así lo estipuló, costeano la obra, con un aporte de \$200 anuales, según durara la obra, además de \$1.000 provenientes de los impuestos a las carnicerías y a algunos aportes de los particulares”.	

**Nota:** Para el lector será de utilidad que más allá de mencionar la ubicación de las primeras fuentes de agua y los ríos que las proveían, se les ubique en un mapa. No fueron solamente los ríos San Francisco y San Agustín los cuerpos de agua que abastecían a Santafé, en el panorama de la política para ordenar la ciudad, estaban las manas o chorros que son producto de aguas subterráneas (propias de las cualidades ecológicas de los cerros orientales) y otras aguas que discurrían por los cerros, como el caso los ríos Fucha y San Juanito, así como de múltiples aguas de escorrentía y otras quebradas de las que no conozco el nombre. Según Rodríguez, la utilización del río Fucha, relativamente alejado de la ciudad y posteriormente llamado San Cristóbal, se hacía ya en este año de 1589 (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 75). El agua que recibía la pila de la plaza mayor escaseaba en la época de verano y además la cañería de los Laureles se dañaba frecuentemente por estar a cielo abierto y por estar sobre un terreno de fácil deslizamiento. Estos daños tenían como consecuencia que el agua se ensuciara y causara enfermedades a quienes la tomaban al mezclarse con otras materias.

Por ello el alcalde más antiguo de la ciudad, don Juan de Olarte y Angulo, solicitó la contribución de las personas para hacer una obra que permitiera llevar a la pila, además de la que llegaba del río San Agustín, agua del río Fucha. El trabajo, asignado por remate, lo hizo Lorenzo Rodríguez Castaño, quien construyó la zanja desde la toma que adaptó en el Fucha hasta la toma de donde por otra zanja parte el agua del San Agustín. En los inicios de 1681 ya llegaba agua del Fucha a la plaza mayor” (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 85).



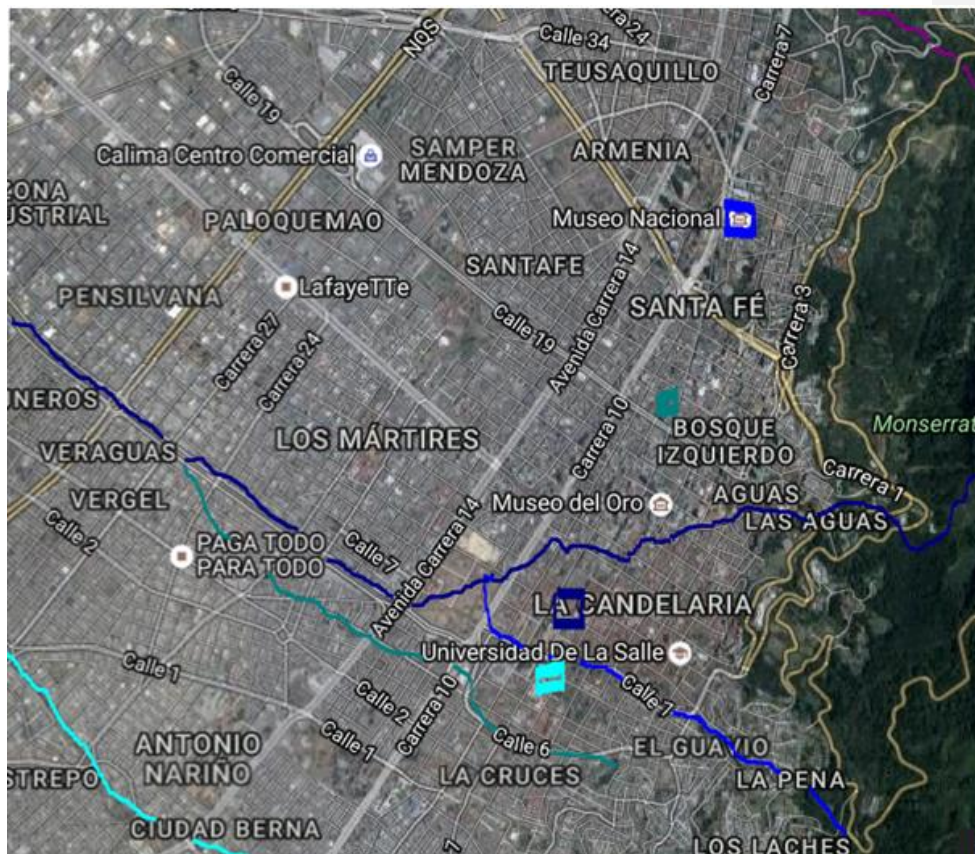


Ilustración 20: Captura satelital sobre las primeras fuentes de agua de la ciudad (Sierra Navarrete, 2014)

El detalle de la captura satelital, me permite señalar que la línea Púrpura, indica la dirección por donde discurre el río Arzobispo; el mismo que aguas abajo, se conoce como río Salitre y que en inmediaciones del valle aluvial del río Bogotá, forma el humedal de Juan Amarillo o Tibabuyes. Del río Arzobispo se surtieron las ocho pajas de agua de la Pila de las Nieves y al Chorro de San Juanito.

Cuadro Azul Rey: Indica la ubicación del Chorro de San Juanito, la tercera fuente de agua de la ciudad, ubicado en donde luego, en el siglo XIX se construyó el panóptico instalaciones en las que hoy funciona el Museo Nacional.

Cuadro Verde Azulado: Indica la ubicación de la plaza de las Nieves en donde tuvo lugar la cuarta fuente de agua de la ciudad: la Pila de las Nieves; luego de su construcción, pasó cerca de un año antes de que construyeran una nueva fuente de agua para la ciudad.

Línea Azul Marino: Representa el curso del río Vicachá, luego llamado San Francisco, que nace en el páramo de Cruz Verde, en la estrella de agua mencionada en el apartado de “la Historia del agua y la tierra” de este mismo capítulo. El río San Francisco, como lo señalo en la captura satelital, es el que atraviesa el cañón que se forma entre el cerro de Monserrate y el cerro de Guadalupe discurriendo por los cerros para luego encontrarse, en el punto en donde hoy es el Parque Tercer Milenio, con el río San Agustín. Antes de que se construyeran las varias pilas que están ordenadas en cronología en las tablas anteriores, fue una de las fuentes de agua de la ciudad. Hasta allí iban indígenas acuateros y acuateras a traer el agua para la Villa o ciudad blanca, y también mujeres y niñas para traer el agua para el aprovisionamiento de los asentamientos que no hacían parte de la villa.

Línea Azul Rey: Representa el curso del río San Agustín que discurre por el cerro del Aguanoso (el que está justo al sur del cerro de Guadalupe) y sigue su curso hasta encontrarse con el río San Francisco. De este cuerpo de agua se alimentó el Acueducto o Cañería de los Laureles para conducir el agua hasta la fuente del Mono de la Pila ubicada en la Plaza Central. El río San Agustín fue llamado de esta manera porque en sus inmediaciones, a la altura de la carrera séptima los Agustínianos construyeron su claustro o convento. Cabe anotar que esta orden tuvo muchos problemas como consecuencia de las crecientes del río que en múltiples ocasiones derrumbo los puentes que se construyeron para cruzarle e inundó las instalaciones del convento.

Cuadro Azul Marino: Indica la ubicación de la plaza principal hoy conocida como plaza de Bolívar. En la plaza principal tuvo lugar el Mono de la Pila, la primera fuente de la ciudad que se surtía a través de la Cañería o Acueducto de los Laureles con agua, en principio,

del río San Agustín, y luego y de manera intermitente, con aguas del río Fucha o San Cristóbal.

Línea Verde Azulado: Representa el curso del río San Juanito, mencionado en el cuadro de cronología de obras como el río de La Peña. De allí tomaron el agua para alimentar el Chorro de San Agustín, la segunda fuente de agua de la ciudad.

Cuadro Azul Aguamarina: Representa la ubicación del Convento o Claustro de San Agustín en donde tuvo lugar la segunda fuente de agua de la ciudad: el Chorro de San Agustín que no se surtía con aguas del río San Agustín, sino con aguas del río de la Peña que seguro recibió este nombre porque discurre del cerro del Aguanoso. Este último en sí mismo tiene un sistema montañoso asociado; uno de sus relieves principales soporta lo que luego se conoció como la capilla de la Peña, una de las principales estaciones del viacrucis que partía del Templo de la Peña y llegaba hasta el Cerro del Guadalupe (Lleras Perez, 2015).

Línea Verde Aguamarina: Representa el curso del río Fucha o San Cristóbal que también nace en la estrella de agua en la que nace el Vicachá. Discurre por el valle que se forma entre el cerro del Aguanoso y las altas montañas de San Cristóbal, y baja hacía el occidente hasta desembocar en el río Bogotá. Como bien se lee, desde el comienzo de la Colonia, los propósitos por traer a la ciudad agua del río Fucha constituyó un problema. Esta tensión y dificultad se mantendría hasta principio de siglo XX, cuando se construye la planta de tratamiento de Vitelma. En el segundo capítulo se ampliará este tema<sup>51</sup>.

A finales del siglo XVII Santafé contaba con cuatro fuentes de agua para una ciudad de 3.000 habitantes. El abastecimiento no estaba regulado por ningún marco jurídico normativo para administrar ni organizar explícitamente la forma de aprovisionarse. Producto de esta ausencia el Rey tomó medidas respecto de “el desorden de la administración” del agua en Santafé y ordenó la *Real Cédula de Aguas* del 19 de agosto de 1695:

Que es el Cabildo de Santafé el competente para conceder la venta de pajas de aguas y que debe medirse mucho en este asunto por tenerse noticia que sin previsión se han estado repartiendo mercedes y ventas de agua, comprometiendo con este descuido las

---

<sup>51</sup> Hago uso de una captura satelital actual para ubicar en el espacio las dimensiones de las que he estado hablando en este último apartado. Lo hago porque los planos del siglo XVII y XVI no me permiten ubicar las convenciones que me interesa exponer.

necesidades de la población a que primero hay que proveer, y que en adelante no puedan hacerse mercedes de agua sin consulta con la Real Audiencia y su Presidente y que las ventas tienen que hacerse solamente a censo enfiteútico sobre la finca servida, para que la renta anual entre a figurar en la de propios de Santafé. Todo, so pena de que si no se cumpliera así por el Cabildo, las mercedes hechas así como las ventas sean nulas. El Rey – por su mandato, Antonio C. De Villamedina, Secretario de la Cámara (“Real Cédula sobre Aguas” 19 de agosto de 1695 en: (Rodríguez Gómez, 2003, págs. 91-92).

*La Real Cédula de Aguas* tuvo vigencia hasta 1720 y luego de esta fecha, fueron varias las obras que intentaron arreglar y mantener con efectivo funcionamiento la Cañería o Acueducto de los Laureles.

#### **2.4.2. El Acueducto de Agua Nueva**

En la década de los 50’s del siglo XVIII se construyó en Santafé el Acueducto de Aguanueva considerado la más importante obra para la provisión de agua en la ciudad a lo largo de la historia colonial (pág. 105). Su inauguración tuvo lugar el 30 de mayo de 1757 y la obra ha sido atribuida “por quienes a ella se refieren, al virrey Solís” (pág. 106).

Hasta finales del siglo XVIII este acueducto fue una sencilla zanja destapada que tomaba el agua del río San Francisco, y que corría bordeando *el camino conocido como paseo de la Aguanueva*, para descender luego desde la zona de Egipto por la calle de la Fatiga (Calle 10) hasta la fuente de la plaza mayor. En su camino alimentaba, además, el chorro de Egipto, el chorro del Señor Hoyos y la fuente de Celedonio, esta última situada en la calle 10 entre carreras 5 y 6. Estas tres últimas tomas se construyeron en la segunda mitad del siglo XVIII (pág. 107).

Había necesidad de construir Aguanueva. Por un lado, aparece la escasez de agua que debió experimentar la ciudad producto de la destrucción del acueducto de los Laureles, a causa de un derrumbe, que según el oidor Juez de Ejidos Francisco Pérez, fue el 22 de marzo de 1755. En ese sentido, “los problemas de abastecimiento llevarían al virrey Solís a construir un nuevo acueducto, nutrido por otra fuente y conducido por una zona más estable, con menos derrumbes y deslizamientos” (pág. 106). Por otro, Santafé ya no era una ciudad de 3.000 habitantes; para la segunda mitad del siglo XVIII su población se acercaba a 20.000 habitantes, todos ellos afectados por la falta de abastecimiento de agua durante dos años, hasta que Aguanueva trajo a la ciudad las aguas del río San Francisco.

Según Roberto Lleras (2015) y Adriana María Alzate Echeverri (2007) el Acueducto de Aguanueva, y las políticas y obras paralelas a éste, son consecuencia de la implementación de las *Reformas Borbónicas* (sanitarias y administrativas) en los Reinos de la Nueva Granada: aquí las ideas de salud pública y civilización del cuerpo y la ciudad en términos de aseo y orden, son la base paradigmática para la definición de los marcos jurídicos, normativos y administrativos; este punto será desarrollado con detalle en el tercer capítulo. Esta coyuntura se da en el marco de una ciudad, que según descripciones de la segunda mitad del siglo XVIII era desaseada, motivo que ponía en peligro la calidad del agua. Sin embargo, Antonio Salcedo diría que Santafé en 1787 era

...grande y hermosa, sus calles anchas y bien empedradas, la adornan cuatro plazas y cinco puentes sobre los pequeños ríos San Francisco y San Agustín, cuyas aguas cristalinas, delgadas, frías y saludables, tienen su origen en la montaña, y pasando por los umbrales de estos conventos les dan nombre, y corriendo de oriente a poniente bañan la ciudad y su llanura, que tiene veinte leguas de largo y once de ancho, hasta incorporarse en el Funza, que pasa un cuarto de leguas distante (Diccionario geográfico – histórico de las indias en: (pág. 113)):

En oposición a la descripción de Salcedo, y como evidencia de la afirmación sobre las condiciones de desaseo de las calles y pilas de la ciudad, aparece en 1789 Francisco Silvestre (secretario del Virreinato y gobernador de la Provincia de Antioquia) quien afirmó que Santafé tenía:

Las mejores proporciones para ser una ciudad la más pulida y aseada; porque tiene abundantes aguas altas; está situada en la pendiente de la cordillera grande de los Andes, junto a dos empinados cerros, nombrados Guadalupe y Monserrate; sus calles son tiradas a cordel y con dos pequeños ríos, que la atraviesan, sobre que tienen puentes, en tres o cuatro partes aunque pudiera y debiera en muchas. Pero no hay policía ni quien vele por ella, aunque en el día tienen un Cabildo completo y se eligen todos los años dos Alcaldes Ordinarios: bien que tampoco sus rentas de propios parece que alcanzan para las pensiones y gastos; y más con los que se han aumentado con el establecimiento de la tropa. Conviniera pensar otros arbitrios (que no serían difíciles de hallar) que las aumentasen, y que se aplicasen a empedrados, alumbrado, formar arreglo de cañerías o acueductos, cementerios, molinos y fuentes públicas, que faltan en muchas partes y en la limpieza de plazas y calles, y formar paseos y alamedas y otras obras públicas” (pág. 116).

Tabla 5: Relación de obras y marco jurídico normativo referido al acueducto de Agua Nueva. Elaboración propia.

OBRAS Y ACCIONES PARALELAS AL ACUEDUCTO DE AGUANUEVA		
1766	Fuente de los Chorritos del Rodadero	Ubicado entre la Calle 13 y las carreras 4 y 5. Fue establecida por Francisco de Vargas, José Pinigua, Manuel de Soto y Joaquín Sánchez, tomando el agua de la cañería de Santo Domingo.
1767	Chorro del Calvario	Ejecutado por petición de los habitantes de la zona, respaldados por los regidores Antonio de Cajigas y Carlos Burgos. Más tarde llamado chorro de Panteón de las Nieves, ubicado entre la carrera 5 y la calle 20.
	Obra de la Pila de las Nieves y Pila de la Plaza de Mercado	Continuó la obra de la pila de las Nieves, que había sido solicitada en 1765 y de la pila de la plaza de mercado o la plazuela de San Francisco. La continuación de estas obras se logró mediante la petición del regidor José A. Ugarte, alcalde de las Nieves”.
En 1772 la ciudad contaba con 70 pajas de agua.		
1775	"El Cabildo hizo colocar en la plaza mayor la pila grande, que fue una ampliación que se hizo a la vieja pila que en el siglo XVI había regalado el oidor Alonso Pérez de Salazar”	
1780	"El Cabildo tomó una medida de especial importancia que indica la magnitud que ya tenía la red del acueducto. Ordenó que el fontanero y el regidor de aguas elaboraran un plano de aguas de la ciudad"	
1789	Se elaboró el plano con el levantamiento que hizo el ingeniero Esquiain: “...con tinta colorada tenía—marcadas todas las cañerías, cajas de reparto a los edificios que la gozaban y al margen una lista numerada con el nombre del dueño de cada finca y constancia de la cantidad de agua a que el edificio tenía derecho”	
1791	El virrey Ezpeleta “ordenó sembrar árboles desde San Victorino hasta San Diego a lo largo de la vía que entonces se llamaba de la Alameda Vieja, y también a lo largo de la Alameda Nueva hasta puente Aranda. Se sembraron en estas vías sauces, robles, cerezos, y alisos. También mejoró las calles y contrató con Felipe Vergara los enlosados de la calle de San Juan de Dios (Calle 12)"	
1792	"La cañería para llevar agua a la plaza de San Victorino fue continuada, también bajo el Gobierno del Virrey Ezpeleta. Se inició con este propósito una cañería que partió del río Arzobispo"	
LEYES Y MARCO JURÍDICO - NORMATIVO – ADMINISTRATIVO		
1778	"Se estableció el primer depósito del acueducto colonial. Para tal fin el Cabildo dispuso “que una de las tiendas del Retén se destine para almacenar todo lo del ramo de aguas”"	
1780	“La disposición del Cabildo sobre el plano de aguas contempló también que al hacerse concesión de un solar se tuviera en cuenta si por él atravesaba alguna cañería matriz del acueducto a fin de que no fuera a ser abierta para unos particulares. También dispuso que los propietarios de solares debían informar si tenían fuentes o manas o si parte de esa agua podía llevarse a la calle para uso público”	
	“Ya para finalizar el año, alcalde del segundo voto sugirió al Cabildo eliminar el sistema de remates para la administración de las aguas de la ciudad y encargar de esa función a la administración de propios. Sin embargo, el Cabildo estimó conveniente continuar con el sistema de remates vigilados por el fontanero y el regidor de aguas”	
1785	Los alcaldes ordinarios de Santafé expidieron un Bando que, entre otras cosas dispuso:	“Que estando mandado por Bando publicado en esta ciudad el año de 78, de orden superior Gobierno que las basuras se arrojen en los arrabales de la ciudad; y experimentándose en el día lo inmundo que están las calles, se prohíbe severísimamente que ninguno arroje Basuras a la calle y caños con pretexto alguno, bajo la pena al Noble de dos pesos que se aplicarán para limpieza de la misma calle, y al plebeyo de vergüenza pública”
		“Serán castigadas con igual pena las chicherías con pretexto de lavar sus vasijas, cuya diligencia harán en la orilla del caño, y se encargará a los Comisarios de Barrio y a los Alguaciles, vigilen sobre cumplimiento de este particular”
		“Todo dueño de casa, o tienda, hará empedrar y barrer a lo menos un día a la semana el terreno correspondiente a su habitación y los que tengan aguas vertientes a la calle, harán que se cubra inmediatamente el acueducto”
		"Que los que trajeron cargazón de cualesquiera efectos no mantengan en la calle las bestias, sino aquel preciso tiempo de cargar, o descargar, y que por este motivo no dejen en la calle basura alguna de los bagajes”

Será de utilidad para el lector la ubicación espacial de estas nuevas convenciones en un mapa que ahora sí corresponde a la cronología que estoy trabajando en este apartado. Se trata del *Plano Geométrico de la Ciudad de Santafé* de Domingo Esquiani (1791), maravilloso en el detalle de la geomorfología de la ciudad pues plasma las curvas de nivel de los Cerros Orientales y logra representar las marcas que ha dejado el agua en la tierra, producto de su trayecto desde el páramo hasta la sabana.

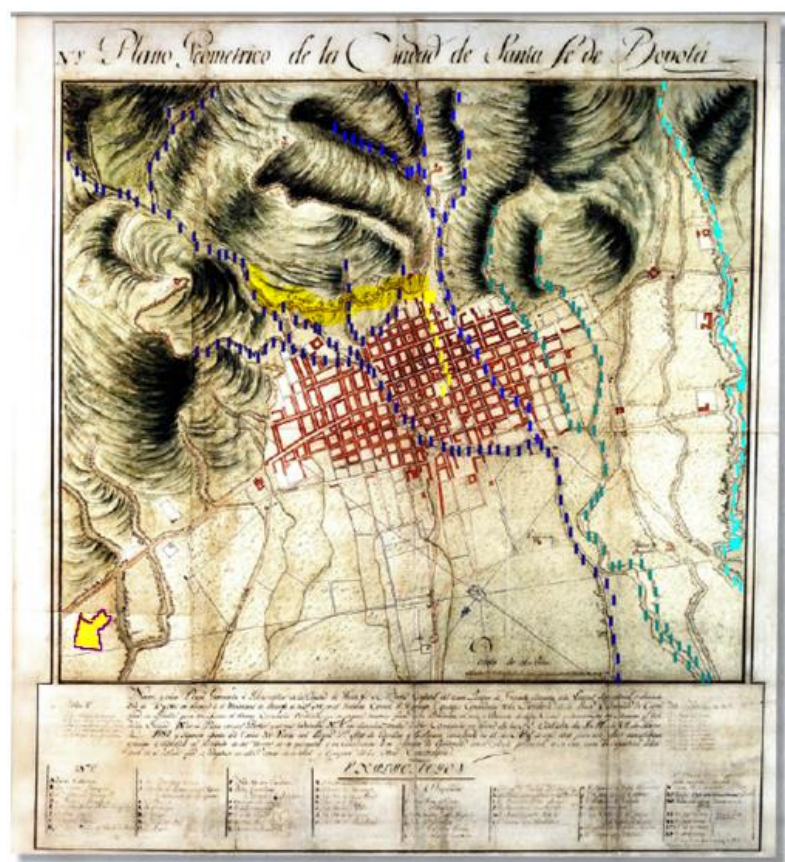


Ilustración 21: Plano geométrico de la ciudad de Santafé de Bogotá (1791) (Mejía Pavony & Cuéllar Sánchez, 2007)

En la cartografía histórica se mantienen las convenciones de la captura satelital usada para ubicar a los actores del Acueducto de Aguavieja. En ese sentido, la línea punteada azul

marino continúa representando el cauce del río Vicachá o San Francisco que como bien indica Esquiani, nace en el páramo de Cruz Verde y baja, bien encañonado, hacia la sabana. Los afluentes que señala el autor, son de norte a sur conocidas hoy como: quebrada Padre de Jesús, quebrada Mochón del Diablo y quebrada de San Bruno (Sierra Navarrete, Diario de Campo, 2015 - 2016).

Marca Amarilla: Representa el Camino de Aguanueva. Este trayecto es fundamental en dos sentidos: primero, es la base geográfica que permitió que la cañería por donde fluía a cielo abierto el agua desde la bocatoma sobre el río San Francisco hasta inmediaciones de donde luego sería la plaza de Egipto y el Tanque de Recolección de Egipto, no presentará eventualidades e interrupciones por los movimientos de la montaña. Segundo, este trazado corresponde con el que luego se convertiría en el Paseo de Bolívar; en la introducción y los capítulos 2 y 3 de este trabajo, el lector entenderá porqué el Paseo de Bolívar es esencial para el desenvolvimiento de mi investigación.

Línea Punteada Amarilla: Representa en su inicio, la conexión entre el Camino de Aguanueva con el que luego sería el Tanque de Recolección de Egipto (el que hoy se conserva en la Universidad Externado de Colombia) y su punto de partida por la Calle de la Fatiga, hoy Calle 12, hacia la Plaza Principal para surtir a la fuente central ampliada en 1775 por el Cabildo.

Flecha Amarilla: Indica la ubicación de la cuenca del río Arzobispo. De este río se surtían las ocho pajas de agua de la Pila de las Nieves que para el siglo XVIII sí está funcionando (casi 100 años después de que se hiciera la solicitud para su construcción), y también es la fuente de surtiría tiempo después al Acueducto de San Victorino del que inician obras para la construcción de su cañería en 1792.

Línea Punteada Azul Rey: Representa el curso del río San Agustín desde su nacimiento en las altas peñas que forman el Cerro del Aguanoso hasta su conexión con el río San Francisco. El río San Agustín dejó de ser una fuente usada para surtir a los acueductos, desde que se inauguró la obra del Acueducto de Aguanueva.

Línea Punteada Verde Azulado: Representa la cuenca del río San Juanito que en este Plano se nombra ya como Río de San Juan y no como río de la Peña como aparece en las



fuentes del siglo XVII. La zona de pie de monte por donde corren las aguas del San Juanito tiene como cualidad una gran cantidad de aguas subterráneas que concluyen como “manas”, nacederos o sumideros que, hasta el día de hoy, son utilizados como aguas de uso común. Este punto será desarrollado con detalle en el apartado de las lavanderas en el capítulo 3.

Línea Punteada Azul Aguamarina: Representa el curso del río Fucha; en el plano se pueden ver convenciones cuadradas y rojas sobre el río; indica los molinos que funcionaban sobre el mismo. Igual pasa en la cuenca del río San Francisco. Sobre el abastecimiento de aguas del río Fucha, como ya lo mencioné y como volverá a aparecer en el siguiente apartado, siempre existió tensión política, administrativa y de ingeniería.

Las Reformas Borbónicas, las nuevas obras y el marco jurídico, normativo y administrativo que presenté en el cuadro naranja, se dan en un marco histórico particular. Debemos recordar que el siglo XVIII es el “siglo de las luces” el siglo de “la ilustración”. Los paradigmas que sustentan las nuevas ideas para hacer política empiezan a cambiar y a lo largo de la segunda mitad del siglo XVIII y durante los siglos XIX y XX, estas ideas irían ampliando sus espacios de reproducción. Este tema será tocado con detalle en el capítulo 2, pero me gustaría concluir este apartado con la cita de Rodríguez sobre *la Dissertación physico experimental sobre el agua* de 1759 en Perú, en la que propone que los métodos para tratar el agua de consumo deben cambiar pues ya existe una plena conciencia sobre la relación de la salud y la calidad del agua de consumo humano.

Como la necesidad que tenemos del Agua es tan grande, y no siempre se halla en aquella puerza que conviene para la conservación de la salud, se han discurrido algunos medios de purificarla: ya colándola por piedras porosas y por otros colatorios que la despojen de las partes groseras que tiene, ya clarificándola con la admisión de algunas cofas glutinosas, ya haciendo precipitar sus impurezas por medio de algunas sales y licores inocuos. Finalmente hiviéndola para que perezcan los infectos, y huevecillos de ellos, de que suele abundar, y que al tiempo de enfriarse se vayan al fondo. Pero aunque estos medios han parecido útiles para despojarle de las partes gruesas, no han podido por ellos purificar del todo de aquello que en sí contiene disuelto. Confíguete así ponerla más clara, pero no en aquel grado de pureza que se requiere” (pág. 109).

#### **2.4.3. Los Acueductos de la Primera Mitad del Siglo XIX**

Afirma Rodríguez (2003) que ni el paso de siglo ni la transición de “Colonia” a “República” motivó grandes cambios en los sistemas de abastecimiento y administración del abastecimiento de aguas para la ciudad. Al contrario, para leer la historia de los acueductos es mejor pensar en continuidades administrativas y no en rupturas: las rupturas serían en términos de paradigmas y los cambios concretos serían muy lentos y demorados. Como afirma Martha Saade (2013), los cambios políticos son mucho más rápidos que los cambios culturales, en ese sentido y como hemos visto por ejemplo con el caso de la Pila de las Nieves, las peticiones y la política en general, sería mucho más rápida que la ejecución de las obras que permitían y hacían efectivo o no el abastecimiento de aguas.

El siglo XIX “es caótico” en varios sentidos. Primero, la población sigue creciendo y las fuentes de agua siguen siendo las mismas; en 1823 Bogotá tiene alrededor de 35.000 habitantes; segundo, los paradigmas sobre la salud pública y la higiene van tomando fuerza, en ese sentido, es bueno cuestionar qué tan caótica era realmente la vida de Santafé; tercero, en términos de política Nacional, hay cambios muy rápidos de paradigmas. Hubo República, se pasó por el Liberalismo Radical y se volvió a Régimen Conservador, todo expresado en múltiples cambios constitucionales y varias guerras civiles (Guillén Matínez, 1979).

Una de las continuidades que se mantiene es la *tensión histórica por las aguas del Fucha*. La cañería de los Laureles que había quedado sepultada por un derrumbe en 1805, vuelve a ser considerada como necesaria para la provisión de agua a la ciudad. “El restablecimiento del servicio de este acueducto fue propuesto al Cabildo por el escribano José María Mutiens y por Juan Nepomuceno Colobon, argumentando además que la ciudad no había perdido el derecho a tomar las aguas del río Fucha o San Cristóbal” (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 142).

Otra continuidad, son las obras del *acueducto y pila de San Victorino*: se retoman las obras a principios de siglo y se culminan efectivamente. Dice Rodríguez (2003) que la petición inicial para esta obra se hizo en 1680, en 1792 se continuó la obra, y en 1801 se obtuvieron los dineros que permitirían concluirla en 1803:

es este, por lo tanto, un ejemplo típico de lo que fueron los acueductos coloniales: imperiosa necesidad de dotar de agua una zona de la ciudad, lentitud extrema en la construcción, suspensión recurrente de las labores, pleitos entre los particulares y entre éstos y las autoridades, escasez de recursos para financiar las obras (pág. 121).

El Trazado del Acueducto de San Victorino se hizo aprovechando que los padres de la Recoleta de San Diego habían llevado agua para su convento desde el río Arzobispo “aunque al descubierto y sin obra de arte alguna”:

franciscanos y capuchinos convinieron amigablemente en traer el agua del río por la cañería, haciéndole caja de reparto en San Diego, llevarla después por el pie de Monserrate por las calles de los tres Puentes, de las Béjares, la plazuela de las Nieves, calles de las Ánimas y Las Ranas y frente a la tenería de don Antonio Cajigas atravesar diagonalmente el solar y la calle de la Veleta, tomar la calle del Prado, y de este modo el agua podría subir en la plazuela a la pila alta” (fray Domingo Petrez (1792) en (pág. 122)).

Según la descripción la pila de San Victorino era “un pilón dórico que presentaba hasta la altura del caveto un aspecto agradable, aun cuando su coronamiento era un estéril montón de piedras, sobre el cual surgían un farol y algunos vasos de tierra cocida, motivo ornamental muy empleado en la arquitectura del siglo XVIII” (pág. 123).



*Ilustración 22: Plaza de San Victorino. 1824. Acuarela de Francois Desire Roulin “Considera como la más hermosa pila pública de la época” en: (Banco de la República, N/A)*

En cuanto al contexto referido al abastecimiento de agua y a las nociones de limpieza y orden hay dos afirmaciones. La primera, es de Rodríguez (2003) quien a partir del informe de un fontanero deduce que en la segunda década del siglo XIX la administración del agua era “inmoral” y “caótica”:

el fontanero Juan Agustín Ayure, se dirigió al Cabildo el 26 de noviembre de 1808 y relata las amenazas que se le han hecho por cumplir con su deber y denuncia infracciones que cometen los particulares a los acueductos (pág. 126) (...) Sobre la denuncia del alcalde de segundo voto y juez diputado de aguas José Nicolás de Rivas, Rodríguez Gómez (2003) interpreta que existen tomas clandestinas que eluden el pago de la merced de aguas (...) denuncia que al hacer las conexiones clandestinas se estropean las obras que con técnica y cuidado se han realizado (...) denuncia también la disminución de ingresos para la ciudad ante la proliferación de la multiplicación clandestina de pajas de agua (...) en su informe da cuenta de las quejas de los vecinos por falta de agua (pág. 127).

Estas referencias del fontanero y el juez de aguas permiten al autor apreciar “el caos” en que se encontraba la administración del agua en la ciudad. “Los particulares hacían y deshacían con los acueductos, destapaban las cajas de reparto, desviaban el agua hacia sus casas y disputaban con sus vecinos el acceso al agua obstaculizando las conducciones” (pág. 127).

La segunda, es producto de las descripciones de la ciudad en la primera mitad del siglo XIX: el tema del aseo de las calles y de las condiciones del agua era el centro de atención en percepción que los visitantes tenían sobre Santafé. Los agentes encargados de la limpieza en varias de las descripciones son los gallinazos, los cerdos y la lluvia. En algunos casos se menciona a los indígenas contratados por el Cabildo para limpiar las calles con una tabla de madera.

Mollien en 1823 afirma que un virrey decía que en Bogotá había cuatro agentes encargados de la limpieza de la ciudad:

...los gallinazos (vultur aura), la lluvia, los burros y los cerdos; y hoy es casi por el estilo; sin embargo, todos los sábados unos indios vienen con unas carretas tiradas por bueyes para sacar todas las inmundicias. Los arroyos de agua corriente que corren por el centro de las calles les mantendrían en un estado mejor de limpieza, si no fuese porque al dar las ocho de la noche la incuria de sus habitantes les transforma en una cloaca infecta” (pág. 129).

J. P. Hamilton (de 1827 a 1834) afirma que “los gallinazos (o pequeños buitres negros) son los verdaderos basureros de esta ciudad”. Describe que después de un día de mercado en la plaza mayor se ve gran cantidad de estos animalitos saltando alrededor,” tan mansitos que usted puede casi tocarlos con la mano o con el bastón, devorando la suciedad y los despojos de res que quedan en el mercado” (pág. 137).

Por otro lado, William Duane este mismo año, hace una detallada descripción de cómo funciona lo que yo leo como un “rústico” sistema de alcantarillado que tenía (igual que hoy) como motor y agente de limpieza a las aguas lluvias y a los cuerpos de agua que discurren desde los cerros buscando al río Funza o Bogotá en el oriente de la sabana. Duane menciona que el río San Francisco había sido encausado por una acequia

que se dilata por la falda de la montaña en la dirección meridional, dejando la otra mitad en el antiguo cauce, de donde se extrae la cantidad suficiente para llenar un enorme estanque, construido en posición adecuada para abastecer numerosas fuentes públicas que sirven de ornamento y llevan sus diáfanas aguas a toda la ciudad, limpiando mediante pequeños canales de incesante flujo que luego desembocan en el Funza, todas las calles que bajan a la meseta desde la parte superior de la capital (pág. 131).

Describe también Duane que desde el balcón de su residencia “bajo el cual pasaba una continua corriente de agua por su enlajada cañería”, divisó en la parte superior de la calle a seis o siete hombres que “provistos de costar escobas sin mango, estaban sentados en cuchillas y sacaban de la acequia una gran cantidad de sustancias vegetales que se habían venido acumulando en diversos sitios de la misma, deteniendo el libre flujo del agua y formando pequeños pozos, que hubieran podido despedir malos olores si no se procedía a eliminarlos” (pág. 132). A lo que a cita de Carl August Gosselman en 1825 complementaría

Por las veredas de mayor amplitud se deslizan profundas cunetas que aprovechando la pendiente de las calles se encargan de transportar el agua a través de la ciudad. En épocas de lluvia, como la actual, se hace imposible cruzarlas sin ayuda de los puentes peatonales que para ellos se han levantado, los cuales están ubicados en las esquinas de cada bocacalle. Naturalmente que todo este cuadro hace que la ciudad esté limpia la mayor parte del tiempo. Comprende uno, cuando recuerda, que tenía mucha razón ese virrey que decía: *“el agua de lluvia es uno de los más notables agentes de policía”* (pág. 134)

Tabla 6: Relación de las obras y marco jurídico normativo de las obras del acueducto hasta la quinta década del siglo XIX. Elaboración propia.

OBRAS Y LEYES PARA ABASTECIMIENTO DE AGUAS EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX			
1816	Se estableció el Chorro de Belén		
1817	Se construyó el puente de San Juan sobre la quebrada San Juanito		
1829	El número de edificaciones a las que llegaban pajas de agua era de 132		
1833	Se inauguró la pila de los Chorrillos de Santa Inés situada en la calle 10 con la carrera 11. Su construcción fue propiciada por el político del Cantón de Bogotá, don José Vargas		
1842	Reparación del Puente de Las Aguas. En este mismo año “el señor Justo Sandino refaccionó la cañería y la pila de Las Nieves.		
1843	Instalación del Chorro de Los Tres Puentes por el señor Francisco García Mateus como compensación exigida por el Cabildo para otorgarle la paja de agua que solicitó. Quedaba en la Carrera 7 con 23		
1846	La antiquísima pila que durante años había provisto de agua a los habitantes de la ciudad fue sustituida en 1846. En su lugar se colocó la Estatua de Bolívar que regaló don José Ignacio París. La fuente, el Mono de la Pila, que durante más de tres siglos ocupó ese lugar y es símbolo por excelencia del acueducto colonial, fue llevada e instalada en la Plaza de San Carlos, actual plazuela de Rufino José Cuervo, en la calle 10 entre carreras 6 y 7		
MARCO POLÍTICO, NORMATIVO Y ADMINISTRATIVO			
1812	Cabildo	Se define la competencia del Cabildo, en cuanto a disputas de aguas se refiere: la competencia del Cabildo era legítima en las situaciones en que se afectara la renta de agua o de propios o cualquier otra renta de aguas o de propios o cualquier otra renta de la ciudad	
1825 – 1827	Legislación sobre acueducto y aseo	Ley sobre la organización y régimen político y económico de los departamentos y provincias	Asignó a los alcaldes municipales “cuidar todo lo que mira a la salubridad, comodidad y ornato, o a la policía de los respectivos cuarteles en que se dividirán las villas y ciudades” (...) también dispuso que las municipalidades están encargadas de todo lo relativo a la policía de salubridad. En consecuencia han de cuidar: Primero, el aseo y limpieza de las calles, mercados, plazas públicas, y de la de los hospitales, cárceles y casa de beneficencia; segundo, de la calidad de los alimentos de toda clase; tercero, del pronto establecimiento de cementerios en cada parroquia del cantón convenientemente situados; cuarto, hacer secar o dar uso a las aguas empozadas insalubres (...) estipulo también que las municipalidades para procurar la comunidad de los pueblos deberán, entre otras cosas, cuidar que estén bien conservadas las fuentes públicas y con buenas aguas, de modo que abunden para el servicio de los habitantes y para el uso de los animales
		Ley sobre establecimiento, inversión y administración de rentas municipales	Se determinaron las rentas para la policía urbana e interior como producto de una serie de derechos municipales. Uno de ellos era sobre las aguas que se tomen de los acueductos públicos para as casas de los habitantes de las ciudades, villas y parroquias que conduzcan agua a sus casas de los habitantes del pueblo (...) también dispuso que los habitantes de las ciudades, villas y parroquias que

			conduzcan agua a sus casas de los acueductos públicos satisfarán una cantidad que podrá regularse desde diez hasta doscientos pesos por paja de agua
		<b>Decreto del 22 de diciembre de 1827</b>	Ordenó a la policía de aseo observar que estén corrientes las aguas, que se cubran todas las que a juicio de la policía sean perjudiciales al aseo y a la salud pública, como los desagües de las fuentes de las casas, conventos y otros edificios y a la policía de salubridad no permitir que en las fuentes destinadas para la provisión de los lugares faltaren las aguas, a cuyo efecto harán que inmediatamente se pongan corrientes por los encargados de este ramo, ni que se ensucien lavando ropas o arrojando en ellas cualquiera otras materias que perjudiquen la salud pública
<b>1827 – 1834</b>	<b>Había una comisión de aguas y estaba activo el ramo de aguas</b>	El sistema de remates, heredado de las Leyes de Indias y legalizado con la ley anterior, fue criticado en 1826. Se argumentaba que los rematadores contribuían al deterioro de las cañerías porque no les interesaba sino que el agua corriera por ellas y no su calidad. El síndico del Cabildo propuso la abolición de los remates del ramo de aguas para que más bien el Cabildo asumiera su administración. Pero su propuesta no fue acogida y el ramo de aguas se remató al comerciante Santiago García	
<b>1834 – 1836</b>	<b>Reglamento del Ramo de Aguas</b>	<b>Excepción del pago de agua para los edificios estatales</b>	Exención del pago de agua para todos los edificios estatales. Dado que en Bogotá eran numerosos esa clase de edificios, se estimó que con esa medida la renta del ramo de aguas podía llegar a extinguirse. Fue por ello por lo que el Cabildo dispuso así el máximo de pajas de agua en tales entidades: don en el palacio de gobierno, dos en cada cárcel, dos en el Hospital San Juan de Dios; para los demás edificios y para el Cabildo, una paja. Si tales entidades necesitaban más pajas debían pagarlas
		<b>Decreto del Concejo Municipal</b>	Para la administración e inversión de las rentas municipales. Sobre el Ramo de Aguas se estipuló en el artículo 13: por cada licencia que se conceda para sacar una paja de agua de los acueductos públicos de Manzanares, Aguanueva, y río Arzobispo, se pagarán cien pesos de contado y ciento a reconocer, satisfaciendo el interés de un cinco por ciento anual, por dos pajas el duplo, y así sucesivamente
		<b>Decreto de 1836</b>	Destinó una paja de agua sin costo para los edificios de instrucción primaria municipal
<b>1837</b>	<b>Ley de primero de junio de 1837</b>	El que envenenare los acueductos públicos, naturales o artificiales, sufrirá la pena de muerte. Si por este medio causare la muerte de alguna o algunas personas, será castigado como asesino, a menos que pruebe o resulte claramente no haberlo intentado, en cuyo caso se le impondrá la pena de diez y seis años de trabajos forzados. Si se probare, o resultare claramente, que el envenenamiento no ha sido intencional, y no causare la muerte de persona alguna, el reo será condenado a diez años de presidio, y destierro perpetuo a treinta leguas por lo menos del lugar en que cometió el delito	
<b>1838 – 1846</b>	<b>Abolición del sistema de remate del Ramo de Aguas</b>	El ramo de agua pasó a ser administrado por cuenta de las rentas comunales, y el tesorero del ramo quedó encargado de la recaudación de sus productos. Se crearon dos empleados, el primero y el segundo fontanero, encargados del cuidado y la vigilancia de los acueductos públicos	
		El jefe político no concederá nuevas mercedes de agua hasta que el Concejo lo determine, según la capacidad que se le dé a los acueductos. Se prohíbe a toda persona, excepto a los fontaneros, abrir las cajas públicas de repartimiento de agua, i acueductos públicos, bajo la multa de diez pesos o tres días de prisión	

Las décadas de los cuarenta y cincuenta del siglo XIX introducen en el contexto, el proceso de privatización del servicio de agua. De 1846 a 1851 se firma un contrato con José Ignacio París y Valerio Ricaurte para la administración del agua de la ciudad. La propuesta de estos dos sujetos aparece como una reforma a la administración del servicio de agua en la ciudad, propuesta que sería aprobada por el jefe político y gobernador de Bogotá, quien cedió el ramo de aguas, y sus productos, por un período de noventa y nueve años.

A cambio de esto los contratistas se obligaron a mantener en buen estado los acueductos y aumentar su número. Se les facultó para tomar el agua que fuera necesaria de los ríos San Francisco, Arzobispo, San Agustín, Fucha y los Laches. El contrato fue firmado el 6 de agosto de 1846 y los contratistas entraron en posesión del ramo de aguas el 1 de enero de 1847 (pág. 148).

Ante la crisis que vivía la ciudad, empezaban a asomarse en el panorama los intereses particulares de sujetos que buscaban sacar provecho de los cambios que estaba pidiendo la administración del municipio y la gente que lo habitaba. El siglo XIX convulso y profundamente dinámico en términos de administración, pero también profundamente reproductor de ideologías de larga, mediana y corta duración, no logra resolver los problemas que son de herencia colonial. La ciudad siguió reproduciendo un orden, que a pesar de algunos decimonónicos cambios físicos, sin orden y más atado a una estructura social agraria y rural.

Veamos.



### 3. De la Ciudad Colonial a la Ciudad Moderna (1889 – 1938): el Capital, el Gobierno y el dispositivo higiénico

“Las ciudades pueden contemplarse como obras de ingeniería (Le Corbusier), metáforas (Derrida), territorios estratégicos (Schelling), juegos del lenguaje (Wittgenstein), lugares abiertos (Salmona) o simplemente desde un café (Magris). La posición del observador puede cambiar nociones relativas al espacio, el tiempo, la distancia o el momento. La construcción de las ciudades es una forma de construir mundos. De modo que es posible aproximarnos al estilo modernista de Le Corbusier en el Sueño de París de la década de 1920, o comprender como Schelling adora las avenidas de Nueva York por sus espejismos gráficos; la Viena de Wittgenstein, Kraus, o Hermann Broch, la Bogotá de Rogelio Salmona o la Trieste de Claudio Magris. Estas ciudades comparten su particularidad al haberse convertido con el tiempo en ciudades universales” (Estrada Gallego, 2008).



Imagen No. 23: Paseo de Agua Nueva. Ramón Torres Méndez, 1848. Acuarela. Este paseo seguía el trazo del acueducto y bordeaba la ciudad por oriente, recorriéndola en lo alto desde el Boquerón hasta la ermita de Egipto. (Archivo de Bogotá; Instituto de Patrimonio, 2008)

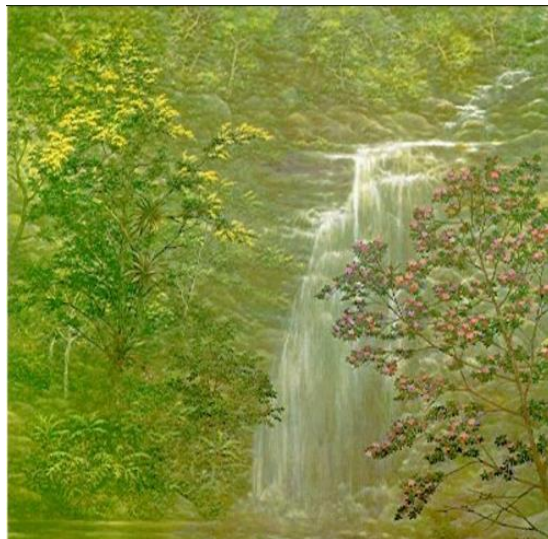
De esta pintura costumbrista sobre el Paseo de Bolívar se pueden derivar todos los contenidos de este capítulo. El capítulo anterior apuntaba a entender en qué contexto histórico emergen los sujetos e ideologías que tendrían lugar en el siglo XIX, un siglo, que como bien afirma Mejía Pavony (2000) encierra los años del cambio; de allí, que mi tesis proponga que la última parte del siglo XIX y la primera del siglo XX constituya una transición – bisagra que permitió rupturas y continuidades en términos de usos y representaciones del Espacio de Agua y Montaña en el que se había producido Santa fe de Bogotá. Recordemos *la ilustración* 23: (Mejia Pavony & Cuéllar Sánchez, 2007)

Este plano señala *el camino de Agua Nueva* (línea amarilla), trayecto por el que se conducía el agua desde el Acueducto hasta la fuente de la plaza principal. Ese mismo trayecto con el tiempo se convirtió en un Paseo que iba desde la Quinta de Bolívar hasta el barrio Egipto y en el que, como atractivo principal para las élites, estaba ubicado (está) el *Chorro de Padilla* descubierto en 1870 por Zenón Padilla.

El Paseo de Bolívar fue el lugar por el que transitó el agua pura de la ciudad por mucho tiempo. En el siglo XIX tendrían lugar nuevas obras, nuevas fuentes (ver línea de tiempo de leyes y obras de los acueductos de la primera mitad del siglo XIX en el capítulo dos), pero Agua Nueva estuvo allí por más de un siglo llevando el agua, primero hasta la plaza principal, luego, hasta el tanque de almacenamiento de Egipto.

¿Por qué introducir este capítulo hablando del Paseo de Bolívar?

La pintura costumbrista en mención es la expresión de lo que Mejía Pavony (2000) explica como un periodo de “lenta y penosa transición” entre el mundo colonial y el Estado Capitalista. Para Pavony los nueve decenios que van de 1819 a 1910, representan el momento de ruptura con el sistema social que le había dado origen a Santa Fe, el colonial, y la construcción de otro orden urbano, el burgués capitalista (Mejía Pavony G. R., 2000, pág. 20).



*Ilustración 23: El Chorro de Padilla (Ariza, 1989)*

El Paseo Bolívar que en el siglo XIX era un lugar de recreo para las élites, en las últimas décadas del mismo siglo estaría ocupada por población empobrecida, la misma que se vio afectada significativamente por la famosa epidemia de 1918. Los antiguos “arrabales” ubicados en la falda del cerro de Guadalupe, progresivamente se fueron llenando con los flujos migratorios, generando así una gran densificación en esta parte de la ciudad que fue descrita por un médico de la época como

el espacio de la miseria, el desaseo, los miasmas, la enfermedad, la inmundicia, los vicios y la inmoralidad de la ciudad. Tugurios de ranchos de paja y calles llenas de barro y basura que acogían a la clase más necesitada y el lugar más desaseado de la capital, en donde es muy bajo el nivel moral de las gentes que allí sufren los rigores de la más espantosa miseria (...) los enfermos se aglomeran en covachas inmundas que son generalmente dormitorio, cocina y establo de animales domésticos (Castilla 1922 en (Martínez Martín, Meléndez Álvarez, & Manrique Corredor, 2014).

Pero, ¿qué está detrás de la apreciación de este médico?

La historia del Paseo Bolívar, permite entonces explicar con detalle los diferentes componentes que hicieron parte del último decenio del primer siglo republicano, en el que se sintetiza la transición entre una ciudad producida en un orden social colonial, y una ciudad

que pasó a un orden industrial y burgués. Según Mejía Pavony (Mejía Pavony G. R., 2000) este nuevo orden tendría que leerse en varios ámbitos, de los cuales me interesa exponer tres:

Primero, el ordenamiento interno de la ciudad y el papel de la urbe en relación con las dinámicas del Capital a escala nacional y global. Esta relación será expuesta a través de una presentación del contexto de Colombia en el periodo que va desde la última década del siglo XIX y las primeras tres décadas del siglo XX. Los movimientos poblacionales y los fuertes cambios socioeconómicos producto de las dinámicas del Capital, tendrían un efecto concreto y visible en la transformación de la ciudad, en dónde el cambio de vocación del suelo sería la expresión más clara de la transformación. Este cambio de uso del suelo puede leerse a través de la ciudad industrial, en donde vale la pena resaltar el Complejo Industrial de San Diego ubicado en la cuenca alta del río San Francisco y que, en su red de servicios, incluía las habitaciones de los obreros que tendrían lugar en los barrios del Paseo Bolívar.

Segundo, el utillaje material que según Mejía Pavony (2000) se expresa en la red vial, vivienda, servicios públicos e infraestructura de comunicaciones, “impulsados por condiciones críticas de vida, efecto de los movimientos de población y la crisis económica posterior a la independencia, y los adelantos de la revolución industrial” (Mejía Pavony G. R., 2000, pág. 21). Para efectos de esta tesis, el utillaje material que se detallará el que tiene que ver con el aprovisionamiento de agua para la ciudad la última década del siglo XIX y las tres primeras décadas del siglo XX y también, el urbanismo de Karl Brunner que sería el manual con el que se empezaría a ordenar la ciudad en la década de los 30's del siglo XX.

Tercero, el papel de los organismos de Gobierno municipal debilitados por la emergencia del poder ejecutivo centralizador. El Gobierno de la ciudad, además deberá leerse a la luz de la historia de las ideas del siglo XIX, para lo que será preciso dedicar un apartado de este capítulo a la exposición y análisis de las lógicas del dispositivo higiénico y su relación con las reformas borbónicas del siglo XVIII, que serían la base para la construcción del marco jurídico normativo que daría pie a los grandes cambios de la ciudad.

### **3.1. El ordenamiento interno de la ciudad y el papel de “la urbe” en el proceso de consolidación del capitalismo en Colombia**

### 3.1.1. La relación campo – ciudad

Los cambios socioeconómicos y los fuertes movimientos de población no pueden entenderse sin leer en paralelo el papel de la urbe “como centro de la red urbana que se estaba reconstituyendo al mismo ritmo del proceso de consolidación del capitalismo en Colombia” (Mejía Pavony G. R., 2000, pág. 21). Según Mejía Pavony (2000), la transformación del ordenamiento social de la ciudad durante este período, es producto de la relación entre fenómenos ciudadanos locales y fenómenos a otras escalas. Los fenómenos ciudadanos que señala son:

la inelasticidad en la oferta de nuevas tierras urbanizables, el deterioro en las condiciones de vida de la urbe, la densificación extrema tanto en la vivienda como en el área construida, la introducción de tecnologías propias de la segunda revolución industrial, y la presencia de fuertes, pero oscilantes flujos migratorios (pág. 21).

Estos fenómenos ciudadanos se generan en el contexto del siglo XIX, marco que estuvo condicionado por la crisis económica que tuvo lugar después de la independencia, los posteriores ciclos exportadores, y los diferentes proyectos políticos disímiles que se expresan en

los conflictos civiles y el afianzamiento final del centralismo presidencialista, la desamortización de los bienes de manos muertas, los movimientos de población en toda la región central, las diferentes ideologías y la formación de una nueva intelectualidad de gusto modernista, así como de nuevos sectores profesionales formados en el positivismo decimonónico (pág. 21).

Desde las primeras décadas del siglo XIX hasta 1881, la ciudad pasó de una baja densidad de población a una extrema concentración de gente. El crecimiento poblacional fue acelerado y se asocia con las migraciones campo-ciudad y con una incipiente urbanización, aumentando el espacio 1,6 veces y quintuplicando su población. El censo de 1918, realizado meses antes de la pandemia de gripa, muestra una población de 141.639 habitantes para Bogotá de los cuales el 42% casi 60.000 personas, vivían en los barrios altos, en “arrabales” asentados sobre las faldas de los Cerros de Guadalupe y Monserrate ubicados al oriente de la ciudad (Martínez Martín, Meléndez Álvarez, & Manrique Corredor, 2014).

¿De dónde emergen estos flujos migratorios?

El siglo XIX fue un siglo convulso, en el que, como expone Guillén Martínez (1979) hubo dos golpes de Estado, 14 guerras civiles regionales, muchos enfrentamientos locales y nueve guerras generales, de las cuales 9 sucedieron entre 1830 y 1886, periodo en el que se proclamaron siete constituciones (Guillén Matínez, 1979, pág. 146).

Los proyectos de sociedad que estaban en disputa a lo largo de siglo XIX eran radicalmente opuestos en temas como la administración del Estado, la relación religión - educación, religión – Estado, y el papel de los sujetos en donde aparecen conceptos como derechos, libertad y la autonomía del ciudadano; sin embargo, respecto del tema agrario, pese a que el proyecto liberal permitió la desamortización de los bienes de manos muertas, la estructura agraria colonial, que devenía desde el posicionamiento de *La Encomienda* y *La Hacienda* como figura predominante en el dominio territorial, permitió que para 1918 la estructura agraria<sup>52</sup> se caracterizara por la concentración de la tierra en manos de grandes latifundistas.

Fajardo Montaña (2015) afirma que, en estos proyectos de sociedad, asociados al conflicto, están involucradas profundas divergencias en torno al acceso y el aprovechamiento de la tierra, proceso inscrito a fenómenos como las usurpaciones frecuentemente violentas de tierras y territorios de campesinos e indígenas<sup>53</sup>, apropiaciones indebidas de baldíos de la nación, imposiciones privadas de arrendamientos y otros cobros por el acceso a estas tierras, en no pocas ocasiones con el apoyo de agentes estatales, así como invasiones por parte de campesinos sin tierras o con poca disponibilidad de ellas, de predios constituidos de manera irregular (Fajardo Montaña, 2015, pág. 2).

Según LeGrand (1988) las transformaciones en la vida rural coincidieron con el crecimiento de la economía agrícola exportadora después de 1850. Las naciones de América

---

<sup>52</sup> Expresada en el latifundio ganadero en la Costa Atlántica y en algunos lugares de los Llanos Orientales, por las haciendas cafeteras en diversos sitios del país (departamentos de Tolima, Cundinamarca, Santander, Antioquia y Caldas), por la pequeña propiedad (minifundio) en Boyacá, Cundinamarca y Nariño y por las zonas de colonización que se habían abierto desde el siglo XIX (Renan Vega, 2004, pág. 11).

<sup>53</sup> Ver el caso de *La Colonia* en el Sumapaz (Gonzalez, 2016) y el caso del *Quintín Lame* en el Cauca (Quintín Lame, 1973).

Latina que fueron exportadoras de materias primas durante el régimen español, continuaron haciendo un papel semejante en la economía mundial después de su independencia. De 1850 a 1930, el crecimiento económico en América Latina se produjo en gran parte a través de expansión de la agricultura y la ganadería comerciales para abastecer los florecientes centros industriales de Europa y los Estados Unidos. El crecimiento de la población y la urbanización en Europa y América del Norte originaron una continua demanda de alimentos como café, azúcar, trigo, bananos y carnes, los que América Latina podía proveer gracias a los nuevos sistemas de transporte. El aumento de la producción para los mercados de exportación afectó profundamente la tenencia de la tierra y las relaciones sociales en los campos latinoamericanos (LeGrand, 1988, pág. 16).

La transformación de la sociedad agraria en esta transición de siglos, no sólo tuvo efectos en el acceso a las tierras rurales. Las migraciones que empezaron a densificar esos tales “arrabales” ubicados en el Paseo Bolívar, eran consecuencia de esos procesos de invasiones por parte de campesinos a tierras, que, aunque hacían parte de la ciudad, estaban sin urbanizar. Seguramente la informalidad de la tenencia de esas tierras urbanas era clara: ¿cuántas personas del Paseo Bolívar tenían títulos de tierra? El saneamiento del Paseo Bolívar, fenómeno que será detallado en el cuarto apartado de este capítulo, es la expresión de las tensiones entre diferentes actores por la propiedad de unas tierras que, como valor agregado, estaban en inmediaciones a fuentes de agua que eran muy importantes para la ciudad de principios de siglo XX.

Las caracterizaciones de los primeros decenios del siglo XX presentan un panorama de tensiones generadas por la monopolización de la propiedad, el desorden de las formas de apropiación de las tierras baldías y la ausencia de legitimidad de la propiedad, así como a la persistencia de formas de poder asociadas igualmente a la gran propiedad y ejercidas sin sujeción a un código laboral (pág. 8).

Bogotá es una ciudad hecha por gente campesina. La historia urbana de la ciudad, desdibuja la marcada dicotomía campo-ciudad, y permite entender la estrecha y vital relación de la ciudad respecto de la ruralidad. Al respecto Fabio Zambrano (2000), expone un concepto de ciudad que permite entender desde la teoría, la dependencia de la ciudad respecto del campo. El autor puede concluir que los elementos que definen a la ciudad, desde la *Ciudad Antigua* hasta la *Ciudad Moderna*, son la división del trabajo, la concentración

poblacional y el control de un territorio, y que es el ejercicio de dominar lo que ha permitido su funcionamiento. El ejercicio de dominio se da sobre todos los “elementos” que aprovisionan la ciudad: las gentes y el espacio, desde la ciudad antigua, fueron el objeto de poder. Al respecto, la relación entre el territorio y la ciudad es recíproca y constante.

Todo esto permite entender con mayor claridad la línea de fractura o de confluencia entre lo urbano-rural; frontera compleja de dos valores enfrentados: el mundo urbano y el mundo campesino (Zambrano, 2000, pág. 138).

Para el siglo XX, esta lectura podría conceptualizarse a través de los planes urbanos y la planeación. Como dice Mejía Pavony (N/A) refiriéndose a la *Ciudad Colonial* “la ciudad es una idea” (Mejía Pavony G. R., N/A, pág. 3). Una idea que se hace posible gracias al urbanismo, teniendo en cuenta, que según Zambrano (2000), “el manejo de las formas urbanas es uno de los principales instrumentos de gobierno” (Zambrano, La ciudad en la Historia, 2000, pág. 140).

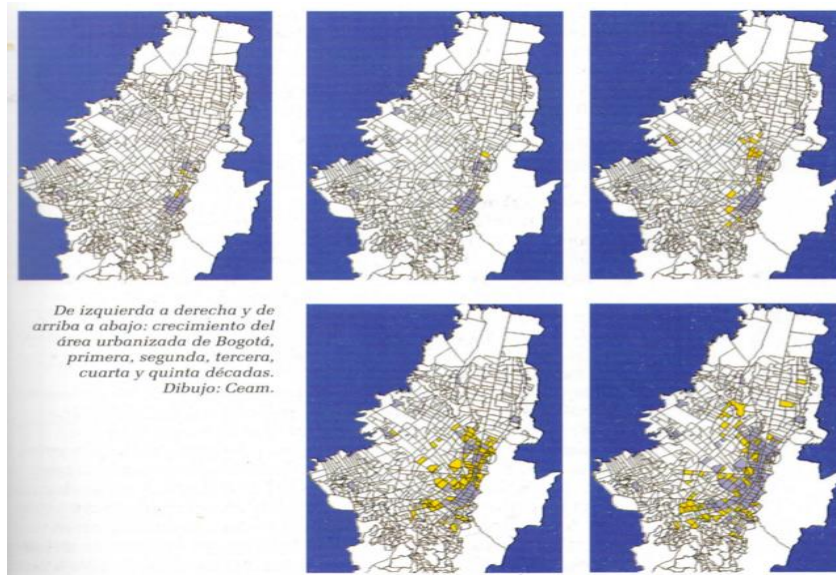


Ilustración 24: Crecimiento del área urbanizada de Bogotá en las primera cinco décadas del siglo XX. (Saldarriada Roa, 2000, pág. 89)

Según Fajardo Montaña (2015) en 1920 empieza a tomar cuerpo una fase nueva en el desenvolvimiento de la sociedad colombiana, marcada por el ingreso de masivas inversiones



norteamericanas. El período de estas inversiones coincide con el ingreso de la indemnización que Estados Unidos hizo a Colombia por la pérdida de Panamá, dinero que fue utilizado para hacer algunas de las obras importantes de infraestructura de los años 30's de Santa Fe de Bogotá que serían inauguradas para conmemorar el cuarto centenario de la ciudad (Vargas Tisnés, 2016); la inauguración de la conclusión de las obras del saneamiento del Paseo Bolívar es una de estas obras y actos conmemorativos.

Para finales del siglo XIX no se expresaba con tanta claridad la diferencia en los proyectos de sociedad en términos de política económica. Afirma Guillén Martínez (1979) que el Partido Conservador no sólo estaba ligado a los intereses de la tierra, más rurales y tradicionales, ni el Liberal a los intereses de la industria y el comercio, más urbanos y burgueses. En ambos bandos había diversidad de intereses económicos y en ocasiones, con inversiones combinadas en diversos frentes -café, comercio, industria, minería- (Guillén Martínez, 1979, pág. 157).



Ilustración 25: Breach in the ridges on the San Francisco Road. Ramón Torres Méndez. Acuarela, segunda mitad del siglo XIX. (Villegas Jiménez, 2000, pág. 142)

Sin embargo, para las décadas de los veinte y treinta del siglo XX parece haber una claridad mayor en las características de cada uno de los proyectos de sociedad que aún

seguían en disputa. En estas dos décadas, desde la perspectiva del desarrollo capitalista de la sociedad colombiana, se confrontan dos proyectos de sociedad:

Uno, afianzado en la valoración de la propiedad de la tierra y confrontado con la propuesta de construcción de una economía nacional apoyada en desarrollos industriales y en una sólida clase media rural. Este último proyecto, comenzó a manifestarse con nitidez a mediados de los años 1920 a través de dirigentes y pensadores de los dos partidos como fueron Carlos E. Restrepo y Alejandro López y tomaría fuerza en los años siguientes para dar sustancia a los gobiernos liberales, alcanzando su cenit entre 1932 y 1936 en los debates sobre las propuestas en torno a la que sería la Ley 200 de 1936 (Fajardo Montaña, 2015, pág. 5).

Debido a las formas de apropiación de la tierra derivada de las épocas coloniales y agravadas luego de las reformas de mediados del siglo XIX, las formas de apropiación monopólica y excluyente de la tierra, las grandes concesiones de tierras establecidas entre 1827 y 1931 y la expansión de las haciendas sobre los baldíos fueron generando un cerco sobre las tierras ocupadas por la pequeña y mediana propiedad.

Limitadas por el agotamiento productivo, el crecimiento demográfico y los conflictos y ante las limitaciones del desarrollo económico del país, los campesinos debieron “saltar” dicho cerco e internarse en las colonizaciones más allá de las fronteras agrarias, dando impulso a la espiral de la valorización de las tierras por la vía de los ciclos “colonización-conflicto-migración-colonización” que perdura hasta hoy, empujado por la guerra y por las “leyes para el destierro” (pág. 7). O como en plena Revolución Industrial en Inglaterra, pasando de ser habitantes del campo a ser obreros en las incipientes industrias que se localizaban en ciudades como Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla (Torres, 1993).

Los dos proyectos de sociedad podrían leerse en la población que habitaba los barrios del Paseo Bolívar. Por un lado, algunos de los habitantes de “los arrabales” eran trabajadores de las haciendas que quedaban en la parte alta de la hoya hidrográfica del San Francisco (Comisión de Sanidad, 1906). Pero también vivían obreros del complejo industrial de San Diego (Serna Dimas & Gómez Navas, 2011), otras personas que vinieron en los flujos migratorios, pero que no se emplearon en la industria, como lavanderas y carpinteros (Sierra Navarrete, 2015 - 2016), traficantes de licor artesanal (Herrera Durán, Papá Fidel, el semidios de ruana: vida y leyenda del mayor contrabandista de licor artesanal de Bogotá (1926 - 1946), 2010) y pobladores históricos como las aguateras.

En términos de las condiciones políticas vividas entonces, el país presenciaba ascensos en la organización clasista de los trabajadores. Para finales de la década de 1910 los movimientos obreros se habían nucleado en la organización del partido socialista; el crecimiento de las economías urbanas amplió la presencia de obreros y artesanos en las ciudades, medio que dio acogida a esta iniciativa política la cual, en las elecciones de 1921 obtuvo en Medellín, cuna del desarrollo manufacturero, el 23% de la votación, superando a los liberales, evento que generó temor en los partidos tradicionales (Fajardo Montaña, 2015, pág. 13).

Según Daza del Castillo (2003) los cambios de la sociedad colombiana son expresión de un desarrollo de tipo capitalista, en donde se pueden rastrear indicadores del “modelo clásico” como la aparición de una burguesía industrial portadora de un proyecto político y económico, y el desencadenamiento de un proceso de urbanización que modifica la estructura rural (Del Castillo Daza, 2003, pág. 26). Se puede asumir entonces que el sistema urbano de la primera mitad del siglo XX está asociado a la producción y comercialización del café y a la primera industria que se financia con la acumulación cafetera. En síntesis, la premisa que plantea el autor es que el capitalismo en Colombia no tuvo como despegue una base industrial ni urbana (pág. 27).

En el caso colombiano es imperativo tomar como punto de partida el hecho de que accedimos a “las formas modernas” de desarrollo y crecimiento, por la vía de una economía y unas sociedades agrarias, cuyas raíces están atadas a una formación altamente tradicional (pág. 28). Según este autor, durante el periodo de la economía cafetera se moldea el espacio urbano que el país ha conocido como “el triángulo de oro”, espacio que es soporte básico de la economía cafetera, y que es bordeado por tres centros -Bogotá, Medellín y Cali- que constituyen el asiento de las primeras industrias colombianas que aprovechan la acumulación derivada del café (pág. 29).

La consolidación de Bogotá hasta 1900 se da en un contexto de desarrollo urbano bastante moderado y con un crecimiento demográfico relativamente bajo. En este contexto se ha proyectado la imagen de una modesta ciudad andina, que actuaba como el centro político de un país eminentemente agrario (pág. 38).

### 3.1.2. La ciudad y la industria

En la década de los 30's confluyeron dos fenómenos definitivos, tanto para la industria como para el urbanismo. Por un lado, el despegue del proceso de industrialización capitalista en Bogotá, y, por otro, la realización del primer plano de urbanismo moderno, el cual contenía un primer análisis espacial de las localizaciones industriales en la ciudad (Acebedo Restrepo, 2006, pág. 10).

A principios de siglo no existían ni una tecnocracia calificada ni una elite que liderara el proceso de reflexión teórica sobre la manera de organizar el territorio en sus distintas dimensiones (pág. 12). Sin embargo y pese a esta afirmación, en la transición entre el siglo XIX y siglo XX en Bogotá se produjeron cinco elementos que permitieron la industrialización en la Sabana, pese a la distancia que ésta tenía con los puertos:

Tabla 7: Descripción de los cinco elementos que permitieron la industrialización en Bogotá. Elaboración propia con base en (Acebedo Restrepo, 2006, págs. 23 - 29)

<b>FERROCARRILES</b>	Desde la segunda mitad del siglo XIX, Colombia concentró sus esfuerzos en la extensión de una amplia red de ferrocarriles orientados a comunicar las principales ciudades colombianas y las zonas de producción de materias primas con las principales metrópolis comerciales del mundo, especialmente las de Inglaterra, a través del río Magdalena.  La estructura radial de caminos, presente desde los tiempos de la colonización, sirvió de base para construir las redes de los ferrocarriles del norte y nordeste, del sur, del oriente y de la Sabana, que confluyeron sobre el casco urbano central de Bogotá en un lugar todavía periférico, al occidente de la ciudad, donde se localizaron las estaciones de carga y pasajeros. El ferrocarril de la Sabana fue el primero en inaugurarse definitivamente en el año 1889.
<b>CARRETERAS</b>	El sistema vial de Bogotá y la Sabana comienza a estructurarse a principios del siglo XX, cuando se inician también los transportes por vehículos de motor mecánico. El tramo de carretera construido entre Cundinamarca y Boyacá logró convertirse en una vía continua, constituyéndose en el origen de la autopista norte. Por esos años se construyeron también los primeros caminos carretables entre Bogotá y Puerto Salgar, y entre Bogotá y Girardot. En general, toda la red vial de la Sabana nació íntimamente articulada con la construcción de la red de ferrocarriles.
<b>TRANVIA</b>	Las primeras líneas del tranvía se trazaron para unir la Plaza de Bolívar con Chapinero, una zona de expansión residencial al norte de la ciudad, y con la estación de la Sabana, una zona al occidente del casco urbano, en donde confluían las diferentes rutas de los ferrocarriles de Cundinamarca.  Posteriormente, a partir de 1910, se comenzarían a extender nuevas rutas hacia el noroccidente, en la zona del cementerio; hacia el norte, en el barrio obrero La Perseverancia, contiguo a la fábrica de cervezas Bavaria; y hacia el sur, en los barrios de artesanos y obreros, también en proceso de expansión, comenzando por San Cristóbal y Yomasa.
<b>AEROPUERTO</b>	La aviación comercial nació utilizando el río Magdalena y sus puertos fluviales para comunicar a Barranquilla con el interior del país. La compañía SCADTA adquirió en el año 1929 los terrenos para la construcción del aeródromo de Techo, localizado en el antiguo municipio de Bosa, al occidente de Bogotá, en unos potreros de propiedad de los RR. PP. Jesuitas (Forero, 1964).
<b>ENERGÍA ELÉCTRICA</b>	A finales del siglo XIX aparece la primera empresa de energía eléctrica de Bogotá, denominada Samper Brush y Cía. Era de carácter privada, y desde el comienzo se propuso vender la electricidad a las distintas fábricas de la ciudad para mover motores eléctricos. En menor medida ofrecía servicios a los talleres y a algunas casas particulares. Mauricio Archiva (1991: 59) plantea que fue a partir de 1905 cuando en Bogotá se observó el uso de energía eléctrica en calidad de fuerza motriz de la maquinaria industrial.

El siglo XX fue para Bogotá -como para las demás capitales latinoamericanas- un camino de búsqueda de la modernidad, ese gran paradigma de la cultura occidental (Del Castillo Daza, 2003, pág. 12). Uno de los síntomas inherentes a dicha modernidad, puede leerse en los procesos de urbanización. Un tipo de urbanización, es la urbanización económica que se expresa en lo urbano a través de la generación de centros industriales de gran dinamismo, a los que llegan nuevos habitantes producto del crecimiento poblacional y del desplazamiento interno de la población que busca opciones laborales en las ciudades. Allí la fábrica se convirtió en el símbolo por excelencia de la modernidad y la industrialización, en reemplazo de las viejas formas artesanales y domésticas de producción (Carrasco Zaldúa, 2006, pág. 9).

La fundación en 1909 de la primera fábrica de cemento en Bogotá, y su desarrollo hasta 1928, hizo parte del proceso de industrialización que experimentó el país en las últimas dos décadas del siglo XIX y las primeras del XX. Este proceso coincidió, aproximadamente durante 50 años (de 1880 a 1930), con las últimas guerras civiles, el auge de los ferrocarriles, y la importación institucional de modelos foráneos por parte de las llamadas Regeneración y Hegemonía Conservadora de modelos tecnológicos, tipológicos, estilísticos y constructivos propios de la industrialización y de las arquitecturas europeas y norteamericanas (pág. 19).

Con estos modelos se consolidó y propagó en las ciudades, a partir del paradigma historicista del neoclasicismo, la denominada arquitectura republicana, que se caracterizó por su eclecticismo, junto con un urbanismo igualmente republicano que superpuso la arquitectura y los trazados coloniales conformados a lo largo de casi trescientos años de dominio español (pág. 19).

Álvaro Tirado Mejía (1971) ubica un incipiente desarrollo industrial a principios del siglo XX con un cambio en la dependencia colombiana: Estados Unidos suplanta a Inglaterra e inicia su penetración sobre Colombia, directamente con el robo de Panamá en 1903, indirectamente a través de las inversiones y de los empréstitos (Tirado Mejía, 1971: 283) en: (Acebedo Restrepo, 2006, pág. 32).

Al comenzar el siglo XX se tenía la siguiente relación de empresas en Bogotá y Cundinamarca (pág. 33).

Tabla 8: Las primeras fábricas de Bogotá. Elaboración propia con base en (Acebedo Restrepo, 2006).

<b>BOGOTÁ</b>	
<b>FÁBRICA</b>	<b>FECHA</b>
Fabrica El Gallo	1892
Pastas Doria (antes El Papagayo)	1892
Fábrica de ladrillos Calvo	N/A
Fábrica de ladrillos de Ana Calvo de Phillips	1900
Fábrica de vidrios Fenicia	1897
Fábrica de pesas y romanas de Alfonso y Yolanda Umaña	1900
Fábrica de instrumentos musicales de cuerda de R. Padilla	1898
Fábrica de R. Kopp (hoy Bavaria)	1891
Fábrica de vidrio La Catalana	N/A
Fábrica de loza Faenza	1900 – 1930
Fábrica de chocolates Chaves	1877
Fábrica de chocolates Equitativa	1890
Fábrica de cigarros de Rey Borda	1870
Germania (Fundada por un ex - empleado de Bavaria)	1905
Cervecería Inglesa Bohemia	1904
Cervecería la Camelia Blanca (ubicada en San Victorino)	1896
Fábrica Esturia	1910
Fábrica Paños Colombia	1915
Fábrica de Tejidos Ponce de León	1905
Fábrica Nacional de Fósforos	N/A
Además, varios molinos de trigo, pequeñas cervecerías y jabonerías	

En los años siguientes, especialmente a partir de la década de los veinte, las industrias de gran tamaño disminuirían notablemente, concentrándose en la creación de empresas medianas y pequeñas localizadas indiscriminadamente sobre el casco urbano de la ciudad. Bogotá se encontraba en pleno proceso de crecimiento demográfico y expansión de su base industrial (pág. 35).

### 3.1.3. El Complejo Industrial de San Diego



*Ilustración 26: Hut in a Bogotá sawmill. Henri Duperly, 1900 (Villegas Jiménez, 2000, pág. 140).*

El camino hacia Las Aguas retratado por Ramón Torres Méndez en la acuarela expuesta en la *ilustración 28*, corresponde geográficamente con el área que alcanza a fotografiar Duperly en 1900. Se trata del camino que conduce hacia la cuenca alta del río San Francisco, lugar en donde tendría lugar una de las primeras fábricas de la ciudad en 1834, y luego, en donde se emplazaría el Complejo Industrial de San Diego.

La edición No. 137 de la Gaceta de la Nueva Granada que circulaba el 11 de mayo de 1934, en su primera página incluía el siguiente titular: “Decreto concediendo privilegios para fabricación de papel”.

Un mes después de la expedición del decreto que concede el privilegio exclusivo, se constituye la compañía para fabricar papel en la notaría tercera mediante la escritura No. 380 de 10 de junio de 1834, firmada por Diego Martín Peralta, Benedicto Domínguez y José Ignacio Márquez.

A la semana siguiente compraron al señor José Antonio Mendoza un molino de moler trigo ubicado a espaldas de Las Aguas, con el edificio y terreno que le corresponde, por los linderos por donde siempre se ha poseído y con los enseres y herramientas siguientes: “...la máquina montada con sus piedras y fierros necesarios y sus canales nuevos por donde se conduce el agua, una sierra nueva muy buena, un pico y una picadera nueva, una romana nueva, un asador y una pala nuevos, las trozas, tolvas,

puentes de madera, cucharas, pala de madera, que todo es anexo a dicho molino...”  
(Olivos Lombana, 2014, pág. 33).

La primera fábrica de papel permite expresar dos cosas: primero, la lenta transición que se da a lo largo del siglo XIX entre los procesos de producción artesanal, como podría categorizarse un molino de trigo, y los procesos de producción industrial como podría categorizarse una fábrica de papel.

Segundo, la mayoría de procesos de producción, artesanales o industriales, necesitan del concurso del agua como materia prima, pero también como fuente de energía. En este caso, la rueda pelton que antes servía para generar energía mecánica que moviera las dos grandes circunferencias de roca que, al friccionarse mutuamente, molían el trigo que previamente se había ubicado en su intersección, al ser vendida a los señores Martín, Domínguez y Márquez en 1834, se convirtió en una generadora que ya no producía energía mecánica para mover las piedras, sino energía mecánica para mover los torniquetes que prensaban el papel.

Fue una decisión estratégica la de estos señores adquirir un molino de trigo, no sólo porque la infraestructura les era útil, sino porque la ubicación de la propiedad era determinante para el éxito de su negocio. La mini – hoya hidrográfica de esta zona comprende de norte a sur el río San Francisco y tres quebradas que desembocan en él: el hoyo del Venado, Guadalupe y San Bruno (las tres atraviesan los barrios del Paseo Bolívar) y también el cauce artificial destinado a mover los molinos, derivado de la toma de Agua Nueva.

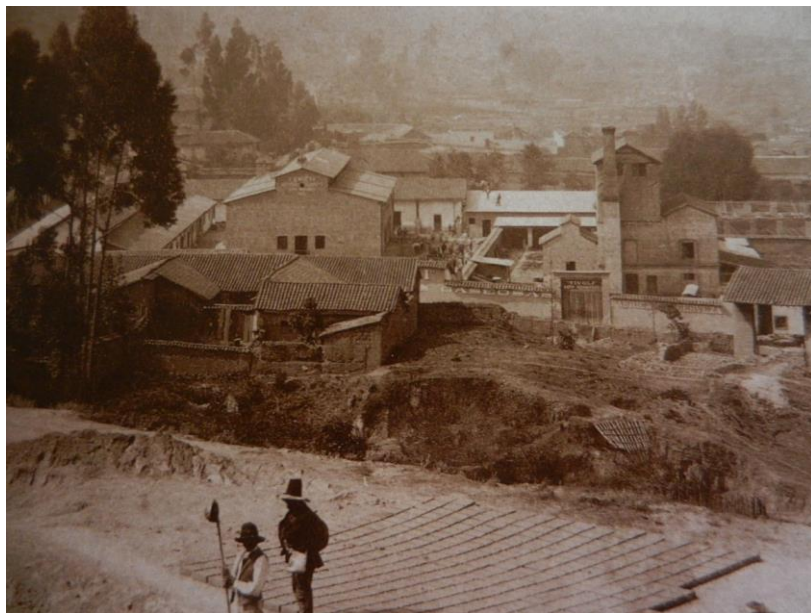
Por esto en dicho sector se concentraban los molinos de la ciudad. Por entonces los molinos que se usaban eran hidráulicos, y qué mejor que aprovechar la caída de agua del San Francisco y de sus afluentes (pág. 34).

En el boquerón que forma el cañón del San Francisco entre el cerro de Guadalupe y el cerro de Monserrate se ubicaban entonces tres fábricas: la de velas y jabones, la de tejidos y la fábrica de papel. Las tres fábricas que pasaron a formar lo que hoy es la Universidad de los Andes, fueron quintas de habitación y recreo, y antes molinos, y se extendían de arriba abajo desde el Boquerón próximo a la Quinta de Bolívar y sobre el Camino de Agua Nueva o Paseo de Bolívar (pág. 34).



El Complejo Industrial de San Diego con el tiempo fue extendiéndose hacia el norte hasta alcanzar la cuenca del río Arzobispo. Su expansión estuvo relacionada con la creación de las industrias más representativas de Bogotá en las primeras dos décadas del siglo XX.

Este desarrollo industrial tuvo sus primeras expresiones desde mediados del siglo XIX con el establecimiento de fábricas artesanales de hilados y tejidos que apelaron a esta parte de la ciudad por sus fuentes de agua. En las últimas décadas del siglo XIX aparecieron nuevas industrias que, como las de alimentos y bebidas, igualmente apelaron a esta parte de San Diego en buena medida por las fuentes de aguas inmediatas. Una de estas industrias fue la cervecería de Leo Kopp, que abrió su planta en esta parte de la ciudad en 1891, adquiriendo derechos de abastecimiento de aguas del río del Arzobispo. Junto con la cervecería Kopp también estableció la fábrica de vidrios Fenicia, destinada a la producción local de envases de vidrio cuya importación resultaba especialmente costosa; esta fábrica igualmente fue destinada a la producción de vidrio para otros usos, incluido el arquitectónico (Serna Dimas & Gómez Navas, 2011, pág. 67)



*Ilustración 27:* Brickworks on the ridges in the background the Tiboly and Fenicia factories. Henri Duperly. 1895 (Villegas Jiménez, 2000, pág. 141).

De la referencia que hacen Serna y Gómez (2011) sobre Bavaria, vale la pena aclarar lo siguiente. La Compañía Productora de Bogotá fundada en 1885 y cambia su razón social

por Cervecería Guzmán, y luego, por Cervecería Inglesa. Esta última fue comprada por Leo Kopp, convirtiéndose en la primera cervecería adquirida por Bavaria, para luego ser cerrada en 1914.

Por la compra de Kopp a la Cervecería Inglesa, se crea una nueva razón social que fue Tivoli Leo S. Kopp's Bogotá (la de la foto) y en sus terrenos Leo Koop fundó, en 1896, la Fábrica de Vidrios Fenicia, que fue vendida en 1947, para dar inicio a Cristalería Peldar. Luego, en 1903, el ciudadano alemán Rudolf Kohn, quien fue maestro cervecero de Bavaria, fundó en Bogotá la Germania, Fábrica de Cerveza Alemana de Rudolf Kohn & Cia., e inició la producción, en 1905, convirtiéndose de inmediato en un fuerte competidor para Bavaria (Plano Danais, 2011). Por la Cervecería Germania, el lugar en donde se fundaron previamente Tivoli y Fenicia, es conocido hoy como barrio Germania.

### **3.2. Urbanismo, marcos jurídicos normativos y utillaje “moderno” para el aprovisionamiento de agua de la ciudad**

En el siglo XIX se habían transformado muchas de las características de la urbe colonial. La Sabana estaba claramente separada del perímetro urbano y en la ciudad apenas quedaban rastros de horticultura en algunos de los solares que alcanzaron a sobrevivir el proceso de densificación al que se vio sometida (Mejía Pavony G. R., 2000, pág. 29). Sin embargo, Daza del Castillo (2003) afirma que Bogotá ingresa al siglo XX heredando la estructura y la forma urbana de la ciudad “colonial” sin mayores transformaciones, y que la metamorfosis de esta ciudad colonial hacia la ciudad moderna, por lo menos hasta la mitad del siglo, es un proceso más espontáneo<sup>54</sup> que deliberado (Del Castillo Daza, 2003, pág. 36).

Mi investigación me permite apuntar que esta transición entre la ciudad colonial y la ciudad moderna no es un proceso espontáneo ni deliberado. Más bien responde a la dinámica de lenta transición que fue produciendo el contexto necesario para que los cambios abruptos que vivió la ciudad en las primeras décadas del siglo XX, tuvieran lugar en ese tiempo y espacio. Tampoco deliberado, porque las decisiones, las rupturas y los cambios en términos de marco jurídico normativo y de obras públicas, responden al mismo proceso de lenta

---

<sup>54</sup> Según Daza del Castillo (2003) la afirmación sobre “lo espontáneo” no niega ni reduce la presencia de modelos y propuestas que influyeron a través de intervenciones concretas en la transformación de la ciudad (Del Castillo Daza, 2003, pág. 36).

transición entre un orden social agrario y colonial a un orden social que, para el cambio de siglo entre el XIX y el XX, aún no se entendía. Esta confusión respecto del orden social que se estaba consolidando en el cambio de siglo, es bien expresada por Saldarriaga (2000),

A pesar de las expectativas, la modernización iniciada en esta década apenas alcanzó a hacer mella en a fuerte costra conservadora, rezandera y tradicionalista fortalecida después de 1886. La sola idea de “la revolución en marcha” aterrizó a más de uno. Las intervenciones progresistas en la ciudad fueron bien recibidas por la mayoría. Desde entonces hay pánico al progreso ideológico mientras las obras materiales se consideran benéficas para la población. Ese es el espíritu de modernización sin modernidad del que hablan algunos autores (Saldarriaga Roa, 2000, pág. 253).

Una mentalidad convencida de las ventajas del progreso y la modernización tardó en instalarse en los medios gubernamentales y ciudadanos. Hacia los años veinte se utilizaban cautelosamente esas palabras como apoyo para nuevas iniciativas empresariales u oficiales como indicadores de bienestar.

El calificativo de modernización se aplicaba selectivamente a obras, inventos, objetos y modas. En arte, en esos años, todavía se discutía sobre el Impresionismo, que en Francia había dejado de existir décadas atrás. En las letras se hablaba del “modernismo”, movimiento en cuyas filas se encontraban inscritos varios poetas de la época, sin necesariamente estar a tono con los lenguajes vanguardistas del momento. Colombia, como lo expresó el presidente Alfonso López Pumarejo, vivía “a la penúltima moda” (pág. 253).

1920 es el punto de partida de un importante proyecto de modernización promovido por Ospina Rodríguez, cuyo propósito básico fue al parecer, modernizar el aparato del Estado, y Bogotá era la sede de los poderes centrales. También, porque el país comienza a romper su aislamiento e inicia un contacto más intenso con el mercado internacional. O como propone Gerardo Molina, porque el siglo XX comienza en Colombia en la segunda década del XX (Del Castillo Daza, 2003, pág. 18).

Hacia 1930 Bogotá se había actualizado considerablemente en términos de contacto con el mundo de los conocimientos y de la técnica. Esa primera ruptura de las tradiciones se reflejó en diversas propuestas modernizadoras, la principal de ella liderada por el gobierno liberal de López Pumarejo, con su programa “revolución en marcha” (Saldarriaga Roa, 2000, pág. 253).

El crecimiento de la economía en las primeras décadas del siglo XX, implicó en estos centros urbanos, expansión de gastos tanto públicos como privados en obras de infraestructura de salubridad, canalización y alcantarillado; pavimentación de las calles y llegada masiva de automóviles; redes de servicios públicos, construcción de vivienda en mayores cantidades y diferenciada entre barrios obreros y burgueses (Carrasco Zaldúa, 2006, pág. 9).

### **3.2.1. Urbanismo**

Los procesos de urbanización e industrialización en diferentes partes del mundo y la acelerada densificación de las ciudades, generó hacia mediados del siglo XIX, lo que Karl Brunner describió, en los años veinte del siglo XX, como desorganización urbana.

La construcción de viviendas, antes dominio de maestros de la localidad, preparados en su profesión por las tradiciones y el ambiente, acostumbrados a emplear únicamente los materiales aborígenes, pasó a ser objeto de las actividades comerciales de empresas repentinamente establecidas y -por la rápida transformación de terrenos agrícolas para fines de la edificación urbana- hasta de especuladores (...) Las costumbres tradicionales en la vida y la actividad urbana, observadas hasta entonces y representadas hasta hoy día en el carácter homogéneo de los sectores antiguos de las ciudades, se abandonaron y en cambio, resultó -en el campo del urbanismo- como único componente de la formación de nuevos barrios, un sistema netamente utilitario de sus vías y de sus construcciones, apropiado solamente desde el punto de vista del rendimiento comercial (Concejo de Bogotá; Secretaría General; Alcaldía Mayor de Bogotá, 2015, pág. 14).

En este contexto llega el urbanismo a Bogotá, definido por Karl Brunner (2015) como el fiel reflejo de la vida que se desarrollaba en las ciudades tanto en sentido económico como en el sentido moral y social (pág. 13). Según Brunner (2015) en un conjunto urbano intervienen y cooperan todas las fuerzas cívicas y económicas de sus habitantes, que contribuyen, bajo la dirección organizadora del urbanismo, a la obra maestra de la civilización y culturas urbanas, es decir, a la formación de la ciudad racional, sana y bella (pág. 19).

En 1900 la expansión de la ciudad y las edificaciones se recogían mediante algunas disposiciones sencillas, adoptadas por la municipalidad y puestas en práctica a través de una de las juntas que formaban el cuerpo administrativo de la ciudad. Después de ese año las

normas urbanas se condensaron en tres disposiciones municipales (Saldarriada Roa, 2000, pág. 88).

Tabla 9: Disposiciones urbanas municipales anteriores al urbanismo. Elaboración propia.

FECHA	DISPOSICIÓN	DESCRIPCIÓN
1902	Acuerdo 10	Reglamentó las construcciones, la apertura de calles y la urbanización de terrenos.
1914	Acuerdo 6	Reglamentó específicamente las urbanizaciones, es decir, la adecuación de terrenos para la edificación.
1917	Acuerdo 15	Creó la Junta de Obras Públicas Municipales, encargada de regular la aplicación de las normas.

Según Saldarriaga (2000) ninguno de estos acuerdos constituyó un plan urbano “propriadamente dicho”.

En 1923 se puso de presente la intención de dotar a Bogotá de una propuesta de forma y estructura urbanas y de controlar su crecimiento y sus transformaciones internas mediante una serie de estudios, planes y normativas (pág. 88).

La amplia gama de planes formulados desde entonces puede resumirse en cuatro tendencias: los planes de ensanche, los planes reguladores, los planes de soporte a la acción financiera e inmobiliaria, y la Ley 388 de 1997 o Ley de Ordenamiento Territorial. De esta gama de planes, es pertinente describir los planes de ensanche porque son los que corresponden temporal y paradigmáticamente con mi periodo de interés.

Los planes de ensanche fueron propuestos entre 1923 y 1944 y están consignados específicamente en el plano de *Bogotá Futuro* y en los proyectos urbanos de Karl Brunner.

En ellos se pretendió establecer, mediante el dibujo de la ciudad o sus fragmentos, los parámetros ordenadores de una ciudad armoniosa en cada uno de sus componentes. Sus instrumentos principales fueron la prolongación de la trama urbana existente, la delimitación de manzanas o parcelas urbanas y el diseño de los espacios libres, todo ello sujeto a la geometría de formas precisas (pág. 88).

Esta tendencia puede también llamarse la ciudad “dibujada” o la ciudad “concreta”, pues su representación en el plano incorporó una gran cantidad de detalles (pág. 88).

### **Bogotá Futuro**

Según Saldarriaga (2000) en el plano de *Bogotá Futuro* se condensó una visión coherente de regulación del crecimiento de la ciudad. Para hacerlo, se hizo un levantamiento topográfico de la ciudad de Bogotá y de sus predios aledaños en el que se incluyeron las urbanizaciones que se estaban construyendo en ese momento. Incluyó entonces el barrio Sucre, el barrio Obrero de San Cristóbal, el barrio Primero de Mayo, algunos desarrollados entre Bogotá y Usaquén y el barrio Obrero de Puente Aranda, entre otros.

Se estudió el aprovechamiento máximo del terreno a desarrollar, con una serie de cálculos y combinaciones alrededor de la vivienda corriente que permitieron deducir que la manzana óptima para edificaciones de vivienda era de 60 por 60 metros. En el Plan se definieron las relaciones porcentuales entre el área construida y el área libre para la ciudad así: 75% área construida; 35% área libre. El área libre se discriminó en un 20% para calles y avenidas, un 10% para parques y un 5% para plazas (pág. 91).



Ilustración 28: Bogotá Futuro. Enrique Uribe Ramírez (1923). (Mejía Pavony & Cuéllar Sánchez, 2007, pág. 77)

Según Mejía Pavony y Cuellar Sánchez (2007) el plano de *Bogotá Futuro* divide de dos maneras la ciudad. Es el inicio de la concepción de la urbe como un conjunto regulado y controlado por la planificación. Este plano es el instrumento para llevar a cabo el primer plan urbano de Bogotá a través del dibujo de elementos ordenadores que fijan los parámetros para su crecimiento y organización. El plano era la ciudad (Mejía Pavony & Cuéllar Sánchez, 2007, pág. 76).

Complementa Saldarriaga (2000) describiendo que la extensión del ensanche propuesto en *Bogotá Futuro* fue equivalente a cuatro veces la ciudad construida en el año de 1923. En el plano se favoreció el crecimiento de la ciudad hacia el norte, desde Chapinero hasta la altura de la actual calle 100. Hacia el sur, evidentemente la propuesta fue más reducida pues no sobrepasó los límites del río San Cristóbal.

Se trazó un eje vial en sentido oriente – occidente, para conectar la ciudad con el pueblo de Fontibón, todavía alejado. La forma resultante de la ciudad fue alargada, con un acento semi-circular en sus extremos (Saldarriaga Roa, 2000, pág. 92).

Tabla 10: Principales propuestas del plano de Bogotá Futuro. Elaboración propia.

PRINCIPALES PROPUESTAS DE BOGOTÁ FUTURO		
VÍAS	El trazado de una malla vial diagonal a distancias entre 600 y 700 metros, girada a 45° con relación a la malla tradicional de la ciudad. En las intersecciones de esta malla se ubicaron plazoletas, parques y servicio comunales.	
	Fórmulas de tráfico para definición del ancho de las vías.	Vías de primer orden o calles especiales de lujo, ramblas o "park ways", con un ancho de 36 metros.
		Vías de segundo orden o calles arteriales de tráfico, de 22 metros de ancho.
		Vías de tercer orden: calles arteriales secundarias de entre 16 y 18 metros de ancho.
		Vías de cuarto orden: calles indicadas para habitaciones y oficinas, de entre 12 y 15 metros de ancho.
PAISAJE	La reserva de un bosque en las estribaciones de los cerros de Monserrate y Guadalupe, con el fin de conservar la belleza del paisaje y las fuentes de agua para la ciudad.	

El plano fue acogido por el Concejo de Bogotá el 7 de noviembre de 1925 mediante el Acuerdo 74,

Adóptese el plano de Bogotá Futuro, levantado según lo dispuesto por las ordenanzas número 53 de 1919 y 92 de 1920, presentado por el ingeniero jefe de Obras Públicas del departamento, señor Enrique Uribe Ramírez (Mejía Pavony & Cuéllar Sánchez, 2007, pág. 76).

Según Saldarriaga (2000) la aplicación de esta normativa y del plan mismo No se hizo efectiva, sin embargo, quedaron fragmentos del trazado diagonal en dos sectores: al sur, en el sector de los barrios Claret e Inglés, y en el norte, en el barrio Gaitán (Saldarriada Roa, 2000, pág. 96).

### **El urbanismo de Karl Brunner**

Karl Brunner, en 1930, hizo parte del proceso que resultó en la Bogotá de hoy. La obra del austriaco pretendía ser un manual de cómo debían desarrollarse las grandes ciudades latinoamericanas, reuniendo en dos tomos (Manual de Urbanismo de Karl Brunner) las experiencias de su paso por Chile, La Habana, París, Roma y Nueva York; además de sus estudios de ingeniería y arquitectura en Viena. Ya en estos tiempos se decía que Bogotá necesitaba planearse dado su estrepitoso crecimiento para, entre otros, prevenir riegos como la urbanización en terrenos inadecuados o el colapso de las vías por el esperado tráfico vehicular (Concejo de Bogotá; Secretaría General; Alcaldía Mayor de Bogotá, 2015).

En 1928 se creó la el Departamento de Urbanismo<sup>55</sup>, pero sólo hasta 1933 por trastabilleos de la organización de la Secretaría de Obras Públicas, Karl Brunner se posicionó como director del departamento. Para esta fecha la ciudad ya presentaba un crecimiento desordenado,

Con numerosos barrios aislados del centro de la ciudad, muchos de ellos carentes de tratamiento urbano y poblados con edificaciones insalubres. Gran parte de la acción del urbanista austriaco se dirigió al reconocimiento de los problemas inmediatos, los cuales día a día ganaban terreno frente a la posibilidad de alcanzar, antes de 1950, una ciudad desarrollada y planeada (Saldarriada Roa, 2000, pág. 97).

---

<sup>55</sup> Como dependencia de la secretaría de Obras Públicas.



Brunner tuvo a cargo varias de las obras que serían inauguradas en el centenario de Bogotá. Para ello planeó intervenciones en cuatro zonas de la ciudad: el sector oriental del Paseo Bolívar y sus alrededores, que abarcó las zonas comprendidas desde el barrio San Cristóbal hasta el barrio Egipto, el barrio La Concordia, el parque de la Independencia y el Nuevo Parque Nacional. Incluyó planes de arborización, localización de urbanizaciones para obreros y otros estratos, localización de equipamiento urbano y la ampliación de algunas vías (pág. 96).

En paralelo a las reformas urbanas, se empezaron a generar estudios que buscaban aportar a ese concepto de “nueva cultura urbana”. El objeto de estas investigaciones era el estudio de las deficientes condiciones sociales e higiénicas que producen las grandes aglomeraciones humanas. Las discusiones de los higienistas se convirtieron en norma para llevar a cabo reformas esenciales en los procedimientos del urbanismo práctico contemporáneo (Concejo de Bogotá; Secretaría General; Alcaldía Mayor de Bogotá, 2015, pág. 17).

### **3.2.2. Utilaje moderno y obras para el aprovisionamiento de agua**

La entrada del capitalismo financiero exigía en Bogotá la readecuación del viejo centro de la ciudad colonial indiana. Existía un notable desajuste entre el contenido nuevo del centro y su forma arcaica, entre una sociedad nueva y los viejos escenarios contruidos; era una contradicción evidente entre el carácter colonial del amoblamiento espacial y el nivel desarrollado alcanzado por las fuerzas productivas (Del Castillo Daza, 2003, pág. 16). Sin embargo, la ciudad indiana ya había venido transformándose en el siglo XIX. Por ejemplo, el empedrado de las calles, los postes de luz, el tranvía, los complejos tecnológicos, vastas zonas comerciales e industriales, muchos más puentes (Mejía Pavony G. R., 2000, pág. 28).

La Bogotá colonial, Santafé, formaba una unidad con la planicie que la rodeaba por tres de sus costados y con los cerros que la amurallaban por el último de ellos. Las tierras planas de la Sabana penetraban en la ciudad confundiéndose con el perímetro urbano sin solución de continuidad. Manzanas enteras en la urbe y los extensos solares que de manera invariable se encontraban en los fondos de las casas, prolongaban los trabajos agrícolas y la cría de pequeños animales al interior de la ciudad. Los cerros le daban combustible y materias de construcción. Los diversos ríos y riachuelos que cruzaban la capital marcaban límites entre sus parroquias, le brindaban agua para los acueductos, y fuerza motriz en algunos de los molinos

ubicados en sus extramuros. Pero, sobre todo eso, la ciudad de construcciones bajas con paredones blancos y techos rojizos ennegrecidos por el tiempo formaba un solo paisaje con la planicie y los cerros de los cuales era parte (Mejía Pavony G. R., 2000, pág. 29).

En ese sentido, la ciudad de finales del siglo XIX, puede diferenciarse de la ciudad colonial en el hecho de estar ahora separada de la Sabana. También, puede rastrearse un incipiente desarrollo de infraestructuras acordes con las transformaciones de índole industrial y urbano, como los sistemas de transporte, el alumbrado eléctrico y público en las calles, los puentes y el empedrado. Pero en general, muchas de las características de la ciudad indiana estaban presentes en el cambio de siglo.

En los tres siglos y medio en los que se puede rastrear este proceso de crecimiento y compactación de esta ciudad “colonial” o ciudad tradicional, que finalmente solo alcanza a cubrir como zona urbana unas 30 cuadras en sentido sur – norte (calle primera a calle 26, aproximadamente) y unas 18 cuadras entre el Paseo Bolívar y la Estación de la Sabana, se puede advertir una ciudad que reproduce sus principios morfológicos sin mayores dificultades<sup>56</sup>. Estas características de la ciudad y sus principios de organización, son conceptualizados por los arquitectos José Salazar y Rodrigo Cortés como “ciudad compacta tradicional<sup>57</sup>”.

En la última década del siglo XIX, Bogotá inicia un periodo de profundos cambios en el sistema de aprovisionamiento de agua; primero, en materia de estudios técnicos, luego en materia de transformación de los marcos jurídico normativos. En los primeros años del siglo XX, las intervenciones en materia de servicios se concentran en energía, acueducto y

---

<sup>56</sup> La manzana como unidad parcelaria, la retícula ortogonal de sus vías, la conformación de sus espacios públicos mayores en manzanas “libres” destinadas a plazas y parques, etc. (Del Castillo Daza, 2003, pág. 37).

<sup>57</sup> 1. La base morfológica sobre la que se consolida esta primera ciudad es “producto de un constante proceso de transformación”, que incorpora elementos como la “compactación y la densificación”, sustitución de edificaciones, ampliación de vías, destrucción de tierras agrícolas y de bosques nativos, etc., y el crecimiento moderado del núcleo original durante casi cuatro siglos. Su principio de organización se basa en la desagregación inicial entre espacio público y privado mediante la delimitación de las manzanas como unidad básica de extensión, referidas a una retícula ortogonal de vías sin alguna jerarquía morfológica aparente.

2. La alta capacidad de densificación, mediante el expediente de la aguda desagregación de la estructura de propiedad predial, llevando la compactación a límites extremos.

3. Esta base morfológica fue modificada por la necesidad de incorporar nuevo suelo, por físico agotamiento de las oportunidades ofrecidas por la ciudad compacta (Del Castillo Daza, 2003, pág. 37).

transporte. A través de contratos celebrados con empresas particulares, en 1900 se da al servicio la primera planta eléctrica y se inaugura la primera red de alumbrado público eléctrico con una capacidad de 48 farolas. Entre 1910 y 1920 se registran importantes decisiones del municipio en materia de acueducto y alcantarillado, y, consecuentemente con ellos, se producen una serie de disposiciones de materia de vías públicas (Del Castillo Daza, 2003, pág. 47). 1912 se destaca como uno de los años más importantes de la década, por el tipo de iniciativas que son llevadas a discusión y adoptadas por el Concejo de la ciudad.

Para 1885, un informe de Manuel H. Peña pone de manifiesto que pocas ciudades se encontraban en tan buenas condiciones para consumo de agua. Según Juan Camilo Rodríguez Gómez (2003), el informe del ingeniero del Ramo de Aguas, es un aporte fundamental para la modernización del acueducto de la ciudad. Peña hace una descripción de los acueductos que tenía la ciudad ese año y en paralelo, estima el caudal de aguas disponible, habla de los depósitos o reservorios, de los lavaderos públicos, y de la repartición de las aguas.

Además, presentó en él, Peña una detallada propuesta, con su presupuesto para dotar a la ciudad de abundante agua y limpia (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 196).

Tabla 11: Caudal de aguas disponibles en 1885. Elaboración propia.

ACUEDUCTO	LITROS POR SEGUNDO
Acueducto de Agua Nueva	127
Acueducto de las Nieves	61
Acueducto del río Arzobispo	35
Acueducto de Manzanares	21
Acueducto Nacional (Santa Bárbara)	1
<b>TOTAL, LITROS POR SEGUNDO</b>	<b>265</b>

De esa forma, según Peña, correspondían 211 litros por individuo, algo más del doble de lo que poseía Paría en ese mismo tiempo, que sólo suministraba 90 litros y de Londres que da 87 litros por individuo. Para el ingeniero la cantidad de agua de la ciudad era suficiente, el problema radicaba en la distribución y las condiciones de sanidad (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 196). Su propuesta entonces se sintetiza en que se provea:

El abasto de 26 fuentes públicas de adorno, 61 fuentes de consumo público y 100 hidrantes para riego de calles y apagar incendios, que consumen 71 litros por segundo o cerca de 6 millones de litros en 24 horas (6000 metros cúbicos que llenarían la plaza de Bolívar, si fuera horizontal, hasta la altura de 50 centímetros), quedando un sobrante de 14 millones para el consumo privado, equivalente al 70 por 100 del abasto total (pág. 197)

Según Rodríguez el informe de Peña sacudió el estado de conocimiento en el campo de acueductos y alcantarillados de la ciudad. Incursionó en los aspectos económicos, es decir en el cómo sacar adelante la gran reforma sanitaria de Bogotá que propuso, demostrando que, para una empresa particular, esa podía ser una actividad rentable. La gran conclusión de Peña se asemejaría a los que ya en 1863 habría dicho Ambrosio López: Una compañía particular debería administrar el agua de la ciudad (pág. 198).

En paralelo al informe de Peña, la sociedad de medicina y ciencias naturales preparó un informe sobre la higiene de Bogotá. En él, señalan, entre otras cosas, que en el curso de los ríos San Agustín y San Francisco se había formado un zanjón en cuyo lecho se encuentra toda clase de inmundicias, acumuladas en gran cantidad, sobre todo en la vecindad de los puentes. Afirmaban que la insuficiencia del caudal de los ríos no permitía que se arrastraran aguas abajo las inmundicias, quedando éstas humedecidas en las márgenes y lecho de ambos ríos, y generando las condiciones favorables para reproducir miasmas deletéreos excesivamente perjudiciales para la población (pág. 200).

En este contexto, el 17 de abril de 1886 se contrata a Ramón B. Jimeno y Antonio Martínez de la Cuadra para la provisión de agua por tubería de hierro en Bogotá. El contrato entre el síndico municipal y los empresarios fue aprobado mediante el Acuerdo 23 de 1886. El contrato estipuló 27 cláusulas de las cuales vale la pena resaltar (pág. 216):

Tabla 12: Acuerdo 23 de 1886. Elaboración propia.

<b>ACUERDO 23 DE 1886</b>	La municipalidad concedió a los empresarios el privilegio exclusivo para establecer, usar y explotar en Bogotá y Chapinero acueductos que usaran tuberías de hierro. El privilegio fue dado a los empresarios y a sus sucesores de manera que se ocuparían del abastecimiento a la ciudad durante 70 años.
	Para que esto pudiera cumplir con el suministro de agua, les fueron traspasado los derechos que el distrito poseía sobre los ríos, quebradas, fuentes y vertientes.
	Se les traspasó los acueductos existentes en la época para que hicieran de ellos el uso que consideraran más apropiado
	Se les cedió las rentas, auxilios y subvenciones del ramo de aguas
	Privilegio exclusivo para la provisión y administración del agua en la ciudad y concesión de permisos para llevar agua a las casas de los particulares.
	Obligó a poner en disponibilidad de los empresarios, y sin ningún gravamen, todos aquellos terrenos que requirieran para la construcción de tanques.
	Se estipuló que la empresa de los acueductos era de utilidad y necesidad pública, por lo tanto, quedaba eximida de los impuestos o gravámenes municipales y que el distrito solicitaría iguales exenciones para la empresa por parte del Gobierno Nacional y del Distrito Federal.
	Los empresarios se comprometieron a iniciar la obra a más tardar en un año y a entregarla al servicio público en un máximo de 6 años.
	Se consideró que el carácter de "ofrecido al público" del servicio de acueducto ocurría cuando dos de sus cañerías atravesaran la ciudad de oriente a occidente, además de la provisión de las fuentes.
	Los empresarios se comprometieron a entregar agua gratuita y suficiente para las fuentes públicas de la ciudad, lo edificios públicos nacionales, distritales y municipales y los establecimientos de beneficencia.
	Los costos de conservación y administración de los acueductos, pasarían a ser sufragados por los empresarios y no por la Junta del Ramo de Aguas.
	Luego de 10 años a partir de la finalización de la obra, la municipalidad podría comprarla, con todos sus accesorios y dependencias, por ochocientos mil pesos.
	En cuanto a la administración, se estipuló que la Junta de Aguas continuaría administrando el ramo de aguas hasta el día en que los empresarios se posicionaran de él, fecha en la que estos últimos empezarían a administrarlo.

El 2 de julio de 1888 se reunieron los señores Iginio Cualla alcalde de la ciudad, Federico Patiño y José Ramón Peña, miembros de la comisión nombrada por el Concejo Municipal; el concejal Rafael Espinoza Escallón y Nicolás Jimeno Collante apoderado de la empresa de Acueductos de Hierro de la ciudad. El objetivo de la reunión era comprobar si, como lo afirmaban los empresarios, se había cumplido con el ofrecimiento ser servicio al público. El acta que se firmó en esa ocasión decía:

Se trasladaron los individuos mencionados a los puntos indicados por los empresarios, y hallaron, en realidad, que se ha dado cumplimiento al parágrafo expresado, pues se han construido dos cañerías de hierro, que atraviesan las calles,

novena y once de oriente a occidente y por tales cañerías se dirige el agua limpia de la que se surten varias casas particulares y fuentes públicas (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 230).

El 2 de julio de 1888 se oficializó la iniciación del servicio de agua por tubería de hierro en Bogotá. En 1889 ocurrió otro importante cambio jurídico; se creó la Compañía de Acueducto de Bogotá hecha según escritura pública otorgada el 6 de noviembre de 1889.

Su objeto se estipuló como el de administrar y explotar la empresa de acueducto de la ciudad de Bogotá y del barrio de Chapinero, construidos y que se construyan en ejercicio y en ejecución del Contrato de 17 de abril de 1886 celebrado entre el Síndico Municipal y los señores Ramón B. Jimeno y Antonio Martínez de la Cuadra (pág. 238).

La Compañía de Acueducto de Bogotá se comprometió a cumplir con todas las obligaciones emanadas del contrato que se había celebrado en 1886 con estos empresarios.

Tabla 13: Los accionistas de la Compañía de Acueducto de Bogotá. Elaboración propia.

ACCIONISTA	ACCIONES	PROCENTAJE
Ramón B. Jimeno	3.150	70,00%
Antonio Martínez de la Cuadra	990	22,00%
Jesús María Arteaga	171	3,80%
Salustiano Hernández	45	1,00%
Braulio Murillo	45	1,00%
Felisa Correa de Escobar	45	1,00%
Mariano de Toro	36	0,80%
José Jesús Hernández	9	0,20%
Antonio José de Toro	9	0,20%

El 27 de enero de 1892 se publicó en el periódico *El Correo Nacional* una carta escrita por Manuel H. Peña en donde se da información sobre las obras que hasta el momento había adelantado la Compañía de Acueducto de Bogotá. Peña divide la carta en dos partes; la primera, sobre obras provisionales<sup>58</sup> y la segunda, sobre obras permanentes. La carta de Peña es complementada por Rodríguez (2003) por un informe que le mismo Peña hace en 1897.

<sup>58</sup> Las obras provisionales son consecuencia de unos deslizamientos iniciados en diciembre de 1890 en los terrenos por donde pasaba el acueducto de Agua Nueva. La ciudad llegó a verse completamente privada de agua (pág. 256).

Se trató del *Informe de la Comisión Permanente del Ramo de Aguas* que le había sido encargado en octubre de 1896 al consejero Peña.

Tabla 14: Las obras permanentes de la Compañía de Acueducto de Bogotá hasta 1896. Elaboración propia.

<b>OBRAS PERMANENTES</b>	Tres depósitos de agua: uno entre la Quinta de Bolívar y el molino de Esguerra, de capacidad de 16 millones de litros. Otros dos en las cercanías del río Arzobispo y de los arroyos de Manzanares y la Peña, de 4 millones de litros cada uno.
	Una de las mejoras positivas que en su administración ha recibido la ciudad, ha sido el servicio de aguas por tuberías de presión, porque el agua ha podido llevarse a cualquier punto de la ciudad, desde el tanque de Egipto hasta debajo de la Estación del Ferrocarril de la Sabana, y desde el Panóptico, al norte de la ciudad, hasta la Plaza de Armas, en Las Cruces, y el Hospital Militar, en tresesquinas. Hoy puede tenerse agua en cualquier alcoba, encima del fogón, sobre el baño, etc., en cualquier sitio, por excusado que sea, en la casa que esté servida por el acueducto; y de que esa agua no va mezclada con inmundicias.
	Entre mayo de 1888 y marzo de 1897 el número de plumas de agua pasó de 325 a 2.763.
	Se destruyó el puente de Quevedo sobre la quebrada San Bruno, debido a que las murallas de cal y canto del cauce se juntaron impidiendo el paso de las aguas. Fue necesario hacer una nueva alcantarilla modificando el curso de la quebrada.
	Se restableció la fuente del Padre Quevedo.
	En 1897 se demolió la antigua Pila de las Nieves y en su lugar se colocó una pila de bronce de adorno.
	El Acuerdo 23 de 1897 concedió permiso al Colegio de la Salle para hacer uso de las aguas sucias de los chorros de Egipto.

El inicio del siglo XX no significó ningún cambio radical en el servicio de aguas de la ciudad. Los sistemas de acueducto y alcantarillado continuaban iguales, es decir la ciudad continuaba con los problemas de escasez de agua e insalubridad. De manera que el Concejo empieza a estipular algunas disposiciones para la administración y cuidado del agua.

Tabla 15: Marco jurídico normativo con incidencia en el manejo del agua en la ciudad en la primera década del siglo XX. Elaboración propia.

DISPOSICIÓN	DESCRIPCIÓN
Acuerdo 9 de 1900	Es de estricta obligación ejecutar las obras necesarias con el objeto de recoger las aguas lluvias en canales y bajarlas por tubos colocados en los muros; ya sea conectándolos con las alcantarillas, ya con las cañerías interiores del edificio, o con caños que conduzcan por debajo de los pavimentos de los andenes a las cunetas del pavimento de la vía, según las condiciones de la edificación, o de la vía sobre la cual se halla el edificio respectivo.
Acuerdo 15 de 1900	El Concejo revocó la concesión que hizo el Cabildo de Santa Fe de Bogotá, el 13 de octubre de 1589, de una merced de agua limpia a favor de D. Juan de Alvis. Esta medida es el reflejo de una profunda disputa jurídica en torno a la propiedad y el derecho de goce de parte de las aguas del río Fucha.
Acuerdo 48 de 1902	Ordenó la construcción del Puente de Boyacá en el lugar que antiguamente ocupaba el Puente de las Aguas en la calle 19.
Decreto 221 de 1905	Invocó en su considerando la disminución del caudal de los ríos Arzobispo, San Francisco, San Agustín y San Cristóbal y el hecho de que era insuficiente para la población de Bogotá. Atribuyó esa disminución a la extracción de cascajo y piedras de los lechos de esos ríos, a la desviación de las aguas para ser utilizadas en riegos, y al desmonte de las cabeceras y partes altas de los ríos. Para corregir estos hechos se prohibió la extracción, motivó la reforestación de una franja de 50 metros a lado y lado de los ríos, y prohibió destruir los árboles, arbustos y malezas de las cabeceras y márgenes de la parte alta de los ríos en mención.
Acuerdo 1 de 1905	La Junta Central de Higiene expidió el acuerdo que buscaba impedir la contaminación de las aguas que se consumían en la ciudad. Habló de la necesidad de una captación adecuada y de una conducción por tubería de hierro hasta el tanque de distribución.
	Propuso la creación de una zona de protección, la cual se establecería si las autoridades compraban en las cabeceras y en el curso de los ríos una zona que aislara las aguas de eventuales peligros.
	Dispuso también que las habitaciones que por su ubicación respecto de los ríos y del acueducto no pudieran proveerse de desagües apropiados para impedir que por motivo de la existencia de ellas se contaminara el agua del acueducto, se harían destruir, previa la indemnización del caso conforme a las leyes.
Decreto 921 de 1905	Dispuso que los Concejos Municipales expedirían acuerdos en que se prohibía destruir los árboles, arbustos y demás plantas de las cabeceras y las márgenes de los ríos y arroyos que suministraban aguas a las poblaciones del país, en una zona de 100 metros a cada lado.
Programa de saneamiento para la ciudad de 1905	Construir albercas para lavar por lo menos una vez en el día las alcantarillas, riachuelos y quebradas que atraviesan la ciudad. Estas albercas están provistas de compuertas o aparatos automáticos de desagüe.
	Enlosar el piso y cubrir el lecho de los ríos San Francisco y San Agustín para asear sus cauces y poder aprovecharse de sus áreas.



	Proveer de sifones o de caños acodados en defecto de aquellos los sumideros de las cunetas de las calles, los tubos de bajada de aguas lluvias y demás caños que vayan a las alcantarillas.
	Sujetar la construcción de nuevas alcantarillas a un plan científico, dejando constancia de del plano y perfil correspondiente.
	Proscribir el uso de losas de piedras para piso de la calle y al mismo tiempo de tapa de alcantarillas. Las alcantarillas deberán cubrirse con bóvedas de ladrillo colocando entre trasdós de la bóveda y el piso de la calle una gruesa capa de tierra que resorte los esfuerzos exteriores.

En 1906 se empezó a hablar de una reorganización del servicio de aguas de la ciudad. Las críticas a la Compañía del Acueducto de Bogotá, tanto de la ciudadanía como de las autoridades, continuaban y poco a poco se desataba un cambio total en la administración del aprovisionamiento de aguas (pág. 309). Al comenzar el año de 1911 el acueducto se encontraba en una situación caótica. En la opinión pública, golpeada por las deficiencias del agua, crecía rápidamente un sentimiento contrario a la Compañía del Acueducto. Las sesiones del 29 y 31 de marzo de 1911 del Concejo de Bogotá fueron la congregación y confrontación final de las ideas sobre el asunto del acueducto de la ciudad. Se puso fin al contrato del acueducto de son Ramón B. Jimeno; la prensa comentó con elogios la decisión del concejo:

La municipalidad de Bogotá está profundamente satisfecha por la rescisión del contrato del acueducto, batalla ganada en el Concejo en la sesión de antenoche. Muy bien procedieron y con toda integridad y patriotismo los señores municipales. Son dignos del más alto elogio (pág. 326).

El 23 de enero de 1912 se firmó el contrato de compraventa por medio del cual fue vendida al municipio la Compañía de Acueducto de Bogotá. El contrato fue aprobado por el acuerdo 1 de 1912, así como por el alcalde, el secretario de Gobierno, el presidente de la república, y la asamblea general de accionistas de la compañía.

La compañía fue vendida por \$300.000, suma que fue determinada por el presidente de la república, Carlos E. Restrepo, a cuya decisión se habían sometido para resolver las diferencias, las partes contratantes (pág. 335).

Según Fabio Puyo (1989) lo que el señor Jimeno vendió al Municipio de Bogotá no era más que un mal remedo de acueducto. El paso de este servicio a manos del Municipio no fue una solución inmediata. Ante la crisis financiera que suscitó la compra de la Compañía

de Acueducto<sup>59</sup>, el Municipio concedió a dos empresarios particulares un privilegio de 10 años para establecer un acueducto que utilizara las aguas de Chorro de Padilla. La noticia cayó como una bomba al gremio de aguateros que se proveían del agua de este Chorro y la distribuían en la ciudad. Se dirigieron al Concejo así:

Los suscritos pertenecientes al gremio de aguadores de la ciudad con el respeto que se merece la entidad (...) Nos permitimos manifestarles que (...) Con la resolución del Honorable Concejo se priva a más de cuatrocientas familias del pan que durante muchísimos años han venido ganándose con el trabajo honrado que implica el acarreo de agua de Padilla a las casas particulares (...) Decimos que nuestros derechos son tradicionales, porque el primitivo poseedor del agua de Padilla, quiso darnos a los pobres manera de ganarnos honradamente la vida con el usufructo de tal agua, y ya no hay ley alguna que de ese legado pueda privarnos (Puyo Vasco, 1989, pág. 64).

En abril de 1917 fue declarado nulo el requerimiento de los aguateros por medio de un fallo judicial. En paralelo al “tire y afloje” por la administración de las aguas, en Bogotá en los primeros años del siglo XX se registraron dolencias gastrointestinales causadas directamente por las bacterias patógenas de las aguas. La disentería, la enterocolitis, la enteritis y la gastroenteritis causaron el 14.5% de las defunciones en 1904 y en 1906 y 1910 provocaron el 16%. La proliferación de estas enfermedades se hacía más aguda y mortífera en los meses más lluviosos (marzo, abril, mayo, octubre y noviembre) (pág. 61).

Ante la escasez de aguas para el aprovisionamiento de la ciudad se inició en 1912 la realización de una idea que ya había sido sometida a consideración en múltiples ocasiones a lo largo de la historia del acueducto desde la Bogotá Colonial: traer agua del río Fucha o San Cristóbal:

El agua se toma en la banda izquierda del río San Cristóbal, a 108 metros arriba del puente actual (...) el punto final de la cañería principal quedará situado en terrenos de la señora madre del doctor Máximo Gonzáles, a 100 metros al norte de la calle primera...el e tiene una longitud de 1900 metros (...) tomará 120 litros por segundo y el precio total de la obra será de \$10.000 a \$12.000 oro (Rodríguez Gómez, 2003, pág. 339).

---

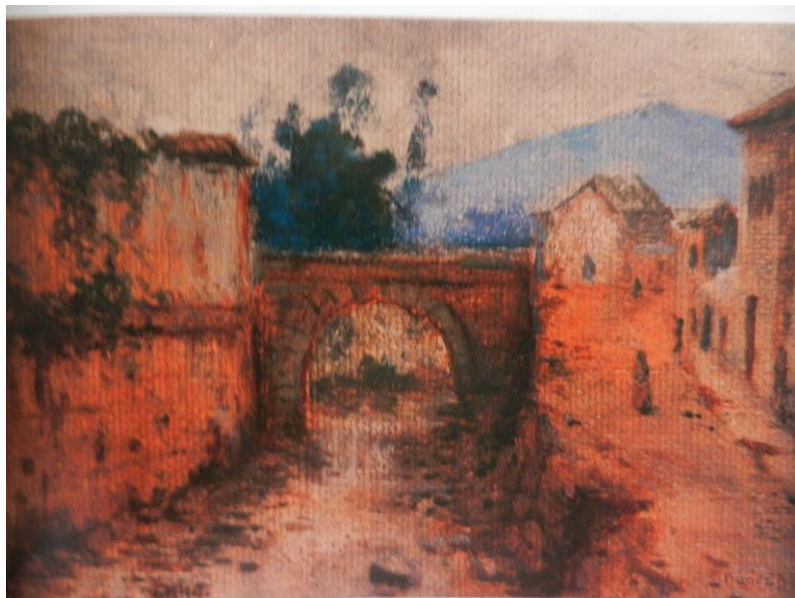
<sup>59</sup> Las dificultades financieras que afrontaba el Municipio dentro del proceso de modernización y reparación del acueducto se debía, en lo esencial, a la agobiante deuda de 320.000 pesos que la ciudad había tenido que contraer para comprarle el acueducto a Jimeno en condiciones altamente ventajosas para él. En esta emergencia el Municipio se vio obligado a tomar la medida más antipopular: la duplicación de las tarifas del acueducto (Puyo Vasco, 1989, pág. 64).

Con base en estudios ya existentes de entidades extranjeras, se acogió el río San Cristóbal como el más indicado para cubrir las necesidades del momento. En septiembre de 1923 se iniciaron los trabajos para la conducción de las aguas del San Cristóbal hacia Bogotá. El presupuesto de la obra era de \$300.000, incluidos los tanques de Vitelma, la tubería conductora, los dos tanques de almacenamiento de San Diego y los filtros y las plantas de purificación que se situarían en Vitelma. El director de la obra fue el ingeniero bogotano Hernando Gómez Tanco; las obras de Vitelma y San Cristóbal quedaron terminadas en 1924 (Puyo Vasco, 1989, pág. 68).

Otra de las medidas tomadas por el acueducto municipal fue la canalización de los ríos San Francisco y San Agustín. Según María Atuesta Ortiz (2011) en la segunda década del siglo XX se podía percibir un consenso respecto a las necesidades de canalización de los ríos San Francisco y San Agustín. El proyecto de canalización del río San Francisco y la construcción de la Avenida Jiménez de Quesada, fue promovido en un contexto, que como viene desarrollando este texto, en el que las políticas de intervención del espacio estaban estrechamente asociadas a la idea de progreso material y moral de la ciudad. En 1924 el diario *El Gráfico* escribía:

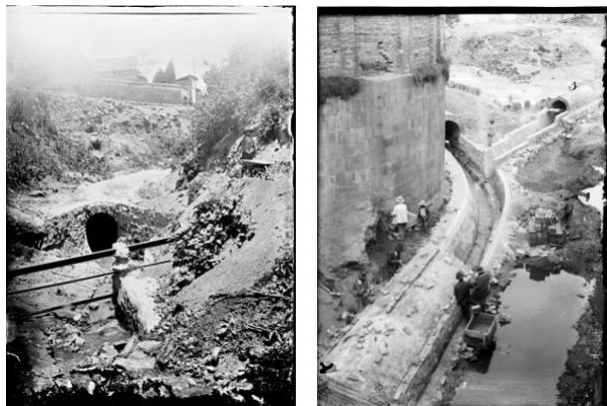
Entre las obras más importantes que necesita Bogotá para su perfeccionamiento y desarrollo la canalización del río San Francisco es quizá la más urgente (Atuesta Ortiz, 2011, pág. 197).

La necesidad de canalizar fue planteada inicialmente en 1884, año en el que se ordenó continuar la ampliación del puente de San Francisco (carrera 7 con calle 15) y canalizar el tramo de allí hasta el puente de Cundinamarca (carrera 8 con calle 14). Con la Ley 10 de 1915 se dio inicio al proceso normativo que culminaría con la ejecución efectiva del proyecto. Los argumentos que fueron base del proyecto, estaban asociados a los problemas de sanidad de la ciudad, pero también, al incremento de la población entre 1898 y 1918 (el número de habitantes incrementó en un 76%, pasó de 78.000 a 137.383 habitantes) (pág. 196). La Ley estableció como medio de financiación del proyecto, un auxilio de 30 mil pesos oro concedido por el Gobierno nacional. En el Acuerdo 10 de 1916, se validó la financiación de vales de la Tesorería Municipal se estableció que la contribución se valorización que, consiste en que todos los propietarios de los predios colindante al río, debían contribuir con la materialización del proyecto (pág. 197).



*Ilustración 29:* Bridge on the San Francisco river. Luis Nuñez Borda, 1910 (Villegas Jiménez, 2000, pág. 139)

El proceso de canalización tuvo inicio en 1917, con el tramo sobre la carrera 12, de la calle 11 a la 12. En 1921 se iniciaron los trabajos de cobertura desde el parque Germania (Carrera tercera – A) hasta el edificio del Tiempo (Carrera sexta). Para 1927, en un lapso de seis años, el tramo canalizado iba desde la Carrera tercera – A, a la carrera 12. Finalmente, para 1948 ya estaba cubierto todo el tramo desde la Carrera segunda hasta la Carrera 13 con calle 6 (pág. 199).



*Ilustración 30:* La Avenida Jiménez de Queda entre la Carrera Cuarta y la Sexta, cuando se principiaba la canalización del río San Francisco. Anónimo, 1912. (Rodríguez, 2012)

Estos primeros treinta años del siglo XX coinciden también con las primeras intervenciones para la adquisición de tierras en las hoyas hidrográficas de los ríos donde se captaba el agua para la ciudad, medida que cobró fuerza después de la municipalización de la Empresa de Acueducto y que se consagró a través del Acuerdo No. 8 expedido en 1915. Dicho acuerdo ordenaba la compra o expropiación de las tierras, con lo cual la ciudad daba sus primeros pasos en los criterios de planificación por motivos de utilidad pública (Del Castillo Daza, 2003, pág. 48). A partir de 1918 el Municipio inició el proceso de compra de propiedades particulares en las que se ubicaban los nacimientos de los ríos que aprovisionaban a Bogotá de agua. La primera adquisición se hizo fue de 11 predios situados en las hoyas hidrográficas de los ríos San Francisco, San Agustín y San Cristóbal, por los que el Municipio pagó \$768.570. Adquiridas estas propiedades, el municipio procedió al desalojo de las gentes que las poblaban, aproximadamente cuatro mil habitantes (Puyo Vasco, 1989, pág. 65).

A fines de 1924 el Municipio celebró un contrato con la empresa norteamericana Ullen Company para un ambicioso paquete de obras: ampliación del acueducto, mejoras en la higienización urbana, construcción y dotación del matadero, ampliación de las redes del tranvía, ensanche de plazas del mercado y construcción de nuevas y realización de un programa de vivienda obrera. Cuando la casa Ullen inició sus trabajos, ya estaban construidos

los tanques de Vitelma y de Egipto y la red de tubería alcanzaba una longitud de 170 kilómetros de los cuales en 1927 ya funcionaban 90 (Puyo Vasco, 1989, pág. 68).

Ya para los años 30 del siglo pasado, la celebración del cuarto centenario impulsó una serie de obras por. Este conjunto de obras fue conocido como El Plan Centenario y se dio en el campo de los servicios públicos, los que a comienzos del siglo XX se ofrecían por las compañías particulares: la de agua potable de Ramón J. Jimeno, la de energía de los hermanos Samper Brush y la de teléfonos The Bogotá Telephone Company. El municipio compró gradualmente estas empresas y se hizo cargo de sus servicios.



*Ilustración 31:* El tanque de Egipto de 1886. Sociedad de mejoras y ornato. (Rodríguez, 2012)

La provisión de agua potable tuvo como apoyo la capacidad de los tanques de Chapinero, San Diego y Egipto hasta la inauguración, en 1938, de la planta de tratamiento de Vitelma, abastecida por la represa de La Regadera. Esta planta representó un avance importante en la prestación del servicio y por primera vez ofreció a Bogotá agua potable adecuadamente tratada. La energía perduró en manos privadas hasta 1927, cuando el

municipio adquirió parte de las empresas que la generaban y distribuían. El suministro dependió de las plantas de El Charquito sobre el río Bogotá, las que se reforzaron con la construcción del embalse del Muña hacia 1940 (Ruíz Bernal, 1990, pág. 255). En 1938 se inauguraron una serie de obras y de eventos significativos. Entre la lista de obras y eventos de conmemoración del cuarto centenario, me interesa resaltar las siguientes:

(...) Obras del nuevo acueducto: represa de La Regadera, planta y tanques de Vitelma; dispensario antituberculoso de la Cruz Roja Nacional; consultorio infantil antituberculoso; obras en el Chorro de Padilla (obsequio del Comité del Comercio de Bogotá). Museo del recuerdo y monumento al indio en el Paseo Bolívar (...) Se inauguraron la primera sede de la Cruz Roja Nacional y el Laboratorio de Higiene. El barrio para empleados con 500 viviendas: el Centenario y el Teatro de la Media Torta, el que fue el único escenario construido para eventos populares desde entonces. Se inauguró la obra del Paseo Bolívar (Saldarriada Roa, 2000, pág. 255).

¿De dónde emergen estas obras?

### **3.3. Ciudad, gobierno municipal, sujeto e higienismo**

El papel de la ciudad en el contexto de transformación del Capital, es fundamental para entender el proyecto de sociedad que se estaba disputando en la transición de siglos entre los distintos detentores del poder. El papel asignado a la ciudad en el proyecto de sociedad depende sin duda de la valoración que la sociedad haga de sus potenciales transformadoras y de su capacidad de formar nuevas formas de vida, de comportamiento y de convivencia (Del Castillo Daza, 2003, pág. 26).

¿Cómo era vista Bogotá en este contexto?

El Gobierno y la administración municipal son la expresión de las lógicas que subyacían a los proyectos de sociedad. La cita que el lector va a aprender a continuación, expone bien algunos cambios, paradigmas y contradicciones propios del ejercicio de gobierno de la que, hasta el momento, se estaba posicionando como ciudad capital en el marco de la transición de una sociedad eminentemente agraria a una sociedad o nación urbana.

En la práctica, el municipio fue desenvolviéndose bajo el criterio tradicional que conformo nuestro pensamiento: “la Hacienda”. Fue así como durante mucho tiempo funcionaron los alcaldes y los concejos, y como se creó la institución que aún se conserva, como extraño engendro en nuestro derecho público. De los tesoreros y los personeros de nombramiento extraño a la misma autoridad ejecutiva, porque siendo estas funciones en la “hacienda” de extraordinaria importancia, juzgaron los patricios del siglo pasado, que debían independizarse de quien manejaba y administraba la ciudad, a fin de garantizar el correcto funcionamiento de los fondos públicos y de las decisiones jurídicas, porque sobre estos dos pilares -el dinero y el derecho de la propiedad, defendido por las leyes-, descansaba la autoridad del dueño de la Hacienda, cuyas veces en el municipio hacía el Alcalde.

Durante el tormentoso período que cubre nuestra historia desde 1821 hasta 1910, el municipio, tal como queda dicho, fue una entidad de segundo orden en el pensamiento de quienes formaron nuestro derecho público. Concretamente durante la vigencia de la Constitución de Rionegro, el municipio estuvo subordinado a las provincias, que tenían un prefecto o gobernador de quien dependían, y que a su turno conformaban el Estado Soberano de cuyas autoridades centrales dependían. Y seguían las normas de la Constitución de 1853 que defería a la Ley de cada Estado la organización municipal. La Constitución de 1886 conservó (como dice Eduardo Fernández Botero, en *Las Constituciones Colombianas Comparadas*) la división mayor, bajo la denominación de Departamentos (Artículo Cuarto) éstos se dividieron en Provincias y éstas en Distritos Municipales (Artículo 182).

En 1910, cuando empezó a estructurarse el moderno Estado Colombiano y cuando culminaba la acción pendular en contra del federalismo de 1863 y del poder de los antiguos Estados y sus herederos, los Departamentos, se suprimieron las divisiones territoriales dentro de los últimos, y por primera vez, en el Código de Régimen Político y Municipal se legisló sobre la organización del municipio, dándole a este ente jurídico la mayor preponderancia dentro de la organización del país, de suerte que eliminó, hasta donde ello fuese posible, el poder de los Departamentos, aunque sin lograrlo totalmente; ideal que solo se cumplió con las reformas de 1936 y 1945, al tiempo que, el movimiento antifederativo inició su ciclo de retorno pidiendo para las secciones mayor autonomía, frente al poder político, cuya sede central se halla en Bogotá, lo que ha motivado una inexplicable confusión en adoloridos representantes de la provincia, quienes no distinguen el poder y su sede, la ciudad de Bogotá, quizás la más olvidada de todas las provincias de Colombia, cuyo desarrollo y veloz crecimiento económico y demográfico tiene sus fuentes en su propia dinámica y no en las dádivas, nunca perdidas ni alcanzadas, del Gobierno Central ni del Departamental, que por el contrario extraen de su territorio múltiples recursos para distribuirlos en otros sitios y regiones.

Pero retomando el hilo, el legislador de 1910 tomó como patrón de su organización la cédula más pequeña de la antigua organización política del país: el Distrito Municipal, es decir la base, la división menos importante de la antigua organización,



la que para su gobierno dependía directamente de la Provincia, y posteriormente del Departamento. Y se conservó la organización antigua, heredera del concepto de hacienda, con los ingredientes que la mente republicana le había añadido. Fue así, como los municipios se organizaron con base en un Alcalde, delegatario del Gobernador y por su intermedio del Presidente (el Rey, el dueño de la hacienda) que cuenta con la asesoría y el control de un Concejo de elección popular (el injerto republicano que solo administra y no hace política), que designa al Tesorero y al Personero para que el manejo de los fondos públicos y la guarda del derecho no residan en quien administra la ciudad (hasta 1945 era mucho más notorio el hecho porque los jueces municipales dependían económicamente del municipio).

(...)

Todavía en 1929 y en 1930, las crisis políticas y administrativas locales de Bogotá se reflejaban en la vida nacional, tanto que llegaron a precipitar la caída del régimen conservador en 1930 (Administración del Distrito Especial de Bogotá; Secretaría de Gobierno; Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 1971, págs. 16 - 18).

Como dice Gerardo Molina (1974) el siglo XIX se prolongó hasta la primera guerra mundial (Molina, 1974). Concretamente en el caso de Colombia, la crisis en las décadas de la post-independencia y en las décadas de la mitad del siglo que menciona Mejía Pavony (2000), hicieron eco en las décadas de los setenta y ochenta del siglo XIX. Los efectos de estas crisis, como bien describe Bernardo Carreño Varela (1971) en la cita anterior, concluyen en la transformación de los organismos de gobierno y del modo de administrar la ciudad. Esta transformación, se da en paralelo a la transformación de la manera como se distribuyó la población sobre el espacio y de los mecanismos de control necesarios para imponer nuevas concepciones del orden social. Mejía Pavony (2000) afirma que esta situación se agudiza e intensifica en el cambio de siglo (Mejía Pavony G. R., 2000, pág. 27).

Al respecto Fernando Guillén Martínez (1979) complementa que, en América Latina, los mecanismos políticos formales son mucho más el resultado de meras transpolaciones de instituciones extranjeras, que el fruto del desarrollo endógeno de actitudes y tendencias sociales reconocibles y reconocidas (Guillén Matínez, 1979, pág. 25). Así, en la transición de siglos, pese a las diferencias ideológicas entre los proyectos del liberalismo radical y los proyectos de la regeneración, el desarrollo económico del país y los modelos de gobierno, sugerían una tendencia clara hacia la autonomía del Capital y la sujeción del Estado.

Según Immanuel Wallerstein (1996) el liberalismo nunca fue una doctrina de la izquierda, siempre fue la quintaesencia de la doctrina del centro. Sus defensores estaban seguros de su moderación, su sabiduría y su humanidad. Su postura iba a la vez en contra de un pasado arcaico de privilegio injustificado (que consideraban representado por la ideología conservadora) y una nivelación desenfrenada que no tomaba en cuenta la virtud ni el mérito (que según ellos era representada por la ideología socialista/radical). Los liberales siempre han tratado de definir al resto de la escena política como constituido por dos extremos, entre los cuales se ubican ellos. En 1815-1848 afirmaron estar igualmente en contra de los reaccionarios y en contra de los republicanos (o demócratas); en 1919-1939, en contra de los fascistas y en contra de los comunistas; en 1945-1960, en contra de los imperialistas y en contra de los nacionalistas radicales; en la década de 1980, en contra de los racistas y de los racistas al revés (Wallerstein, 1996, pág. 7). Sin embargo, los principios de la libertad y autonomía proclamados por la clase burguesa emergente de la Revolución Francesa, nunca fueron enfrentados por los ideólogos del liberalismo.

¿Cómo se expresa este contexto en Bogotá?

### **3.3.1. Estado corporatista y administración municipal**

En la transición entre el siglo XIX y el siglo XX y en el marco del régimen de la regeneración conservadora, en Colombia se trazó un tipo de intervención administrativa que no limitaba los intereses particulares en relación al interés general. Según Consuelo Corredor (1992) esto impidió que el Estado ganara una relativa autonomía para poder cumplir con las funciones que le son propias y constituirse en garante de los derechos colectivos. Afirma también que éste ha sido un proceso continuo de privatización del Estado, en el sentido de subordinar las instituciones y la acción estatal al interés de particulares, respetando siempre el inflexible marco socioeconómico y político. De tal forma se fue consolidando un modelo liberal de desarrollo, que no se opone al intervencionismo estatal, pero que sí le traza su orientación y sus límites (Corredor, 1992).

Óscar Alfonso (2012) apunta que lo ocurrido en la primera década del siglo XX con la forma histórica de articulación del mercado, el Estado y la comunidad, jugó un papel decisivo en el cambio de estrategias y conductas de los capitalistas emergentes.

Cuando los detentores de la riqueza comenzaron a desconfiar de la moneda como medio de atesoramiento, irrumpieron de múltiples maneras y en diferentes momentos en las esferas estatales para abogar por sus intereses, presentándolos como convergentes con el interés general. La búsqueda de un sustituto de las monedas de libre convertibilidad que circulaban por entonces no fue fácil y ocurrió en medio de la gestación de un Estado corporatista. El suelo urbano de expansión fue uno de los sustitutos. Los capitalistas emergentes se ocuparon de orientar las decisiones del Estado en materia de provisión espacial de bienes públicos para garantizar la valoración de sus capitales (Alfonso R., 2012, pág. 16).

La intermediación directa de los intereses capitalistas emergentes fue el instrumento con el que se repujo un orden socio – espacial en las primeras décadas del siglo XX. En teoría este modelo debió caducar en el momento en que la deficiencia de la administración público – comercial en la provisión de los servicios de acueducto y de transporte colectivo, tornó manifiesta la necesidad de la municipalización. Sin embargo, después de 1912 - 1914 (fecha de la municipalización de estos servicios públicos y colectivos) las orientaciones empresariales siguieron imponiendo los criterios privados y continuaron infiriendo en la esfera estatal bajo esquemas como los de la administración delegada (pág. 16).

El ejemplo más claro de la privatización del Estado se expresa entonces a través de la deficiencia de la administración del municipio en la incorporación de servicios por sistemas de red.

Tabla 16: Relación de empresas privadas y servicios públicos. Elaboración propia con base en de (Del Castillo Daza, 2003, pág. 50).

EMPRESA	FECHA	SERVICIO
Empresa de Ramón B. Jimeno	Hasta 1912	Estaba a cargo del acueducto domiciliario, fecha en la que se municipaliza
Compañía de alumbrado de gas	Hasta 1872	Alumbrado público
Compañía de los hermanos Samper Brush	Desde la última década del siglo XIX	Gestiones con el municipio para conseguir la concesión y una primera reglamentación que autorice la transmisión de energía por redes en las vías públicas
	La sociedad se constituye en 1898 y genera energía desde 1900	Genera energía hidroeléctrica a través de la planta de "El Charquito"
Compañía de Energía Eléctrica de Bogotá	1904	Opera sin competencia hasta 1920
Compañía Nacional de Electricidad	1921	Obtiene licencia para operar en el municipio
Casa Pearson and Sons	1908	Diseño de la red de alcantarillado como plan integrado
William Randall	1882	Constituido por el sistema de tranvía de mulas. Por medio del Acuerdo 22 de 1882 el Concejo otorga la concesión del transporte urbano por 30 años a William Randall

Si se entiende que los modos de intervención del Estado, su acción o su omisión, se corresponden con cada etapa del desarrollo capitalista, entonces el corporatismo podría describirse como la acción en la que subyace la consideración de *los gobiernos de interés privado* como un mecanismo que persiste de intermediación de intereses, cuya versatilidad para restarle a la autonomía al Estado ha llevado a considerarlos como una cuarta fuerza en

la escena<sup>60</sup> del orden social (Alfonso R., 2012, pág. 17). El corporatismo nace como referente espacial para la comprensión de la valoración y reproducción del Capital.

En los albores del desarrollo capitalista, la razón de la existencia de esos gobiernos de interés privado está en la emergencia de requerimientos para la acumulación que ningún capitalista individualmente puede enfrentar con solvencia. En muchas ocasiones, ni siquiera la asociación de dos o más de ellos consigue la acumulación previa mínima para inmovilizar cierto tipo de capital o para enfrentar el riesgo de su depreciación acelerada. Es el Estado que, a través de su función fiscal, consigue acumular esa modalidad de capital con esfuerzos colectivos para reproducir el capital fijo requerido para apalancar la producción y circulación de mercancías. La orientación espacial de ese capital fijo se torna decisiva para la comunidad y para el mercado cuyos agentes entran a disputarse los lugares claves para la toma de estas decisiones (pág. 18).

La consecuencia de esta disputa histórica es el esquema general de segregación socio espacial.

En Bogotá, la expresión concreta de esos gobiernos privados puede leerse a través del “manzanillismo” y “nepotismo” que para Castaño (2012) son sinónimos del clientelismo<sup>61</sup> (Castaño Rodríguez, 2012, pág. 9). El “manzanillismo” y el “nepotismo” están relacionados con los últimos 12 años del gobierno conservador en Bogotá (1918 – 1930). Según Castaño (2012) Carlos Lleras Restrepo en su momento afirmó que la apelación de “manzanillos” se dio por parte de los habitantes de Bogotá para referirse a los jefes políticos que gobernaban Bogotá en la segunda y tercera década del siglo XX, y la relación de éstos con el fraude electoral. El nepotismo, por su raíz latina *nepot* (sobrino) está asociado al gobernante que entrega empleo a sus sobrinos, familiares, amigos, cercanos, etc. (pág. 10).

Para 1918 Bogotá hacía parte de un régimen municipal y a diferencia de otras ciudades latinoamericanas como Ciudad de Guatemala, Montevideo o Buenos Aires, no había logrado resolver los problemas de salud pública.

---

<sup>60</sup> Las otras tres fuerzas en la construcción del orden social son: la comunidad, el Estado y el mercado (Alfonso R., 2012, pág. 17).

<sup>61</sup> Clientelismo: forma de intercambio personal (...) larga relación instrumental en la cual un individuo de más estatus socio-económico (patrón) usa su propia influencia y recursos para proporcionar protección y/o beneficios a una persona de menos estatus (cliente); a su vez, éste corresponde al patrón al ofrecerle apoyo y asistencia general, incluidos sus servicios personales (Castaño Rodríguez, 2012, pág. 9).

En 1911, el ingeniero Diodoro Sánchez había presentado a consideración del Concejo de Bogotá el primer estudio sobre la situación sanitaria de la ciudad, resultado del cual recomendaba acabar con la práctica de “botaderos” en las goteras de la ciudad e introducir un sistema de cremación de basuras.

La propuesta de Sánchez, presentada a través de la Sociedad Colombiana de Ingenieros, fue “protocolariamente” recogida por el Concejo a través del Acuerdo 25 de 1913. Ocho años después del primer informe, y a raíz de una propuesta que un ciudadano hace al Concejo para instalar un horno, la corporación nuevamente consulta a la SCI, haciendo las siguientes consideraciones: “la construcción de hornos de cremación de las basuras del municipio es una de las necesidades de más urgencia, y se debe prestar apoyo a todo proyecto que se presente en ese sentido...pero que por ser neófita (la corporación) en la materia no puede dar dictamen acertado sobre si la obra propuesta reúne las condiciones necesarias para el buen servicio, por lo cual propone se pase el estudio a la Sociedad Colombiana de Ingenieros”.

Nuevamente el ingeniero Diodoro Sánchez es comisionado por la SCI para resolver la consulta del Cabildo. Sánchez, en su informe, insiste con justificable preocupación que no existe impedimento alguno, ni técnico ni económico, para que el Concejo y la Alcaldía no emprendieran de inmediato la obra. Sin embargo, ni este año, ni muchos años después, la administración se encargará del asunto (Del Castillo Daza, 2003, pág. 51).

En 1918 tendría lugar la “pandemia” o epidemia de gripa más mortal registrada en la historia de la humanidad (con la salvedad de la Peste Negra de 1348). Se estima que esta pandemia, conocida también como la *Dama Española*<sup>62</sup>, provocó la muerte de 50 millones de personas en menos de un año.

Ningún otro acontecimiento, ni epidemia, ni guerra, ni hambruna, ni desastre natural, ha matado tanta gente en tan poco tiempo y en todo el planeta, con una estimación de contagio del 50% al 80% de la población, afectando principalmente a la gente joven, económicamente activa (Martínez Martín, 2007, pág. 18).

En este contexto, murió la abuela paterna de mi abuelo en el Paseo Bolívar, y también gobernaron Bogotá un par de hermanos de apellido Maldonado, los mismos, que eran dueños de los predios en donde estaban los barrios del Paseo Bolívar y en donde hoy está localizada

---

<sup>62</sup> España, que no hacía parte de la guerra, era el único país que informaba de los millones de afectados y de los miles de muertos que causaba la letal epidemia, mientras los países en guerra, igualmente afectados, censuraban la información, pues no convenía mostrarle al enemigo las bajas causadas por la pandemia, que rápidamente, superaron -y con creces- a los muertos causados por la guerra (Martínez Martín, 2007, pág. 18).

la Universidad Externado de Colombia en el barrio la Concordia. En el cuarto apartado de este capítulo y en el capítulo No. 4 de este trabajo, desarrollaré ese punto.

El Paseo Bolívar, fue la zona de Bogotá más afectada por la epidemia.

Sus barrios densamente poblados, que presentaban las peores condiciones sanitarias, aparecen descritos como el espacio que acoge a la “clase más necesitada y el lugar más desaseado de la Capital, en donde es muy bajo el nivel moral de las gentes que allí sufren los rigores de la más espantosa miseria (...) en donde los enfermos se aglomeran en covachas inmundas que son generalmente dormitorio, cocina y establo de los animales domésticos” Castilla (1922) en: (Martínez Martín, Meléndez Álvarez, & Manrique Corredor, 2014, pág. 296).



*Ilustración 32: “Como se vive en el Paseo Bolívar”. Caricatura de El Cómic, Bogotá, noviembre de 1918 en Hemeroteca Nacional. (Martínez Martín, Meléndez Álvarez, & Manrique Corredor, 2014, pág. 296).*

Santiago de Castro Maldonado es uno de los denominados “manzanillos”. Fue el alcalde de Bogotá en el periodo que va de 1918 a 1920. Periodo de tiempo que coincide con la expansión de la pandemia, hecho relacionado a la precariedad en las condiciones de aseo y prevención de enfermedades en la ciudad. Para ese momento, Sotero Peñuela, ingeniero y político conservador y quien hacía parte de “la rosca manzanillista” de Santiago Castro, sería señalado por los malos manejos que se le dio a la peste cuando aún podía ser tratada sin que concluyera de manera tan fatal.

La capital (...), a pesar de los adelantos edilicios de que nos ofanamos, dista mucho de ser una ciudad poseedora de cuando en los tiempos que alcanzamos se requiere para poner al descubierto la salud y aún la vida de los moradores (...) se carece de lo más indispensable en asuntos higiénicos (...) Agua pura, canalización, plazas de abastos, buenos pavimentos, mayor número de parques y jardines públicos, de dispensarios, hospitales y asilos y mil cosas más (...), exige a grito herido Bogotá (...) ¿Cómo querellarnos contra los alcaldes, que en la práctica no disponen de agentes y subordinados a quienes mandar y en quiénes confiar, porque casi todos los nombramientos son obra de los concejales, que individual o colectivamente amparan y defienden a sus protegidos, los cuales se ríen o desentienden de las providencias de la alcaldía?”. Véase más en “Servicios municipales”, Cromos. Revista Semanal Ilustrada, No. 137, Vol. VI (1918, 26 de octubre) en: (Castaño Rodríguez, 2012, pág. 11).

La Higiene Pública, en manos del Estado, se mostró incapaz de hacer frente a la pandemia, siendo “la Junta de Socorros”, un organismo de carácter privado constituido por gente de élite de la capital, la única institución que realizó acciones efectivas con los afectados. Esta institución aparece recordada y alabada por los medios escritos, en contraposición a la Dirección Nacional y Municipal de Higiene, que fueron fuertemente criticadas por su escasa intervención ante la pandemia (Martínez Martín, Meléndez Álvarez, & Manrique Corredor, 2014, pág. 307).

El Estado corporatista, manejado por gobiernos privados y con una fuerte tendencia hacia el clientelismo, no surge de manera espontánea. En paralelo a los convenios público – comerciales para abastecer los servicios públicos y colectivos de la ciudad, en paralelo a la crisis sanitaria de la ciudad, en paralelo a la ejecución de una administración municipal altamente clientelista, “manzanillista” y “nepotista”, la política fiscal monopolista, que deviene de finales del siglo XVIII, establece lógicas de privilegio al concentrar los derechos de producción y provisión de los licores a favor de fracciones territoriales que componen el Estado-nación, como son los departamentos (Meza Ramírez, 2013, pág. 69).

Desde el siglo XVIII la capacidad productiva de las rentas del aguardiente dependió de la puesta en marcha de políticas de control a la producción y expendio de bebidas alcohólicas (incluidos el guarapo y la chicha), las cuales exasperaron los ánimos de las clases populares como consecuencia de las alteraciones que dicha política introdujo en las economías familiares, comunitarias, personales y aun regionales (Mora de Tovar, 1988) en (pág. 72).



La concentración de las rentas en manos de los departamentos acordada en la Ley 8 de 1909 sugiere una suposición. La expedición de esta Ley coincide con el período de tiempo en el que los capitalistas emergentes empezaron a ocuparse de los asuntos del Estado. Suponiendo que efectivamente quienes estaban a cargo de la administración de los departamentos y los municipios estuvieran orientados por gobiernos privados, podría afirmar que la función fiscal del Estado permitió acumular esa modalidad de capital con esfuerzos colectivos, para reproducir el capital fijo requerido para apalancar la producción y circulación de mercancías que tienen que ver con la renta de los licores: sugiero al lector volver al aparatado de la ciudad y la industria y contemplar la relación entre la fábrica de vidrios fenicia y la cervecería alemana Trivoli. Además, contemplar la relación de las fábricas, con las habitaciones obreras como las construidas en predios de Leo Kopp, para dar paso a la Unión Obrera, hoy conocido como la Perseverancia, barrio de los trabajadores de Bavaria.

La orientación espacial de ese capital fijo se torna decisiva para la comunidad y para el mercado cuyos agentes entran a disputarse los lugares claves para la toma de estas decisiones: en este caso quienes disputan ese lugar son los productores de licor artesanal, ilegales e ilegítimos desde la perspectiva del Estado y la civilización, y los productores de licor legales y legítimos desde la misma perspectiva, que generalmente, eran empresas extranjeras.

Esta última afirmación me permite introducir el siguiente apartado de este capítulo, pues ya entra una dimensión más a jugar en este embrollo entre el Gobierno municipal, el Capital y la ciudad: los sujetos, los cuerpos y la civilización.

### **3.3.2 La ciudad, el higienismo, las reformas borbónicas y el cuerpo: una misma idea de orden social**

La ley antialcohólica de 1923 y la Ley 8 de 1909 tienen todo que ver con el orden social de la ciudad vista desde los ideales ilustrados, liberales y modernos que precedieron los grandes cambios en términos de marco jurídico y obras de utillaje para la Bogotá de la transición entre el siglo XIX y el siglo XX.

La chicha en palabras de Oscar Iván Calvo y Marta Saade fue el “caballito de batalla” de una de las campañas más importante del siglo XX colombiano por higienizar y

modernizar el país, a partir de la construcción de un pueblo nuevo como sustento de la nación (Gil Lázaro, 2003, pág. 187).



*Ilustración 33: Propaganda de desprestigio de la Chicha por la fábrica de Cerveza Bavaria. (Orillas, 2016)*

La bebida fermentada se asoció históricamente (desde la perspectiva de los colonos españoles, y luego, de los criollos republicanos) con la recreación y el alimento populares, bajo cuyo auspicio surgieron las chicherías o asistencias como los lugares de socialización más importantes para los grupos étnicos y sociales subordinados: sitio de juego clandestino, almacenamiento y refugio ocasional para los señalados criminales por parte del establecimiento. Sus consumidores habituales eran artesanos empobrecidos, peones mulatos e indígenas, vendedores de las plazas de mercado y en general los sectores populares de las ciudades. Esta bebida representó un importante papel durante siglos en la dieta de los habitantes del altiplano cundiboyacense; además de sus cualidades alcohólicas, era utilizada para saciar la sed y el hambre que producían las duras faenas de obreros y jornaleros en campos y ciudades (pág. 188).

Saade y Calvo (2002) advierten también la relación entre la chicha y la patología, afirmando que la medicalización de la bebida es la expresión de la institucionalización de la medicina en Colombia (Saade Granados & Calvo Isaza, 2002), afirmación que deja sobre la mesa que el saber científico fue clave para la interpelación de “lo social” en las primeras décadas del siglo XX. Pero, así como el Estado corporatista, la relación entre el saber científico y el orden social no es un fenómeno que surja de manera espontánea en el siglo

XX. Desde las Reformas Borbónicas, se puede leer esa clara relación entre gobierno – ciudad – cuerpo.

En América, las reformas borbónicas constituyeron, de cierta manera, un proyecto de civilización de las costumbres. La Corona Borbona buscaba crear sujetos sanos, obedientes y productivos, con base en prácticas ligadas con el canon definido por los ideales ilustrados (Alzate Echeverri, 2007, pág. 12).

Entre esta serie de reformas se encuentran, fundamentalmente, un gran número de medidas que muestran el deseo de convertir las colonias en dadoras de recursos, razón por la cual se consagran a la renovación de las economías coloniales y las finanzas reales en estos territorios. Otro grupo de reformas evidencia el deseo de dominar el espacio y concentrar la población, con el fin de permitir a las autoridades su mejor vigilancia y control. Estas medidas van desde la persecución intensa de algunas conductas que, aunque estaban ya tipificadas como delito, comienzan a ser penalizadas con mayor rigor, hasta la exaltación de la utilidad económica y moral del trabajo regular (...) Reforma educativa, para facilitar la intervención real y mejorar el sistema de enseñanza universitaria. Lo anterior, orientado a homogenizar los contenidos de las materias e introducir el estudio de las “ciencias útiles” con el objetivo de actualizarlos con los descubrimientos científicos (pág. 12).

Las reformas borbónicas son estrategias de poder que buscan ordenar a los cuerpos y a la ciudad para poder controlarlos. Aparece “la máquina del cuerpo” concepto de José Celestino Mutis y afirmación que según Santiago Castro (2005) expresa que no es el cuerpo del individuo sino el cuerpo social el portador de la enfermedad (Castro Gómez, 2005, pág. 146), y en ese sentido, el motor de la economía en tanto esté sano; dice Alzate (2007) que esta tentativa (las reformas) se dirigía, especialmente, a la población libre mestiza, juzgada como dispersa y desordenada, que formaba, por así decirlo, lo esencial de la reserva de mano de obra en este territorio (Alzate Echeverri, 2007, pág. 13).

Como consecuencia del mestizaje, no bastó la estrategia de la Hacienda (ver capítulo 2). El Estado borbón tenía para el momento, vocación imperial, así que asume la tarea de ejercer un control racionalmente fundado sobre las riquezas del territorio y la población a su cargo, con el fin de fomentar el desarrollo económico del imperio. La intención entonces, es convertir al Estado en sujeto único y absoluto, quien centraliza y controla los flujos sociales del capital simbólico y económico (Castro Gómez, 2005, pág. 144).

Algunas de las disposiciones contenidas en las reformas sanitarias borbónicas, tiene como fuentes de inspiración la obra *Aires, aguas y lugares*, perteneciente al *Corpus Hipocrático*. Estas ideas son un referente de larga duración en la legislación colonial y ellas se encontrarán expuestas hasta el siglo XIX para justificar medidas de saneamiento urbano.

El tratado *Aires, aguas y lugares* narra el itinerario de un médico que llega a una ciudad desconocida, y menciona las diversas condiciones que deben observarse allí para conocer las enfermedades y curarlas con éxito. Además, examina la exposición de la ciudad a los vientos, la naturaleza de las aguas que consumen sus pobladores, las enfermedades propias del lugar según el sexo y la edad de sus habitantes y la influencia de las estaciones y el sol. Hipócrates enseñaba cómo la exposición de la ciudad a determinados vientos condicionaba, por ejemplo, la calidad de las aguas, el “temperamento individual” (Alzate Echeverri, 2007, pág. 49).

De 1782 a 1802 se dio el paso de una significación teológica a una significación económica de la salud y la enfermedad. Aparece la *salud pública* como dispositivo capaz de asegurar el incremento de la productividad y la enfermedad empieza a ser objeto de las políticas públicas orientadas por un modelo económico (Castro Gómez, 2005, pág. 154). Todo este dispositivo constituye una “expropiación” económica y política al establecimiento colonial de los Austrias, pero también una “expropiación” de orden epistemológico a los sujetos que, hasta el momento, en su psicología, no entendían a la naturaleza como ámbito ajeno al cuerpo humano.

Ya en el siglo XIX, en los procesos de construcción y destrucción del *ciudadano* en el marco del liberalismo radical (1863 – 1886) se retoma el concepto de urbanidad. La urbanidad no era cualquier materia. Según la ideología liberal, por medio de ésta los sujetos llegarían a ser *ciudadanos* civilizados, aptos para vivir en el mundo moderno.

Los manuales de urbanidad -que eran enseñados en las escuelas desde tiempos anteriores al período radical- lograrían que de su lectura y práctica resultara un sujeto que se comportara de determinada forma, concebida como correcta desde el gusto, lo moral y lo político. De este modo, la urbanidad acompañada de sus manuales, se pensó como materia precisa para lograr el objetivo de formar *buenos ciudadanos* (Pardo Motta, 2016, pág. 3).

Más allá del proyecto político que esté detrás de los manuales de urbanidad y por ende de las diferentes ideas de *ciudadano*<sup>63</sup> que tuvieron los liberales del siglo XIX, la urbanidad debe leerse como un ámbito de educación y a la educación, desde planteamientos de “la educación nueva” y “escuela activa”, como

Suma de gestiones sucesivas (...) es tan poderosa y cambia tan radicalmente la persona primitiva, oponiéndose y anulando a esa otra fuerza invencible en apariencia, la herencia; la trasforma tanto, hasta hacer de seres inútiles, otros seres buenos y dignos Laurentino Muñoz (1935) en (Noguera R., 1998, pág. 2)

Una educación que fue parte fundamental de los dispositivos de higienización más relacionada con el control social, que con la relación entre sujeto y espacio. Intervención relativamente disímil a la larga duración que nos ofrece el *Corpus Hipocrático*, y que sigue presente en la política del siglo XIX. La medicina que aparece en el tratado de Hipócrates es una medicina ambiental y meteorológica; según ésta, las interacciones entre clima y otros factores naturales predisponen a cierto tipo de enfermedad, pero, sobre todo, ejercen una influencia en el hombre mismo. Como la fauna o la flora el hombre es producto del medio ambiente; independientemente de las particularidades, individuales, condiciones climáticas idénticas desencadenarán características comunes en una población determinada.

Desde Hipócrates esta idea de clima es una noción bioantropológica: “el clima es el cambio de aspecto del cielo de grado desde el Ecuador hasta el polo y es también la influencia que se ejerce del cielo sobre la tierra” (Alzate Echeverri, 2007, pág. 50).

En ese sentido, los dispositivos usados por la política pública del siglo XIX para ordenar al ciudadano, debieron apoyarse en medidas de orden médico, ya no ambiental, sino más científico – racional, para ordenar a los cuerpos en el marco de los proyectos políticos que estaban produciendo el espacio de la Bogotá de la transición entre el siglo XIX y el siglo XX.

Tras la Constitución centralista de 1886, se organizó por vez primera la sanidad pública en Colombia, como una rama del gobierno nacional; y por Ley 30, de ese mismo año, se creó un cuerpo colegiado, asesor del gobierno central en las decisiones relacionadas con la higiene, que se denominó Junta Central de Higiene, compuesta por tres médicos y un

---

<sup>63</sup> El *ciudadano* para los liberales tuvo una definición distinta en cada una de las constituciones desde 1821 hasta 1863. Para más detalles ver (Pardo Motta, 2016, págs. 6 - 10).

secretario, adscrita al Ministerio de Fomento (Ley 30, 1886). La Ley establecía también la creación de las Direcciones Departamentales de Higiene, aunque estas solo funcionaron hasta la segunda década del siglo XX (Martínez Martín, Meléndez Álvarez, & Manrique Corredor, 2014, pág. 5). La Junta Central de Higiene se ocupó de las enfermedades epidémicas, del saneamiento y del control de los puertos, bajo la presión de las Convenciones Sanitarias Internacionales firmadas por Colombia en el siglo XX (2014, pág. 5).

*La Higiene*, según Feria Lorenzo (2012) se puede definir como la búsqueda del estado físico y de bienestar óptimo. Ésta ha significado el eje de la perpetuación de la especie y la lucha contra las enfermedades transmisibles que han asolado a la humanidad desde la antigüedad. El control de los azotes epidémicos de la peste bubónica, el cólera, la fiebre amarilla y multitud de enfermedades infecciosas, así como la evolución del concepto de pobreza cobran realidades distintas ya en el siglo XIX, con respecto de los siglos anteriores.

Las acciones paliativas de la nobleza y el clero hacia la pobreza en la Edad Moderna, no pudiendo referirnos a ellas como maniobras que tuvieran una intención de erradicación de la misma, se apoyaban en un concepto caritativo basado en la limosna, pero acabaron por desembocar en una implicación asistencial benéfica de carácter “estatal”, propia ya de los cambios derivados de las nuevas corrientes e ideas ilustradas del siglo XVIII, que tienen su continuidad y evolución teórica y práctica en el XIX (Feria Lorenzo, 2012, pág. 23).

Pero *la Higiene* en Bogotá en las primeras décadas del siglo XX, también puede leerse como un dispositivo de poder, como mecanismo de control y gestión social. *La Higiene* no puede adscribirse a ningún partido político o corriente ideológica (Noguera R., 1998, pág. 2), por ende, la ejecución del *Dispositivo Higiénico* no responde a las necesidades de la política local eminentemente, sino que se adscribe a varias situaciones. La primera, todo el proceso de construcción paradigmática respecto de *la Higiene* en Europa en la segunda mitad del siglo XIX. La segunda, las medidas de Salud Pública y Ornato que empiezan a adoptarse en el marco del paradigma del urbanismo en diferentes ciudades del mundo. A estas medidas se le conoce como *saneamiento del espacio urbano* (pág. 2).

*La Sanidad* puede leerse como el indicador de los cambios sociales en esta época (estamos hablando de mitad de siglo XIX). La elaboración de la primera ley sanitaria promulgada en España, tras varios intentos anteriores, se produce en un contexto socio-

sanitario en el que el azote de las enfermedades infecciosas, la necesidad de cambio de unas instituciones que nos cubrían las nuevas necesidades en esta materia, las *corrientes higienistas* y los nuevos descubrimientos médicos, y la creciente implicación de los profesionales de la salud en la formación y actualización de su disciplina hacían imprescindible una reforma legislativa que respaldara todas estas carencias (Feria Lorenzo, 2012, pág. 23).

*El Higienismo* en Europa fue en la segunda mitad del siglo XIX una poderosa corriente de pensamiento en las ciencias médicas. En general en el *higienismo* confluye una preocupación común sobre los problemas de la *salud pública*. Los *higienistas* exploran la influencia del medio físico y del ámbito climático en la morbilidad (Urteaga, 1985, pág. 3). El ámbito ambientalista en el que se desarrolla esta corriente higienista de la medicina decimonónica, pone de manifiesto, la relación previamente planteada entre los dispositivos de las políticas del siglo XIX y los tratados de Hipócrates.

La persistencia de estas ideas en el campo médico puede estar vinculada con este determinismo físico de carácter etno-geográfico, y también con la larga historia de la “teoría humoral”. Esta concepción, que imbrica la naturaleza con las características y el comportamiento del ser humano, arranca así mismo de la cultura greco-latina. Es conocida la antigua creencia de que de los cuatro elementos primigenios surgen los cuatro “humores”: frialdad, sequedad, humedad y calor. La doctrina humoral establecía que estos humores constituían la base de las distintas complexiones de los hombres: sanguínea, melancólica, flemática y colérica. La combinación en diferentes proporciones de las complexiones daría lugar al temperamento. En la tradición médica clásica, el estado de salud ideal vendría dado por una situación de equilibrio entre las primeras cualidades. En consonancia con estas creencias, el paso de las estaciones, y los cambios atmosféricos y climáticos debían ser analizados con el fin de conocer y prevenir las dolencias (pág. 4).

Sin embargo, a Colombia, creo, no llegó la reflexión histórica ni antropológica del *Corpus Hipocrático* ni de la *Teoría Humoral*. En las ciudades de América Latina, desde la Colonia, existía un problema de basuras, animales corriendo por la calle, plazas de mercado sucias y mujeres orinando en el mismo lugar en el que estaban sentadas vendiendo el mercado<sup>64</sup>. En América Latina la necesidad era “limpiar” y “ordenar” este paisaje que distaba del ideal civilizado que luego se reforzaría con la ilustración. Parece que nunca reflexionaron

---

<sup>64</sup> Ver (Brading, 1978, pág. 198); (Wodrow, 1978, pág. 59).

sobre la naturaleza de la suciedad aprehendida, y que no se preguntaron porque los habitantes locales, luego de ser descritos por Gonzalo Jiménez de Quesada como “limpios” y “sanos”, ahora hedían y eran un problema de *salud pública*. Es probable, que sus reflexiones hayan omitido los drásticos cambios demográficos y las violaciones epistémicas que los habitantes locales del altiplano tuvieron que asumir tras la llegada de los Hidalgos.

En Bogotá el *higienismo* se utilizó para sanear barrios y habitaciones obreras. Fue un dispositivo que se puso en uso, mientras en paralelo se aprovisionaba a la ciudad con obras que venían pensándose desde el siglo XIX pero que no pudieron ejecutarse en las primeras dos décadas del siglo XX por el ya descrito “nepotismo” y “manzanillismo” característico del Estado corporatista que se estaba configurando en esta transición.

### **3.4. La ciudad moderna: El Saneamiento del Paseo Bolívar**

Jorge Eliecer Gaitán, alcalde en 1937, impulsó el Saneamiento del Paseo Bolívar. Dentro de las intervenciones resultantes del Plan para el Centenario de Brunner están, entre otros, el saneamiento y embellecimiento del Paseo Bolívar, que incluyó las adquisiciones de terrenos erradicación de tugurios, construcción de algunas urbanizaciones y construcción de un parque. El Plan también incluyó, la construcción de nuevos barrios para albergar a los desalojados del Paseo Bolívar, como el Centenario y el Primero de Mayo (Corporación Candelaria, 2006, pág. 403).

Ya he señalado en repetidas ocasiones que el Paseo Bolívar era también conocido como Paseo de Agua Nueva porque coincidía con el acueducto. Estaba ubicado en lo que hoy conocemos con Avenida Circunvalar y al sur del sector de San Diego, que se conformó a partir de la construcción del panóptico (1874), el parque del Centenario, el circo de San Diego, la Estación Central del Tranvía, la Fábrica de Bavaria (1889), la plazoleta de San Martín y, finalmente, los barrios obreros de la Perseverancia y la Independencia (Carrasco Zaldúa, 2006, pág. 10).

Varias son las descripciones que hicieron los higienistas sobre el Paseo Bolívar; se le tildó de arrabal, y a su gente, de “pordioseros” que “mal enfermaban”, “miserables” y con una “pobreza material y moral” extrema.





*Ilustración 34: Bogotá (1923). Manuel Rincón (1923). (Mejía Pavony & Cuéllar Sánchez, 2007, pág. 75)*

El plano de Manuel Rincón es uno de los pocos que representa la localización de los barrios del Paseo Bolívar: San Luis, San Martín y San Miguel. La referencia al mapa, tiene la intención de señalar que era claro que los habitantes del Paseo Bolívar nunca fueron una presencia cómoda para los proyectos de ciudad que se estaban ejecutando a inicios del siglo XX. Ejemplo concreto de esta afirmación es un plano ejecutado por la Secretaría de Obras Públicas Municipales de 1930, año en el que no se había saneado San Luis, que omite la existencia de asentamiento humano en esta parte de los cerros. La marca púrpura del plano indica la localización del barrio La Paz en donde nació mi abuelito paterno Humberto Sierra Sánchez en 1922; la marca amarilla indica la ubicación del barrio San Luis, uno de los barrios del Paseo Bolívar en donde vivió mi abuelito desde 1924 hasta 1932.

Además, la caracterización del plano de Rincón, hace explícita la necesidad de controlar el espontáneo crecimiento de la ciudad que en las últimas tres centurias había multiplicado en ocho su población. Las necesidades de sanear el espacio urbano se hicieron explícitas desde la primera década del siglo XX; en los archivos se pueden hallar afirmaciones como la siguiente publicada por la Oficina de Higiene Municipal rindió el siguiente informe:

Resulta que las aguas de las diversas vertientes que forman el río San Francisco, son pisoteadas por las gentes y animales que transitan por aquella región. Faltan puentes y hay caminos, como el de Choachí, que debieran desviarse (...) El inspector halló gran número de habitantes en esa región. La presencia de ellas es un grave inconveniente, porque las gentes que las ocupan hacen uso de las aguas para todo, incluso para el lavado de ropas (...) Con mucha frecuencia los celadores de aguas dan aviso a esta oficina de que han caído en las vertientes bestias y reses y han perecido allí. Como a veces no las pueden sacar inmediatamente por dificultades materiales o por ignorar en dónde han caído, se ensucian las aguas de un modo muy perjudicial para su potabilidad (Puyo Vasco, 1989, pág. 61).

Las gentes a las que se refiere el informe de la Oficina de Higiene Municipal, son los habitantes del Paseo Bolívar. Otro informe de 1906 expresa con más detalle el problema.

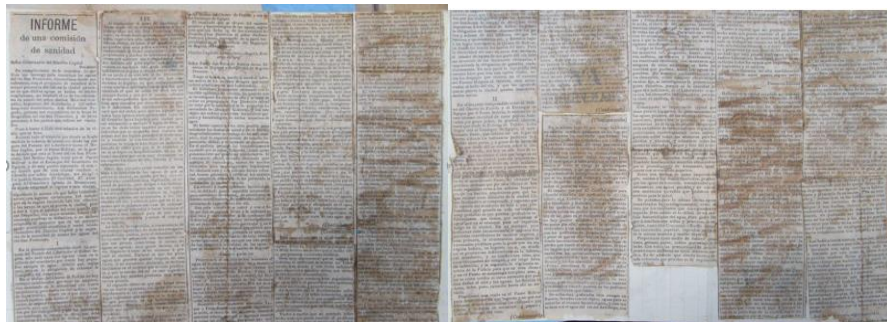


Ilustración 35: Informe de una comisión de Sanidad. (Informe de una comisión de sanidad, 1906)

Del informe es importante resaltar la siguiente información:

Recorrí todo el trayecto por donde se halla tendida la tubería de acueducto desde los parques del Puente del Libertador hasta el Molino Inglés, por el Paseo Bolívar, en la parte de éste que está al Norte del río San Francisco. Del Molino Inglés tomé por el Paseo de Bolívar a dar al Estanque del Acueducto en Egipto, y de este punto, siguiendo el camino nuevo que de esta ciudad conduce a Choachí por sobre Guadalupe, me dirigí a los pueblos llamados *El Cadillal*, *El Arrayan*, *El Granizo* e *Iglesia de Monserrate*, de donde emprendí el regreso a esta ciudad (...)

Al transmontar el cerro de Guadalupe se divisa desde allí en toda su amplitud la hoya hidrográfica del río San Francisco. Dicho lugar, en donde hasta ahora unos treinta años había vegetación alta, árboles, está convertido en tierras de labor y en potreros y ya no quedan sino muy pocos arbustos y lo que comúnmente se llama *ramajales*. Como los propietarios y dueños de labranzas y pastos tienen que sostener sus trabajadores y residen muchos allí para vigilar sus intereses, existen en esa hoya una

gran cantidad de habitaciones pajizas o chozas cuyos residuos de un modo o de otro son al fin arrastrados a los riachuelos que forman el río (...)

Las condiciones de higiene en que ordinariamente viven nuestros labriegos tienen que dar por resultado el que la salud de ellos sea no siempre buena y que, por lo mismo, además de las enfermedades que ordinariamente sufren, sean atacados por otras de carácter grave e infeccioso (...)

Claro está que para poner remedio en esa hoya a la infección de las aguas de que se provee la ciudad, no queda por hoy otro remedio sino establecer una vigilancia, en especial de policía, para obligar a los habitantes a mantener completo aseo en sus casas, a no arrojar basuras, ni residuos en lugares de donde puedan ser arrastrados a los riachuelos del río, y además para que en el momento que se presente un caso de enfermedad contagiosa procedan a hacer trasladar al paciente a esta ciudad para que de ese modo conseguir su curación y evitar el contagio en la región (...)

Para evitar la dificultad proveniente de la tala de la vegetación creo que no hay otro medio, sino que el Gobierno disponga como propietario de la Hoya y provea a la siembra allí (Comisión de Sanidad, 1906).

El saneamiento se hizo efectivo en 1938, pero tiene antecedentes primero ideológicos y paradigmáticos, en todas las descripciones de orden higiénico, y luego, en la materialización del proceso a través de la compra de los predios del Paseo Bolívar para que pasaran a manos del Municipio, y de la compra de los terrenos para edificar los barrios obreros que permitirían alojar a los desalojados por el Plan de Brunner. En el proceso paralelo de la compra y expropiación a través de la figura de *Utilidad Pública*, también se inicia todo el proceso de compra de las hoyas hidrográficas, entre esas, la del San Francisco.

Tabla 17: Marco jurídico referido al Saneamiento del Paseo Bolívar. Elaboración propia.

1919	<b>Ley 127: Proyecto de Saneamiento del Paseo Bolívar</b>	“Determina que hay graves motivos de utilidad pública para decretar la enajenación forzosa de las fincas situadas en el Distrito de Bogotá y que sean necesarias para la higienización o saneamiento de la Capital de la República” (Concejo de Bogotá, 1925, No. 604-3814).
1925	<b>Acuerdo No. 45 del Concejo de Bogotá</b>	"Por el cual se adquieren algunas propiedades en el "Paseo Bolívar", por motivos de higiene pública, y se dan unas autorizaciones al Alcalde y al Personero municipales (Concejo de Bogotá, 1925, No. 604-3814). Dice: "Que elevados motivos de higiene pública y seguridad social exigen la inmediata adquisición de algunas habitaciones y terrenos situados en la parte oriental de la ciudad -"Paseo Bolívar"-.

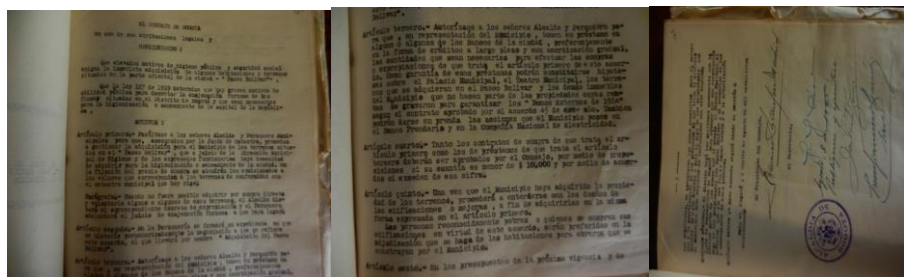


Ilustración 36: Acuerdo 45 de 1925. (Concejo de Bogotá, 1925)

Del Paseo Bolívar en 1916 el Registro Municipal de Higiene escribía:

Una corona infectante que la domina, viciándola con más eficacia que si la caja de Pandora se hubiera abierto por aquellos lados. Esta zona arroja en verano sobre a ciudad, a favor del viento, el polvo impregnado de gérmenes de toda especie, y en invierno, con el agua que de allí descende en formidables avenidas que van a depositarlos en todas las calles, carreras, plazas y casas que en la parte baja inundan (Colón, 2005, pág. 106).



*Ilustración 37: Panorámica del Sector Paseo de Bolívar, Karl Brunner, 1930. (Colón, 2005, pág. 107)*

La Guía de festejos del cuarto centenario de Bogotá<sup>65</sup> anunciaba la visita al Paseo Bolívar que se realizaría el 11 de agosto de 1938 a las 11 de la mañana. La guía, además llamaba la atención sobre la transformación operada en dicho barrio en lo que, como señala el autor, antiguamente no era más que un “suburbio desaseado, antihigiénico y habitado por gentes del hampa”. El nombre genérico de Paseo Bolívar designaba un gran conjunto de viviendas de precarias condiciones situadas a lado y lado de la vía, y específicamente aludía al sector comprendido entre la plaza de Egipto y el Parque de la Independencia. Algunos autores han llegado a considerar que los habitantes del Paseo Bolívar para comienzos de la década de 1930 pudieron alcanzar el 10% del total de la población de la ciudad. El proceso de saneamiento de esta zona consistió en la compra de las viviendas existentes para su demolición y posterior construcción de un parque público. Los habitantes desalojados tendrían derecho, en su mayoría, a una vivienda en un barrio obrero construido en las afueras de la ciudad y que finalmente sería el Barrio El Centenario (pág. 105).

---

<sup>65</sup> Ver: Saab, Antonio; *Guía del IV Centenario*. Bogotá: Centro S.A., 1938 (Colón, 2005).



Ilustración 38: Urbanización del Paseo Bolívar entre las calles 12 y 18. (Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 1934).

En el Archivo de Bogotá, en los fondos del Departamento Administrativo de Planeación Distrital y del Acueducto, se puede acceder a planes de proyectos (desde 1926 hasta 1939) de saneamiento, urbanización y alcantarillado de los barrios del Paseo Bolívar. De los hallazgos puede ser llamativo el siguiente indicio. En el plano del proyecto de urbanización del sector comprendido entre la carrera primera y el Paseo Bolívar por calles 13 a 16, esta expresado el detalle de los propietarios de los predios señalados en el plano. Dentro de los propietarios es recurrente la aparición del apellido Maldonado, el mismo apellido de los dos alcaldes hermanos que gobernaron Bogotá de 1918 a 1920 (fecha de la Gripe conocida como *Dama Española*). La mención apunta a tejer la relación entre aquel “manzanillismo” y Estado Corporatista descrito en el apartado anterior, y los mecanismos de adquisición de los predios que el municipio compró o expropió con la urgente necesidad de sanear el espacio urbano ocupado por los habitantes de los barrios del Paseo Bolívar.

Propietarios	Nomenclatura	Lotas	Dimensiones	Superf. M <sup>2</sup>
Hijos de Bernardino Maldonado		9-10-11-12-13-14-15	35 x 9.57	334.96
Alfredo G. de Gomez		16-17-18-19-20	14.50 x 2	29.00
Hijos de Jaime Benilla		21-22-23-24-25	9.60 x 3	28.80
Cruz V. Rojas		26-27-28-29-30-31	irregular	142.00
Carlos Maldonado		32-33-34-35-36-37	"	69.00
Simón Rodríguez P.		38-39-40-41-42-43	"	62.00
Carlos Maldonado		44-45-46-47-48-49	"	258.00
Juan Maldonado		50-51-52-53-54-55	"	14.00
Carlos Maldonado		56-57-58-59	"	9.00
Clodomiro Ferrer Vargas		60-61-62-63-64	"	75.00
Valentín Gutiérrez (acuerdo)		65-66-67-68-69	"	160.00
Hijos de Benito Jiménez de Rojas		70-71-72-73-74-75	"	125.00
Julia B. Suárez		76-77-78-79-80	"	115.00
Julia Moreno		81-82-83-84-85-86	"	65.62
Hijos de Pedro R. Maldonado		87-88-89-90-91-92	"	136.00
Maldonado		93-94-95-96-97-98	"	412.00
		99-100-101-102-103	"	360.00

Ilustración 39: Proyecto de urbanización del sector comprendido entre la carrera primera y el Paseo de Bolívar por calles 13 a 16. (Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 1926)

Otro detalle para tener en cuenta con la descripción que estos planos expresan, es que varios de los predios que en ellos se hallan hacen parte de lo que hoy es la Universidad Externado y que todos ellos, también aparecen en inmediaciones del Tanque del Acueducto de Egipto.

Carlos Ernesto Noguera (1998) afirma que las escuelas y los barrios obreros en las primeras décadas del siglo XX, fueron diseñados por ingenieros sanitarios y urbanistas como máquinas higiénicas. La infancia encontraría en la escuela el ambiente propicio para un cultivo adecuado

Fue pensada como un invernadero, como un sanatorio, alrededor de cual giraron múltiples instituciones que buscaron la redención fisiológica infantil: roperos escolares, restaurantes escolares, colonias de vacaciones, Cruz Roja infantil, grupos de boys scouts. A su vez, el obrero encontraría en la nueva habitación higiénica del barrio obrero, el verdadero hogar que lo alejaría por fin de la taberna, del vicio, del alcohol; todo ello, propiciado por el nuevo papel que le fue encomendado a la mujer de los sectores populares: convertirse en madre y esposa, y transformar su vivienda miserable y antihigiénica en su hogar (Noguera R., 1998, pág. 4).

Desde finales de siglo XIX era de conocimiento público la crisis que sufría la ciudad por causa de la falta de higiene. De acuerdo con los informes publicados en las revistas de

Higiene de las décadas de los 90's del siglo XIX y de las primeras diez décadas del siglo XX, las estadísticas revelaban irremediablemente que en esta zona de la ciudad se encontraba el mayor número de afectados por las epidemias de todo tipo, especialmente las asociadas a infecciones intestinales y enfermedades respiratorias. Además, los informes no sólo enfatizaban que el mayor número de enfermos e incluso de muertos se encontraba en esta zona, sino que era desde allí, y en general desde los suburbios, los lugares desde los cuales se propagaban las epidemias al resto de la ciudad. En 1916 el Registro Municipal de Higiene, escribía:

Todas estas enfermedades tienen su origen en los suburbios de la ciudad pero muy especialmente en la zona comprendida entre la carrera 3ª y el Paseo Bolívar y de este Paseo hacia el Oriente, donde se han permitido edificaciones sin desagües, sin higiene de ninguna clase, que son indesinfectables y donde se aposentan los gérmenes de las enfermedades que afligen y devastan a Bogotá, la cual siempre estará infectada por esta zona que la domina y envenena en invierno por medio de las aguas y en verano por medio del polvo que el viento constante arroja sobre la parte baja (Colón, 2005, pág. 106).

La solución a estos problemas, acorde con los higienistas de la época, era la eliminación de los principales focos de infección, entre los que se contaba la totalidad de las habitaciones del Paseo Bolívar y algunas quebradas que eran utilizadas como alcantarillas, para las que se proponía su canalización. Adicionalmente, se planteó establecer como límite de urbanización “infranqueable”, al oriente de la ciudad, el Paseo Bolívar (pág. 107).

El Saneamiento del Paseo Bolívar, la canalización de los ríos, la construcción de la Media Torta, las primeras obras de la Avenida Circunvalar, todas son obras que expresan, o mejor, materializan una forma de representar el espacio: la de la gente que estaba convencida de que “los sueños de progreso” eran necesarios para “modernizar” la ciudad. La modernización, como corriente de pensamiento, puede ser entendida para el caso de la ciudad de Bogotá como el cambio en las formas de percibir un espacio-tiempo. En pro de ese nuevo ideal, se tendió a transformar la forma de representar e intervenir la planeación urbana y el espacio urbano a comienzos de siglo XX. Fue una época en la que la ciudad comenzó a crecer de manera formidable.

Algunos documentos muestran un fenómeno de ola migratoria entre 1913 y 1918, que es el mismo fenómeno que algunos describen como el proceso de proletarización de Bogotá.



El desarrollo de la industria nacional, que requirió mano de obra, generó grandes migraciones de los campos hacia la ciudad, y al mismo tiempo, grandes diferencias sociales. Desde esta experiencia de ciudad, puedo afirmar que la intervención del espacio urbano generó una segregación espacial que hasta hoy en día mantiene su vigor. La modernización, lejos de hacer desaparecer la miseria y los problemas sociales, los hizo más evidentes: la Bogotá cosmopolita aseada y lujosa de las clases dominantes y la Bogotá plebeya de las mayorías sociales de obreros, artesanos, desempleados, prostitutas, mendigos y empobrecidos en general (Fundación Alma, 2013, pág. 17).

#### 4. Sobre lavanderas, aguateras, carpinteros y traficantes de licor artesanal: una historia cultural del agua en Bogotá desde los oficios de las gentes de Agua y Montaña

“En fin, reapariciones de las aguas inquiriendo a la ordenada ciudad, manifestándose como espectros o iras de extraños seres en forma de desorden, de lo incontrolable y rompiendo la débil corteza de progresismo y racionalidad” (Carreira, 2007, pág. 265).



*Ilustración 40: Las manos de Humberto Sierra Sánchez. (Medina Barrios, 2015 - 2016)*

De la lenta transición entre la Santafé Colonial y la Bogotá de inicios de siglo XX, queda por preguntarnos ¿qué pasó con la gente? Zambrano (1989) dice que, a causa de la débil integración de Bogotá al mercado mundial, las transformaciones económicas fueron pasajeras y superficiales y no causaron cambios profundos en el panorama social. Los principales grupos urbanos de fines del periodo colonial continuaban presentes a principios del siglo XX. Nos referimos a los artesanos, religiosos, rentistas, comerciantes y empleados en los llamados “oficios menores” (Zambrano, 1989, pág. 17). Ante la afirmación, la pretensión por la microhistoria y la historia cultural resulta más que pertinente. El capítulo

que el lector se dispone abordar, es producto de las conversaciones sobre la Bogotá de los ríos sin canalizar con mi abuelito. Es, como lo indiqué en la introducción de este trabajo, la praxis de la crítica a la producción clásica de hacer historia, y la postulación de la narración como medio fundamental para vislumbrar esa realidad de principios de siglo XX.

Las pocas referencias que tenemos sobre el pueblo a principios de siglo XX, están colonizadas por los adjetivos que usaron quienes escribieron los documentos de esa época. Esos adjetivos respondían entonces a unos paradigmas y nociones que no pueden extrapolarse a la realidad actual, sin tener en cuenta la disimilitud de contextos e ideas de cada tiempo. No es lo mismo la medicina ambiental que está detrás de las corrientes higienistas que se utilizaron como política para hacer intervenciones en el espacio a principios de siglo XX, que las corrientes ambientalistas que circundan el mundo de las ideas de hoy. La acuarela de Ramón Torres Méndez de 1848 expuesta en la portada del capítulo anterior, expresa con claridad diferencias sociales entre quienes aparecen representados en ella. Por un lado, están aquellas damas de faldas rotondas, con sombrilla, sombrerillo y chal, acompañadas por un caballero de smoking, sombrero, corbatín y paraguas. Por otro lado, están una mujer y un hombre con sombreros de paja, alpargatas, ella de blusa floreada y él de pantalón tres cuartos; ambos, a cargo de unas jaulas en las que cargaban seguramente, los enceres y alimentos de los personajes de sombrilla.

No hubo una transformación profunda en el panorama social. Las clases sociales que devenían del mestizaje cultural y biológico, los blancos empobrecidos, y los hijos de los indígenas, podrían seguir apareciendo en el siglo XIX como los ayudantes de las clases de “élite”. Mi intención no es generalizar, pero sí apuntar que aquella segregación espacial que se vivía a principios de siglo XX era producto de un proceso histórico en el que unas personas dominantes, y sus herederos, fueron posicionándose del centro de la cuadrícula del damero, y fueron dejando en su periferia, a las personas consideradas como sirvientes, aguateras, mercaderes, lavanderas, zapateros, herreros, entre otros. La orientación espacial del capital fijo que lograba recaudar el Estado en la transición entre el siglo XIX y el siglo XX, se tornó decisiva para la comunidad y para el mercado cuyos agentes entraron a disputarse los lugares claves para la toma de estas decisiones a escalas locales, regionales, nacionales y globales.

En ese panorama, aparecen nuevos sujetos en la ciudad. Provenientes, de un modelo de ocupación espacial agrario, empiezan a llegar a la ciudad sujetos de la Sabana rural. Hacia finales del siglo XIX llegan a Bogotá mis ascendientes paternos – paternos provenientes de Fusagasugá y Sesquilé. Llegan a engordar las periferias ya ocupadas por antiguos trabajadores de oficios menores y por los emergentes obreros del nuevo paisaje industrial de la ciudad.

#### **4.1. Mi familia en el siglo XIX**

La partida de bautizo de mi bisabuelita paterna María Bonifacia Sánchez no existe. “Mamá María”, la mamá de mi abuelito paterno Humberto Sierra Sánchez, alias “El Profe”, protagonista de este capítulo, es hija de María Benita Sánchez Sambrano, “Mamá Benita”, la segunda protagonista de este capítulo, y de Antonio Acosta, un hombre muy adinerado de la Sesquilé del siglo XIX. “Mama Benita” conoció al señor Acosta cuando trabajaba en el servicio de su Hacienda; producto de los eventuales encuentros, nació mi bisabuelita María en 1899.

La partida de bautizo de “Mamá Benita” dice que nació el primero de mayo de 1867. La mamá se llamaba Matías Sambrano y Pedro Sánchez era papá. Si Benita nació en 1867, quiere decir que Matías y Pedro eran aproximadamente de los años cuarenta o cincuenta del siglo XIX. Además, en la partida aparecen los nombres de los abuelos. El papá de Pedro era Pablo Sánchez y la mamá, Inés Lozano. El papá de Matías era Juan Nepomuceno Sambrano y la mamá Gertrudis Bernal. El ministro que la bautizó se llamaba Manuel Felipe Perera, presbítero de la Inmaculada Concepción de Sesquilé, perteneciente a la diócesis de Zipaquirá. El 6 de mayo la bautizaron, y nació el primero de mayo. Mi tatarabuela nació el día del trabajo.

Cuando ella vivía en San Fernando acá en Bogotá, ya en la segunda mitad del siglo XX, en una poltrona azul había un papel en donde mi papá encontró un documento en el que aparecía una fecha errada de nacimiento de “Mamá Benita”; siempre hubo cierta confusión con su verdadera edad, pues ella no tenía claridad sobre cuándo había nacido. Con el dato que nos dio la partida de bautizo, pudimos calcular que mi tatarabuelita “Mamá Benita” murió de 107 años en el barrio San Fernando de Bogotá en 1974. Si “Mamá María” era de 1899, quiere decir que tuvo a mi bisabuelita María a los 32 años.



*Ilustración 41:* La partida de bautizo de Mamá Benita. (Parroquia de la Inmaculada Concepción, 1867)

Luego, Pedro Sierra Fuentes conoció a mi bisabuelita María y de esa unión nacieron 13 hijos, el mayor de ellos mi abuelito. El papá de Pedro era Cesario Sierra, nacido en 1871 y la mamá era Secundina Fuentes coetánea de su esposo Cesario. Ambos oriundos de Fusagasugá. Mis bisabuelos Pedro y María se casaron en 1918. Mi abuelito no tiene la certeza del lugar de la misa, pero es seguro que fue en la iglesia de Las Aguas o en la de Las Nieves.

Mi abuelito recuerda a “Mamá Benita” bastante joven y todavía muy hermosa. Le decían “la bella benancia” en Sesquilé. Ella le llevaba 55 años lo que quiere decir que, en su recuerdo, ella tenía por los menos 60 años. Él dice recordar a “Mamá Benita” desde que vivía en San Luis, uno de los barrios del Paseo Bolívar en Bogotá.



*Ilustración 42:* Mamá Benita, mi abuelita Cecilia esposa de mi abuelito Humberto, y Mamá María. Álbum familiar

La mayor de las hermanas de “Mamá Benita”, era “Mamá Teodosia” esposa de don Abelino Rodríguez, héroe de la Guerra de los Mil Días. Vivían de producir y vender sal. En donde hoy empieza la represa del Tominé, ellos tenían hornos de sal y en ellos ponían a calentar de 18 a 20 moyas, es decir, 18 o 20 vasijas de barro de forma cónica, de dos metros de altura y de 60 centímetros de diámetro. Las alimentaban con salmuera, que era agua que venía de la mina de sal de Sesquilé. La salmuera era agua cargadísima de sal que llegaba a los expendios de sal a San José, vereda de Sesquilé; llegaba por tubería metálica de dos pulgadas, que era carcomida por la sal, y que recuerda mi abuelito, debía ser reparada con frecuencia. Los expendios eran los lugares en que el Estado distribuía - vendía la salmuera.

Cargaban esa salmuera en unos toneles, más o menos de 80 de diámetro por 2,50 de altura. Los toneles eran barriles de madera reforzados con sunchos metálicos que iban tirados por una yunta de bueyes: osea, dos bueyes. El que guiaba los bueyes tenía una vara larga, que en la punta tenía una estrellita con la que chuzaban a los animales para que anduvieran; esa estrellita se llamaba caquillejo. Llevaban los toneles llenos de salmuera hasta los hornos y llenaban las moyas con salmuera. En el piso del horno estaba todo el carbón vegetal que debía calentar las moyas durante todo el día para que la salmuera se fuera secando, y en paralelo, seguían alimentando las moyas con más agua para que saliera más sal. El techo de los hornos era de paja. Cuando se terminaba el proceso, quedaba la moya llena de bloques de

sal y con un pico rompían la moya. Sacaban bloques de sal y los vendían. Las moyas las fabricaban en los chircales que quedaban cerca de los hornos de don Abelino Rodríguez. En la parte de adelante del horno había un caldero, en el que echaban la sal de caldero para “el gasto” que era la comida de los trabajadores. Echaban ahí las papas, que afirma mi abuelito, quedaban deliciosas.

De esa unión entre don Abelino y “Mamá Teodosia”, nacieron Pedro Alejo el mayor, Carmelita que quería muchísimo a mi abuelito y que adoptó a uno de los hermanos de mi abuelito, Augusto. Después de Carmelita, seguía “Urpianita” que en realidad se llamaba Ulpiana; y luego, Adela que se casó con un húngaro, Janos Seregny, conocido como “Juan Cereno”. Los dos menores eran Brígida, la mamá de Pedro Alejo, quien en la ciudad se hacía llamar “Peter Alexander”, y por último Gonzalo.

Luego de “Mamá Teodosia” seguía mi tatarabuelita Benita y enseguida, Barbarita que tuvo tres hijos todos varones. José, a quien le decían José Poro, luego Aníbal, y el tercero, Vicente, que era bajito y era carguero, es decir, que llevaba los mercados a las casas de la gente. Ellos se tomaban su chichita en la tienda La Selva en la vereda de San José, que era entre Sesquilé y Guatavita. Allí en San José nacieron todas ellas. “Mamá María” le hablaba a mi abuelito de un sector de la Vereda que se llamaba Tintoque en donde había una tienda en la que le regalaban dulcecitos. Por último, la hermana menor de “Mamá Benita” era “Mamá Urbana” que, al parecer murió muy joven. Todas eran hijas de Sánchez y Sambrano. Dicen que “Mamá Teodosia” también murió de 100 años. Cuando murió mi abuelito ya estaba casado con mi abuelita Cecilia Granados de Sierra, y ya vivían en Guatavita en la década de los cincuenta del siglo XX. Todas las hermanas de Benita y los hijos de Benita son de San José. Mi abuelito conoció las ruinas de la chocita en donde nacieron la mayoría. Nacían en la casa con parteras, conocidas allí como “comadronas”.

Muy joven se trasladó “Mamá Benita” para Bogotá. Antes, en Sesquilé vivía sin muy buena reputación por sus aventuras en una arboleda que quedaba en el límite con Tintoque. Le llamaban “la bella benancia” por su belleza, pero también porque le gustaban las aventuras pasajeras con los hombres del pueblo. Uno de sus lemas era que “no había que conformarse con una flor, sino con el ramo”- Y así lo hizo. Cada uno de sus hijos era de un papá diferente

y todo pasó en una época en que la mujer no tenía mucha libertad de escoger su pareja. “Mamá Benita” desde siempre fue una mujer independiente.

#### **4.2. El Paseo de Bolívar y sus alrededores**

La calle 19 en ese tiempo era muy angosta, apenas cabía un carro. Iba desde las aguas hasta mucho más debajo de la carrera séptima, tal vez hasta la carrera décima. Sobre ella en la carrera novena estaba la Sociedad Colombiana de Arquitectura, y un poquito más abajo, los talleres de María Auxiliadora donde mi abuelito estuvo estudiando sastrería a los seis años. Según él, los talleres eran una obra muy bonita de la sociedad de San Vicente de Paul. Sobre la carrera tercera, al pie del actual edificio Barichara, estaba una miscelánea en la que lo mandaban a comprar cosas que necesitaba el taller de carpintería de mi bisabuelo Pedro; cosas como tachuelas, lija, etc., todo lo que en la miscelánea se consigue. Era una de las pocas que había en Bogotá.

La calle 19 llegaba hasta el río San Francisco. Más arriba de esta intersección, había un puente sobre la carrera primera, entre la calle 20 y el parque de las Aguas, a donde llegaba el tranvía de la calle 22. Ese tranvía lo inauguraron como en 1924. Su recuerdo de aquella inauguración es que tenía como dos años de edad y le dieron una tasa de chocolate; como era tan “chicorio”, se le regó el chocolate y se puso a “berrear” ahí. Esa tarde cayó un “aguacerón de esos bonitos”. El tranvía eléctrico reemplazó al tranvía tirado por mulas que era como un ómnibus. Mi abuelito no alcanzó a conocer ese sistema de transporte porque fue anterior a su nacimiento. Sus papás, en cambio, sí usaron el servicio y le hablaron de él a mi abuelito. En uno de los recorridos que hicimos, y estando en diagonal al monumento de La Pola, luego de haber pasado por lo que aún queda del Puente Boyacá ahí detrás de las residencias estudiantiles que está edificando Los Andes, mi abuelito me llevó al pasado del río San Francisco con sus palabras:

Aquí vamos caminando en donde había un monte a la orilla del río, a la orilla derecha, en donde mi tío, al que le llamaban “Turrón”, el que luego fue mi compadre Ezequiel, me llevaba en los hombros. Yo tendría dos años. Y él se ponía a coger calabazas, uchucas, moras, y todo lo que encontraba por ahí. Se metía en ese monte y era como una espesura de pura selva. Era muy tupido y muy pendiente. El río estaba bien abajo y era muy caudaloso; cuando había creciente, eso era temible el río San Francisco. Antes de la carrera séptima era un muladar a lado y lado del río. El muladar principalmente estaba como a tres cuerdas hacia arriba de la séptima, porque toda la



gente iba a hacer sus necesidades a la orilla del río. Como desde la cuarta, pasando por el famoso Cinerama -en donde hacían representaciones de teatro, porque cine en ese tiempo poco, no había cine todavía sonoro, sino cine mudo. Y principalmente el cine mudo lo presentaban en el teatro Faenza en la calle 22- hasta al pie del Banco de la República y de la iglesia de San Francisco iba el muladar.

Y al norte en donde es el edificio de Avianca, estaba el Hotel Granada y al sur, el Hotel Regina, eran los dos hoteles más importantes de Bogotá. El río era un río común y corriente, muy lleno de piedras y el agua estaba limpia. Claro, hacían sus necesidades al lado del río, pero el agüita que corría era limpia porque no había ese desorden, había poca gente; en ese tiempo Bogotá era pequeño, era un pueblito (Sierra Sánchez, 2016).

El río estaba descubierto hasta la carrera séptima, en donde era la boca del colector. Ese colector tenía aproximadamente dos metros de diámetro; era muy grande porque las crecientes del río eran muy poderosas, caudalosas y veloces.



*Ilustración 43:* El colector de la carrera séptima. Sociedad de Mejoras y Ornato, 1917. (Atuesta Ortiz, 2011, pág. 199)

Según mi abuelito, la Bogotá de esa época comenzaba en las Cruces al sur, “ahí en la plaza de las Cruces”. Iba hasta san Diego por el norte. Por el oriente eran los Cerros y por el occidente Puente Aranda. Llegaba “hasta ahí no más”, porque más abajo había otro municipio que era Fontibón, y Engativá a un lado. Usaquén al nordeste, que era un pueblo muy bonito. Entonces “Bogotá era muy pequeño en realidad”.

¡Chapinero era lejísimos! y los coches que iban, porque en ese tiempo había muy pocos automotores, entonces se usaba mucho el coche tirado por caballo, por un caballo; esos coches se enterraban ahí en la Avenida Caracas, por donde pasaba el ferrocarril del Norte, y era una vía intransitable; y la carrera 13 era un poquito mejor, estaba más arregladita. Entonces Chapinero con la iglesia de Lourdes era como un pueblito también. Entonces para ir a Chapinero ¡Ave María! eso era un camello (Sierra Sánchez, 2016).

Una vez su papá lo mandó a Chapinero a llevar un reloj Tequendama que él tenía, “un muy buen reloj”. Su misión era ir a empeñarlo, porque “no había para la comidita”. Tenía que llevárselo “Mamá Benita”, que vivía en Las Aguas. Ella lavaba ropas a los artistas de teatro que llegaban de fuera, como los hermanos Julián Soler.

Eran unos hermanos que tenían mucha nombradía, y que de cierta forma debutaron en Colombia, después hicieron cine en México, venían de México. Y venían los toreros y mi Mamá Benita y mi tía Benilda eran las lavanderas y lavaban muy bien. Mi tía Benilda planchaba las camisas perfectas, con almidón, un almidón muy...y quedaban tiesos esos cuellos y los puños (Sierra Sánchez, 2016).

La plancha era como “un barquito”, de metal, al que le echaban carbón vegetal.

Cogían unos fuelles y avivaban el fuego para calentar la plancha. Ponían la punta del fuelle entre los dedos de los pies y tenían mucha habilidad para avivar el fuego. ¡Y salía el chorro de chispas! Cuando estaba ya casi en su punto la pancha...caliente, con ella planchaban las camisas y todo lo demás (Sierra Sánchez, 2016).

Traían el carbón de los Cerros, “por allá en la Calera fabricaban el carbón”.

Esa vez mandaron a mi abuelito con el reloj Tequendama para empeñarlo. “Mamá Benita” era la que tenía que empeñarlo en la relojería Tequendama de la calle 14 con carrera 8, “exacto con carrera 8, ahí quedaba la relojería”. Pero entonces “Mamá Benita” le dijo: “¡no qué va a hacer! Yo le doy unos centavos, pero dígle a su papá que no empeñe el relojito, que da lástima empeñarlo”. Y le dio unos centavitos. Entonces mi abuelito hizo lo que para mí resulta una hazaña. Se devolvió a pie por la carrera 13 para la casa en el barrio el Rosario. Todo eso lo caminó cuando tenía 10 años.

El barrio Rosario es donde teníamos un ranchito, y en donde después hicimos nuestra casa. Cerquita del 7 de agosto, en la calle 64 con carrera 21, en donde mi hermano Rafico construyó unas materitas en el borde de las ventanas (Sierra Sánchez, 2016).

(...)

Desde la casa me subí de la calle 31 hasta la 13, y luego cogí por la 13 que había un monumento dedicado a los libertadores en la calle 42 o 43, eso lo demolieron después. Y el tranvía pasaba por lado y lado de ese monumento en piedra, grandísimo. Por ahí pasaba yo caminando. Y vine hasta acá, hasta Las Aguas en donde vivía mi “Mamá Benita” en una pieza. Y llegaba yo y ella me daba bocadillos, lo que podía, porque era muy generosa y yo era su consentido (Sierra Sánchez, 2016).

Estamos hablando de 1932 o 1933, momento en el que ella seguía en Las Aguas porque tenía “su industria de lavar y planchar ropas”. En 1925 mis bisabuelos María y Pedro se trastearon con sus dos hijos, mi abuelito y Rafico, a San Luis. Luego de haber vivido en el barrio La Paz en donde nació mi abuelito (1922) y haber sido vecinos de “Mamá Venita” en Las Aguas en donde nació Rafico (1924), se subieron a la parte oriental del Paseo Bolívar, barrio San Luis. “Mamá Benita” vivía con la tía Benilda, la tía Juanita y “el Turrón”, sus tres hijos menores. Mi bisabuelita María era la mayor. De ellas “Mamá Benita”, la tía Benilda y mi bisabuelita, eran lavanderas. La tía Juanita no gustaba de ese oficio porque ella siempre se sintió como “más altica”; mi abuelito dice que era muy parlanchina y hermosa, tenía una larga cabellera larga, larga y mona, mona. “El genio de ella era muy bonito”. Ella aprendió sastrería, porque vivió con el tío Joaquín, que era primo de mi bisabuelo Pedro, y él era sastre.

Como estaba con ella le enseñó la sastrería. ¡Sastre de Pecho! Le decían a los que fabricaban los chalecos. El vestido era con chaleco, muy elegantes (Sierra Sánchez, 2016).

En la plazuela de Las Aguas, había muchos “puestecitos” cubiertos. Dice mi abuelito que era muy curioso porque cada uno hacía su tiendita ahí para vender verduras y víveres de toda clase. Tenía como dos cuadras de largo y era más abajo de la iglesia. Estaba del lado oriental del río, porque al otro lado, estaba el monte del que habló antes en donde cogían con “El Turrón”, que tenía como 14 años, curubas grandotas, calabazas y moras, todo silvestre.



*Ilustración 44: Plazuela de Las Aguas, 1898. Sociedad de Mejoras y Ornato (Atuesta Ortiz, 2011, pág. 207)*

Desde Las Aguas comenzaban las correrías de mi abuelito y Rafico por la calle 18 hasta el Paseo de Bolívar. Por allí subían cuando mi abuelito tenía 4, 5 y 6 años. Dice que la calle 18 está muy parecida, las casitas que están a lo largo de ella son de esa época. Ese era un barrio “de mucha pobreza”, había muchas tienditas, y talleres de zapatería, latonería, carpinterías. Todo esto hasta el Paseo de Bolívar. Pero sobre todo zapateros y latoneros, que tenían su “tallercito” ahí en el andén; “trabajaban por fuera de la casa, porque no tenían donde más trabajar”.

Era un camino tan peligroso, no en el sentido de la inseguridad, sino feísimo porque era muy gredoso, resbaloso. Nos pegábamos unas costaladas. Le decíamos “costalada” porque caíamos como un costal. Con Rafico mi hermano que era dos años menor, tenía que llevarlo de la mano porque era muy pequeñito (Sierra Sánchez, 2016).

La universidad de los Andes no existía. Ahí en donde está ese edificio de los Andes, era la Fábrica de Chocolate Chaves y Equitativa en donde trabajó mi bisabuelo un tiempo. Era empacador. En la calle 19 comenzaba la fábrica, al costado oriental. Y al frente, era una casa de salud, un asilo de enfermedades mentales para mujeres. Dice mi abuelito que la fábrica de chocolates era grandísima. Por la calle 19 entraban los carros de caballo que cargaban las pastillas de chocolate para distribuir las por la ciudad. Yo no sé qué área tendría esa Fábrica, pero subía hasta bien arriba, hasta el campito de San José.

En frente de la Fábrica por ese mismo costado, y luego de que terminara el Asilo, había una Quinta y luego de ésta, había un pasadizo. Una “callecita” angosta, y ahí comenzaban las piezas de inquilinato. Unas “piecitas” que eran con piso de tierra y ahí se hacía. Se cocinaba, se planchaba, todo se hacía dentro de la pieza. Abajo había dos baños, cubiertos, y entonces había una tubería que llevaba todo al río. En los inquilinatos había agua; mi abuelito no sabe de dónde vendría esa, pero asegura que era una buena agua. El chorro de agua, además, alimentaba una caja de madera impermeable.

Se llenaba de agua la caja y por lado y lado, estaban las lavanderas. Los lavaderos, me parece, eran de madera. No recuerdo si eran de piedra y madera. Mi “Mamá Benita” lavaba ahí, y se ponían a echar cuantos verdes y todo ahí las lavanderas. Los lavaderos eran al pie del río, pero dentro del inquilinato. El inquilinato comenzaba aquí hasta la orilla del río. Aquí había una tienda que se llamaba Britania, y había teléfono que en ese tiempo era de cuatro cifras no más. El teléfono de esa tienda era 7302, se me grabó. En la tienda vendían de todo. La hija de la dueña era muy bonita, era una niña como de 12 años y yo me enamoré de ella. Pero ella ni siquiera me miraba porque yo estaba muy chiquito, tenía como 7 años (Sierra Sánchez, 2016).

El inquilinato tenía aproximadamente 50 piezas sin servicios, alumbraban con velas de cebo y cocinaban en la habitación. Ponían tres piedras en el suelo de tierra, en “un rinconcito”, y ahí cocinaban. Había algunas piezas mucho más confortables que tenían pisos de madera, por ejemplo, la de la dueña del inquilinato que se llamaba Delfina.

Mi bisabuelita María le ayudaba a “Mamá Benita” en el oficio de la lavandería. Y también a Benilda. Cuando llegaban los artistas, teatreros, toreros, ellas era las que atendían su ropa. Ellas planchaban las camisas ahí al lado del río San Francisco. Las bases eran unas piedras. Las lavanderas se peleaban las piedras para tender la ropa. Restregaban la ropa con tusas de mazorca y lavaban con jabón de pino y jabón de tierra. El de tierra era color ratón y el de pino como color carmelita. Formaban pelotas de jabón grandotas para que les durara bastante. Mi tatarabuelita, mi bisabuela y mi tía bisabuela, aprendieron a lavar en Sesquilé a la orilla de las quebradas de San José. Refregaban “la ropita” en una piedra.

En ese lugar había dos formas de hacer lavandería. El primero, en el lavadero común, que era un cajón como de 3 metros de largo, por unos 35 centímetros cuadrados, que resanaban con el mismo jabón para que no se saliera el agua. El cajón recibía el agua que

venía por un tubo, y del cajón caía a la batea donde a lado y lado estaban las lavanderas. Cada una tenía su piedra montada como en un esqueleto de madera.

Eso era por turnos, pero a veces peleaban por conseguir ese turno. No cesaban de lavar, se turnaban, pero tenían mucha ropa. En la pieza planchaban, y a veces era peligroso porque planchaban y cocinaban dentro de la pieza, y las dos cosas se hacían con carbón vegetal que no produce humo (Sierra Sánchez, 2016).

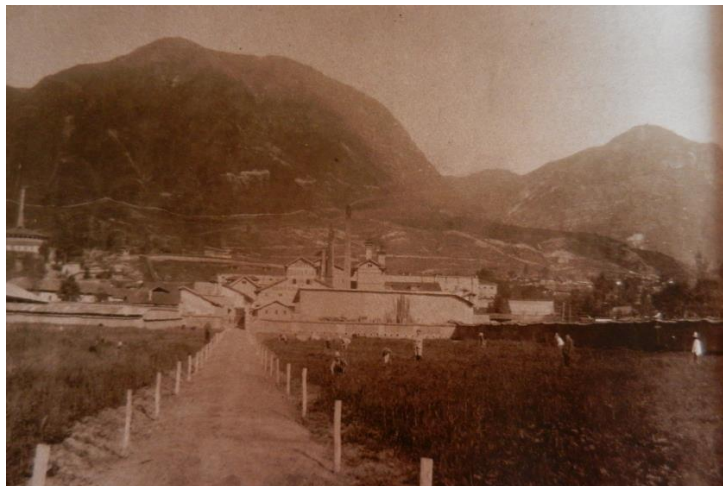
Y el segundo, en el placito de la orilla izquierda del río, en donde estaban las piedras en las que tendían la ropa y planchaban.

Contiguo a las piezas de inquilinato de las lavanderas, estaba el puente que comunicaba esta calle con el parquecito que quedaba del otro lado del río; mi abuelito insiste en que era un parquecito muy parecido al que hay hoy justo en frente de la estación de policía y el edificio principal de Los Andes. Germania estaba allí arriba.

Don Rudolf Kohn de Alemania era padrino de mi Ceci linda, y él, el día que bautizaron a mi Ceci, le regaló un juego de cucharitas de oro. Él era el padrino de su abuelita, porque don Pablo, mi suegro, era muy conocido, era de “la alta”. En Facatativá era de la alta sociedad; ellos tuvieron una niñez muy cómoda, con muchachas de servicio para todo. Y don Rudolf Kohn era muy amigo de mi suegro. Por eso fue el padrino de mi Ceci (Sierra Sánchez, 2016).

A esa altura, de ambos lados del río había casitas de gente del pueblo. Estaba más allá del parque la Chichería del Gallo, en donde iban los cargueros a tomar Chicha. Los cargueros eran los que transportaban cosas, mercados, todo. La gente tenía que recurrir a los cargueros siempre.

Y se pegaban unas rascas. Y se decían unas verduras...y aquí veníamos a llevar el carguero para llevar la obra de carpintería que hacía mi papá en San Luis. El taller era allí en San Luis, donde vivíamos. Y una vez nos mandaron a Rafico y a mí a contratar un carguero, y preciso vimos que uno estaba ahí con su lazo. Tenían su lazo y su ruana. Y le dijimos que si iba a llevar una puerta que mi papá había hecho para una casa de lujo. Y el carguero dijo que bueno que se iba. Y entonces llegó una carguera ya borracha, y le dijo camine y tomamos chica. Y él le dijo no porque ya me contrataron, voy a llevar una puerta. Y ella dijo, ¡noooo!, no le haga caso a esos chinos, el que hace negocios con chinos le amanece el culo cagado (Sierra Sánchez, 2016).



*Ilustración 45: Bavaria Brewery, 1895. (Villegas Jiménez, 2000, pág. 149)*

El parquecito dividía las casas de la chichería y en donde está hoy el edificio principal de Los Andes, era la fábrica de cervezas. El río separaba la Quinta de Bolívar de la fábrica de cerveza. La cervecería y la fábrica de chocolates estaban separadas por la calle 20 que se mantiene muy parecida a como era. Fenicia era por la calle 22 como a dos cuadras del río. Luego subiendo por la calle 20 hacia el Paseo de Bolívar mi abuelito dijo,

Y vivía acá gente del pueblo. Vivió mi tía Juanita cuando se casó con Alejandro Parra; vivía en una casita de estas, en arriendo en un pasadizo que había por acá, un pasadizo que sale a la orilla del río. Y allá, Alejandro, el esposo de mi tía Juanita, compró un proyector de cine...en ese tiempo era una cosa...creo que era como de 8 milímetros. Nosotros estábamos muy pequeños, y daba películas en un teloncito pequeñito. Ahí se reforzó mi afición al cine. Porque antes, mi compadre Ezequiel “el Turrón”, era muy aficionado al cine, como era gamín, entonces se entraba, se colaba siempre, y me llevaba en los hombros siempre (Sierra Sánchez, 2016).

Esa callecita, afirma él, está igual, igualita. Y ubicó exactamente la casita en donde vivía la tía Juanita. Todas las casitas están en tapia pisada, unos muros durísimos, que dice él, resisten toda clase de maltrato. Contiguo y en frente al grupo de casas que se mantienen en pie, está el Campito de San José que era una casa de salud más importante que tenía Bogotá en esa especialidad.

Acá más arriba, vivía mi madrina Teresa que tenía dos hijas que eran mis primas. Primas lejanas. Mi madrina Teresa era cojita y era mi madrina de bautizo. Estamos

hablando de 1922. La calle está exacta como en la época, empedrada. Y ahí en donde está el muro, había potreros. Ese muro no existía. Llegando al río era una parte plana lo más bonita hasta el Chorro de Padilla. Una vez mi tía Benilda me llevó a misa en esa capillita que queda dentro del campito. Todo esto era malla, angeo, metálico (Sierra Sánchez, 2016).

Me dijo también que “bien abajo” del potrero había casitas en dirección nororiental, es decir, en donde está la Universidad de América. Contigua al Campito de San José es Villa Paulina. Era de tres hermanas modistas, una de ellas era Paulina. La señorita Paulina “le hacía los trabajitos” a mi bisabuelita para mi abuelito y sus hermanos. Estamos hablando de 1925. Allí arriba, ya sobre el Paseo Bolívar, había un lugar que se llamaba Los Cerezos porque había arbolitos de cerezos.

Ahí cuando venían los borrachitos, los agarraba la sombrerona y les daba sus tundas, se los llevaba al monte. Entonces mi mamá venía a encargarle las obritas para nosotros a Paulina, porque mi mamá no sabía cocer ni tenía máquina de coser. Paulina sí tenía máquina de coser. Y esto era lleno de jardines, ¡tan lindo que era! (Sierra Sánchez, 2016)

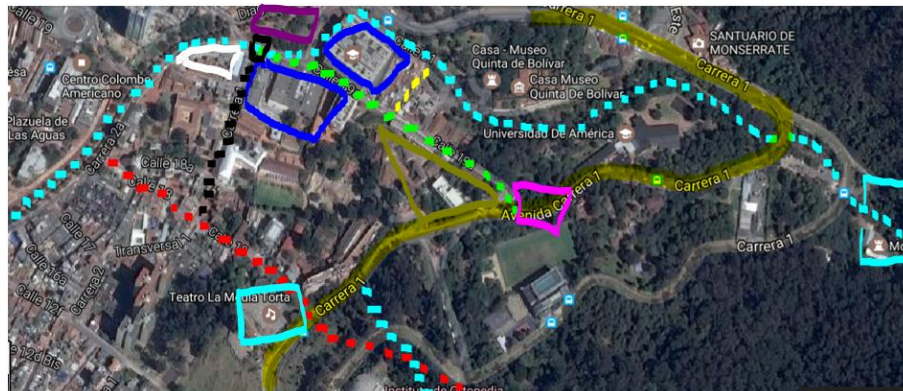


Ilustración 46: Captura satelital de los alrededores del Paseo Bolívar y la parte sur del Complejo de San Diego. Elaboración propia con base en Google Maps

Las líneas punteadas azul aguamarina, representan la cuenca del río San Francisco. El polígono aguamarina más oriental de la captura indica la ubicación del Chorro de Padilla. La línea más larga es la cuenca principal del río. Se puede apreciar que el río divide a la Quinta de Bolívar del barrio en el que vivía la tía Juanita con Alejandro Parra (la tía Juanita vivía sobre la línea punteada amarilla), y también de las fábricas de cerveza y de chocolate.



Las fábricas de cerveza Germania, y de chocolate Chaves y Equitativa, están representadas por los polígonos azul rey. La que está al sur de la calle 20, que es la línea punteada verde biche, es la fábrica de chocolate. La que está al norte de la calle 20, es la fábrica de cerveza. Por la calle 20 hacia el oriente, se puede ver un polígono verde oliva que indica la ubicación del Campito de San José y contigua a éste, Villa Paulina. Villa Paulina ubicada ya en el límite con el Paseo Bolívar, que es la línea amarilla que bordea la captura por el oriente, misma intersección en donde señalé los cerezos con el polígono fucsia. En frente del Campito de San José y Villa Paula, se puede apreciar una zona arborizada que colinda con el río al nororiente. Esta zona es aquel plancito que mi abuelito describía cuando estaba hablando de su madrina Teresa.

El río San Francisco también separaba el parquecito en donde había casitas de cargueros, zapateros y herreros, de la zona en donde estaban los inquilinatos de las lavanderas. Esa división puede apreciarse a la altura del río en donde hace intersección con la línea punteada negra que representa la carrera primera. Ese cuadro negro que está sobre el río indica la ubicación del puente de la calle primera y el polígono púrpura representa la ubicación de aquel parquecito.

El polígono blanco indica la ubicación de las piezas de inquilinato de las lavanderas. Si se mira con atención, se verá su cercanía con el río. Por eso podían lavar allí de dos maneras, en el lavadero público que quedaba dentro del inquilinato, o en el plancito que se formaba a la orilla sur del río. Aguas debajo de polígono blanco se puede leer “plazuela de las aguas”. Esa no es la plazuela a la que se refería mi abuelito. La que él describía está un poco más al norte de donde empieza la convención que señala la calle 18, es decir, la línea punteada roja, y aguas debajo de la iglesia de las Aguas.



Ilustración 47: Las Aguas Church. Manuel Dositeo Carvajal, 1861. (Villegas Jiménez, 2000, pág. 148)

Por la calle 18 hacia al oriente, y antes de la intersección con el Paseo Bolívar, estaba la pila pública de los alisos señalada con el **polígono azul aguamarina**; luego de esta intersección, está la otra línea punteada aguamarina que indica la ubicación de la quebradita que dividía al barrio San Luis internamente. Esa quebrada en la actualidad es la quebrada Roosevelt y en la literatura histórica, la quebrada Del Venado. Todas las quebraditas que bajan por el cerro de Guadalupe y el cerro Aguanoso, son cuenca del San Francisco. En la intersección de la calle 18 y la quebradita Roosevelt, se puede ubicar al Instituto Ortopédico Roosevelt y la sede del Venado de Oro del Instituto Humboldt. Su localización está sobre los cimientos y evidencia material de lo que fue el barrio San Luis.

Todo el Paseo de Bolívar era en tierra, con macadam, lo que se usaba en ese tiempo para las carreteras. Piedra, cascajo y arena. A veces iba “la máquina de sentar camellones”, que era a vapor. Tenía dos ruedas grandotas atrás y una más pequeña adelante. A lado y lado había casas. El Paseo Bolívar era el paseo clásico de los bogotanos, a pesar del polvo que

hacían los pocos carros que pasaban. Pasaban camiones, pocos, más que todo pasaban coches tirados por un caballo.

Llegaron a San Luis cuando mi abuelito tenía 3 años (1926) y uno de sus recuerdos más claros, es la inauguración del funicular de Monserrate en 1928. Él fue testigo de las obras del funicular y recuerda cómo se veían las cargas de dinamita para abrir el túnel. Subían a cada rato “para arriba y para abajo” por la calle 20. Iban por la calle 20 o por la 18 para visitar a “Mamá Benita” en el inquilinato.

Todo esto por acá, eran casitas hasta el Paseo Bolívar. Aquí vivía la gente de pueblo generalmente obreros, casi todos dedicados a la construcción. Porque gente desplazada en ese tiempo no había. Casi siempre los que venían eran de Boyacá, y se posicionaban acá; muchos sembraban maíz. En el Rosario había muchas huertas de maíz, pero en San Luis la gente casi no sembraba porque era muy quebrado. Por aquí vivía una familia de apellido Bermúdez (Sierra Sánchez, 2016).

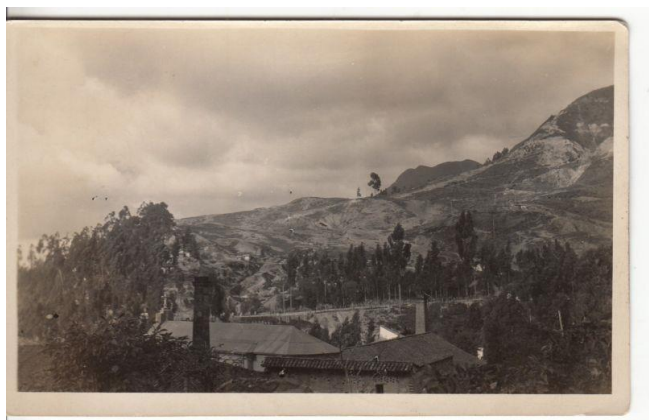
Por allí había una plazuela donde había un restaurante que se llamaba la Gata Golosa y ahí vivía un amigo de mi bisabuelo. El restaurante era cercano a la quebrada Roosevelt y derecho, por “la quebradita” era el caminito hacia San Luis. Del Paseo de Bolívar hasta la casa había como 150 o 200 metros. Primero vivieron la casa del padrino de bautizo de Rafico que se llamaba Graciliano Olmos. Ahí mi bisabuelo tenía su taller de carpintería y mi bisabuela un restaurante que se llamaba en ese tiempo “asistencia”. En esa asistencia, llegaban las gentes de allá San Martín, otro de los barrios del Paseo Bolívar, entre ellos Papá Fidel que era traficante de licor artesanal y sus guardaespaldas.

La montaña en esa época era más pelada y había en la parte sur de Monserrate una roca puntiaguda, la Guacamaya. La llamaban así porque parecía la cabeza de una guacamaya. Y allá iban a jugar los niños, él no porque estaba muy pequeño, tenía como 3 años. Él veía niños jugando en las cuevas de la roca de la Guacamaya, que quedaban “abajito, bien abajo” del templo, por esa pendiente que hay ahí.

Allá subíamos a Monserrate, mi papá era muy caminador. Nos subíamos a pie y allá había un señor que tenía fuerza, y le apostábamos a ver quién llegaba primero, y cogíamos desechos, caminos prohibidos que nadie subía por ellos, subíamos a toda. Y llegábamos a las famosas cuatro ermitas que estaban sobre el camino, el camino real. En esa época había mucho pino y eucalipto, ahorita está muy arborizado. Está

bien tupido el boquerón. Acá sobre el Paseo Bolívar, estas casitas están igualitas, de un piso (Sierra Sánchez, 2016).

Allí, estaba el famoso boquerón Tejada. Nunca fueron hasta allá, porque les daba miedo con la sombrerona. Además, Guadalupe era menos transitado y más alto que Monserrate. El bosque Calderón Tejada era un lugar “paradisiaco” para ellos, imaginan cosas fantásticas en el bosque.



*Ilustración 48:* vista desde el Paseo Bolívar. (Colección Museo de Bogotá)

En San Luis cogían el agua de la pila de agua pública de los Alisos, que era en donde hoy está localizada la Media Torta. Arriba de la pila había “una placita muy bonita, muy elegante”. En San Luis vivía mi familia y sus vecinos, que dice él, generalmente eran constructores, pintores, latoneros, zapateros.

Acá abajo en la esquina, había una fama. Una vez mi mamá me mandó a comprar 2 centavos de carne, me dieron un plato azul para llevarla, y me tropecé y se volvió pedacitos el plato azul. Allá estaba la fuente de los Alisos. Allá nos mandaban a Rafico y a mí a llevar el aguüta en ollas. Una vez nos salieron unos gamines ahí a tirarnos piedras y nos echamos a llorar, y una niña con sus hermanas, que se llamaba Araminta, más chiquita que nosotras, salió a defendernos. En esa fuente había una llave, era como de un metro de altico.

La pila era de hierro labradito, y redondito. Y por el lado estaba la manija, redondita como de cobre. El agua salía de ahí mismo, por acá había muchas fuentecitas. Y estaba lleno de árboles de alisos. El agua que cogíamos en los alisos era para comer. La primera vez que yo me bañé tenía como 12 años, y así éramos todos. Esa vez estábamos en Tocaima y yo tiritaba todo porque nunca me había caído agua en el

cuerpo. Pero sí lavamos la ropita. Mi mamá bajaba a donde estaban los lavaderos, en donde lavaba mi “Mamá Benita”, y lavaba la ropita. El agua que bajaba de estas quebradas no la usábamos. Eran muy encañonadas y cuando se crecían, era temible. Como era tan pendiente, el agua bajaba muy rápido, y nosotros nos encerrábamos (Sierra Sánchez, 2016).

El primer taller de carpintería de mi bisabuelo y que recuerde mi abuelito, era en la casa de don Graciliano Olmos. Había un volante de madera de dos metros de diámetro y el anillo de 10 centímetros de espesor y 25 de ancho. El anillo sostenido por rayos como los de las bicicletas. El eje con chumacera conectado al volante por un extremo, y estriado por el otro, para que la correa de cuero pudiera darle vuelta a una transmisión, a un tubo donde estaban las poleas que repartían energía para cada aparato, el torno, la sierra, etc., Por el otro lado del Volante salía una manivela que era la que permitía el movimiento. Quien movía la manivela del volante era mi bisabuela María. Mientras tanto mi bisabuelo Pedro tenía todo listo para maquinar la madera.

La sierra sirve para cortar. El torno sirve para torner, todo lo redondo. Y el trompo, que es un eje vertical, en la parte de arriba tenía las fresas para hacer figuras en el borde de la madera. Estos tres funcionaban con la energía mecánica producida por el movimiento del volante (Sierra Sánchez, 2016).

Mi bisabuelo en San Luis no pudo mover el volante con agua, porque las quebradas que discurrían (o discurren) por allí eran muy encañonadas. Pero en Sasaima sí, ya en los años cuarenta del siglo XX, mi bisabuelo Pedro hizo lo que todas las personas de mi familia consideramos una obra extraordinaria de ingeniería hidráulica (más adelante el lector encontrará el detalle).

Mi bisabuelo Pedro en San Luis tenía algunos clientes, pero después fue adquiriendo fama como “escaletero”, osea que hacía escaleras para casas. Esto era ya en la 64, en el barrio el Rosario. Había un cliente, el dueño de la casa en donde hoy es la alcaldía de la Candelaria. El señor Gustavo Borrero y su esposa, que “era un encanto”, doña Elvira. Mi bisabuelo en ese momento era “remendón”, es decir, hacía “trabajitos pequeños”. Ahí él era joven, tenía como 30 años porque nació en 1897. Otro cliente permanente, era Emilio Ricaurte, arquitecto y habitante de la carrera quinta entre calles 11 y 12. Cerquita de ahí vivía el hijo del doctor Emilio Ricaurte, y su esposa, María Teresa Echeverry de Ricaurte, quien preparó para la primera comunión a Rafico y a mi abuelito.

Cuando mi bisabuelo adquirió prestigio ya vivían en el Rosario. Dice mi abuelito que tenía fama de ser uno de los mejores “escaleteros” de Bogotá. Su mejor cliente fue el Doctor Gustavo García Ordoñez, ingeniero y arquitecto; él les dio trabajo muchos años haciendo las escaleras de las casas que él iba haciendo, generalmente hacia el norte y Chapinero. El Doctor García fue el padrino de matrimonio de mi abuelito Humberto y mi abuelita Cecilia.

Todas esas escaleras las hicimos mi papá y yo (Sierra Sánchez, 2016).

Mi bisabuelita le enseñó a “taponar” a mi abuelito, es decir, echarle barniz de tapón a las piezas de madera. Es una sustancia de la goma laca, que se disuelve en alcohol industrial y se aplica con un trapito. “Ella era una excelente taponadora”. Mi bisabuela María fue lavandera, planchaba ropa, ayudante de carpintería, taponadora, chichera y “una gran mamá”. Su chicha era la más famosa de San Luis.

La mamá de mi bisabuelo Pedro se llamaba Secundina Fuentes y el papá Cesario Sierra. Mi tatarabuelo Cesario murió cuando mi bisabuela tenía cuatro años y era también carpintero, pero no alcanzó a enseñarle carpintería a mi bisabuelo. Sin embargo, en el taller de mi bisabuelo había varias herramientas que habían sido de mi tatarabuelo Cesario.

Unas tijeras suecas, esas las tengo yo todavía. También le heredó un trabador que sirve para trabajar los dientes del serrucho. Un cepillo de vuelta, que es un cepillo para superficies curvas. Todas esas herramientas las heredó mi papá y después las heredé yo (Sierra Sánchez, 2016).

Mi tatarabuela Secundina murió en la gripe de 1918. Dice mi abuelito que en esa época los enfermos morían fulminados en la calle, apenas tenían tiempo de caer y ponerse una piedra como cabecera mientras los recogía el carro de la basura que los llevaba a la fosa común del Cementerio Central. Entonces mi bisabuelo Pedro, como ya sabía que ella iba a morir en esa gripe porque vio que ya tenía los síntomas, le construyó un ataúd. Luego, en la década de los veinte, llegó al Paseo de Bolívar viruela negra.

A mi mamá y a mi hermano Pedro les dio viruela negra cuando vivíamos en San Luis. Esa enfermedad generaba unas llagas en la cara. Mucha gente murió por eso. Aún vivíamos en la casa de don Graciliano Olmos. Luego nos trasteamos a una casa de enfrente, separada de la casa de don Graciliano Olmos por una quebrada. En esa casa ya no había Asistencia. Ahí se acabó la asistencia (Sierra Sánchez, 2016).

#### 4.3. La asistencia de mi bisabuela María

“Mamá Benita” y mi bisabuelita María fabricaban la Chicha más famosa de San Luis en la asistencia que instalaron mis bisabuelos cuando llegaron a la casa de don Graciliano Olmos. En esa casa había un patio “muy bonito” y descubierto en donde instalaron mesas para servir la comida. La asistencia era al aire libre. Antes de ese patio estaba el taller de carpintería que era encerrado. Había una habitación en donde estaba la chicha y se reunían todos allá a tomar chicha en totuma, o en jarro pequeño de vidrio, o un jarro más alto, del doble tamaño, al que le decían el “jarro de pantalón rayado”.

Recuerdo mucho cómo hervía la chicha. Sé que dejaban fermentar el maíz para hacer la chicha. El guarapo si no recuerdo cómo lo hacían (Sierra Sánchez, 2016).

Había también otra chichería en donde compraban la chicha de mi bisabuelita cuando se trastearon a la casa del frente de don Graciliano Olmos. A ella le gustaba “su chichita”, porque después de la jornada diaria quedaba sedienta. Entonces llevaban el tumbilo, la vasija, y les vendían dos centavos de chicha, en la chichería que era contigua a la casa en la que vivían.



Ilustración 49: El baile de los campesinos en la Sabana de Bogotá. (Torres Méndez, 1878)

Fabricaban la chicha en la asistencia de mi bisabuelita María y mi abuelito a sus cinco o seis años veía cómo hervía la chicha en un tonel de madera.

Yo creo que yo me emborrachaba con ese olor (Sierra Sánchez, 2016).

La asistencia de mi bisabuelita María era muy importante porque era el sitio de llegada de Papá Fidel y sus guardaespaldas para tomar y escuchar música. Era muy famosa porque ahí ponían música. Música colombiana. En la misma habitación en donde expendían la chicha, estaba una victrola. Se llamaba victrola porque la fabricaban en Estados Unidos en La Casa Víctor. La Victrola era un gramófono que no tenía corneta, sino que emanaba el sonido desde la caja directamente. Era de 78 revoluciones por minuto.

Y recuerdo un disco, por una cara del disco decía los soldiers, y era un área de una ópera que se llamaba así. Pero también se ponía música popular, bambucos, torbellinos. Era la única asistencia del barrio donde había Victrola. Por el otro lado del disco decía Tita Rufo, un cantante italiano (Sierra Sánchez, 2016).

Llegaban a tomar chicha los Cafuches de San Martín que eran los que fabricaban aguardiente de contrabando. En los sitios en donde fabricaban el aguardiente, tenían un chorote, que era una vasija de barro redonda con una boca como de 5 centímetros. Llenaban de guarapo el chorote y lo ponían sobre una hoguera. Comenzaba a hervir y por una cuchara de peltre (de metal) inclinada en unos grados precisos, puesta entre la boca del chorote y la boca de una botella de vidrio, iba deslizándose el vapor de agua ya precipitado en gotas a la botella de vidrio. El alambique se llamaba Zacatín y el aguardiente Rastrojero porque vivía enterrado. Tapaban las botellas con corchos. El corcho es una madera “blandítica” que sacan de un árbol que se llama alcornoque, que de pronto es de clima cálido.

Los Cafuches operaron desde 1926 hasta 1946 (fecha se la muerte de Papá Fidel), y en 1932 hubo una disidencia que partió del lugar un fundó el barrio de la Culebrera, barrio vecino del barrio El Rosario, cerca del 7 de agosto. Según Natalia Herrera Durán (2010) durante este periodo ya venía rigiendo la llamada “ley seca” del gobierno de Pedro Nel Ospina (1923), que satanizaba el expendio y el consumo del licor y que estableció un precio mínimo por botella de aguardiente demasiado alto para el pueblo, que estimuló el contrabando del preciado licor. La ley de Ospina le seguía los pasos a la ley seca de Estados



Unidos —vigente desde 1920 hasta 1933—, que prohibía fabricar, transportar y vender bebidas alcohólicas, pero no comprarlas ni consumirlas. Con ello el comercio de alcohol pasó a una forzada clandestinidad que favoreció la formación de imperios económicos al margen de la ley. Nace, entonces, para el caso estadounidense, el célebre Al Capone, y para el caso colombiano Papá Fidel, contrabandistas de licor respetados y temidos (Herrera Durán, 2010, pág. 7).

Fidel, nació en 1891 en Villavicencio. Vivía “pobremente” con su madre en una habitación del barrio Egipto, al oriente de Bogotá, y trabajaba como agente del Resguardo, velando, con revólver al cinto, que no se comercializara licor ni cigarrillos a espaldas de las autoridades. En realidad, él conocía los sitios estratégicos, las costumbres, las artimañas de que los agentes del Resguardo, que habían sido sus compañeros, se valían para sorprender a los Cafuches (Herrera Durán, 2010, pág. 19).

En 1928 lo capturan por contrabando y le condenan a pagar varios meses de prisión en la cárcel del departamento (Cundinamarca). Tiempo después, a las afueras de la asistencia de mi bisabuelita María, llega Papá Fidel.

Primero la alegría de pensarlo de regreso, luego el momento más grande de zozobra. Se había fugado ese día de la cárcel. La decisión estaba tomada. Se escondería en los cerros, cerca de los alambiques clandestinos de licor. Una valija, dos o tres cosas. Fueron necesarios pocos minutos para cuadrarlo todo. Fidel se aburre del escondite y al poco tiempo decide visitar los barrios cercanos de los cerros: El Paseo Bolívar, Egipto, La Perseverancia, Laches, El Guavio, Girardot, Las Cruces.

Camina tranquilo, una increíble red de espionaje lo defiende. Siempre está enterado de los movimientos del Resguardo. Cuando los agentes lo buscan en El Guavio, él está en la Quinta de Bolívar. Y si lo preguntan en La Perseverancia, él está tranquilo en las calles de Las Cruces.

Hasta el día en que lo rodean y lo capturan en una casa del barrio La Concordia. Lo llevan para el Panóptico, la cárcel de los mil ojos, la más segura, la inviolable. Luego lo trasladan a una colonia penal en Sasaima y trabaja en obras oficiales en Ubaté. Al poco tiempo sale libre (Herrera Durán, 2010, pág. 20).

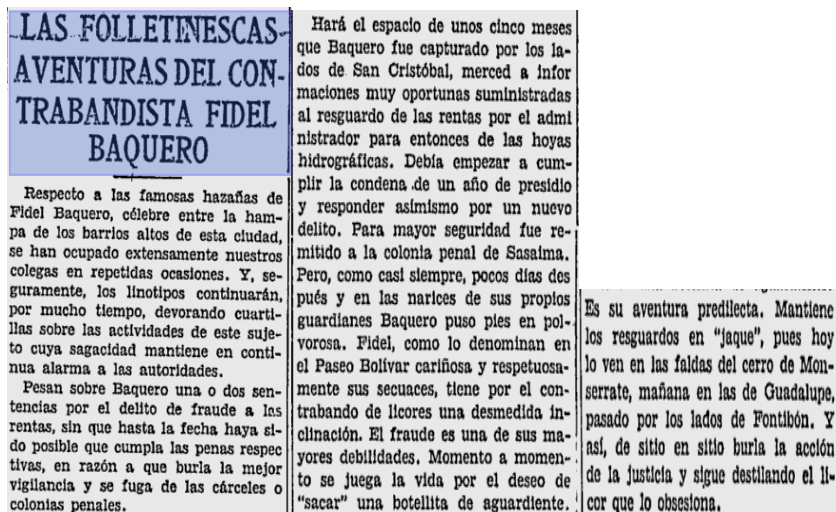


Ilustración 50: El Tiempo, 21 de enero de 1928

Había infinidad de zacatines y el aguardiente, ya envasado, lo enterraban para que los guardas de las rentas de Cundinamarca no lo encontraran. Los guardas que se atrevían a subir al oriente del Paseo Bolívar se llevaban “sus buenas tundas” a manos de los Cafuches que eran la red de producción y tráfico de licor artesanal que había organizado Papá Fidel. Mi abuelito asegura que el oriente del Pase Bolívar era territorio de ellos, allá no podían entrar sino ellos, porque todos eran vecinos y familiares.



*Ilustración 51: Papá Fidel a la derecha; a la izquierda, Víctor, uno de sus lugartenientes. (Herrera Durán, 2010)*

Era de nuestra casa para arriba. A mí nunca me llevaron allá porque yo estaba muy pelado. Pero el camino era por ahí. Ahí bajaban los enfermos de las peleas tan tremendas que había por allá, y los bajaban en una cobija cargada por cuatro tipos...eso era...El aguardiente se llamaba Rastrojero, por lo que lo enterraban y el agua del aguardiente lo sacaban de por ahí. En esa montaña ahí muy buena agua. Ellos no bajaban al Chorro de Padilla, hasta ahí no podían llegar, porque ahí ya había policía. Los Cafuches eran una cantidad de gente que vivían del contrabando (Sierra Sánchez, 2016).

Además, en el Chorro de Padilla siempre estaban las aguateras, haciendo la fila para recoger el agua. Las aguateras vendían el agua del Chorro de Padilla en unas múcuras de barro como de 30 centímetros de diámetro (la barriga), “eran como redonditas”, con una boca de 10 centímetros de diámetro. Las múcuras eran cubiertas de paja para que no maltratara tanto la espalda de las aguateras, y se la amarraban al cuerpo con lazos para cargarla. Hacían fila en el Chorro de Padilla y se decían groserías, cuando resultaban peleas por el turno. A veces llegaban borrachas de chicha.



*Ilustración 52: Las aguateras de Ramón Torres Méndez. (Colección Museo de Bogotá)*

Tenían unas faldas amplias que las cubrían hasta los pies, tenían alpargatas, y blusas floreadas que ellas mismas tejían y adornaban. Usaban corroscas que eran unos sombreros de paja redondos con alas en contorno. Esos sí los compraban. Siempre llevaban chales puestos.



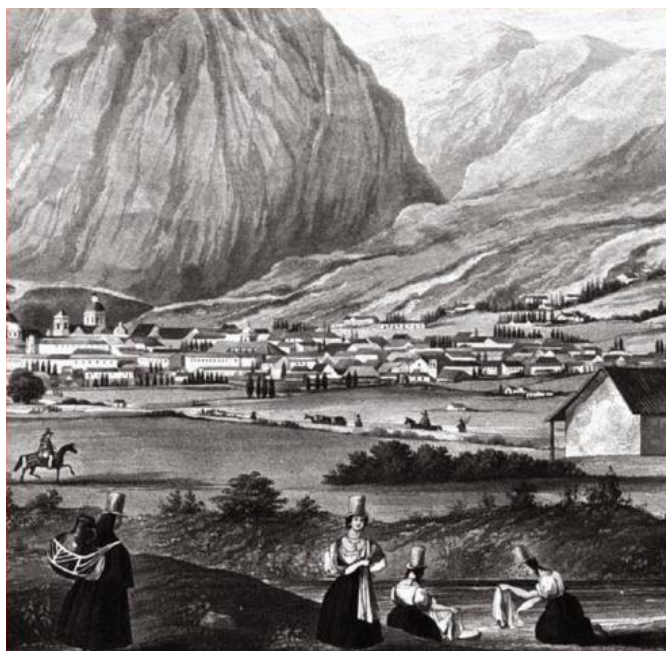
*Ilustración 53: El turno en el Chorro de Padilla. (Colección Museo de Bogotá)*

Las lavanderas no tenían faldas tan anchas como las de las aguateras. Las faldas generalmente eran anchas porque era la moda de la época. Era el tiempo en que las mujeres no se dejaban ver los pies por los pretendientes, y los hombres se inclinaban, besaban la mano

y hacían malabares con el bastón para impresionar a las damas. Los caballeros siempre con sombrero media calabaza, porque era redondo, con una alita angostica, negros.

Las fiestas eran con sombreros de cubilo, que eran altos, como los de los chefs, pero negros. Smoking, pantalón rayado, blanco con negro. Y corbatín. Camisas almidonadas, inmaculadamente blancas. Este era el atuendo de a gente de élite, gente de la “hi” (Sierra Sánchez, 2016).

Entonces las lavanderas tenían faldas no tan anchas, con un bordadito abajo, que ellas mismas bordaban o las mandaban bordar, negras generalmente. Las blusas eran de colorines, bordadas también. Y los pañolones negros como de lana, los mismos que usaban las aguateras. Generalmente no usaban sombrero. Y se ponían delantal para lavar, un delantal de tela, también de colorines, amarrado a sus espaldas y colgado del cuello. También usaban alpargatas. Los hombres usaban ruana y sombrero, pantalón oscuro, y casi todo el mundo, los obreros, tenían cotizas, osea alpargatas a veces de cuero a veces de fique.



*Ilustración 54: Las lavanderas del río Fucha. (Colección Museo de Bogotá)*

Ya después, mi papá bisabuelo consiguió al frente otra casita en arriendo. El arrendador de esa nueva casa era don Antonio Rodríguez. Les arrendó por dos pesos mensuales. Después mi bisabuelo dejó de pagarle porque “no había platica”, y comenzaron las desavenencias con don Antonio. En esa nueva casa montó mi bisabuelo su taller, pero ya con electricidad. Ya había electricidad de alta tensión, entonces ya no necesitó el volante. Tenían un motor suizo, de un caballo, que movía todas las máquinas. Era “un taller bien montadito”. El restaurante quebró porque había unas peleas.

#### **4.4. La hidráulica**

Mi bisabuelo era un ingeniero impresionante. Luego de vender la casa del Rosario en enero de 1946, por 1500 pesos, compraron una finca de tres fanegadas en Sasaima por 800. Por la parte norte, la finca limitaba con el río Icalí.

Mi papá vio eso y se puso a echarle cabeza. Historia. Y se fue para la Caja de Crédito Agrario, Industrial y Minero y negoció el molino de viento más grande que había (Sierra Sánchez, 2016).

El molino de viento servía para sacar el agua que había en el subsuelo de la Sabana. El que mi bisabuelo Pedro negoció era de tres metros de diámetro, con aspas inclinadas para que el viento pegara. A mi bisabuelo se le ocurrió que las aspas que estaban inclinadas podían voltearse, ponerlas derechas. Mi abuelito construyó unos cajones de madera y en cada aspa pusieron uno. Los cajones eran rectangulares, de 22 centímetros de ancho por 25 de alto, y tenían una parte descubierta para que el agua los llenara, pegara e hiciera girar la rueda.

Entonces obraban dos fuerzas: el golpe de agua y el peso del agua. Y pasaba abajo, girando, se desocupaba el cajoncito, y giraba y giraba la rueda (Sierra Sánchez, 2016).



*Ilustración 55: La hidráulica de la Florida II. Sur de Bolívar, 2016 (Álbum familiar)*

Construyeron el taller de carpintería a la orilla del río sobre una piedra plana grandísima, llena de maleza. Limpiaron la maleza, y ahí levantaron la enramada para las máquinas que tenían: sierra, trompo y torno. Tenían un generador de bajas revoluciones que fue el que les dio luz durante años, le decían “el chicharroncito”. Les dio luz para 20 bombillos a lo largo del camino que iba del río hasta la casa. El generador estaba conectado por medio de una correa a la hidráulica. El movimiento mecánico generado por el movimiento del eje, que estaba en el centro de la hidráulica, antes alimentado por la fuerza motriz de mi bisabuelita, ahora estaba siendo alimentado por la doble fuerza del agua. Del eje salía una transmisión que era un eje largo, 2,50 de largo, lleno de poleas, y cada polea alimentaba una máquina del taller y alimentaba el generador con el que producían luz eléctrica para la casa.

A mi papá se le ocurrió esa idea. Él me dirigía, pero yo metía la cucharada. Yo fui el de la idea de los cajones, por ejemplo. El molino de viento de metal, fue transformado por molino de agua cambiándole la dirección a las aspas y complementándolo con elementos de madera. Muy diferente es la hidráulica a la peltón (Sierra Sánchez, 2016).

#### **4.5. Después del Saneamiento del Paseo Bolívar**

En 1932 se fueron de San Luis porque mi bisabuelo Pedro había negociado un lotecito del barrio el Rosario. En una noticia del Espectador, hay una reseña sobre la historia de los Cafuches y casualmente el mismo año, una disidencia de los Cafuches “monta rancho aparte” y funda el barrio La Culebrera del otro lado de la línea del ferrocarril respecto del barrio El Rosario. El lote que consiguió mi abuelo era (es) en la Calle 64 No. 31 – 35 del barrio El Rosario, tenía 500 varas cuadradas: 10 metros de ancho como por 30 de fondo.

Lindo ese lote. Era como una urbanización pirata y compró la vara cuadrada a 5 centavos. Y comenzó a pagar y después como que no volvió a pagar más, como todos los vecinos. Gente de pueblo raso, pueblo, pueblo. Muy pobres. Hicieron el trasteo en 1932. El mismo año de la guerra por el Perú. Y nosotros nos fuimos y acá en Las Aguas se quedaron viviendo “Mamá Benita”, mi tía Benilda y mi tía Juanita. Se fueron porque mi tía Juanita compró un lotecito en San Fernando como en 1938. Y ellas siguieron con su lavandería. Yo no me acuerdo qué pasó con ellas cuando canalizaron el San Francisco hacia arriba. Con el río canalizado ellas ya no podían seguir lavando, se fueron a hacer otras actividades allá en San Fernando. Y mi compadre Ezequiel “el Turrón” era Pintor. Él le enseñó la profesión a Rafico. Y Ezequiel aprendió de mi tío Joaquín Alarcón, con el que vivía al principio con mi tía Juanita

Ahí en ese lote mi papá levantó una chocita ¡sentíamos un frío! Porque no teníamos cobijas (Sierra Sánchez, 2016).

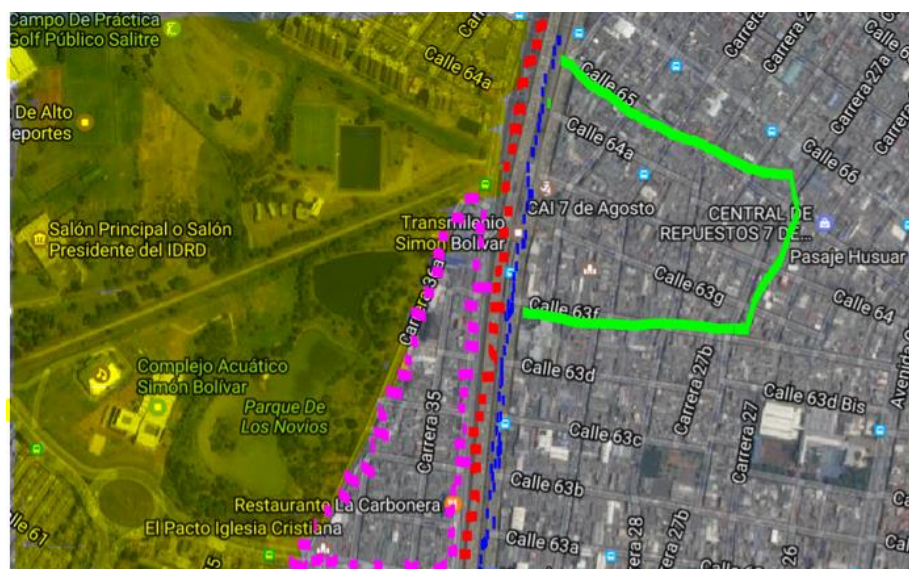
La línea de ferrocarril del nordeste, la que hoy pasa por la 30, hasta ahí era la Culebrera. De ahí para abajo era “La Maleza” que, según mi abuelito, era un humedal muy importante del país, que estaba en jurisdicción de la Beneficencia de Cundinamarca.

Ese humedal venía hasta acá hasta el Modelo, San Fernando, era muy grande. Seguía hacia el norte y hacia el occidente. El Rosario estaba al oriente de la línea del tren. Cuando nosotros llegamos era potrero, y las calles, tenían una zanja en el medio, que era donde llegaban todas las aguas negras, todo descubierto. Eso era cantidad de enfermedades. Todos éramos llenos de lombrices. Muy frecuente la disentería, era la enfermedad más común porque no había acueducto (Sierra Sánchez, 2016).

Tenían que madrugar a las dos de la mañana, a un acueducto público, una fuente que estaba llena de chorritos de agua y ponían una caña agujereada y la empataban con alguno de los chorritos que callera el chorrito de agua a la ollita; cada familia llevaba su cañita y su olla.



La fuente era de nuestra casa hacia abajo, como hacia el suroccidente. Ahí era el poso de agua y se formaba unos barrizales tremendos (Sierra Sánchez, 2016).



*Ilustración 56:* Captura satelital de La Culebrera y del Rosario. Elaboración propia con base en Google Maps

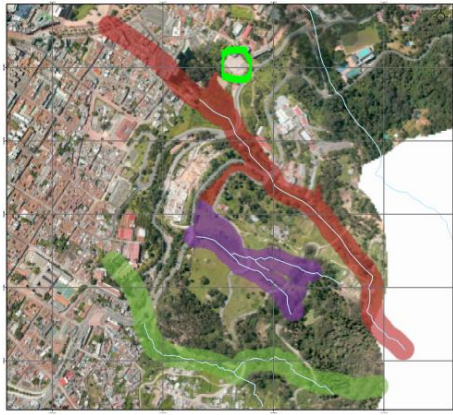
La mancha amarilla indica la zona que mi abuelito describe como el humedal “La Maleza”, contigua a la mancha está el barrio La Culebrera, representado en la captura a través de los puntos fucsias. La línea punteada roja indica el trazado del ferrocarril del nordeste y la paralela línea azul rey, indica el trayecto del canal del río Salitre, que nace como río Arzobispo (límite norte de San Diego) y se convierte en el humedal Juan Amarillo antes de desembocar al río Bogotá. El polígono representado con la línea verde biche indica la localización del barrio El Rosario.

Había muchos maizales. Como la mayoría de los dueños eran campesinos llegados de Boyacá, tenían la costumbre de sembrar maíz. En el Rosario y en la Culebrera había pocas casitas. La de mi familia era una “chocita” hecha de tablas y de lona. Vivieron en esa casita desde el 32 hasta el 39. En el 38 ya habían levantado algo de cimientos de la casa.

No pudimos levantar la casa antes porque no había medios. Ya en ese momento éramos Rafico, Pedro, Luis, Augusto, Glorita, y yo en San Luis. Yo nací en La Paz, Rafico en Las Aguas, Pedro, Luis Augusto y Glorita en San Luis. Ya en el Rosario, nació Simón, después Pepe Primero, que murió a los 22 días de nacido, después Pepe Segundo, después Lelo, luego Enrique y por último Hugo (Sierra Sánchez, 2016).

¿Qué quedó en el Paseo Bolívar?

Quedaron las obras inauguradas en la celebración del Cuarto Centenario de Bogotá: la avenida de la circunvalación, la Media Torta y las Estatua del Indio. Pero también quedó gente. En abril del 2016 tuve la fortuna de conocer a Gladys Mayordomo, habitante de la Vereda de Fátima. ¿Por qué digo que fortuna? Porque más allá de la calidad humana de Gladys, la Vereda de Fátima para mí apareció, en toda la expresión de la palabra, como la continuidad histórica más clara que he conocido. Es la posición de un pueblo que se reusa, se opone y defiende un territorio, pero de un pueblo que históricamente ha estado asentado allí, en la periferia; un pueblo que en algún momento se volvió incómodo y que tuvo que asumir el peso de un paradigma muy poderoso: el del orden de la civilización y la modernidad. Creo que ya he detallado lo suficiente la fuerza que tuvo el dispositivo higiénico en la toma de decisiones territoriales, y es éste hecho, el que me permitió creer por dos años, que el Saneamiento del Paseo Bolívar había sido efectivo, y que el barrio en el que había vivido mi abuelo y habían trabajado mis bisabuelos, había desaparecido sin dejar mayor rastro que la memoria, extraordinaria memoria, de mi abuelo.



*Ilustración 57:* Localización General de la Vereda de Fátima. (Fundación Alma, 2013)

La vereda de Fátima está ubicada en donde en algún momento estuvieron los barrios San Martín y San Miguel, más al sur por el Paseo Bolívar. El círculo **verde biche** indica la ubicación de la Media Torta, el lugar de los alisos. Si se mira con atención, los alisos quedan sobre la cuenca de la quebrada Padre de Jesús señalada con **vino tinto**. La **mancha morada**, indica la localización de la quebrada Mochón del diablo; y la **mancha verde**, indica la localización de la quebrada San Bruno. Todas ellas discurren por el cerro de Guadalupe y constituyen cuenca del río San Francisco. Efectivamente, la evidencia material que hay en la parte de atrás del Instituto Roosevelt y del Venado de Oro del Humboldt, corresponde con las edificaciones que constituían a San Luis. Gladys me llevó a las ruinas del barrio y me contó que Elvira Torres era hija del guardabosque de la época, y que ella y su abuelo conocieron San Luis cuando aún vivían allí muchas personas.

Fátima hace parte de la localidad de Santa Fe. Ellos le dicen vereda porque como son poquitas las casas que hay. Entonces asumen que no es un barrio.

Como no tiene papeles, le decimos vereda. Como nunca se legalizó como barrio ni vereda. Quedó así. No está legalizada. Claro, si estuviera legalizada, como no está en planeación, entonces nos tomarían como vereda. Y entonces estamos “como ilegales”. Pero llevamos ahí...eso es viejo. Y es que es un sector tan bonito, es chévere. Es montaña, pero todo eso es plano, plano, plano (Mayordomo, 2016).

Según Gladys, los Maldonado eran dueños de todas esas tierras hasta Guadalupe. El plano del Proyecto de Urbanización de 1936 citado en el capítulo tres, bien expone el número de hectáreas que era de los Maldonado.

Es que los Maldonado vendieron en 1927 los terrenos. Se los vendió al Distrito. No sé en qué momento pasó a manos del Externado. Pero esos terrenos eran del Distrito. Por qué si eso es del Distrito ellos parecen con certificados de libertad. Porque dicen que en un terreno no prescriben así sean 200 años y la Universidad Externado es una entidad privada; porque entonces a la entidad privada sí les dan terrenos (Mayordomo, 2016).

En Fátima todavía explican el mundo de manera muy particular. Por ejemplo, la tía de Gladys les cuenta que ella veía unos pozos de los que salían culebras y brillaban. Y nadie se podía acercar porque decían que eran guacas. Dice Gladys que ellos saben que no cualquier

persona podía coger las guacas porque “quedaba tullida”. Cuando ellos se iban acercando veían que se profundizaban. Para explicar los desbordamientos del río San Francisco después de canalizado, el papá de Gladys le decía,

No querían que se acercara. Hay oro...Mi papá decía que ahí había tunjos y los tunjos son de oro. Y los tunjos cuando salen, hacen estragos. Entonces mi papá cuenta que cuando se desbordó el río San Francisco que llenó eso de agua abajo en San Victorino que la ropa nadaba y todo, era porque bajaba un Tunjo. Entonces él acabó con todo lo que encontraba (Sierra Sánchez, 2016).

Gladys me dio esta explicación porque yo le estaba hablando sobre la historia del asentamiento (refiriéndome a la distribución de Santa Fe en tiempos de la Encomienda) y ella decidió contarme la historia de Bogotá desde el recuerdo de quienes habitan Fátima,

Por lo menos atrás en Guadalupe nos contaban que había una laguna. Y esa laguna era encantada. Entonces una vez se fueron a nadar unas primas y los tíos. Y desde arriba de la loma veían unos pollos, unos paticos allá en la laguna. Unos paticos chiquitos y brillaban por toda la laguna. Se fueron a coger los paticos a la laguna, antes de llegar a la laguna se oscureció todo, comenzó a soplar fuerte y ellos empezaron a ver que se paraban como las olas cuando llegaron al pie de la laguna. Y que ellos llevaban lazos. Ellos se amarraron a unos troncos que había porque era tan fuerte el olaje que era a botarlos. Muchas veces cuando se devolvía los atraía. Entonces ellos se amarraban. Cuando en esas se calmó, como a los 10 minutos se calmó. Pero seguía oscuro entonces salieron corriendo a la loma y cuando llegaron arriba, miraron para abajo, el sol brillaba sobre la laguna y estaban los paticos con su pata allá nadando (Mayordomo, 2016).

Hoy la tensión por ese espacio, continua. Fátima queda en área de Reserva Forestal, razón que hace de esta población, un asentamiento de tipo informal e ilegal. La adaptación no ha sido tomada en cuenta como una clave para ordenar el espacio de hoy, ni el espacio de la Bogotá de los años treinta. Se asume que una Reserva Forestal hará las veces de regulados del sistema, y se ignora que la ecología de la Sabana está profundamente intervenida por la presencia humana. La gente de Fátima y muchos otros hemos co-evolucionado con la montaña y el agua de los Cerros Orientales. Pero los dispositivos y por lo general, las normas han ignorado este detalle.

## Conclusiones

¿Quién en ciudad trocó mi caserío? ¿Qué se hicieron las chozas que hace algún tiempo abandoné? ¡Dios mío, ya no florecen en mi huerto rosas, están las avenidas bulliciosas, y no se escucha la canción del río...! P. Barba-Jacob en: (Carrizosa Umaña, 2003)

Los Cerros Orientales siempre han estado allí. Sobre ellos, en el tiempo las sociedades han construido y significado sus territorios. Para entender el cambio de paradigma sobre el agua en Bogotá, en las tres primeras décadas del siglo, es necesario entender su contexto. Como dice Darnton (1984) pasar del texto al contexto. El contexto se constituye como síntesis histórica de procesos complejos que devienen de la relación entre el tiempo y el espacio. El contexto se expresa en las ideas, en los paisajes y en las obras. Las ideas circulan y se mueven en el marco de matrices epistemológicas que empezaron a tejerse desde la larga duración. Las ideas son la base en la relación entre el hombre y el entorno no humano; las ideas son naturaleza.

Las ideas precedieron las obras. Ambas características humanas, permitieron que desde finales del pleistoceno, las poblaciones ordenaran el espacio, siempre, con el agua como elemento ordenador de los territorios que empezarían a producirse. En ese sentido, si entendemos que la historia no es lineal, y que además, es producto de múltiples voces, es necesario hacer una arqueología de las ideas que permita entender el paisaje sobre el que se emplazarían los cambios materiales e ideológicos del marco jurídico normativo de las tres primeras décadas del siglo XX. Hacer historia cultural y ambiental es entonces, remitirse retrospectivamente a los fenómenos que produjeron un contexto.

De esta arqueología de las ideas sobre la historia del agua en la ciudad debo destacar varios hechos:

El espacio en el que se emplazaría Santafé necesariamente está determinado por la historia de la tierra y del agua. La geología es fundamental para poder leer en contexto los poblamientos tempranos del altiplano. Las crónicas de la “conquista” del valle de los Alcázares dan cuenta de que las cualidades del espacio lacustre son motivo de la decisión de

“fundar”. Los estudios arqueológicos expresan la estrecha relación de los pueblos prehispánicos del altiplano con el agua y las ventajas que el ecosistema y la geografía dieron para la transición entre los poblamientos tempranos y las civilizaciones prehispánicas.

La transición entre Aldea y Ciudad es más que oportuna para entender varias rupturas que de ninguna manera están aisladas de las cualidades del “núcleo ecológico” de Santafé. Es posible que los asentamientos prehispánicos de la Sabana respondan al orden de las Aldeas y que pudiera haber rupturas locales, que responden a la transición Aldea-Ciudad, antes de la llegada de los Ibéricos. Más allá de que exista o no tal transición, los usos y representaciones locales del espacio, parecían estar en sintonía con los ritmos de los ciclos ecológicos de la geografía sabanera y paramuna. Al agua “muisca” jamás se le puso una barrera. La tierra prehispánica no fue motivo de parcelaciones. Al contrario, los observadores de Scorpius y la ingeniería de los camellones expresan formas adaptativas al ecosistema que serían producto de acercamientos empíricos al espacio que permitieron un manejo efectivo de los ciclos.

Con la llegada de los Ibéricos al altiplano, se rompe la relación entre actores humanos (locales) y no humanos que tenían una interpretación contextualista<sup>66</sup> de la naturaleza que podemos leer en términos de bienes comunes. El emplazamiento de Santafé y las obras para ordenar, dominar y controlar el espacio, generaron un desgaste de los valores ecológicos durante aproximadamente tres siglos. Se secaron humedales para dar paso a encomiendas, y luego, a haciendas. Los ríos se convirtieron en lugares de abasto, pero también de “alcantarillado”; la lluvia, el principal agente de limpieza.

Los valores de la encomienda se heredaron. La riqueza y el prestigio surgen en Castilla (final del siglo XV) de la circunstancia de ser cristiano. Ser cristiano se demuestra teniendo tierra, no importa si es cultivada o no. Para el castellano la autoridad sobre la tierra significa libertad y poder, más que la base de una tarea agrícola productiva (Guillén Matínez, 1979, pág. 65). Luego, el mestizaje cultural y biológico obligaría al cambio de estrategia política para seguir ejerciendo control efectivo de actores humanos y no humanos: se pasa del dominio sobre la tierra a través de la mano de obra, al dominio de la mano de obra a

---

<sup>66</sup> El contextualismo niega las posiciones totalizantes y abstractas de la ciencia y el mercado (Hornborg, 2001, pág. 60).

través del control de la tierra. Las encomiendas del occidente de la Sabana empezaron a cercar humedales y camellones: los parcelaron. Luego, el clero secular y regular entra energéticamente en la pugna por la obtención de títulos territoriales al extinguirse la encomienda.

Las posiciones de quienes detentaban el poder local niegan la posibilidad contextualista de las epistemologías en el ámbito público y político. Por ende, niegan la posibilidad de existencia a las lógicas del agua en los procesos de ordenamiento territorial colonizador. Para el siglo XIX serían los sistemas abstractos y totalizantes, como la ciencia y el mercado, quienes entrarían a resolver los problemas básicos de la supervivencia humana, sin reconocer los significados locales e implícitos como componentes esenciales de una supervivencia sostenible. La ciudad colonial pasa a ser una ciudad burguesa y segregadora que para finales del siglo XIX conjugaría el poder de “los antiguos de la tierra” con las intenciones de industrialización y apertura del mercado.

El caos del siglo XIX es producto de la primera ruptura: los ibéricos acostumbrados a ecosistemas secos, empiezan a leer al paisaje como “peligroso”. Los pulsos del agua deben ser controlados y dominados, para que la episteme dominante pueda reproducirse en la vida social que se está gestando. La episteme se hereda a través de diferentes paradigmas. Así como se heredan epistemes de larguísima duración como el Corpus Hipocrático y la Teoría de los Humores de la Grecia antigua, se transmiten en la práctica y los oficios las ciencias campesinas locales. No es posible homogenizar las relaciones entre actores humanos y no humanos durante estos cuatro Centenarios (contando la historia de la ciudad sólo hasta 1938). Pero acá, aparece una ruptura determinante para la forma local de concepción de la naturaleza: la ciencia moderna que llega en forma de Reformas Sanitarias Borbónicas. La relación de Santafé con el agua es distinta en la Colonia Austria y en la Colonia Borbónica.

Lo que se institucionalizaría en Santafé en la transición entre la Colonia y la República está estrechamente asociado a los valores de prestigio sobre la tierra y la posibilidad de tener grandes extensiones sin trabajarla. La posibilidad de poder controlar desde el espacio “de los blancos” es decir las villas o la ciudad misma, las encomiendas y haciendas que estaban en los pueblos de indios. Citan también Serna y Gómez (2011) a Rôthlisdeberger que habla sobre la aristocracia bogotana a finales de siglo XIX:

La clase superior se compone de la aristocracia del dinero y de los latifundistas, que viven en la ciudad de sus rentas, dirigiendo el cultivo de sus campos por medio de la administración (mayordomos) (Ernst Röthlisdeberger (1897) en: (Serna Dimas & Gómez Navas, 2011).

Esta referencia me permite exponer la historia de la relación entre poder y tierra, y como esta relación, se sintetiza en procesos de cercamiento y reducción del espacio lacustre convirtiéndolo, en una ciudad de cemento completamente parcelada.

Las relaciones inequitativas de poder y su efecto en las epistemologías locales, se dan en paralelo a la cristalización de las instituciones y valores coloniales como referentes de larga duración en la política bogotana. Van produciéndose fenómenos culturales y sociales de alta complejidad. Ante esta complejidad social y ante el estado ambiental de la ciudad, las estrategias que se utilizan omiten estrategias adaptativas que tal vez podrían haberse encontrado en las ciencias campesinas. Pero claro, la correlación de fuerzas en la escala local nunca permitió que los subalternos intervinieran en la política ni administración, a menos que fuera bajo algún mecanismo paternalista y autoritario.

En los años treinta y cuarenta puede constatarse que la mayor parte de los Cerros estaba por completo deforestada y predominaban los calveros de la erosión y grandes canteras. A partir de la electrificación y la difusión del gas y el cocinol, disminuyó la presión de deforestación sobre los cerros (Camargo, N/A, pág. 3). Ante la crisis la estrategia de la administración municipal es volver parte de los cerros un parque, sanear el espacio, y expropiar a sus habitantes por medio de la figura de la utilidad pública, y en paralelo, construir mecanismos (normas y obras de infraestructura) que permitieran ampliar la circulación de materias necesarias para darle vida y energía a la ciudad. No bastó la represa de la Regadera, ni el Neusa, ni el Tominé. Debieron construir Chuza, y se escucha que aún hoy, Bogotá sigue pensando cómo traer agua de las cuencas de los ríos Nevado y Blanco del páramo de Sumapaz.

Las discusiones políticas del país no permitieron tampoco construir una estrategia efectiva para los procesos de densificación de las ciudades. Al contrario, ante más gente, más estrategias de planeación, que paradójicamente corresponden con los años de tasas más altas de explosión urbana, y de abastecimiento masivo. Lo que quiero decir es que nunca se cuestionó lo que para mí es el problema inicial: el patrón de poblamiento. Pero claro, la matriz



epistemológica del momento no lo permitía. Los paradigmas que devienen del XIX se arraigan en el mundo en el XX, y Bogotá, ahora sí “conectada” con el mundo, no es ajena a estos principios de desarrollo unilineal y antropocéntrico.

En el marco de la matriz epistemológica presente en la transición entre el siglo XIX y el siglo XX, la correlación de fuerzas no permitió que las lógicas precolombinas, encontraran lugar en las discusiones del Concejo de Bogotá. Desde la llegada de los ibéricos, los pueblos locales tendrían que pensar en clave de instrucciones, normas, nuevos parámetros de ver el espacio, de medirlo y de usarlo, todos, lógicas castellanas que devenían de ecosistemas secos y áridos. La Colonia sigue presente en la política Bogotana. Los hidalgos aún se pavonean por el Concejo haciendo concesiones público privadas que, claramente, les benefician y que omiten la importancia de las cualidades del espacio como base de construcción de política pública. El Estado Corporatista que se sintetiza en la transición entre el siglo XIX y el siglo XX, mantiene su esencia, y de allí la necesidad de posicionar estas lógicas, que históricamente han sido desvanecidas de los ámbitos de las decisiones y la administración pública, en las discusiones que hoy se están dando en el marco de la relación naturaleza y expansión urbana.

Por eso para mí es tan importante Fátima y mi abuelito. Ellos encarnan esa permanencia epistémica en donde la psiquis humana aún no es ajena de la naturaleza. Para mi abuelito el agua es sagrada y en Fátima aún los ríos se desbordan porque “bajan tunjos”.

Ante esto, mi postura es que co-evolucionamos humanos-naturaleza, ciudad-geografía, como actores de la ecología y del espacio. Santafé en sí, es un actor más dentro de la ecología de este espacio. Las relaciones entre humanos y no humanos, y las relaciones entre humanos con distintas formas de representar lo no humano de la geología, geografía y ecología de Santafé componen una historia ambiental. Esta historia ambiental se expresa en la producción del espacio de la Santafé de las primeras tres y cuatro décadas del siglo XX.

La sanidad, la higiene, el control de los cuerpos, del espacio y del espíritu constituye, aún, una herramienta fundamental de dominación desde el antiguo régimen. Se canalizaron ríos con el argumento de la contaminación, y al mismo tiempo, se permitió la existencia del Complejo Industrial de San Diego. ¿Será que esa tal crisis sí existió? O fue motivo y motín

de las políticas que en ese momento hacen al Estado cómplice del Capital, y más que del Capital, de la ideología liberal que estaba, según Wallerstein (1996), dominando al mundo. Ideología tan poderosa en lo local que, aunque conservadores, invirtieron el dinero de la indemnización de Panamá en obras para “modernizar” la ciudad.

Hoy los ríos, las quebradas y los humedales que descienden desde la divisoria de aguas localizada sobre la cumbre de los cerros orientales, hacia el río Bogotá, eje natural de drenaje del territorio sabanero, que constituyeron la ruta que de poblamiento y colonización de la Sabana, discurren constantemente y permiten, por ejemplo, el funcionamiento del sistema de canalización de las aguas lluvia y de alcantarillado. Estas obras funcionan por las propiedades mismas de las dinámicas del agua, sin embargo, su constitución sugiere una falta de planificación contundente. Se separa al agua de su lecho y sedimentos, ambas necesarias para la filtración del agua. Se les canaliza con jarillones y diques de cemento, omitiendo la importancia de la dinámica lateral del agua. Sin filtro caen a los ríos desde los excrementos de los habitantes de la ciudad, hasta los metales pesados de la industria. En paralelo, la alcaldía de Bogotá sigue impulsando su plan de expansión en las llanuras aluviales del río Bogotá, el POZ norte y sigue en el aire el tema del sendero cortafuegos en los Cerros Orientales.

En el panorama político están las discusiones sobre las PTAR y recuperación del río Bogotá, la urbanización de la Reserva Tomas van der Hammen, el fallo del Consejo de Estado sobre la sustracción de la Franja de Adecuación en los Cerros Orientales. Al interior del Acueducto, están en curso las demandas del Sindicato del Acueducto por recuperar la administración de la Planta de Tibitoc, y en la proyección del abastecimiento, la posibilidad de embalsar las cuencas del río Blanco y el río Nevado en el páramo de Sumapaz. Los ciudadanos se están movilizandopara posicionar sus posturas en estos espacios de discusión, y en paralelo, el presidente del Concejo de Bogotá sigue de borrachera en borrachera sin expresar capacidad alguna para la toma de decisiones que son fundamentales para el desenvolvimiento de la ciudad.

Las discusiones apuntan a definir el flujo de los recursos económicos, y omiten, las capacidades de gestión y regeneración de actores de la ecología humanos y no humanos. Caso concreto de esta afirmación, las discusiones sobre la PTAR Salitre. Si se amplía la

planta de tratamiento, la ciudad debe destinar una gran cantidad de recursos y además, los costos ambientales del humedal de Tibabuyes, en donde está ubicada la planta, serían bastante altos. La política bogotana omite que los humedales tienen capacidades de filtración del agua, tan poderosos, que permitirían que la resiliencia del complejo hídrico del río Bogotá, fuera positiva. La política bogotana, a veces, escucha las voces de los ciudadanos, pero los discursos que circulan, muchas veces han hecho del ambiente, un argumento más para posicionar proyectos políticos que no necesariamente apuntan a posicionar el agua como agente ordenador de la ciudad.

Para producir un espacio social de todos y para todos es clave que los discursos y discusiones políticas integren diagnósticos territoriales juiciosos sobre las potencias y necesidades del territorio. Es necesario que los discursos y discusiones reconozcan la desventaja histórica de una planificación que valida la concentración y valoración de la tierra como mercancía, por encima de la gestión del agua como agente vital, económico y cultural. La historia ambiental y cultural de Bogotá pone sobre la mesa que la correlación de fuerzas no ha dejado que las lógicas contextualistas participen en la definición de los modelos de ciudad. Tal vez porque en sí la ciudad es producto de la materialización de lógicas no contextualistas. En todo caso, como diría mi abuelo, ya no vale llorar sobre la leche derramada.

La historia de la ciudad debe escribirse no para alimentar lamentos y posicionar embates. La historia de la ciudad, se debe escribir para hacer visibles los conocimientos profundos que la gente tiene sobre el espacio; conocimientos que a todas luces, pueden fácilmente integrarse en la toma de decisiones políticas y administrativas. La historia de la ciudad, es para mí, la historia de las narrativas subalternas. Tal vez este documento no haya logrado encarnar el poder y la vigencia de las lógicas precolombinas y contextualistas que aún circulan y están muy presentes en la ciudad. Sin embargo, es un intento inicial por darle a estas voces lugar en las discusiones políticas y científicas que son base para la toma de decisiones sobre la ciudad.

Las narraciones subalternas son la síntesis de la historia cultural y ambiental de la ciudad. De ellas todavía hay mucho por escribir, y en ellas, estoy segura, encontraremos claves para producir una ciudad guiada por principios lógicos, empíricos y filosóficos. Una

ciudad que reconozca que existe por su esencia lacustre y acuática, y que es dicha esencia la clave de su adaptación a esta historia que seguimos andando los bogotanos sobre los Cerros, los Páramos y la Sabana.

La gran conclusión de este trabajo es que, así como el agua, la gente tiene memoria y que a pesar de tanta violencia, el universo sigue hablando...debemos escucharlo. Seguimos.

## Fuentes

- Acebedo Restrepo, L. F. (2006). *Las industrias en el proceso de expansión de Bogotá hacia el occidente*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Administración del Distrito Especial de Bogotá; Secretaría de Gobierno; Departamento Administrativo de Planeación Distrital. (1971). Comisión para el Estudio de la Reforma Administrativa del Distrito Especial de Bogotá. Decreto 0510 de 1971. Bogotá.
- Alfonso R., Ó. A. (2012). Urbanismo ordenado, pero no pasteurizado. Origen del corporatismo y orden socio - espacial en Bogotá hacia 1910. En Ó. A. Alfonso R., S. Jaramillo, A. De Urbina, & T. Lulle, *El centro tradicional de Bogotá. Valor de uso popular y patrimonio arquitectónico de la ciudad* (págs. 15 - 42). Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Alzate Echeverri, A. M. (2007). *Suciedad y orden. Reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada 1760 - 1810*. Bogotá: Universidad del Rosario.
- Ángel Maya, A. (1996). *LA AVENTURA DE LOS SÍMBOLOS, Ecosistema y Cultura, Una visión ambiental de la historia del pensamiento*. Bogotá: Ecofondo.
- Archivo de Bogotá. (2014). N/A. *Memoria*, N/A.
- Archivo de Bogotá; Instituto de Patrimonio. (2008). *Agua. Fuentes en Bogotá*. Bogotá: Instituto de Patrimonio.
- Ariza, G. (N/A de N/A de 1989). *COLARTE*. Obtenido de COLARTE: <http://www.colarte.com/colarte/conspintores.asp?idartista=2&pagact=1&dirpa=http%3A%241col%24%241col%24www.colarte.com%241col%24AriGx5363.jpg&tipo=2&idfoto=6178>
- Arroquia Rodríguez, I. (N/A). La ciudad en el mundo Andino. *Eúphoros*, N/A.
- Atuesta Ortiz, M. (2011). La ciudad que pasó por el río. La canalización del río San Francisco y la construcción de la Avenida Jiménez en Bogotá a principios del siglo XX. *Territorios*, 191 - 211.
- Banco de la República. (N/A de N/A de N/A). *Banco de la República. Colección de Arte del Banco de la República*. Recuperado el 6 de Octubre de 2016, de Banco de la República. Colección de Arte del Banco de la República: <http://www.banrepcultural.org/coleccion-de-arte-banco-de-la-republica/artista/fran%C3%A7ois-d%C3%A9sir%C3%A9-roulin>
- Bernat, G. (s.f.). *www.gabrielbernat.es*. Recuperado el 28 de septiembre de 2016, de <http://www.gabrielbernat.es/espana/leyes/>
- Biology-Innovation. (N/A). Homeostasis. *Biology-Innovation*, Recuperado de: <http://www.biology-innovation.co.uk/pages/human-biology/homeostasis/>.

- Brading, D. A. (1978). La ciudad en la América Borbónica. En J. Hardoy E., R. Morse, & R. Schaedel, *Ensayos histórico – sociales sobre la urbanización en América Latina* (págs. 159-197). Buenos Aires: S.I.A.P.
- Camargo, G. (N/A). *El proceso histórico y las perspectivas de ordenamiento de los Cerros Orientales de Santa Fé de Bogotá*. Bogotá. Recuperado de: <http://cerrosdebogota.org/historiadeloscerros/historia/assets/historiacerrosdebogota.pdf>: N/A.
- Carrasco Zaldúa, F. (2006). *La Compañía de Cemento Samper*. Bogotá: Planeta.
- Carreira, A. M. (2007). De las perturbadoras y conflictivas relaciones de los bogotanos con sus aguas. *Tabula Rasa*, 263-284.
- Castaño Rodríguez, J. C. (2012). Manzanillismo y nepotismo: Bogotá durante los últimos años del régimen conservador (1918-1930). *Tiempo e Historia: revista de estudiantes*, 7-24.
- Castro Gómez, S. (2005). *La hybris del punto cero : ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750 - 1816)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Colón, L. C. (2005). El saneamiento del Paseo Bolívar y la vivienda obrera en Bogotá. *Urbanismos*, 104 - 115.
- Comisión de Sanidad. (1906). *Informe de una comisión de sanidad*. Bogotá: En: Archivo de Bogotá; Fondo del Concejo de Bogotá.
- Concejo de Bogotá. (1925). Acuerdo 45 de 1925. Bogotá: Archivo de Bogotá. Fondo del Concejo de Bogotá; 1925.
- Concejo de Bogotá; Secretaría General; Alcaldía Mayor de Bogotá. (2015). *Karl H. Brunner, Manual de Urbanismo I*. Bogotá: Imprenta Distrital.
- Corporación Candelaria. (2006). *Atlas histórico de Bogotá 1911 - 1948*. Bogotá: Planeta.
- Correal Urrego, G., Van der Hammen, T., & Hurt, W. (1977). *La ecología y la tecnología de los abrigos rocosos en El Abra, Sabana de Bogotá, Colombia*. Recuperado de: <http://www.bdigital.unal.edu.co/40832/1/12303-31470-1-PB.pdf>: N/A.
- Corredor, C. (1992). *Los límites de la modernización*. Bogotá: CINEP.
- DAMA, P. D. (2001). *Plan de Ordenamiento y Manejo de los Cerros Orientales*. Bogotá.
- Darnton, R. (1984). *La gran matanza de gatos. Y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Del Castillo Daza, J. C. (2003). *El transito a la ciudad moderna 1920 - 1950*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Departamento Administrativo de Planeación Distrital. (1926). Pproyecto de urbanización del sector comprendido entre la carrera primera y el Paseo de Bolívar por calles 13 a 16. Bogotá: Archivo de Bogotá. Fondo del Departamento Administrativo de Planeación Distrital. Número topográfico R1284.03.
- Departamento Administrativo de Planeación Distrital. (1934). Urbanización del Paseo Bolívar entre calles 12 y 18. Archivo de Bogotá; Fondo Departamento Administrativo de Planeación Distrital. No. Topográfico R1274.02.
- Estin Geymonat, D. (6 de septiembre de 2012). *Historia 2\**. Recuperado el 15 de octubre de 2016, de Historia 2\*: <http://historia2255.blogspot.com.co/2012/09/la-colonizacion-explotacion-economica.html>
- Estrada Gallego, F. (2008). La ciudad: una forma de construir mundos. *Credencial, HISTORIA*, Recuperado de: <http://www.banrepcultural.org/node/86528>.
- Fajardo Montaña, D. (2015). *Estudio sobre los orígenes del conflicto armado, razones de su persistencia y sus efectos más profundos en la sociedad colombiana*. Bogotá: Comisión histórica del conflicto y sus víctimas (CHCV).
- Feria Lorenzo, D. J. (2012). *La sanidad en el Liberalismo isabelino. La promulgación de la ley de sanidad de 1855: debate parlamentario y análisis prosopográfico*. España: Universidad de Huelva.
- Foucault, M. (22 de octubre de 1988). El poder, los valores morales y el intelectual. (M. Bess, Entrevistador)
- Fundación Alma. (2013). *Nuestro Centro es el Agua*. Bogotá: Fundación Alma; Alcaldía Local de la Candelaria.
- Gallini, S. (2005). Invitación a la Historia Ambiental. *Revista Tareas No. 120: Historia Ambiental Latinoamericana*, 5-28 .
- Gallini, S., Felacio, L., Agredo, A., & Garcés, S. (N/A de N/A de 2014). *Las corrientes de la ciudad: Una historia del agua en la Bogotá del siglo XX*. Recuperado el 18 de Agosto de 2016, de Environment & Society Portal: <http://www.environmentandsociety.org/exhibitions/water-bogota/introduction>
- Gamboa M., J. A. (2008). Los Muiscas y la Conquista Española: Nuevas interpretaciones a un viejo problema. En J. A. Gamboa M., *Los Muiscas en los Siglos XVI y XVII* (pág. N/A). Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Gamboa Mendoza, J. A. (2010). *El cacicazgo muisca en los años posteriores a la Conquista: del psihiqua al cacique colonial (1537 – 1575)*. Bogotá: ICANH - Imprenta Nacional.
- Gil Lázaro, A. (2003). Información bibliográfica . *América Latina Hoy*, 181 - 195.

- Ginzburg, C. (2001). *El queso y los gusanos. El cosmos de un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Ediciones de la Península.
- Gonzalez, L. G. (2016). *Luchas y resistencias campesinas en Colombia: 1948 - 2015*. Bogotá: Aurora.
- Gramsci, A. (1975). *Introducción al estudio de la filosofía*. Barcelona: Crítica.
- Guhl Nimtz, E. (2015). *Los páramos circundantes de la Sabana de Bogotá*. Bogotá: Jardín Botánico José Celestino Mutis.
- Guillén Matínez, F. (1979). *El poder político en Colombia*. Bogotá: Punta de Lanza.
- Herrera Arango, J., Vargas Ramírez, N., & Beltrán Ruiz, A. M. (2016). Conflicto armado y disputas ecológicas en Colombia. En A. M. Beltrán Ruiz, A. M. Sierra Blanco, F. E. Osorio Pérez, G. Tobón Quintero, G. Uribe Ramón, J. G. Ferro Medina, et al., *Dime qué paz quieres y te diré qué campo cosechas. Reflexiones sobre lo rural en los diálogos de La Habana* (págs. 111-149). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.
- Herrera Durán, N. (2010). *Papá Fidel, el semidios de ruana: vida y leyenda del mayor contrabandista de licor artesanal de Bogotá (1926 - 1946)*. Bogotá: Universidad Javeriana.
- Herrera, M. (2008). Milenos de Ocupación en Cundinamarca. En J. A. Gamboa, *Los Muiscas en los Siglos XVI y XVII* (pág. N/A). Bogotá: Editorial Uniandes.
- Hornborg, A. (2001). La ecología como semiótica: esbozo de un paradigma contextualista para la ecología humana. En P. Descola, *Naturaleza y sociedad: perspectivas antropológicas* (págs. 60-80). México: Siglo XXI.
- Informe de una comisión de sanidad. (1906). Bogotá: Archivo de Bogotá. Fondo del Concejo de Bogotá; material desagregado. Número Topográfico 604-3570 - Folio 216.
- Instituto de Investigaciones de los Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, Fondo de Adaptación del Min. Hacienda, Universidad Externado de Colombia. (2015). *Insumos para el debate sobre la delimitación del Complejo de Páramos Cruz Verde-Sumapaz*. Bogotá: Instituto de Investigaciones de los Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, Fondo de Adaptación, Universidad Externado de Colombia.
- Instituto de Patrimonio; Secretaría General, Archivo de Bogotá; Editorial Planeta. (2007). *Atlaas Histórico de Bogotá cartografía 1791-2007*. Bogotá: Planeta.
- Instituto Humboldt. (2016). *Colombia Anfibia*. Bogotá: Instituto Humboldt.
- Lefebvre, H. (1974). *La producción del espacio*. España: Capital Swing.
- LeGrand, C. (1988). *Colonización y protesta campesina en Colombia (1850 - 1950)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Lévi - Strauss, C. (1986). *La alfarera celosa*. París: Paidós.



- Lleras Perez, R. (N/A de Agosto de 2015). Recorrido del agua. (D. Sierra Navarrete, Entrevistador) Bogotá - Diario de Campo: N/A.
- López C., C. E., & Ospina R., G. A. (2008). *Ecología Histórica. Interacciones Sociedad-Ambiente a distintas escalas socio-temporales*. Pereira: Sociedad Colombiana de Arqueología; Universidad Tecnológica de Pereira; Universidad del Cauca. .
- Los Observadores de Scorpius: Maíz, Astronomía y Sistemas Hidráulicos en el Humedal de Jaboque-Engativá. Siglos X-XVIII d.C. . (2008). En L. F. López C., *Ecología Histórica: Interacciones Sociedad-Ambiente a Distintas Escalas Socio-Temporales*. (págs. 235-247). Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira, Universidad del Cauca, Sociedad Colombiana de Arqueología. Pereira,.
- María, S. M. (N/A de Marzo de 2013). Clase de etnohistoria I. (D. S. Navarrete, Entrevistador)
- Marshall, B. (2001). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México: Siglo XXI.
- Martínez Martín, A. F. (2007). Gripe y primera guerra mundial: clima y muerte en la pandemia de 1918 - 1919. *Nuevas lecturas de Historia*, 15 - 146.
- Martínez Martin, A. F., Meléndez Álvarez, B. F., & Manrique Corredor, E. J. (2014). La Junta Central de Higiene de Colombia, otra de las víctimas de la pandemia de gripe de 1918 - 1919. *Astrolabio*, 1 - 33.
- Mayordomo, G. (abril de 2016). Vereda Fátima. (D. Sierra Navarrete, Entrevistador)
- Medina Barrios, E. (2015 - 2016). Las huellas de la Historia. *Las manos de Humberto Sierra Sánchez*. Bogotá.
- Mejía Pavony, G. R. (2000). *Los años del cambio: historia urbana de Bogotá, 1820 - 1910*. Bogotá: CEJA.
- Mejía Pavony, G. R. (N/A). *De Santafé a Bogotá. Apuntes para una Historia*. Bogotá: N/A.
- Mejía Pavony, G., & Cuéllar Sánchez, M. (2007). *Atlas histórico de Bogotá*. Bogotá: Archivo de Bogotá - Planeta.
- Meza Ramírez, C. A. (2013). Monopolio de licores y proscripción de destilados ilegales en Colombia . *Antipoda, revista de antropología y arqueología*, 69 - 91.
- Molano Cure, D. (2014). Diario de Campo.
- Molina, G. (1974). *Las ideas liberales en Colombia 1915 - 1934*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Navas Camacho, O. (N/A). *Anatomía Geológica de Colombia*. Bogotá: Recuperado de: <http://www.sogeocol.edu.co/documentos/03ana.pdf>.
- Noguera R., C. E. (1998). La higiene como política. Barrios obreros y dispositivo higiénico: Bogotá - Medellín a comienzos del siglo XX. *Anuario Colombiano de Historia*, 1 - 28.

- Olivos Lombana, A. (2014). La primera fábrica de papel en Bogotá. *De Memoria. Revista del Archivo de Bogotá*, 31 - 37.
- Orillas, L. 2. (22 de Marzo de 2016). *Ni deforma, ni embrutece: la chicha sigue viva en el Chorro de Quevedo en Bogotá*. Obtenido de Las 2 Orillas: <http://www.las2orillas.co/ni-deforma-ni-embrutece-la-chicha-sigue-viva-en-el-chorro-de-quevedo-en-bogota/>
- Pardo Motta, D. N. (2016). *Manuales de Urbanidad. Construcción y Destrucción de Ciudadano durante el Liberalismo Radical (1863 - 1886)*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Parroquia de la Inmaculada Concepción. (1867). Sesquilé: Parroquia de la Inmaculada Concepción. Libro 7 Folio 15.
- Plano Danaís, R. (2011). La industria cervecera en Colombia. *Credencial Historia*, N/A.
- Poirrier, P. (2012). *La historia cultural ¿un giro historiográfico mundial?* Valencia: Universidad de Valencia.
- Puyo Vasco, F. (1989). *Historia de Bogotá. Siglo XX Tomo I*. Bogotá: Villegas Editores; Salvat Editores.
- Quintín Lame, M. (1973). *Las luchas del indio que bajo de la montaña al valle de la civilización*. Bogotá: De la Rosca Publicaciones.
- Reina Mendoza, S. (2008). *Traza urbana y arquitectura en los pueblos de indios del altiplano cundiboyacense*. Bogotá: UNAL.
- Renán Vega, C. (2004). Las luchas agrarias en Colombia en la década de 1920. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 1 - 39.
- Rendón, J. d. (N/A de N/A de 1614). *Archivo de Indias en: Archives Portal Europe*. Recuperado el 10 de Octubre de 2016, de Archivo de Indias en: Archives Portal Europe: <https://www.archivesportaleurope.net/ead-display/-/ead/pl/aicode/ES-41091-AGI10/type/fa/id/ES-AGI-41091-UD-1931454/unitid/ES-AGI-41091-UD-1931454++ES-AGI-41091-UD-22410>
- Rodríguez Gómez, J. C. (2003). *El Agua en la Historia de Bogotá 1538 - 1937*. Bogotá: Villegas Editores.
- Rojas, R. (2000). *Humedales en la Sabana de Bogotá. Una mirada histórica durante los siglos XV a XIX*. Bogotá: Instituto Distrital de Cultura y Turismo.
- Ruíz Bernal, F. (1990). *Investigaciones arqueológicas en el antiguo cacicazgo de Bogotá*. Bogotá: FIAN.
- Ruiz, G. (N/A de N/A de 2005). *Sobre Historia*. Recuperado el 20 de 9 de 2016, de Sobre Historia: <http://sobrehistoria.com/la-gran-ciudad-azteca-de-tenochtitlan/>

- Saade Granados, M. M., & Calvo Isaza, O. I. (2002). *La ciudad en cuarentena. Chicha, patología y profilaxis*. Bogotá: Ministerio de Cultura.
- Saldarriada Roa, A. (2000). *Bogotá Siglo XX. Urbanismo, arquitectura y vida urbana*. Bogotá: Departamento Administrativo de Planeación Distrital.
- Sánchez-Criado, T. (2006). La Teoría del Actor-Red. *Seminario de Estudios sobre Mediación en Arte y Ciencia (SEMAC)* (págs. 1-10). Madrid: Universidad Autónoma.
- Serna Dimas, A., & Gómez Navas, D. (2011). *Estado, mercado y construcción de ciudad. Una historia social de los conflictos vecinales en la cuenca del río Arzobispo, Bogotá (1885-2000)*. Bogotá: Archivo de Bogotá - Universidad Distrital Francisco José de Caldas.
- Sierra Granados, L. (1994).
- Sierra Navarrete, D. (2014). Diario de campo.
- Sierra Navarrete, D. (N/A de N/A de 2015 - 2016). Diario de Campo. N/A. Bogotá, N/A, Colombia: N/A.
- Sierra Sánchez, H. (16 de febrero de 2016). El Paseo de Bolívar. (D. Sierra Navarrete, Entrevistador)
- Tirado Mejía, A. (1971). *Introducción a la Historia Económica de Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Toledo, V. (1990). La perspectiva etnoecológica. Cinco reflexiones acerca de las "ciencias campesinas" sobre la naturaleza con especial referencia a México. *Ciencias*, 1 - 8.
- Torres Méndez, R. (1878). El baile de los campesino en la Sabana de Bogotá. Bogotá: Banco de la República.
- Torres, A. (1993). *La ciudad en la sombra: barrios y luchas populares en Bogotá, 1950 - 1977*. Bogotá: CINEP.
- Urteaga, L. (1985). Higienismo y ambientalismo en la medicina decimonónica. *Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam*, 1 - 9.
- Vargas Tisnés, G. (15 de Septiembre de 2016). El siglo XX en Bogotá. (D. Sierra Navarrete, Entrevistador)
- Veeduría Distrital. (1996). Utopía del habitar urbano. Bogotá: Guadalupe.
- Villegas Jiménez, B. (2000). *Cerros de Bogotá*. Bogotá: Villegas Editores.
- Wallerstein, I. (1996). *Después del liberalismo*. México: Siglo XXI.
- Wodrow, B. (1978). Aspectos demográficos y físicos de la transición del mundo aborígen al mundo colonial. En J. Hardoy, R. P. Schaedel, & R. Morse, *Ensayos histórico – sociales sobre la urbanización en América Latina* (págs. 59-91). Buenos Aires: S.I.A.P.

- Zambrano, F. (1989). *Historia de Bogotá Tomo I Bogotá siglo XX*. Bogotá: Villegas Editores.
- Zambrano, F. (2000). *La ciudad en la Historia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.